



Armando Cuevas

FUBARBUNDY
Isla Cuarentena



Lectulandia

Menorca ha sido escenario de una de las batallas más cruentas de la historia, pero por fin es segura. El día a día en la isla sigue siendo duro, pero los supervivientes creen haber encontrado allí un lugar donde comenzar de nuevo. La calma durará poco.

Una misión llevará de nuevo a Madrid a nuestros protagonistas y les meterá de lleno en la boca del lobo. Mientras, un enemigo más terrible que los infectados amenaza todo aquello que han logrado conseguir. El valor y la solidaridad se pondrán a prueba como nunca, en una lucha desesperada, a contrarreloj, y sin cuartel.

Lectulandia

Armando Cuevas Calderón

Isla cuarentena

Fubarbundy - 3

ePub r1.0

Titivillus 20.03.2018

Armando Cuevas Calderón, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Amaya, de cuya mano iría al fin del mundo.

Con viento mi esperanza navegaba; perdonóla la mar, matóla el puerto.

Félix Lope de Vega

Basta el instante de un cerrar de ojos para hacer de un hombre pacífico un guerrero.

Samuel Butler

De toda la familia humana algunos miembros debían sobrevivir, y su supervivencia iba a convertirse en mi misión; cumplirla a costa de mi vida era apenas un pequeño sacrificio.

Mary Shelley

ADVERTENCIA

Tienes en tus manos la tercera parte de la trilogía *Fubarbundy*. Aunque se pueden leer como libros independientes recomiendo, para la mejor comprensión de la historia y el seguimiento correcto de sus protagonistas, respetar el orden. Comenzar por *Fubarbundy: La última pandemia*, seguir con *La gesta del muerto* y terminar con *Isla Cuarentena* (este libro).

PRIMERA PARTE

1. MACHETE

El gran macho llevaba cuatro horas dormitando bajo una acacia, resguardado del ardiente sol de la sabana. La leona caminaba inquieta de un lado para otro sin abandonar la sombra del árbol; atenta a cualquier movimiento, concentrada, esperando percibir el más mínimo retazo de olor que le indicara que una presa andaba cerca. La pareja de felinos estaba hambrienta. Lo último que cazaron fue una cría raquítica de facocero, y de eso hacía tres semanas.

De pronto su oreja izquierda se giró y toda ella se tensó, había oído algo.

El sonido fue en aumento, un rumor de motores se aproximaba. Cuando la nube de polvo se hizo visible le llegó nítido el olor. El macho se incorporó, su pituitaria había percibido también el aroma a carne.

Sus estómagos rugieron de hambre, pero no pudieron más que contemplar cómo pasaba una columna de vehículos a toda velocidad y desaparecía en la lejanía. El macho volvió a tumbarse. La hembra lo hizo a su lado finalmente.

Dormitaban cuando la suave brisa caliente trajo un sonido que no habían escuchado nunca. La hembra se levantó trabajosamente, apenas ya tenía fuerzas; el macho no pudo hacerlo. Enseguida percibió el olor de los infectados. Ya los conocía, los había visto y también había probado su carne nauseabunda y maloliente que vomitó después de que su estómago la rechazara. Ellos eran los culpables de que se hubiera acabado la caza en el Parque Nacional de Garamba, los animales huían a su paso o eran devorados por aquellos nuevos depredadores.

El murmullo de miles de gargantas creció. Se dibujó un perfil oscuro en la distancia, una línea de muerte. A buen paso, varios millones de infectados avanzaban por la sabana africana cubriendo un frente inmenso. La leona empujó al macho con el hocico sin lograr que se moviera. Solo lanzó un lamento, levantó un poco la cabeza y volvió a dejarla apoyada sobre la ardiente arena. Cuando la nube de polvo provocada por la horda infecta llegó hasta la acacia, la leona dejó su sombra y al macho y se alejó al trote, expulsada de un territorio en el que no hacía mucho era la reina.

La colosal masa marchaba sin descanso. Su número no dejaba de aumentar constantemente, incorporando nuevos efectivos a sus filas cada vez que atravesaban algún pueblo o ciudad. Barrían África de sur a norte, devastando todo aquello por donde pasaban, devorando plantas, animales y sobre todo humanos, ese era su principal objetivo.

Llevaban días siguiendo un rastro claro, el olor a vida de algunos cientos de humanos, y no lo dejarían jamás.

Encabezando el convoy, en un todoterreno descubierto, iba el comandante Thomas

«León» Tagana. Con la mirada fija en el horizonte llevaba horas sin hablar. Tuvieron que huir a toda prisa llevándose lo indispensable y, aunque tenía un plan, las variables eran muchas y eso le incomodaba. A su lado, conduciendo, se encontraba «Machete» Ogutu, su lugarteniente. Ambos eran ruandeses, al igual que su pequeño ejército de algo más de trescientos hombres.

Pertenecían a un grupo rebelde llamado M23. Cuando estalló la pandemia se encontraban en una pequeña isla de tres kilómetros cuadrados, en medio del lago Kivu, en la frontera entre Ruanda, un hermoso país repleto de colinas y plantaciones de té, pero pequeño y limitado en sus recursos; y el Congo, mucho más grande y rico.

Tagana y Machete llevaban juntos muchos años, desde que fueron reclutados y convertidos en niños soldados o «kagogos» como se les conocía en la jerga militar. Apenas tenían diez años cuando les pusieron en las manos un Kaláshnikov por primera vez, y antes de cumplir los once ya sabían lo que era matar a un hombre. Fueron saltando de señor de la guerra en señor de la guerra buscando hacer carrera hasta que por fin, tras el genocidio que cometieron los *hutus* sobre los *tutsis* en 1994, vieron la ocasión perfecta. Tenían apenas dieciocho años cuando los *tutsis* recobraron de nuevo el poder. Los *hutus* entonces, temiendo represalias, huyeron y se refugiaron en el vecino Congo. Ellos eran *tutsis* y cuando se formaron escuadrones para adentrarse en el Congo y castigar a los *hutus* huidos no dudaron en apuntarse. Primero fue un divertimento, una manera de legalizar su situación y prosperar, luego se dieron cuenta de que la oportunidad de riqueza se les presentaba con los brazos abiertos. Tras unos años de matanzas de *hutus*, los batallones de castigo se independizaron y formaron grupos rebeldes como el M23, dedicándose al negocio de las minas de diamantes y coltán (mineral utilizado en casi la totalidad de dispositivos electrónicos). Controlaban los yacimientos más ricos cerca de la frontera y, gracias a corruptos funcionarios congoleños, el material extraído volaba desde Goma hasta Shanghai, y desde allí al resto del mundo con una facilidad extraordinaria. Los grupos armados masacraban y esclavizaban a los habitantes de los pueblos cercanos para que trabajaran en sus minas. Se enriquecieron y financiaron sus milicias, convirtiendo el centro de África en un polvorín motivado por intereses económicos. Niños esclavizados, miles de mujeres violadas y cinco millones de muertes, fue el resultado de todos aquellos conflictos armados.

Cada móvil, portátil o tableta del mundo, lleva en su interior al menos una gota de sangre de todas aquellas víctimas.

Tagana disponía de un pequeño ejército de trescientos hombres fuertemente armados. Tenía además carros de combate, camiones, vehículos de exploración, lanzacohetes autopropulsados, cañones y morteros. Arsenal suficiente para comenzar una guerra. En su pequeña isla era un dios. La población congoleña trabajaba en sus minas y desde la ciudad de Goma les llegaba todo el alimento que necesitaban. Por eso no se contagiaron, apenas tenían contacto con el exterior. Había hecho instalar unos barracones a modo de burdeles donde más de cien mujeres, además de lavar sus

ropas y cocinar, ejercían de putas. Todo lo tenía controlado menos la aparición del «*Fubarbundy*». Cuando se enteró del desastre (gracias a la sofisticada radio vía satélite de que disponía), puso la isla en cuarentena y no dejó entrar a nadie ni a nada. A las pocas semanas las orillas opuestas se fueron llenando de infectados que Tagana y sus hombres observaban con pavor.

Contempló la desaparición de la humanidad a través de su radio. Pasados unos meses solo logró sintonizar la señal que emitían desde Manhattan, Estados Unidos. Por un canal abierto escuchó en silencio, sin contestar. Se enteró de la evolución del virus, de la vacuna y posteriormente del final del peligro de contagio. También de los otros lugares del mundo donde se refugiaban supervivientes, como una pequeña isla en España. Cuando el hambre y la desesperación los invadió estuvo tentado de pedir auxilio a aquel coronel americano que escuchaba a diario, pero al final lo descartó. Temía que si eran rescatados serían desarmados y convertidos en sirvientes. Aquellos americanos eran demasiados para lograr algo más que ser ciudadanos de segunda. Otra cosa eran los españoles.

Los meses pasaron y la situación en la isla se hizo desesperada. Entre soldados y población congoleña había más de seiscientas personas. Aunque racionó la comida, sin abastecimiento exterior, los alimentos pronto escasearon. Al comienzo de la epidemia mandó destruir todas las barcas para evitar la fuga y la entrada del virus, solo dejó la gran barcaza con la que transportaba los vehículos. Pronto se dio cuenta de su gran error. Sin barcas ni aparejos no se podía pescar. Ordenó construir balsas con troncos, pero apenas conseguía unos cuantos kilos de pescado al día, insuficientes para alimentar tantas bocas. Las pocas plantaciones de la isla hacía tiempo que no se cultivaban, todos los habitantes trabajaban en las minas y los campos estaban abandonados. Mandó partidas de caza que a menudo no regresaban o, cuando lo hacían, traían pequeños mamíferos o aves que una vez desplumadas se quedaban en nada. Los animales grandes habían huido. Además comprobó que los disparos atraían a más infectados, por eso decidió suspenderlas. Cuando terminaron con todas las gallinas y los pocos animales de granja que tenían en la isla, se quedó con sus soldados y las mujeres más jóvenes. Al resto, hombres, ancianos y niños, los relegó al extremo norte de la isla, abandonándolos a su suerte. Las mujeres, aparte de servirles de putas, pescaban y cocinaban cualquier raíz o tallo que encontraban. Insectos, pequeños reptiles, pájaros, todo era bien recibido en sus cazuelas, pero seguían siendo muchos y el hambre caminaba por su campamento.

Tagana veía debilitarse día a día a sus hombres. Si no conseguía alimentos nutritivos pronto ninguno tendría fuerzas para sostener un arma. Una noche tomó una decisión desesperada. Mandó a Machete con un grupo de hombres a la zona norte de la isla, donde malvivían los expulsados. No les fue difícil capturar a un joven y a su madre que dormían al raso. El propio Machete se encargó de matarlos y trocearlos. En largos espetones pinchó grandes pedazos de carne y los puso a cocinar en una hoguera en mitad del campamento. El delicioso olor a carne asada llegó hasta el

último rincón y congregó a los soldados alrededor de tan succulento aroma. Ninguno se decidió a comer sabedores de su procedencia. Sus estómagos decían una cosa, pero sus cabezas otra. Entonces apareció Tagana, se dirigió a la hoguera y, con su cuchillo, cortó un trozo de carne y se lo metió en la boca. Sus hombres le observaron estupefactos. Masticó despacio. Cuando terminó de tragarlo dijo, «es carne, lo demás no importa». Desde aquel día, cada noche los soldados salían del campamento en busca de alimento. Primero trajeron a los niños, luego les sirvió cualquiera que aún quedara vivo.

No sería el único lugar donde humanos se comieran a humanos. Grupos aislados de supervivientes se entregarían al canibalismo en muchos otros rincones del mundo. El temor a salir de sus refugios y ser devorados, y el hambre, enloqueció a los hombres y los convirtió en depredadores, en nada diferentes a los infectados que les esperaban fuera.

Cuando apenas quedaban hombres a quien comerse, a través de su radio le llegó una noticia magnífica: el virus ya no era contagioso. Escuchó cómo se lo contaba aquel coronel americano al capitán de la fragata española. La noticia grabada fue emitida en bucle durante días, para informar a todo superviviente con acceso a una radio de onda corta. Gracias a eso se enteró del carguero ruso. Oyó a su capitán responder al mensaje y hablar con el coronel en frecuencia abierta. Tagana siguió la conversación con especial interés. Supo que aquel ruso se encontraba acompañado por un cocinero, a bordo de su barco amarrado en el puerto de Argel, que transportaba ayuda humanitaria y que gracias a ello no les faltaba comida ni agua. El coronel le sugirió que levaran anclas y pusieran rumbo a Manhattan o a la isla de los españoles. El capitán le indicó que a Manhattan era imposible, que no tenía combustible para una travesía tan larga y que estudiaría la otra posibilidad, que el barco llevaba muchos meses parado y no le gustaba la idea de sufrir una avería que los dejara a la deriva en mitad del mar. A Tagana se le formó una sonrisa en la boca cuando escuchó al coronel decirle que de momento no podía enviar a nadie para ayudarlo y que mientras tanto seguirían en contacto.

Emocionado anotó la frecuencia de radio del barco. Por fin una buena noticia, había encontrado el transporte que necesitaba.

—Tráeme un mapa de África —ordenó a su asistente.

Estudió las posibilidades y se angustió al comprobar el enorme periplo que supondría el viaje de casi cinco mil kilómetros entre el Congo y Argelia, atravesando selvas y desiertos por un territorio repleto de infectados. Aún así estaba decidido a hacerlo, no moriría de hambre allí como una rata, de ningún modo. Se merecía un lugar mejor donde vivir y envejecer y creía haberlo encontrado.

Tagana siempre fue inteligente y despierto. Mientras otros «kados» perdían el tiempo en los campamentos bebiendo o jugándose el dinero a las cartas, él aprovechaba para leer y estudiar. Aprendió por su cuenta matemáticas, historia, ciencias y un inglés bastante aceptable. Eso le valió para ir ascendiendo y prosperar

en el ejército. Ayudó también a su compañero y amigo, incapaz de juntar dos letras, pero fiel y feroz como ningún otro. No quiso perderlo y lo llevó en su ascenso convirtiéndolo en su sombra. Formaban un equipo perfecto, él era el cerebro y Ogutu el martillo.

—Es una locura —dijo «Machete» Ogutu cuando Tagana le contó su plan.

—Una locura sería quedarse aquí.

—Podríamos largarnos a cualquier otro lado.

—¿A dónde?

—No sé, tú sabes más de eso, busca. Solo digo que tu idea es muy arriesgada —continuó Machete relajando un poco el tono.

—Ahora el mundo es muy peligroso. Pero piensa por un momento lo que lograremos si todo sale bien.

Ogutu reflexionó y acarició el mango de hueso de su inseparable machete, el responsable de su apodo.

—No lo intentaría si existiera otra posibilidad, pero no la hay, créeme —añadió Tagana.

—¿Y cuándo nos iríamos?

—Lo que tardemos en recoger el campamento y cargar los camiones.

—Un par de días serán suficientes —musitó Machete—. Necesitamos llevar toda la munición, el combustible, el agua, la carne...

—Bien, entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, amigo, juntos hasta el infierno.

No tuvieron dos días, el infierno confundió la mención con el llamado y se les presentó antes de tiempo.

Tagana descansaba en un camastro junto a la radio, en la tienda de mando. Desde hacía tiempo no salía de allí. Apenas dormía, se pasaba las noches leyendo. Siempre estaba rodeado de libros y en ese momento tenía entre las manos *El Quijote*, un libro que nunca se animó a acometer. Finalmente se decidió por las circunstancias y después de comprobar que incluía unas extraordinarias ilustraciones de Gustavo Doré. No comenzó su lectura con demasiado interés, pero a medida que fue pasando capítulos se entusiasmó tanto que terminó por convertirse en una necesidad. Disfrutaba con el libro más que con cualquier otro que hubiera leído antes y se felicitaba por creer entender la psicología de aquel extraño personaje español. Llevaba horas sin parar de leer, sumergido en el capítulo final, aquel en el que el insigne héroe reta al Caballero de la Blanca Luna por el absurdo motivo de obligarle a reconocer que su dama, Dulcinea del Toboso, es más bella que todas las demás. Maldijo el crepitar de la radio por interrumpir su momento de placer. Se incorporó y prestó atención sin cerrar del todo el libro. El mensaje era otro. Una nueva grabación hablaba de movimientos masivos de infectados. Decía que los satélites habían

detectado masas enormes de infectados que se desplazaban barriendo Europa del Este, China, Sudamérica y África. Indicaba las direcciones y las coordenadas donde se encontraban. Al comandante se le cayó *El Quijote* de las manos y corrió a coger el mapa. Comprobó los números que había anotado y se le heló la sangre. Una cantidad aproximada de cuarenta y cinco millones de infectados marchaba hacia ellos y el frente de la horda se encontraba a menos de cincuenta kilómetros de su posición.

Al primero que despertó fue a Machete. En pocos minutos todos sus hombres estaban en pie. No había tiempo que perder, al amanecer tenían que abandonar la isla o no saldrían de ella jamás.

En mitad de la noche, alumbrados con antorchas, cargaron los camiones a toda prisa. Lo que hubiera llevado dos días se hizo en seis horas, pero aún les quedaba la parte más peligrosa. La barcaza transportó un camión y a veinte de sus mejores hombres a la otra orilla. Su misión era asegurar la zona de desembarco limpiándola de infectados. Las detonaciones se sucedieron durante más de media hora y los resplandores alumbraron intermitentes la jungla. Por fin el ruido de las armas cesó y en la radio del comandante sonó la voz agitada de su sargento.

—Señor, la zona está asegurada, aunque no sabemos durante cuánto tiempo. Deben darse prisa.

—¿Cuántas bajas, sargento?

—Tres muertos y dos heridos.

Tagana se enjugó el sudor de la frente y cerró los ojos por un momento.

—Mate a los heridos. Ya sabe, un disparo en la cabeza —ordenó finalmente.

Por suerte logró sacar todos los vehículos de la isla antes de que una nueva horda de infectados llegara y, al amanecer, un largo convoy que transportaba casi trescientos soldados ruandeses y cien mujeres congoleñas partió del lago Kivu con dirección al puerto de Argel. La marcha por terreno selvático y carreteras de tierra o mal asfaltadas fue lenta y trabajosa. Hasta mediodía no llegaron al Parque Nacional de Garamba, cerca de la frontera con Sudán.

Tagana llevaba horas sin hablar. Machete conducía algo incómodo por el silencio de su amigo y superior. Cuando se adentraron en la sabana y contempló, bajo el ardiente sol, aquel paisaje cobrizo salpicado de acacias y salvajemente hermoso, se le alegró el alma y no pudo mantenerse callado por más tiempo. Había algo que le rondaba la cabeza desde hacía horas, una duda que tenía que resolver.

—¿Cómo lo lograste?

A Tagana le sobresaltó escuchar la voz de Machete y no entendió la pregunta.

—A ese capitán ruso, ¿cómo le convenciste de que nos llevara? —aclaró.

—Fue fácil, le ofrecí mecánicos y protección hasta destino.

—¿Cómo dijiste que se llamaba esa isla? —preguntó Machete mientras se llevaba su penúltimo cigarrillo a la boca.

—Menorca, se llama Menorca.

2. HUESOS PELADOS

Eran las doce del mediodía.

Hacía menos de un año a esas horas estaría desayunando en la terraza de mi ático de Madrid, pensando en la próxima ilustración del cuento infantil de turno, o dándole vueltas a cómo conseguir el mejor azul para reproducir en el lienzo un amanecer. Cosas así. Sin embargo ahí estaba. Escondido detrás de la estantería de un supermercado que olía que apestaba. Con el dedo curvado sobre el gatillo de mi rifle. Mirando por el teleobjetivo. Acechando a unos monstruos cuya única motivación era devorar a los humanos. Un cambio importante, sin duda.

No me quejaba, podría haberme ido peor, podría haber sido uno de ellos.

Tenía gracia pensar que cuando nos creíamos dueños del mundo y capaces de dominar los elementos, la naturaleza nos dio una lección de humildad que no olvidaríamos nunca. En unos pocos meses un ser microscópico fue capaz de acabar con diez mil años de progreso y casi siete mil millones de humanos. Nos lo arrebató todo y nos expulsó de nuestro hogar. Sin compasión nos arrinconó y nos puso al borde de la extinción.

Quedábamos pocos, sí, pero no nos rendiríamos sin luchar.

El supermercado no era muy grande, tenía una sola planta y las secciones claramente diferenciadas: carnicería, frutas y verduras, bebidas, conservas..., más o menos igual que todos. Estaba bastante revuelto, latas, cajas rotas caídas por el suelo, y manchas de sangre seca por todas partes. Habíamos entrado por la parte trasera, forzando con sumo cuidado la puerta de carga y descarga. Nada más abrir nos recibió una bofetada de aroma denso y nauseabundo, normal en un lugar donde hubo comida fresca. El olor hizo que se me saltaran las lágrimas y el estómago se diera la vuelta como un calcetín, pero afortunadamente también sirvió para ocultar nuestra presencia. Al principio nos extrañó que no se nos atacaran de inmediato, hecho para el que siempre estábamos preparados. Tardamos en comprender que nuestra fragancia a humano desapareció entre aquel caldo espeso de podredumbre. Carne, fruta, verduras y cadáveres llevaban muchos meses pudriéndose y el olor fétido nos enmascaraba, por eso los comilones no se habían percatado de que estábamos allí (como hacían siempre que entrábamos en alguna casa o edificio) y continuaban con su deambular absurdo, ajenos a su enemigo.

Y menos mal que fue así porque el número de ellos era el mayor con el que nos habíamos enfrentado hasta el momento.

Después del *apocalipsis* los lugares donde había comida se convirtieron en trampas mortales; y todo aquel superviviente que, desesperado por el hambre o la sed, se aventuró a entrar en alguno de ellos, terminó devorado o unido al ejército de las tinieblas. Por tanto era de esperar que el supermercado estuviera muy concurrido. Lo

que vimos confirmó nuestras sospechas. Llevábamos casi un mes realizando misiones en distintos sitios de la isla, pero en ninguno nos habíamos encontrado con tantos infectados. Había diez, quizá doce, un número excesivo para que intentáramos un ataque directo.

Lucas estaba a mi derecha, Clara (la mujer que rescatamos del cuartel de El Goloso y que se había revelado como una magnífica y templada luchadora) a mi izquierda, y poco más atrás Paco y Rafa, cubriéndonos las espaldas. Luna esperaba en la puerta, asegurándonos la salida rápida en caso de emergencia. Eva no estaba, había tenido que ir a asistir el primer parto. Julián tampoco, se encontraba escoltando a Antonio y a un equipo de ingenieros militares en el parque eólico.

Los echaba de menos.

Clara me dirigió una mirada interrogativa. Volví a observar por el teleobjetivo: demasiado arriesgado definitivamente. Con un gesto de la mano indiqué que nos largábamos. Paco y Rafa permanecieron en su posición mientras salíamos. Una vez estuvimos todos fuera respiré profundamente el aire puro de Menorca mientras veía cómo los demás hacían lo mismo, luego adoptamos la estrategia que tantas veces nos había funcionado. La primera en utilizarla fue Eva, en su casa de Madrid, para deshacerse del que fuera su padre. Consistía en atar una cuerda a unos treinta centímetros del suelo, de lado a lado de la puerta, luego se llamaba la atención de los infectados desde el exterior para que su ansia los distrajera lo suficiente, tropezaran al salir y abatirlos así más fácilmente.

Podría parecer sencillo, seis o siete hombres armados contra un puñado de seres estúpidos y desarmados, pero no lo era. Para detenerlos en seco había que volarles la cabeza y para ello era necesario apuntar bien; mirarlos directamente a la cara, no temblar cuando se apretaba el gatillo y mantener la calma si se fallaba y era necesario otro disparo. Hacer todo eso ya no era tan sencillo. De hecho era tan difícil que en la isla solo el Equipo de Combate se encargaba de hacerlo. Teníamos apoyo logístico durante las incursiones, pero cuando se trataba de entrar en una casa, una farmacia, un cuartel o un supermercado y eliminar a los infectados que había en su interior, estábamos solos.

Mirar a esas bestias a los ojos, y esperar hasta casi oler su aliento antes de disparar, requería poseer unas cualidades tan especiales como difíciles de definir. No era valor, ni ausencia de miedo. Más bien se trataba de responsabilidad. Alguien tenía que hacerlo, en definitiva. Y nosotros valíamos para ello.

Hacía un precioso día despejado de diciembre y, afortunadamente, teníamos el sol a la espalda. Paco se aseguró de que la cuerda quedara firmemente anclada. Nos colocamos en fila, a unos diez metros de la puerta. Luna se encargó de llamar la atención de los comilones. Golpeó la puerta de metal con la culata de su Smith and Wesson plateado y esperó hasta estar segura de que la habían visto en el umbral. Luego corrió, se situó en el centro de la formación y apuntó sujetando el arma con ambas manos.

—Vienen como locos —dijo con su vocecilla de *gominola*.

La puerta no era muy ancha. Saldrían de uno en uno, a lo sumo dos a la vez. Los que caían al tropezar con la cuerda quedaban para el final. El primero en morir debía ser el más rápido o el más feroz.

El silencio en una ciudad muerta es absoluto.

Llegó hasta nuestros oídos, nítido, ruido de pasos apresurados y de cosas cayendo al suelo. Las armas encaradas. Las culatas bien firmes contra los hombros. Todas las respiraciones contenidas. Ya estaban aquí. El primero en aparecer cayó aparatosamente, el que lo seguía terminó en el suelo también. El tercero pasó por encima de la cuerda y se lanzó directo al aroma de la carne fresca, la nuestra. Lo abatió Rafa, con un cartucho del doce, munición para cazar elefantes. El disparo fue perfecto y la cabeza del comilón estalló en mil pedazos. El cuarto en salir corrió la misma suerte. De los dos siguientes se encargó Paco. La misma arma, igual munición. Dos tiros certeros, dos infectados menos. No había forma de convencerles. Paco y Rafa se negaban a cambiar sus escopetas de dos cañones por rifles de asalto, por eso siempre disparaban primero, para que los demás les cubriéramos mientras recargaban.

Nos tocaba el turno por tanto. Lucas, Clara y yo tampoco fallamos. Tres rifles automáticos con el selector tiro a tiro acabaron con siete más. Luna, rodilla en tierra, eliminó a los dos del suelo antes de que se levantaran del todo.

Esperamos sin romper la formación. Cinco minutos era el tiempo acordado. Fue algo que aprendimos en Manzanares después de que al entrar en una casa de dos plantas y eliminar a los infectados, apareciera bajando las escaleras uno más que a punto estuvo de darnos un disgusto. Desde entonces lo llamamos «esperar al tardón». Casi siempre había uno que se presentaba a última hora a la fiesta, cuando parecía que todo había terminado. En aquella ocasión también fue así. Arrastrando una pierna descarnada y echando espumarajos sanguinolentos por la boca asomó «el tardón».

—No disparéis —dije—, este es mío.

Pasé el rifle a Lucas y caminé unos pasos hacia él. Me planté con las piernas abiertas, la izquierda ligeramente adelantada, y saqué la Bastarda. El comilón era feroz aunque lento, por eso me decidí a utilizar mi querida espada a dos manos. Seguía practicando con ella a diario y de vez en cuando me gustaba utilizarla en combate real. Las armas de fuego están bien, pero necesitan munición y se quedan sin ella en el momento más inoportuno, mi espada nunca. Armé el golpe y, cuando estuvo a la distancia adecuada, le corté de un tajo perfecto la cabeza y el brazo con el que intentó protegerse. La espesa sangre salió a borbotones de su cuello durante los segundos que permaneció en pie, salpicando mi cota de malla.

Catorce infectados quedaron tirados en la calle, catorce bocas menos que intentarían comernos. Faltaba revisar a fondo el interior del supermercado y asegurarnos de que fuese totalmente seguro antes de llamar a la gente de los camiones que esperaban un par de calles atrás, luego nuestro trabajo habría

terminado.

Podría parecer incongruente que unos civiles se encargaran del trabajo sucio, sobre todo teniendo en cuenta que en la isla se encontraban casi doscientos soldados profesionales, pero así era. El capitán Abreu tuvo que confiar en nosotros después de unas misiones desastrosas llevadas a cabo por sus hombres y en las que sufrió varias bajas. No quiso hacerlo al principio, cuando lo propusimos, pero al final los hechos nos dieron la razón, éramos mejores que sus hombres. Casi un año limpiando casas y tiendas en el pueblo de Manzanares nos había aportado una experiencia imposible de superar.

Sería difícil olvidar aquel primer día en la isla, cuando en el despacho del capitán comprobamos cómo la esperanza es un buen desayuno, pero una mala cena. Fue claro y nos puso al corriente. Sin tapujos el capitán nos habló de la situación mundial. Nos contó cómo la superpotencia norteamericana estaba confinada en Manhattan, poco más de 87 km² era todo lo que les quedaba a los orgullosos americanos. Nos enteramos de que tan solo unos pocos miles de humanos sobrevivíamos en la tierra, en lugares alejados de los continentes, escondidos en islas, sorteando nuestra desaparición definitiva. También nos leyó los últimos informes recibidos sobre el virus y nos mostró un mapa del mundo. Cuando le preguntamos qué significaban aquellas zonas sombreadas en rojo, colocó sobre la mesa un montón de fotografías obtenidas por los satélites espías que un coronel americano le proporcionaba. Lo hizo sin pasión, neutro, a veces con hastío, se notaba que las había mirado mil veces. Quedamos sorprendidos por unas en las se veían extensiones inmensas de terreno devastado producto de la radiactividad. El capitán nos explicó que los cientos de almacenes nucleares distribuidos por todo el mundo fueron los causantes. Durante las primeras semanas de la pandemia las centrales nucleares se apagaron siguiendo el protocolo de seguridad, pero los depósitos de combustible radiactivo eran otra cosa. Sin electricidad y agotado el combustible en sus generadores, fueron incapaces de enfriar las piscinas donde se mantenían controladas las barras de uranio y plutonio; el calor aumentó, volatilizó el agua y terminaron saltando en pedazos, extendiendo una nube invisible e infernal, convirtiendo miles de kilómetros cuadrados en cementerios radiactivos. Después de un año ningún animal quedaba vivo en aquellas zonas malditas, y así continuaría durante décadas. Solo las plantas y los árboles, cautivos de la tierra, permanecerían como testigos mudos de aquel desastre nuclear.

Las fotografías, en definitiva, revelaban con crudeza un mundo desolado, en ruinas, casi sin vida humana, propiedad en exclusiva de los infectados.

Al final decidimos quedarnos en la isla, a él le convenía y a nosotros también, por supuesto. Fuimos de farol y nos salió bien la jugada. De lo contrario no sé qué hubiésemos hecho.

De todo eso hacía más de un mes.

Debo admitir que se mostró comprensivo con nuestras peticiones. Quizá lo cogimos cansado después del combate del día anterior para recuperar Menorca, o nos

vio tan desesperados y salvajes que fue lo que creyó más conveniente. El asunto fue que salimos de su despacho relativamente satisfechos, aunque con una densa sombra sobre nuestras cabezas: el puto *Protocolo Renovatio*, un demencial manual de supervivencia en caso de desastre mundial escrito durante la guerra fría.

Cuando Eva escuchó al capitán explicar el plan para repoblar la tierra a costa de mantener a las mujeres en un permanente estado de gestación, tuve que sujetarla para que no se le tirara a los ojos y se los arrancara. Al final también en eso conseguimos un buen trato, motivado sin duda por la presencia de nuestras dos embarazadas. A las mujeres de nuestro grupo no se las presionaría para que recibieran la semilla del futuro de la humanidad, de momento serían libres de decidir. Eso dijo el capitán, «de momento». A Eva le crecieron los dientes mientras le oía.

Los primeros días ayudamos en la limpieza del campo de batalla. No fue agradable recoger y enterrar miles de cuerpos mutilados, pero era absolutamente necesario hacerlo; y hacerlo rápido, antes de que se pudrieran convirtiendo la isla en un lugar inhabitable. Las excavadoras trabajaron día y noche, abriendo profundas zanjas donde arrojamos aquellos despojos que alguna vez fueron seres humanos. Luego los quemamos con gasolina y finalmente los cubrimos con arena. Más de cuarenta mil cuerpos que nadie lloraría quedaron sepultados en menos de una hectárea. Fueron unos días muy duros y desagradables durante los cuales convivimos con los soldados en la fortaleza, ocupando una amplia habitación vacía, durmiendo sobre colchones en el suelo, sin higiene ni comodidades. No nos quejamos. Estuvimos a punto de caer en el infierno antes de escapar de milagro del castillo de Manzanares, y el purgatorio nos pareció maravilloso. Nunca nos deshicimos de nuestras armas; ni el capitán nos lo pidió, ni nosotros lo habiéramos consentido.

El capitán Abreu era un militar autoritario y cuadrado, obsesionado con el orden e inflexible con las faltas de disciplina, pero también era un hombre práctico y juicioso que no dudaba en aprovechar una buena baza cuando se le presentaba, y nosotros fuimos esa baza.

Después del acuerdo con él nuestra situación cambió. Decidimos vivir fuera de la fortaleza de La Mola, más allá de la línea defensiva. No todos. Los tipos que rescatamos del cuartel se quedaron con los soldados, no los extrañé ni por un segundo. Patri tampoco vino con nosotros, prefirió la compañía del resto de mujeres embarazadas (todas jóvenes soldados), y se trasladó a la isla del Lazareto. Fabián también se quedó allí; su estado de salud era muy delicado y decidimos que, al menos durante algún tiempo, ese sería el mejor lugar para recuperarse, luego lo quería junto a mí, sin duda. El resto de los antiguos habitantes del castillo no quisimos dejar pasar la oportunidad de experimentar la sensación de libertad y nos adentramos en la isla a pesar de ser menos segura. Elegimos una urbanización de chalets de lujo frente al puerto de Mahón y comenzamos a vivir con la absurda sensación de que todo seguía como antes de la pandemia.

Eso fue más o menos a los diez días de estar en la isla, cuando todos los

cadáveres quedaron enterrados y comenzamos a encargarnos de las misiones. Durante ese tiempo también se buscaron supervivientes. Después de un reconocimiento con el helicóptero a baja altura que confirmó que las ciudades y pueblos estaban vacíos, un camión con megáfono recorrió la isla anunciando nuestra presencia, invitando a salir a cualquiera que aún quedara con vida. Nadie lo hizo. Solo los espectros dentro de los edificios respondieron a la llamada con sus gritos guturales.

La primera misión del Equipo de Combate fue tomar el ayuntamiento para limpiarlo y que luego los hombres del capitán Abreu se hicieran con toda la documentación posible: ordenadores, discos duros, archivos... Nadie sabía nada de la isla y necesitábamos conocerlo todo. Fue coser y cantar. Solo tuvimos que encargarnos de dos infectados con mono azul, antiguo personal de mantenimiento probablemente. Hubiera sido una coincidencia asombrosa que la mutación sorprendiera a algún concejal en su puesto de trabajo, más probable que lo hiciera en su casa o en su barquito, sin duda.

Una vez estudiada toda aquella información obtuvimos datos vitales sobre red eléctrica, abastecimiento de agua, listado de tiendas, emplazamiento de cuarteles, granjas, cultivos..., de todo. Pudimos saber que en la isla, además de cisternas y aljibes construidos por el hombre, había un acuífero que formaba un gran depósito natural con el agua procedente de la lluvia que se filtraba en el terreno. El agua no sería un problema nunca. También nos enteramos que había registradas 19.475 cabezas de ganado bovino, 7.396 de cerdos y 2.232 de cabras. De todas ellas encontramos milagrosamente 34 vacas, 6 terneros, 18 cerdos, 86 cabras y 4 caballos, casi todos refugiados en el Parque Natural de s'Albufera des Grau. Era una cantidad más que suficiente para abastecer de leche a todos los que estábamos en la isla y, debido a la elevada proporción de hembras, en poco tiempo también de carne. Limpiamos un par de granjas y, soldados voluntarios con espíritu rural, ayudados por Sergio el enólogo y por Andrés el ingeniero agrónomo, las pusieron en marcha. Se ocuparon de los animales y plantaron todo tipo de verduras y hortalizas. En unos meses tendríamos la primera cosecha. El fluido eléctrico también quedará resuelto gracias al parque eólico de Es Milá; formado por cuatro aerogeneradores que proporcionan 800 KW de potencia cada uno, serán capaces de abastecer de electricidad a unas dos mil viviendas. En ponerlos en funcionamiento trabajan los ingenieros militares y Antonio, nuestro albañil polivalente. Si todo va bien pronto dispondremos de luz. La Mola tiene su propia electricidad suministrada por energía geotérmica, pero para los que vivimos fuera será una bendición poder volver a contar con las comodidades del viejo mundo.

Eva y Julián enseguida hicieron valer sus conocimientos de medicina y compaginan las misiones con la atención al personal, sobre todo a las mujeres embarazadas, para ellas todo cuidado es poco. Había treinta y seis gestantes que vivían en la isla del Lazareto (el lugar más seguro de Menorca) junto a los compañeros que habían elegido para que fuesen los padres de sus hijos. Todos los

días Eva y Julián se desplazan al Lazareto y pasan consulta a las jóvenes, les suministran complejos vitamínicos y comprueban que todo vaya bien. Disponen de un ecógrafo y de un montón de aparatos más que sacamos de un hospital. No les falta de nada. Según el capitán ellas son lo más importante del mundo, quizá tenga razón. Eva, al principio, venía mala de rabia después de verlas. No podía soportar la idea de pensar que habían sido si no obligadas, sí presionadas para tomar pareja y dedicar su vida a traer hijos a un mundo como aquel. Luego cambió la rabia por un sentimiento de ternura y terminó por desear, cada día, el momento en que realizaba la visita. Ella no me lo dijo, yo lo noté.

Ahora disfruto viendo la expresión de felicidad en su rostro cada vez que vuelve del Lazareto. Quizá sea la certeza de que está ayudando a evitar la extinción de la raza humana lo que le hace sentir así, o el instinto maternal del que tanto se habla. Yo lo atribuyo, simplemente, al olor a vida de una embarazada.

En Cala Rata también tenemos dos embarazadas: Anabel y Ruth, la peluquera. Y tanto Julián como Yago están locos de contentos con su próxima paternidad. A mí me basta con Luna, pero no puedo dejar de pensar que tal vez el reloj biológico de Eva se esté poniendo en marcha y eso me inquieta.

Llevamos poco tiempo en Menorca y aún es pronto para pensar en el futuro. De momento nos apañamos bien. Tenemos armas y munición, comida, agua y un lugar relativamente seguro. Qué más podemos pedir teniendo en cuenta los tiempos que corren.

El trabajo esperaba.

Volvimos al interior del supermercado. Nos mantuvimos alerta a pesar de que aparentemente habíamos acabado con todos los comilones. Era algo en lo que siempre insistía, en no bajar nunca la guardia. Quizá por ello, por mi obsesión por la seguridad y mis dotes innatas para la estrategia, el Equipo de Combate me reconoció como líder. Nunca se habló, no fue algo que acordáramos, simplemente fue el resultado de la práctica.

Recorrimos los pasillos atentos a cualquier movimiento, al más leve sonido. Costaba respirar sin que de inmediato tuvieras ganas de vomitar. Incluso te picaban los ojos del denso olor putrefacto. Los infectados habían acabado con la práctica totalidad de los alimentos que se encontraban en blister, tetrabrik o cajas de cartón, pero no tocaron las latas. Tampoco los productos de limpieza ni de higiene personal, por supuesto; como champú, gel de baño, pasta de dientes, papel higiénico..., cosas que ya empezaban a escasear y que nos vendrían muy bien. Abrimos unos milímetros las cámaras frigoríficas, fue suficiente, apestaban. Forzamos la puerta del almacén y lo encontramos lleno hasta los topes. Allí mismo abrimos una botella de buen vino y celebramos nuestra pequeña victoria. Llenaríamos tres camiones, un buen botín.

—Vámonos —dije—, esto está limpio.

Todos habían salido ya del almacén cuando algo en una esquina, detrás del mostrador de lo que fue la panadería, me llamó la atención.

—Esperad un momento.

—¿Qué pasa, Carlos? —preguntó Clara.

No contesté. Levanté el arma y caminé con sigilo. Pasé entre dos estanterías y me asomé al otro lado del mostrador. Me siguieron alertas, sin decir ni pío. Sabían perfectamente cuándo hablar y cuándo callar. El rincón estaba oscuro, pero el volumen que me pareció ver se confirmaba ahora más nítido: parecía una cabeza. Encendí la linterna que llevaba acoplada al rifle y la luz descubrió una escena macabra y perturbadora.

—¡Dios mío! —exclamó Rafa.

Formando una pequeña pirámide había un montón de huesos apilados, y lo que me pareció una cabeza humana no era sino un cráneo pelado. Encontramos veintidós más. A los huesos no les quedaba ni el más mínimo resto de carne o tendón y algunos estaban roídos hasta el tuétano. Ninguno parecía reciente. Aquellos pobres desgraciados debieron morir hacía mucho, pero aún seguían devorándolos.

—¿Qué significa esto, Carlos? —preguntó Lucas.

No era la primera vez que entrábamos en algún sitio a limpiar y nos encontrábamos cadáveres devorados por los comilones, pero nunca algo como aquello. Jamás tantos y ordenados así. Me recordó a la despensa de un gran depredador y sentí escalofríos.

—Ni idea —respondí—. Salgamos de aquí ya.

No hablamos mientras esperamos a los camiones, simplemente permanecemos de pie, junto a la puerta del supermercado, a pocos metros de los infectados que habíamos abatido, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El ruido de los motores nos sacó del trance.

—Ya están aquí —dijo Paco.

De los camiones bajaron un montón de soldados con las armas a punto. Parecían nerviosos, siempre lo estaban. Esta vez los mandaba un tal sargento Moya, un tipo de mediana edad, bajito y con una gran barriga, que siempre sudaba como un cerdo. Los soldados nunca eran los mismos dos veces seguidas, se turnaban para darnos apoyo, los suboficiales que los mandaban tampoco. El sargento se dirigió hacia nosotros sin dejar de mirar a todos lados.

—¿El lugar está asegurado?

—Buenos días, sargento —dije. Pareció confundido, luego bajó el arma y se relajó un poco contagiado por nuestra actitud.

—Buenos días. ¿Cómo os ha ido? —dijo levantándose un poco el casco.

—Ya lo ve —respondí señalando la calle llena de cadáveres—. No tienen de qué preocuparse, el supermercado es seguro siempre y cuando se tapen la nariz.

—Cojonudo —dijo forzando una sonrisa—. Ya habéis oído, todo el mundo dentro —ordenó a los soldados.

Una hora después los camiones estaban cargados. Echamos una mano para agilizar las cosas y largarnos de allí lo antes posible. Los cadáveres fueron

amontonados y quemados con gasolina. Al día siguiente volverían otros soldados y se llevarían los restos para enterrarlos. Siempre se hacía de esa manera, no era cuestión de dejar despojos calcinados en cada rincón de la isla.

Eran cerca de las dos cuando montamos en nuestra furgoneta tuneada y, siguiendo a los camiones, nos dirigimos a La Mola.

La zona de combate donde la fragata acabó con más de cuarenta mil infectados parecía un solar. Nada había crecido allí. Aún se apreciaba la tierra calcinada y los impactos de las decenas de misiles. Atravesarla siempre me producía una extraña sensación y no podía evitar que me vinieran a la cabeza imágenes de miles de cuerpos pudriéndose bajo la tierra, de millones de gusanos devorando la carne infecta de muertos que nadie recordaría, que desaparecerían sin que nadie derramara una sola lágrima por ellos. Una tumba inmensa de olvidados.

Enseguida vimos la línea de defensa.

El capitán Abreu era un admirador de Julio César y un estudioso de la *poliorcética*, el arte de atacar y defender las plazas fuertes, y en eso los romanos fueron unos fenómenos. Por eso los trabajos de aseguramiento de la fortaleza continuaron después de que todo quedara limpio de cadáveres. Tenía tiempo y un montón de hombres desocupados y decidió hacer bien las cosas, al estilo romano. Decía que los antiguos estrategas aseguraban que a veces para ganar una batalla era más importante la pala que la espada, y por eso mandó cavar dos franjas paralelas de seis metros de ancho por tres de profundidad a lo largo de toda la línea de defensa, ampliar el terraplén con la tierra sacada y colocar una empalizada, al más puro estilo del antiguo imperio. Tan solo dejó una entrada a La Mola. Reforzó el lateral de un autobús con chapas de acero y lo utilizó como puerta corredera que permitía el acceso desde la única carretera que comunicaba la fortaleza con el resto de la isla. Completó la defensa con dos torres de vigilancia de diez metros de altura construidas con andamios y provistas de focos y ametralladoras pesadas. No quedó satisfecho hasta que veinte soldados, escogidos personalmente de entre aquellos ochenta que defendieron la fortaleza en primera línea, se ocuparon de la vigilancia.

Aquellas medidas eran excesivas, sin duda. Es verdad que en la isla aún quedarían unos cincuenta o sesenta mil infectados, pero estaban encerrados en casas o edificios y difícilmente podrían salir todos juntos y volver a formar una ofensiva como la de aquella noche. Aún así debo reconocer que hizo un buen trabajo y que la barrera infranqueable daba tranquilidad a los nuevos habitantes de Menorca. No a nosotros, que vivíamos extramuros, claro. Tal vez era una locura, pero decidimos que nuestro día a día fuera lo más parecido a antes del desastre y dentro de la fortaleza eso no sería posible. Sabíamos que corríamos riesgos, nosotros mejor que nadie, pero nos compensaba el hecho de despertarnos cada día en la habitación de una casa normal, desayunar en una cocina normal, y salir a contemplar el nuevo día rodeado de casas normales. Bueno, no tan normales, habíamos elegido unos chalets de puta madre. Las antiguas viviendas de pescadores se habían reformado hacía tiempo y convertido en

casas de veraneo para los habitantes de la isla, sobre todo para famosos de todas partes del mundo. Se encontraban repartidas en las distintas calas de la ribera norte del puerto de Mahón como Cala Rata, Cala Deslinde, Sant Antoni y Cala Longa. Tenían jardín, piscina y muchas hasta embarcadero propio. Pertenecieron a la élite, gente de pasta: cantantes, presentadores y hasta mafiosos, seguro. Ahora eran nuestras.

El sargento Moya se bajó del camión y dio el parte a los dos soldados que montaban guardia en la garita de madera fuera de la empalizada. Era su obligación informar de cualquier incidencia y, por supuesto, si llevábamos algún herido. Después de que el capitán Abreu o en su defecto el alférez Galera diesen el ok, el autobús reforzado se ponía en marcha y dejaba libre la entrada a La Mola.

Las murallas de piedra nos recibieron. Los camiones aparcaron frente a la puerta de la Reina, entrada principal de la fortaleza. El cielo estaba despejado y el sol calentaba de lo lindo. No se veía a nadie trajinando en el exterior, aquello era un solarium. La gran puerta se abrió y un pelotón de soldados en traje de campaña salió sin demasiado entusiasmo.

—¿Os pesan los güevos o qué? —gritó el sargento—. Quiero los camiones descargados y el material contabilizado para ayer.

Esta vez no echamos una mano, nos mantuvimos a distancia para no estorbar mientras esperábamos al capitán. No nos gustaba mucho aquel lugar y estábamos el tiempo imprescindible, lo justo para dar novedades y cargar nuestra parte del botín, eso era algo que se llevaba a rajatabla. Una vez anotado todo el material conseguido y sus cantidades exactas, un quince por ciento era para el Equipo de Combate, otro diez por ciento para «los malditos», y el resto se quedaba en la fortaleza. Nadie registraba nuestra furgoneta, por supuesto, y no siempre esos porcentajes eran tan exactos.

Antes de que el recuento de víveres terminara, el autobús/puerta volvió a dejar franca la entrada y por ella apareció el pequeño camión refrigerado que traía el pescado. No sé cómo se enteraban cuándo volvíamos de nuestras misiones, pero en cuanto llegábamos a la fortaleza ellos no tardaban mucho en hacerlo después. Aprovechaban el viaje para traer su carga diaria y llevarse lo suyo. Seguro que tenían a alguien vigilando la carretera; eran listos, no estarían vivos de no haberlo sido.

Afortunadamente el asunto de la comida no sería un problema en la isla. Teníamos suministros para varios meses, suficientes hasta que se pudiera recoger la primera cosecha. Mientras, nos apañábamos con conservas, leche, legumbres viejas y complejos vitamínicos. Y pescado fresco, mucho pescado fresco.

El primero en bajarse del camión fue Kamil, seguido de su hijo Fael y de un par de jóvenes más. Saludó con la mano a los soldados sin dejar de exhibir una sonrisa perfecta, y se dirigió hacia mí.

—Salam aleikum.

—Aleikum Salam —respondí.

—Parece que hoy propicio día, amigo —dijo señalando el montón de comida que

se estaba apilando junto a los camiones.

—Sí —contesté mientras le estrechaba la mano.

—Alá es grande y siempre provee.

—Bueno, nosotros también hemos hecho nuestra parte —dije y él sonrió.

—¿Muchas almas perdidas?

—Catorce —contesté.

Me sorprendía el respeto con el que Kamil se refería a los infectados, «almas perdidas» los llamaba, y tenía razón, eso eran más que otra cosa.

—Hoy hermoso día y mucha comida, mejor no entristecerse amigo Hossam.

—Claro.

Hossam significa «espada» en árabe y así me llamaba. Era marroquí, de mediana estatura, pelo muy corto, delgado, moreno de piel, grandes ojos inteligentes y una sonrisa embaucadora. Su hijo Fael era su viva imagen. Al poco tiempo de declararse la pandemia huyeron de Marruecos en un viejo barco de pesca. Después de algunas semanas anclado frente a las costas de Marruecos recogiendo náufragos y moribundos en botes, se decidió por levar anclas y probar suerte en Menorca. Estuvo en España de joven trabajando en el puerto de Mahón como descargador y conocía la isla. Llegaron antes de que lo hiciera la fragata Cristóbal Colón y, como encontraron Menorca como la encontraron, se refugiaron en el único sitio que estaba deshabitado, un islote del tamaño de un campo de fútbol situado en el interior del puerto de Mahón, cerca de la isla de Lazareto: la isla Plana, antiguamente llamada isla de la Cuarentena. Los ingleses instalaron allí, en el siglo XIX, el primer lazareto de Menorca; un lugar donde iban a parar los infectados de viruela, tifus o demás enfermedades contagiosas que llegaban en los barcos, permaneciendo en ella sin poder entrar en la isla hasta curarse o pasar a mejor vida. Llevaba abandonada desde hacía muchos años. Cuando desembarcaron solo encontraron un edificio rectangular medio derruido perteneciente a unas antiguas instalaciones de la armada y poco más.

Me contó que cuando vio la fragata con bandera española aproximarse con viento fuerte de levante, le vino a la cabeza el asunto de Perejil y, antes de que hubiera malentendidos, se presentó al capitán y le pidió permiso para quedarse. Este no le puso problemas y llegó a un acuerdo con él: pesca a cambio de otras cosas de primera necesidad. Y allí sigue, en la isla de la Cuarentena, acompañado por otros dieciocho hombres, veintidós mujeres, seis niños y otros cuatro en camino. Felices y sanos como manzanas. Los intentos del capitán por integrarles son inútiles, nadie es capaz de hacerles salir de ese pedazo de tierra.

Al capitán Abreu no le gusta que sus hombres los llamen «los malditos», a ellos sin embargo no les importaba. Así se presentaron el día que fui con el Equipo de Combate a su islote: «Somos los malditos», dijeron con orgullo.

—¿Buena pesca, Kamil?

—Oh, sí, pocos barcos ahora.

—No tenéis competencia, todo el mar para vosotros.

—Demasiado tranquilo. Me preocupa.

—Lo peor ha pasado ya.

—«Ten fe en Alá, pero cierra la puerta con llave» —dijo. Se giró y señaló la línea de defensa.

Tenía razón, estábamos aún muy lejos de poder decir que todo había terminado.

Fael agarró a su padre del brazo y le dijo algo en voz baja. Kamil escuchó y luego le respondió en árabe, levantando el tono, parecía enfadado. Fael volvió a hablar sin inmutarse. Kamil movió la cabeza negando. «Por favor, padre», dijo finalmente Fael.

—Mi hijo quería decirte algo —su sonrisa había desaparecido de su rostro.

Fael era un adolescente de dieciséis años, alto, guapo y de una educación exquisita. Se giró y habló sin mirarme a los ojos, con los brazos pegados al cuerpo.

—Para mí sería un gran honor estar en Equipo suyo, luchar junto a Hossam —dijo en un español bastante correcto que había aprendido de su padre.

Kamil me miró y negó con la cabeza. Sus ojos intentaban trasmitirme, con una intensidad abrumadora, toda la preocupación y el amor de un padre por un hijo, y también su respeto. Supe interpretar.

—Veamos —dije y le ofrecí la mano para que la cogiera.

El joven se lanzó al reto como a una prueba divina. Forcejamos en un pulso durante unos segundos, luego solté su mano.

—Eres fuerte. ¿Sabes manejar un arma?

—No, señor, pero aprender rápido.

—Seguro que sí. Para unirse a nosotros solo hacen falta dos cosas: la primera es querer hacerlo, y esa ya la tienes; la segunda es servir para ello, y eso habrá que verlo. Te voy a decir lo que haremos —los ojos del joven se abrieron hasta lo imposible—. De momento practicarás con nosotros una vez a la semana, luego ya veremos.

Kamil soltó el aire y una sonrisa nerviosa asomó a su rostro.

—Gracias, Hossam —dijo Fael inclinando un poco la cabeza.

—Ahora vete a descargar el pescado —le instó Kamil.

El muchacho salió corriendo, sus pies flotaban sobre la arena de La Mola.

—No querría perder a mi hijo, pero tampoco que se sienta un cobarde.

—Yo puedo ser un profesor muy duro y el curso alargarse eternamente —dije para tranquilizarlo.

Kamil se despidió con una sincera mirada de gratitud y una leve inclinación de cabeza.

Mientras estuve hablando con Kamil, mis compañeros se habían ocupado de elegir unas buenas piezas de pescado que ya tenían cargadas en la furgoneta, y esperaban apoyados en el capó o sentados en el suelo.

—Marchaos, yo hablaré con el capitán. Regresaré con Eva y Julián cuando vuelvan del Lazareto.

—Vale —dijo Luna levantándose del suelo y dirigiéndose al interior del vehículo.

Los demás la siguieron.

Luna me llamó asomando la mano a través de la ventanilla.

—Julián está allí —dijo señalando los camiones—. A Eva no la he visto.

Busqué hasta que lo reconocí, hablaba con el sargento Moya.

—Nos vemos en casa.

—Vale —añadí y me despedí de Luna y del resto del Equipo.

Iba a buscar a Julián cuando el capitán Abreu apareció. Tan pulcro y marcial como siempre, me saludó correctamente y me pidió novedades. Le conté someramente nuestra incursión y él escuchó sin decir palabra.

—Entonces todos bien, ninguna baja, estupendo.

—En el supermercado descubrimos algo —añadí y le relaté el encuentro con el montón de huesos pelados.

Después de meditar unos segundos y de tocarse la barbilla intervino.

—Interesante, un signo de inteligencia. Se lo comunicaré al coronel O'Brian.
¿Algo más?

—No.

Se quitó la gorra y se pasó la mano por su escaso pelo. Algo le rondaba la cabeza.

—¿Cuánto se tardaría en limpiar la isla entera? —me preguntó finalmente.

—¿Nosotros solos?

—No, con todos mis hombres.

—Meses.

—Meses —repitió pensativo—. Y sin duda habría bajas. Manhattan lograron limpiarla por completo, pero perdieron doscientos hombres.

—Vaya, con unas cuantas victorias más como esa pronto no quedarán humanos sobre la tierra.

—Entonces, ¿qué opina?

—No sería fácil. Morirían hombres. Olvídelo, de momento nos apañamos bien así.

—Quizá tenga razón. Por cierto, ¿sabe que desde hoy somos uno más?

—Una buena noticia —respondí.

—Sin duda: «*Un bebé representa la opinión de Dios de que el mundo debe continuar*».

—Bonita frase, ¿es suya? —dije sorprendido.

—No. Buen trabajo en el supermercado —sentenció. Me estrechó la mano y se fue como había llegado, marcial y a buen paso.

No hizo falta que fuera a buscar a Julián, cuando quise darme cuenta ya me estaba dando una colleja y un puñetazo, de los que él consideraba cariñosos, en el estómago.

—¡Qué pasa cabronazo! Me han contado que hoy os habéis cargado a catorce de esas bestias.

—Así es. Preguntaron por ti, parecían amigos tuyos, pero como no entendimos bien lo que querían les volamos la cabeza.

—Joder tío, ha debido ser de coña.

—No ha estado mal. ¿Y vosotros?

—De puta madre. Tres kilos novecientos gramos. Un niño sano como una rosa y con unos huevos como pelotas de pin-pon.

—¿Y la madre?

—Los dos bien. Un puto milagro. No veo el momento en que nazca el mío. Tenías que haber visto a Eva, se le caía la baba también.

De pronto se calló, como si hubiese dicho algo inapropiado. No entendí.

—¿No está contigo? ¿Se ha quedado en el Lazareto? —pregunté.

—No, no. Se marchó hace rato, dijo que estaba cansada. Yo quería hacer un par de cosas por aquí y no quiso esperar.

—Ya.

—La llevó el alférez Galera —añadió y me observó entornando los ojos. Una actitud nada sutil.

—¿Qué pasa, Julián? ¿Me quieres decir algo?

—¿Tienes un minuto?

—¿Pero con quién te crees que estás hablando, con un ministro? Claro que tengo un minuto, todos los minutos del mundo.

—Vale, Carlos, vale. Escucha, pero no te molestes por lo que te voy a decir.

—Dale, tío, dale.

—Ok. ¿Entre tú y Eva va todo bien? —me preguntó finalmente echando la cara un poco para atrás, como para evitar una arremetida.

—De puta madre, va de cojones, no puede ir mejor. ¿Por qué lo dices?

—Ah, entonces no tienes de qué preocuparte.

—Preocuparme de qué.

—Bueno, es bastante evidente.

—Si no desembuchas de una puñetera vez voy a sacar la espada y te voy a rebanar las pelotas.

—El alférez Galera va a saco a por Eva, pero si me dices que entre vosotros la cosa va viento en popa..., pues nada, me callo y punto.

—Pues claro que va bien... ¿Y dices que va detrás de Eva?

—Babeando como un perro, pero con clase. No veas cómo la trata, con qué sutileza le manda recaditos, y cómo la mira con esos ojitos suyos almendrados. No parece que le tire los tejos, nunca pierde la compostura, pero a mí no me la da y estoy seguro de que Eva también lo ha notado.

—No lo has hablado con ella, claro.

—Ni de coña.

—Bueno, no creo que sea el primero ni el último al que le guste Eva.

—Por supuesto, aunque este mocetón uniformado juega en la división de honor. Le dirigí una mirada asesina.

—Pero si me dices que entre Eva y tú va la cosa de puta madre... pues ya está —

se apresuró a añadir poniendo las manos por delante.

—Anda, volvamos a Cala Rata.

Nos fuimos en el *quad*, una preciosa máquina que Julián encontró en el garaje de un chalet. No abrí la boca durante el trayecto, bastante tenía con evitar la duda maldita que ese cabronazo me había metido en la cabeza.

3. EL LIBRO

El capitán Abreu se sentía más cómodo en la fragata que en su despacho de La Mola. Había sido marino toda su vida, igual que lo fuera su padre y antes su abuelo. Añoraba el mar abierto, navegar y perder la mirada en el horizonte de agua. El papeleo, los informes y los asuntos de intendencia, le aburrían extraordinariamente y notaba como si se ahogara entre aquellos muros de piedra. Sin buscarlo había caído sobre sus hombros una responsabilidad enorme, un trabajo para el que no servía. Él era feliz en el puente de mando, apoyado en la borda de un barco, sintiendo la brisa salada en el rostro. En tierra se marchitaba como una flor cortada.

A pesar de todo se sentía satisfecho por cómo iban las cosas en la isla. En un par de meses tendrían la primera cosecha, el suministro de agua estaba restablecido y la electricidad muy pronto. Las necesidades básicas estaban más que cubiertas, y el orden y la disciplina reinaban entre sus hombres y el resto de los habitantes. Ya no había amenaza de infectados, al menos en grandes cantidades, y gracias a aquellos tipos del castillo no les faltaba de nada. Una nueva generación de habitantes se gestaba sin problema en la isla de Lazareto, y todos, poco a poco, iban olvidando el desastre y miraban al futuro.

Se preguntaba cuándo sería el momento oportuno de retirarse y dejar el mando a un civil, si realmente debía hacerlo. Había hombres y mujeres muy capaces en la isla; gente corriente, antes de la pandemia, que había revelado un potencial sorprendente al encontrarse en dificultades; gente honesta, valiente, responsable. Personas dispuestas a darlo todo por los demás. A ellos les correspondería dirigir la nueva España, pensó, si es que podía volver a llamarse así alguna vez. En ese momento le vino a la cabeza el grupo de marroquíes y aún cobró menos sentido lo de nueva España. Él era un patriota, pero también un hombre inteligente, y sabía que eso era lo de menos. Ya no existían las naciones, ni los estados, ni los pueblos. Ahora eran palabras vacías. Solo quedaban supervivientes sin nacionalidades, viviendo juntos en pequeños trozos de tierra, compartiendo las cosas realmente importantes. Y así continuaría siendo durante mucho tiempo.

Había dos cosas que le incomodaban poderosamente. Una era saber que miles de infectados ocupaban los edificios de la isla (cosa que de momento no tenía remedio), la otra la había resuelto esa misma mañana después de hablar con el coronel O'Brian. Durante una conversación que empezó rutinaria, el coronel le había confesado que su *Protocolo Renovatio* hacía semanas que yacía en la papelera.

—Cumplió su cometido amigo Abreu, pero ahora hay que dejar que la vida continúe y se abra camino por su cuenta.

Su protocolo estaba arrinconado en una estantería, bajo un montón de papeles. Después de ver al primer recién nacido y observar la cara de felicidad de su madre, lo

odió profundamente y lo quitó de inmediato de encima de su mesa. ¿Quién es nadie para decir cuando una madre tiene que traer un hijo al mundo?, pensó, la vida es sabia, actúa y es sagrada su decisión. Se sentía responsable de haber alterado el orden natural de las cosas y aquella felicidad que vio en el rostro de la joven madre no la pudo compartir. El instinto, la necesidad de vivir y ser feliz, hubieran sido suficientes. Ese maldito manual le había privado de disfrutar totalmente de aquel momento único. Por eso decidió olvidarse de él esa misma mañana, y por eso se dibujó una sonrisa en su rostro cuando oyó al coronel decir que él había hecho lo mismo.

Después de volver de Lazareto y hablar con Carlos dio una vuelta por la fortaleza. Conscientemente retrasó el momento de encerrarse entre cuatro paredes. Finalmente fue a su despacho, se recostó en el sillón y perdió la mirada sin prestar atención al informe sobre el contenido de los camiones que tenía en la mesa. Prefirió recordar la imagen que había visto e interpretado, la que le impactó mientras se acercaba a Carlos y pasaba por delante del Equipo de Combate. Llevaba meses tomando notas en una especie de diario que soñaba transformar algún día en un libro, cumpliendo con ello un deseo que siempre tuvo. Se levantó, cogió el cuaderno grueso de pastas marrones y escribió:

«Siempre que volvían de alguna misión, vestidos con su extraña indumentaria, oliendo a pólvora y cubiertos de sangre, eran observados con recelo por los soldados; y solo aquellos que realmente sabían mirar a los hombres e interpretar sus gestos los saludaban con admiración y respeto, porque comprendían que estaban viendo guerreros».

Releyó varias veces y quedó satisfecho. Dejó el bolígrafo sobre la mesa y cerró los ojos. Tal vez algún día lo termine, pensó, y alguien, si la humanidad sobrevive finalmente, lo lea con el deseo de conocer lo que realmente pasó. Si así fuese, no querría que el temple y la valentía de aquellos hombres corrientes se olvidaran. Era imprescindible recordarlos para siempre jamás.

Estaba a punto de abandonar el despacho para ir a comer cuando sonó la radio.

—Señor, soy el soldado de primera Romeo desde la Cristóbal Colón.

—¿Qué pasa, soldado?

—Hay una llamada urgente para usted.

—¿De quién?

—No se lo va a creer, señor, llaman desde La Moncloa.

4. EL BÚNKER

Después de hablar con el capitán Abreu no pudo contener el entusiasmo. Se sintió exultante. Gritó y saltó de alegría como un poseso, y por un instante se olvidó del olor nauseabundo.

Por fin podría salir de aquella cripta en la que llevaba encerrado más de un año.

Samuel Santos era analista de sistemas. Uno de los cuarenta funcionarios entre médicos, guardias y técnicos informáticos que a diario trabajaba en La Moncloa. Su cometido, al igual que el de sus compañeros, consistía en ayudar a dar una rápida respuesta ante una posible crisis en la que la nación corriera peligro.

Y lo hacían en el búnker.

Excavado muchos metros bajo el palacio fue construido a conciencia. Empleando la más moderna tecnología y con muros de hormigón de tres metros, costó una fortuna. Se accedía a él a través de uno de los edificios administrativos. Después de atravesar un largo túnel repleto de puertas falsas se llegaba a un ascensor y a unas escaleras que conducían a la planta 0, la más superficial de las tres de que disponía. En ella se encontraban los despachos de los jefes militares de los tres ejércitos y de los miembros del gobierno, una sala de reunión, un plató de televisión, un hospital con UVI preparado para un eventual ataque bacteriológico, una sala de mapas y, lo más importante de todo, un superordenador capaz de centralizar las comunicaciones con el resto de unidades militares del país. Debajo estaba la planta -5, que acogía al personal civil. Tenía una sala de reuniones con biblioteca y archivo, otra para traducción simultánea y una sala de proyección. También albergaba las habitaciones (a todo lujo para las autoridades y más modestas para el resto), la cocina, una cafetería restaurante y unas inmensas cámaras frigoríficas donde se guardaba la comida. Situada a casi treinta metros de la superficie, la planta -10 era la más profunda y austera. En ella se encontraba la sala de ordenadores, un gimnasio, la lavandería, un taller mecánico, los almacenes y las habitaciones para el personal permanente. Entre miembros del gobierno, funcionarios, altos mandos militares y familiares, podían convivir cómodamente doscientas personas y subsistir durante meses. Estaba diseñado para trabajar de una manera autónoma, absolutamente independiente del exterior. Disponía de calderas, aire acondicionado, fosa séptica y hasta una potabilizadora que trataba el agua obtenida de dos pozos excavados a doscientos metros de profundidad. Unos inmensos depósitos de gasoil para el caso de apagón eléctrico (como sucedió), suministrarían al complejo la energía necesaria para que todo funcionara durante meses. También disponía de una armería bien abastecida con las armas más modernas, y un pequeño cementerio que contaba con unos cuantos

nichos.

Habían pensado en todo cuando lo construyeron, en todo menos en el *Fubarbundy*.

Antes de la pandemia aquella faraónica construcción hacía años que no era utilizada por ningún presidente de gobierno y languidecía en el olvido. Aún así se mantuvo en funcionamiento y, siguiendo un estricto protocolo, se renovaba la comida cada dos meses.

A pesar de su casi nulo uso, el personal que allí trabajaba no podía ser cualquiera. Eran fichados por el Departamento de Infraestructuras y Seguimiento para Situaciones de Crisis (DISSC), órgano que dependía directamente del ministerio de la Presidencia, y su elección no se hacía al azar. Los candidatos debían superar un escrupuloso filtro que solo pasaban los mejores y, sobre todo, los más discretos.

En un principio, Samuel se felicitó cuando fue destinado al CITA (Centralización de Instalaciones Técnicas Auxiliares), convertido en un «bunkero» como llamaban al personal fijo. Le esperaban buena paga y poco trabajo, pero después de cinco años bajando cada día a las profundidades de la tierra, ya no estuvo tan seguro de que fuera el puesto de su vida. Brillante técnico de sistemas y experto en comunicaciones, se aburría delante de su ordenador como una ostra, matando el tiempo con juegos y lectura ocho horas al día, sin tener casi nada que hacer, mientras en la superficie la vida continuaba.

Llevaba meses maldiciendo cada día haber sido uno de los elegidos.

Aquel día en que el mundo se volvió loco, él estaba en el turno de noche, junto a quince compañeros más. Andaba enfrascado en la lectura de un libro sobre jardinería cuando saltaron las alarmas y el lugar se llenó de gente. Los primeros en llegar fueron los miembros del Gobierno y del Estado Mayor con sus familias, seguidos de cerca por el resto, médicos, técnicos, cocineros y personal de servicio, por supuesto. En total doscientas treinta y cinco personas.

Se enteró de que la familia real, al menos la que estaba en España en ese momento, iba a ser trasladada al búnker de Menorca; sin duda con el fin de no poner todos los huevos en la misma cesta.

Nadie durmió aquella primera noche. Los tres niveles del inmenso complejo, de siete mil quinientos metros cuadrados, fueron un continuo trasiego de personas subiendo y bajando, yendo de un lado para otro con papeles en la mano, con la mirada perdida, digiriendo un sapo que no se podían tragar. Los ordenadores echaban humo procesando información sin parar mientras el gabinete de crisis se reunía en la planta 0 para tratar de hallar una solución. Allí, ayudados por el superordenador, coordinaron unas acciones desesperadas tan salvajes como inútiles. La planta -5 fue la más concurrida y donde apareció el primer infectado: el jefe de cocina.

El aire que llegaba al interior era filtrado por un sofisticado sistema que eliminaba la radiación y los posibles agentes infecciosos del exterior, y el hospital disponía de vacunas para todos los virus conocidos. El problema era que el virus al que se

enfrentaban ya estaba dentro cuando cerraron las pesadas puertas herméticas de acero, y no existía cura para él.

No pudo moverse de su mesa ni para mear en toda la noche. Procesó datos y elaboró informes que le solicitaban sin descanso. Contempló el *apocalipsis* sentado frente a su ordenador, en su puesto de trabajo situado en la planta -10, sin dar crédito a lo que veía y oía.

En cuestión de horas el mundo se vino abajo. A la mañana siguiente ya sabían que todo estaba perdido y el búnker se convirtió en un caos.

A todo aquel que manifestó los síntomas de estar infectado se le aisló en el gimnasio de la planta -10. Ni siquiera fueron al hospital. Cuando el número superó la treintena ya no tuvieron ninguna duda de que la muerte los había acompañado allí abajo, y se produjo la desbandada. Dejaron de intentar buscar soluciones y la supervivencia personal hizo que los políticos se olvidaran de todo aquello que habían jurado (si es que alguna vez lo tuvieron en cuenta), y se marcharan pitando. Abandonaron a sus familiares enfermos y salieron al exterior sin saber muy bien a dónde iban, con la absurda idea de que separándose de los infectados podrían evitar terminar convertidos en uno de ellos. En helicópteros y coches blindados se alejaron de La Moncloa como alma que persigue el diablo, intentando salvar un culo que ya estaba condenado. De las doscientas treinta y cinco personas que se encerraron en el búnker, a la mañana siguiente solo quedaban diez.

De los mandos militares el único que permaneció en su puesto fue el jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, y a él se debieron las últimas y brutales órdenes para intentar contener la pandemia. Pegado al superordenador contempló caer uno tras otro los cuarteles, los barcos, las ciudades..., el mundo entero. Hasta que un sudor frío y un inequívoco mareo le indicaron que le había llegado su momento. Fue tan rápido que se desmayó antes de que le diera tiempo a sacar su pistola y volarse la tapa de los sesos. A las pocas horas el militar se levantó del suelo convertido en uno de aquellos seres y único habitante de la planta 0.

De las otras ocho personas que acompañaban a Samuel dos eran técnicos como él, uno médico, otro guardia de seguridad, y el resto familiares de altos cargos infectados que habían perdido los privilegios de disponer de un transporte para abandonar la península. Él, al igual que los otros, no encontró una razón para irse. Pensaron que en el supuesto de que pudieran atravesar la ciudad sin ser devorados y llegar a sus casas, no veían mucha diferencia entre encerrarse en ellas o seguir donde estaban, y a fin de cuentas en el búnker disponían de más seguridad, comida y agua casi ilimitadas. Por ello decidieron quedarse.

A través del ordenador que encontraron en la habitación del presidente, conectaron con el circuito cerrado de cámaras instaladas por todo el complejo, y observaron cómo la puerta del gimnasio terminaba cediendo y la planta -10 se llenaba de espectros. También vieron al general caer en coma al suelo y despertar horas más tarde convertido en un monstruo sediento de sangre. Decidieron entonces aislar la

planta -5 y rezar porque la infección los hubiera respetado a ellos.

No fue así.

A los tres días solo quedaba con Samuel el guardia de seguridad. A la semana, después de que entrara en coma, lo subió en el ascensor, lo abandonó en la planta 0 y se quedó solo definitivamente.

A los dos meses tuvo la certeza de que él era uno de los pocos humanos inmunes al virus y también de que nadie iría a rescatarlo. Entonces puso en marcha su plan de supervivencia. Utilizó el terminal de la habitación del presidente para racionalizar la energía. A pleno rendimiento el gasoil de los depósitos duraría entre tres y cuatro meses; dejando los sistemas esenciales de ventilación, iluminación y, sobre todo, las bombas de agua y las cámaras frigoríficas, podría cuadruplicar ese tiempo. Mientras tuviera energía no le faltaría comida ni agua.

Se impuso unas rutinas diarias que seguía con estricta disciplina. Se levantaba a las ocho, se daba una ducha y desayunaba. A continuación encendía las luces de las plantas 0 y -10, observaba durante un par de horas el comportamiento de los infectados y hacía recuento. Luego pasaba unas horas leyendo en la nutrida biblioteca antes de comer. Después de la siesta vigilaba a los infectados otro par de horas y veía una película en la sala de proyección. Cenaba a las ocho y a las nueve se metía en la cama.

A los seis meses de estar encerrado sufrió una crisis. Una mañana no quiso levantarse a las ocho y se quedó en la cama hasta las nueve. Esa pequeña variación en su estricta rutina alteró significativamente su endeble estabilidad mental y a punto estuvo de llevarle al suicidio. Logró recuperar el control a los cuatro días, justo cuando ya tenía apoyado el filo de un cuchillo sobre su yugular.

A los ocho meses, durante el recuento de la planta -10, comprobó que había un infectado menos. Les había puesto nombre a todos, el que faltaba era "*Pelopaja*". Lo buscó extrañado y al final lo encontró tirado, inmóvil, detrás de la cinta andadora del gimnasio. Al tercer día de verlo en la misma posición exacta determinó que estaba muerto. Durante las siguientes semanas fueron muriendo más. Sabía que los infectados podían subsistir con un mínimo de comida. Unos cuantos trozos de papel, cuero o incluso yeso de las paredes, bastaban para que su metabolismo extremadamente eficaz generara la energía necesaria para mantenerles con vida. ¿Entonces por qué morían?, se preguntó. La explicación la encontró al recordar que, cuando redujo el consumo eléctrico del complejo al mínimo, también anuló los motores que aportaban aire a las plantas 0 y -10.

—Es eso cabrones. ¡Os quedáis sin oxígeno! —exclamó haciendo resonar su voz en el espacio vacío.

Así era. La falta de oxígeno, sumado a una alimentación casi nula, los estaba matando, y saber eso le dio esperanzas de poder llegar algún día al superordenador.

Samuel cometió un error de principiante. Antes de quedarse encerrado en la planta -5, debió introducir la clave que permitía acceder al superordenador desde

cualquier terminal, y de esa manera asegurarse la comunicación con el exterior. Cuando se dio cuenta ya era tarde y deambulaban por la planta varios espectros. Sin la clave de autorización el ordenador del presidente solo servía para recibir datos y gestionar el complejo, nada más. Durante los primeros meses estuvo dándole vueltas a la posibilidad de subir a la planta 0, y aprovechando que los infectados estuvieran distraídos buscar la tarjeta y activar el protocolo, pero no era ningún valiente; el temor a ser devorado pesó demasiado y al final dejó de pensar en ello. El comprobar cómo los infectados morían semana tras semana le devolvió la esperanza de conseguirlo en algún momento. Llegó un día que solo tuvo un infectado que controlar, el más activo y el que devoraba con más ansia la madera y el cuero de los muebles: “*Perroloco*”, el que fuera jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra. Había bajado su frenética actividad y estaba delgado como un palillo, pero aún se mantenía en pie. Samuel lo vigilaba constantemente esperando su derrumbe definitivo. Fue durante aquellas semanas cuando vio más películas, escuchó más música y leyó más libros. Debía distraer su ansiedad de alguna manera. Afortunadamente el archivo de cine y de música era inmenso y la biblioteca completísima.

Imaginó que una vez llegara al superordenador su salida estaba hecha. Que le sería fácil contactar con alguien que le fuera a rescatar. Por eso comenzó a relajarse un poco. Comía sin parar y a menudo se emborrachaba olvidando apagar las luces de las plantas. Dejó de recoger y lavar los platos, y en pocos días el restaurante fue una pocilga. Ni siquiera se aseaba. Solo vivía esperando el momento de ver desplomarse al último de los infectados.

Pero ese momento no llegaba.

Barajó la posibilidad de acabar con él. Incluso bajó a la armería y tuvo un rifle entre sus manos, aunque finalmente se rindiera a la evidencia, era un cobarde. Ni siquiera armado hasta los dientes sería capaz de enfrentarse a esa bestia. Samuel no se engañaba a sí mismo, se conocía demasiado bien para hacerlo. De haber tenido valor hacía tiempo que lo hubiera intentado, pero no lo tenía. De niño era el hazmerreír de su clase, un pequeño y débil niño pelirrojo de rizados cabellos y brazos de plastilina. Nunca creció demasiado. Siempre fue un muchacho más bajito que la media y llegó a odiar su rostro aniñado que le negaba, cada vez que se miraba al espejo, la sensación de que era ya un hombre. Se refugió en los estudios y vivió aventuras delante del ordenador, sumergido en videojuegos en los que controlaba superhombres que le hacían sentir aquello que en la vida real nunca conseguiría. Era inteligente y sabía que no estaba hecho para la acción, por eso continuó esperando.

Un día “*Perroloco*” se quedó quieto.

Durante horas permaneció de pie, en medio del plató de televisión. A Samuel entonces se le ocurrió una idea que podría acelerar su muerte. Encendió las pantallas y conectó las cámaras de circuito cerrado, enfocó y la imagen del infectado apareció en todos los televisores de 60' que rodeaban el plató. Luego pinchó la banda sonora

de Excalibur y Wagner resonó en las paredes de hormigón a un volumen imposible. Tras unos segundos de confusión el infectado comenzó a moverse. La imagen de él mismo en las pantallas lo enloqueció y empezó a dar alaridos y a lanzar arañazos al aire tratando de alcanzarlas. Olfateó buscando el olor a humano, pero no lo encontró y eso le enfureció aún más. El «ser» enjuto y nauseabundo en el que se había convertido el jefe del Estado Mayor se agitó ridículamente durante horas, agotando las últimas energías que le quedaban, y también el oxígeno. Samuel observó la danza macabra hasta que se cansó. Dejó la televisión y la música encendidas y se fue a acostar.

A la mañana siguiente, antes de desayunar, conectó el ordenador del presidente. *Perroloco* apenas se movía, mantenía los brazos junto al cuerpo incapaz de levantarlos, pero aún permanecía en pie. Samuel se desesperó y golpeó la mesa haciendo que la pantalla plana casi se cayera.

—¡Cabron! ¡Cabron! ¡Cabron! ¡Muérete de una puta vez ya! ¿A qué esperas *mamonazo* ridículo? ¿Cuánto tiempo más vas a alargar tu vida de mierda?

Desahogó su impotencia y desesperación desgañitándose contra la pantalla. Abatido enterró la cara entre sus manos y sus largos rizos rojizos.

—Tranquilo, Samuel, tranquilo. Ten paciencia —se dijo modulando la voz—. Veamos qué tal bailas esto, capullo.

Buscó en el archivo de música y finalmente pinchó la banda sonora de *Pulp Fiction*.

Mientras desayunaba pensó que tenía que hacer algo para mantener la calma, sobre todo cuando estaba tan cerca de lograr su objetivo. Determinó que mantenerse ocupado y cambiar su rutina le ayudaría. Se puso ropa de faena, botas y unos guantes, bajó a la planta -10 y durante todo el día se dedicó a despejarla de infectados muertos. A pesar de que se colocó un pañuelo impregnado de perfume tapándole la nariz y la boca, el olor era insoportable. Arrastró los cuerpos hasta el gimnasio y allí los fue apilando. Contó cuarenta y dos. Algunos estaban tan putrefactos que se descoyuntaron cuando tiró de ellos, dejando salir un líquido amarillento y hediondo parecido a la miel. Cuando terminó de quitarlos de en medio cogió cubo, fregona, abundante desinfectante y lo limpió todo. El olor no desapareció totalmente, pero se hizo más soportable estar allí abajo. Después de tirar la ropa y darse una buena ducha anduvo por la planta como quien da un paseo por el campo. Con las manos en los bolsillos y el semblante relajado recorrió hasta el último rincón de los más de dos mil metros cuadrados. Estuvo en su antigua habitación y se permitió descansar un rato tumbado en la cama. Se le ocurrió que sería buena idea ir pensando en hacer las maletas. Abrió el armario y tomó un par de bolsas de viaje, una la llenaría de ropa y la otra ya vería. También pensó que a los tipos que vinieran a buscarle les gustaría llevarse algunas armas y allí tenían lo último. Tuvo que hacer algunos viajes desde la armería hasta el ascensor para reunir las que consideró mejores.

Por supuesto no olvidó los dos maletines que contenían los GSS-W74, el rifle de

asalto más alucinante del mundo.

Samuel no había disparado en su vida, pero en sus ratos libres se dedicaba a ver catálogos de armas y videos de su funcionamiento, y en cuanto a teoría era un experto. Un día, a los pocos meses de trabajar en el búnker, un guardia con el que se llevaba muy bien le permitió entrar en la armería y le enseñó todo lo que tenían. Se quedó sorprendido con la cantidad y variedad: ametralladoras, pistolas, lanzagranadas... y cajas y cajas de munición. No daba crédito a lo que veía. Estaba con la boca abierta cuando el guardia lo llamó.

—Ven, te voy a enseñar la joya de la corona.

Tras una estantería abatible se ocultaba una pequeña estancia. El guardia entró y sacó un grueso maletín.

—Cierra la puerta de fuera, esto es alto secreto.

Del maletín extrajo una especie de rifle futurista que Samuel no había visto jamás. La culata era normal, pero el cañón era más grueso de lo habitual y tenía un cilindro del tamaño de un bote de melocotón en almíbar en la parte central. A pesar de su aparatoso aspecto cuando lo tomó en sus manos le pareció tremendamente ligero.

—¿Qué es esto?

—Llegaron hace una semana. Son un regalo del presidente de Estados Unidos para los miembros de la OTAN —dijo quitándole el arma de las manos con delicadeza—. A mí no me explicaron nada, solo que las guardara en lugar seguro. Dentro de la caja venía un manual y ¿sabes? Esta maravilla es un puto rifle de Gauss.

—Pero qué dices tío, eso solo existe en las películas de ciencia ficción y en los videojuegos.

—No debería hacerlo, pero qué demonios... No quiero morirme sin probar uno aunque me juegue el puesto —musitó el guardia al tiempo que pulsaba un botón en el rifle que encendía un contador azul de tres dígitos.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Samuel echándose para atrás.

—Tranquilo me he leído el manual mil veces. Mira, esto es el contador de munición, 999, ¡acojonante! Dispara pequeñas bolas de wolframio, uranio empobrecido y no sé qué otro material que se expande a la hora de impactar. No hay pólvora, no hay detonación, solo el sutil zumbido del proyectil cuando sale a velocidad hipersónica impulsado por electroimanes de altísima potencia.

—Sé cómo funciona un rifle de Gauss, joder. Los distintos electroimanes van acelerando el proyectil según va pasando de uno a otro hasta que finalmente sale por el cañón. Pero que yo sepa el prototipo más pequeño que existe hay que montarlo en un portaviones.

—Ya —dijo el guardia—. Espera a que la luz roja se ponga verde y verás.

Cerca de la mira la luz pasó a verde. El guardia apuntó y apretó el gatillo. En la pared de enfrente, situada a unos cinco metros, apareció un agujero irregular del tamaño de una pelota de pin-pon. Centésimas de segundo después sonó una especie

de silbido, como el que haría una cerbatana al ser disparada.

—¡Acojonante, tío! —gritó el guardia y corrió hacia el agujero mientras sacaba una cinta métrica del bolsillo.

—¿Cuánto ha penetrado en el hormigón? —preguntó Samuel cuando fue capaz de articular palabra.

—No estoy seguro —contestó el guardia sacando la cinta metálica del agujero—. Con esto solo puedo medir hasta un metro.

—¡Madre de Dios!

Cuando tuvo todo apilado junto al ascensor (equipaje y armas), fue hacia su ordenador, hizo crujir los dedos y se dispuso a echar una partida al *Fallout 3* hasta la hora de cenar. A las 22:30 se cansó de matar alienígenas y subió al restaurante. En la planta 0 *Perroloco* seguía vivo, balanceándose de un lado a otro. No quiso prestarle demasiada atención y se fue a la cama, quedándose dormido con el manual del rifle de Gauss en las manos.

Tendría que esperar hasta la tarde del día siguiente para ver morir al último de los infectados.

Dio saltos de alegría cuando por fin vio el cuerpo tumbado en el suelo, inmóvil. Apagó la música y desconectó las televisiones, había llegado el momento. Nervioso como un niño la mañana de Reyes tomó el ascensor. Llevaba entre sus manos un rifle ametrallador que no se atrevería a utilizar nunca, pero que le hacía sentir mejor. Al abrirse la puerta del ascensor el olor pestilente hizo que cerrara los ojos. Avanzó despacio. El corazón le iba a mil y sudaba copiosamente. Durante el trayecto se cruzó con cadáveres en descomposición que no fue capaz de reconocer, aunque con alguno de ellos había convivido varias semanas. Llegó al plató de televisión bordeando el amplio espacio, con la espalda rozando siempre las paredes, y observó el cadáver desde todos los ángulos. Logró acercarse lo suficiente para comprobar que estaba absolutamente quieto. Escondido detrás de una mesa de sonido levantó el arma, quitó el seguro y apuntó. Le temblaban tanto las manos que a pesar de encontrarse a menos de tres metros el disparo impactó en el suelo, lejos de la cabeza del infectado.

—¡Me cago en la leche!

La detonación le heló la sangre. Quedó paralizado, con la mirada fija en el cuerpo, temiendo ver cómo se levantaba para atacar y devorarlo vivo. Comprobó lo que temía: el miedo nacía en él, no necesitaba más. Tardó en recuperar el control de sus miembros. Con el corazón a punto de salirse por la boca apoyó el arma sobre la mesa, miró por el visor y volvió a disparar. Esta vez acertó y la cabeza de *Perroloco* estalló salpicando el plató de televisión de sangre y trozos de sesos, una sutil ironía.

Con la tarjeta de identificación que sacó del bolsillo superior de la chaqueta del que fuera jefe del Estado Mayor, por fin se sentó delante del superordenador, el auténtico cerebro de la maquinaria bélica española. Lo encendió y pasó la banda

magnética por el lector. Tardó unos segundos, luego la inmensa pantalla que ocupaba toda la pared se iluminó en azul y la bandera española apareció en el centro. Mientras introducía los diferentes códigos de búsqueda se le formó un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que llevaba tantos meses deseando que llegara ese momento que nunca pensó en la posibilidad de que ya no quedara nadie para ayudarle a salir de allí, en que el mundo, tal como lo conocía, quizá hubiera desaparecido.

Primero intentó conectar con las cámaras exteriores, pero no funcionaban, no había energía en las ciudades. Luego revisó la conexión a los satélites y comprobó que estaban activos y recalibrados. Eso le dio ánimos. Pensó que detrás de una tecnología así solo podían estar humanos altamente cualificados. Sin perder tiempo conectó con ellos esperando ver algo que le alegrara el día. Sin embargo las imágenes que le transmitieron le enfriaron rápidamente la poca emoción que estaba experimentando. Ciudades desiertas, calles invadidas por la vegetación y barrios enteros calcinados, fue todo lo que encontró. No vio personas, solo miles de infectados deambulando como autómatas. Chequeó una a una las grandes urbes: Sevilla, Barcelona, Bilbao, Valencia, Zaragoza..., Madrid. En todas encontró lo mismo: caos y desolación. Introdujo nuevas coordenadas. En la pantalla se fue formando una imagen. Amplió el zoom y el recinto vallado del Palacio de la Moncloa apareció nítido. Samuel entornó los ojos para ver mejor. Entre sus muros y rejas contó diez infectados, fuera pocos caminaban por los alrededores. Pensó que ya había visto suficiente y tecleó nuevas órdenes. La imagen del palacio fue sustituida por un enorme mapamundi lleno de símbolos. Sus dedos volaban sobre el teclado, introduciendo comandos sin cesar. Cuando estuvo satisfecho paró y miró detenidamente la pantalla. Había determinado sobre el mapa la ubicación de todos y cada uno de los aviones de combate, barcos de guerra, cuarteles y búnkeres; con sus coordenadas de situación y nombres en clave.

Le quedaba una larga tarea por hacer. Decidió comenzar intentando conectar con aquellos que se encontraran más cerca e ir alejándose progresivamente. Después de una hora de no recibir respuesta alguna comenzó a desesperar. Se levantó y paseó nervioso. Sintió hambre y sed. Sudaba copiosamente. Su lógica le decía que era imposible que no quedara nadie con vida, que solo era cuestión de insistir, de seguir buscando. Además, desde aquel ordenador podía contactar con cualquier ejército del mundo. Alguien encontraría que le pudiera ayudar, pensó. Con el ánimo renovado se volvió a sentar y prosiguió su metódica búsqueda. Nadie había contestado a su llamada de socorro, todo estaba en silencio, pero aún le quedaba intentarlo con los barcos de guerra. Tecleó nuevas órdenes y la pantalla se limpió, luego fueron apareciendo puntos rojos con códigos por todo el mapa. Se sorprendió por lo dispersos que estaban unos de otros. Había algunos cerca de bases navales, pero la mayoría se encontraban en mitad de océanos y mares, probablemente navegando a la deriva. Le llamó la atención un punto en la isla de Menorca. Amplió la imagen para leer mejor: fragata Cristóbal Colón, ponía, y debajo un código. Tuvo un

presentimiento y comunicó con ella en primer lugar.

Casi se cayó de la silla cuando un soldado respondió a su llamada.

Estaba hecho, lo había conseguido. Saldría por fin de ese agujero hediondo. Danzó imitando a los indios de las praderas. Cantó a voz en cuello y rió a carcajadas. Cuando se cansó se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. «*Casi la pifio*», pensó recordando la conversación con ese capitán. Tuvo que improvisar para convencerle y negociar inteligentemente con el as que tenía en la manga, pero al final lo consiguió.

Con un poco de suerte al día siguiente estaría fuera. Se imaginó tomando el sol, tumbado en una playa de Menorca, y ese pensamiento le dibujó una sonrisa en su rostro aniñado.

5. CALA RATA

A pesar de que ya habían pasado varias semanas desde que enterramos todos los cadáveres, aún se percibía un olor desagradable al atravesar la *zona 0*; el espacio yermo que separaba La Mola del resto de la isla. No era muy intenso, era solo un sutil aroma mezcla de carne quemada y putrefacción. Vamos, una delicia.

Nos habíamos acostumbrado a que cada vez que pasábamos por otras urbanizaciones los habitantes infectos de los chalets cercanos nos saludaran con sus alaridos guturales; ya apenas les prestábamos atención, formaban parte del entorno. Julián condujo con brío y en nada estuvimos en casa.

Paró el *quad* frente a la puerta de metal y bajé. Julián me agarró del brazo y me retuvo un instante.

—Oye, Carlos. Olvida lo que te dije antes, ya sabes cómo soy. Me gusta un chisme más que comer con los dedos.

—¿Crees que haría el menor caso a tus elucubraciones enfermizas? —dije dándole un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Cojonudo, entonces nos vemos para cenar.

Aunque no vivíamos todos juntos, manteníamos la costumbre de reunirnos para cenar en nuestra casa cada noche.

Después de mirar mucho elegimos Cala Rata para vivir. Era una pequeña cala de piedras frente al puerto de Mahón. Las antaño modestas casas de pescadores se convirtieron en chalets de lujo para gente pudiente y antes de la pandemia este era uno de los lugares más deseados de la isla por su aislamiento. A nosotros nos pareció ideal, incluso disponíamos de embarcaciones de recreo amarradas a pocos metros. El entorno rodeado de vegetación era una delicia y las escasas viviendas una ventaja. A pesar de que solo ocupamos unas pocas las limpiamos todas, no queríamos tener serenata por las noches. Eva y yo compartíamos casa con Luna y con Fina. Yago, Ruth, Julián, Anabel, Lucas y Clara otra. El resto se acomodó en tres chalets más, no sé muy bien qué distribución hicieron. Escolano cuando no tenía que quedarse en el cuartel, dormía en nuestra casa. Era un placer su compañía, y un honor. La verdad es que nuestra pequeña comunidad, formada gracias a un forzado y brutal proceso de selección, era lo mejor de lo mejor; y cada noche, reunidos para cenar en el salón de casa o fuera a la luz de las estrellas, daba gracias por haberlos encontrado.

Llevaba salpicaduras de sangre y la ropa empapada de sudor bajo la cota de malla, pero lo primero que hice cuando entré en casa y vi a Eva de pie en mitad del salón fue abrazarla y besarla. Tenía puestas unas braguitas y una camiseta, y olía de maravilla. Yo me encendí.

—Vaya, vaya. Parece que te alegras de verme —dijo picarona separándose suavemente.

—Siempre.

—Pues date un agua antes, hueles queapestas. Y vamos a comer, llevo todo el día con una Coca Cola. Voy a avisar a Luna y a Fina de que ya estás aquí.

Durante la comida me contó lo del parto y yo le hablé de la incursión al supermercado. Hicimos cotidiano lo que era extraordinario. En un momento dado no pude evitarlo más y le solté aquello que se revolvía en mi interior como una serpiente, la oscura sospecha.

—Me trajo Julián, me dijo que te habías ido antes.

Eva bebió un poco de agua y se limpió la boca con la servilleta. Un gesto normal durante una conversación que transcurre en la mesa, pero que yo interpreté como que estaba ganando tiempo. Tenía la mosca detrás de la oreja, no había otra explicación. Luna no levantó la cabeza del plato mientras Fina le contaba cómo se preparaba la lubina a la sal. Parecía escucharla. Sospeché que no era así.

—Sí, estaba muerta de cansancio y necesitaba darme una ducha. Julián no sé qué diablos debía hacer en el cuartel y cuando se ofrecieron a traerme no rechacé la posibilidad.

—Ya.

—Parece que os fue bien. Conseguisteis mucha comida según me ha contado Luna —añadió de inmediato, casi solapando una frase con otra, como se hace cuando queremos que la primera desaparezca de la mente del interlocutor lo antes posible.

—Mucha, sí —respondí lacónico.

En mi cabeza daban vueltas unas palabras: «me trajeron». No dijo «me trajo el alférez, o Galera o el alférez Galera», dijo «me trajeron», y con ello transformó un hecho inocente en un hierro al rojo que me penetró las tripas.

—Ya friego yo —propuse mientras me levantaba y llevaba los platos al fregadero.

—Bien, no tardes. Te espero en el amplio sofá del salón —dijo abandonando la mesa caminando sinuosa.

—Me voy a mi habitación —informó Luna desapareciendo como un rayo.

—Y yo a hacerle compañía a Anabel —añadió Fina mientras apilaba los platos en la mesa.

Eva se volvió en el umbral de la puerta y me lanzó uno de sus besos etéreos, los que tanto me gustaban. Pero aquel, después de atravesar el espacio que nos separaba, se estrelló contra un muro de nacientes celos y no llegó a mis labios.

Camino de la cocina me detuve frente al espejo que había en el pasillo, sobre un mueble granate estilo japonés. En este esperaba encontrar algo distinto al reflejo que me devolvió, minutos antes, el del cuarto de baño. No fue así. Allí estaba también la misma imagen de un hombre maduro que rozaba el medio siglo, con buen aspecto y en buena forma, pero con la carga de los años encima, el futuro mermado y la vejez a la vuelta de la esquina. Sacudí los pensamientos y esperé que entre los brazos de Eva, arropado por su tibia piel, me olvidara de mi reflejo.

No pudo ser. Tumbada en el sofá, con un mohín delicioso congelado en su rostro,

dormía. Acerqué la cara a su boca y olí su aliento, y el aire suave me erizó la piel. En cuclillas la contemplé unos minutos. Llegué a una conclusión simplista: quizá no era para mí. Las circunstancias nos juntaron y nos enamoramos, solo eso. La razón imponía otra cosa. Jóvenes con jóvenes y viejos con viejos, eso era lo lógico siempre; y más en un futuro como el que se nos presentaba. ¿Cuánto tiempo me quedaba antes de que los achaques aparecieran? Sin una asistencia médica adecuada, algo que antes habría sido nimio (colesterol, ácido úrico o tensión alta) y de fácil solución con un par de pastillas, podría ser ahora causa de muerte prematura. En poco tiempo las medicinas caducarían y solo los más jóvenes, fuertes y sanos, seguirían adelante. No dudaba que Eva me quisiera, eso ni por un instante, pero sí pensaba que desde lo más hondo y primitivo de su cerebro algo se abría camino: la necesidad de una pareja con la que tener hijos y envejecer al tiempo.

Le eché una ligera manta encima y salí por la parte trasera de la casa hasta la playa de guijarros. Allí, con los pies metidos en las tranquilas y tibias aguas de la cala, perdido, fumé un puto cigarro maldiciendo los casi veinte años que nos separaban.

La nicotina estimuló mis neuronas y el momento depresivo pasó. Al día siguiente era el cumpleaños de Eva y tenía que terminar su regalo. Levanté la puerta metálica del garaje tratando de no hacer ruido y fui hasta el rincón del fondo. Oculta bajo una lona tenía una vieja Yamaha Daytona RD400. Desde que la encontrara Julián con dos dedos de polvo en el garaje de su casa, decidí que sería el regalo de Eva. Siempre que salíamos por la isla la veía buscar una moto en condiciones, pero apenas quedaban y las que encontrábamos estaban hechas polvo o corroídas por un año a la intemperie. Por eso decidí, con la ayuda de Lucas que además de bombero es un «manitas» con la mecánica, ponerla a punto. A escondidas la desmontamos y volvimos a montar entera. Lucas me pedía lo que necesitaba y yo se lo conseguía: bujías, bobinas y hasta un nuevo generador más potente. Julián también ayudó. Formamos un equipo durante semanas. Con cualquier excusa nos desmarcábamos y pasábamos horas metidos en el garaje. La terminamos hace dos días. Quedó como nueva. La probamos por las calles de Mahón e iba como un tiro.

—Suenan bien —me dijo Lucas—. Sonido de los ochenta.

Yo no entendía de motos por eso me sorprendió cuando me dijo los años que tenía.

—Tendrá más de treinta. Un tío mío tuvo una, blanca como esta.

A pesar de que era una reliquia yo estaba loco de contento y no veía el momento de dársela a Eva. Una vez terminamos con la mecánica decidí lijar las partes oxidadas, repintarla y dejarla reluciente. Incluso, con ayuda de Luna, tapicé el asiento que estaba rajado con piel negra de una chaqueta. Solo me faltaba terminar de pintar unas llamas rojas y amarillas en el depósito para dejarla niquelada. Ya casi está, pensé mientras mezclaba los colores y perfilaba con el pincel una línea roja.

La idea era dársela en la cena, cuando todos estuviéramos reunidos. Era mi

regalo, pero también un poco el de todos, y no querían perderse el momento.

Estuve aún un buen rato sacándole brillo y limpiando la cubierta de las ruedas. Me alejé unos metros para verla bien. Por un momento me olvidé de mis fantasmas y sentí algo muy próximo a la felicidad.

Cuando Eva se despertó yo estaba leyendo en el sillón, a su lado. Coincidió con la aparición de Luna en el salón.

—Vaya, me he quedado dormida —musitó Eva desperezándose.

—Como un tronco —añadí mirando a Luna y guiñándole un ojo. Ella, con un gesto de las manos, me preguntó si había acabado con la moto; yo asentí levemente con la cabeza y me regaló una sonrisa infantil.

—¿Queréis que vayamos a darnos un baño o damos una vuelta antes de cenar? —preguntó Eva.

—Prefiero un poco de turismo —contesté.

—Y yo —añadió Luna.

—Bien, voy a vestirme y nos vamos.

Luna esperó a que Eva desapareciera del salón, luego se acercó y me habló en voz baja.

—Entonces, ¿ya está?

—Sí, justo a tiempo.

—¿Ha quedado bonita?

—Preciosa —dije orgulloso.

—¡Uyyyy, qué ilusión! ¿Puedo verla?

—Claro, pero ten cuidado de no hacer ruido.

Luna salió como un rayo. A veces me olvidaba de que era una niña de apenas catorce años, una flor obligada a crecer en el crudo invierno.

A los quince minutos salíamos por la puerta montados en un Toyota Land Cruiser convenientemente modificado y protegido.

—¿A dónde queréis ir? —pregunté poniéndome las gafas de sol.

—Vayamos a ver los monumentos prehistóricos —propuso Luna agitando una guía turística de Menorca que había sacado Dios sabe de dónde.

—Por mí está bien, ¿qué dices tú? —pregunté a Eva.

—Por mí también.

—Estupendo, entonces marchando un viaje en el tiempo —concluí acelerando el potente motor.

Si no hubiese sido por la tela metálica que cubría las ventanillas del coche y las armas que llevábamos, podríamos haber parecido una familia normal haciendo turismo. Luna dirigió la excursión y la fue ilustrando con lecturas de la guía. Visitamos las Navatas de Rafal Rubí, la Taula de Torralba d'en Salord, el Poblado Talaiótico de Torre d'en Galmés y por último la necrópolis de Cales Coves, que contaba con más de ochenta cuevas funerarias excavadas en roca viva.

—La guía dice que: *«fue utilizada por los habitantes de la isla como cementerio*

durante la edad de bronce y de hierro, y estuvo en activo hasta la conquista romana»

—leyó con voz didáctica Luna.

—Es de una belleza inquietante —comentó Eva—. ¿Qué más dice?

—Que durante los años sesenta se llenó de hippies y posteriormente se convirtió en santuario nudista.

—Bueno, parece que hemos llegado tarde, no veo a nadie en pelotas por aquí —comenté distraído.

La verdad es que estaba cansado de ver la cultura de la muerte. La manifestación artística del hombre destinada a homenajear un montón de carne muerta nunca me interesó demasiado, pero Luna estaba encantada y Eva igual, por eso fui paciente y recorrí aquellas cuevas mostrando cierto interés. Cuando también ellas se cansaron nos sentamos al borde del acantilado y disfrutamos de la vista del mar y de la suave brisa. Esa parte de la excursión me gustó más. Luna seguía leyendo la guía, yo desconecté. Pensaba en el mejor momento para entregarle la moto a Eva. Tenían que estar todos, eso por supuesto, pero no sabía si hacerlo antes, durante o después de la cena. La sorpresa iba a ser tremenda, no ya por el regalo sino por el hecho mismo de que recordara su cumpleaños. No hablábamos mucho de ello, no costaba mucho imaginar quién era el menos interesado en evitar el tema del maldito paso del tiempo. Nos dijimos nuestra edad aquella vez, cuando estábamos en Madrid y nos comunicamos con las linternas por código Morse; cada uno desde su casa, con una avenida de por medio. Yo dije cuarenta y cinco y ella veintiséis. De eso hacía casi un año, y nunca más volvimos a hablar del tema. Yo lo evitaba y Eva lo sabía. Por eso mismo la sorpresa sería mayor, porque ni por lo más remoto podría imaginar que recordara su cumpleaños y mucho menos que llevara semanas preparando su regalo.

—¿Has escuchado algo de lo que ha leído? —preguntó Eva levantando la voz.

No tuve que contestar, mi rostro lo dijo todo.

—Carlos, un poquito de educación, joder.

—Lo siento, estoy cansado —intenté disculparme. Luna me miró, sonrió e hizo el gesto como si acelerara una moto. Ese diablillo podía leer dentro de mi cabeza.

—Vámonos ya de aquí, me gustaría pasar por Mahón antes de que anochezca —dijo cerrando la guía de un golpe.

Y no se habló más. Nos montamos en el coche y dimos por finalizada la excursión turística. Aunque me había hecho con una buena colección de música, creía tener la elección perfecta para aquel momento. Antes de que nadie pudiera poner alguna objeción, deslicé el CD en la abertura con rapidez; y la voz de *José Alfredo Jiménez* salió por los altavoces interpretando *Un Mundo Raro*, mi sempiterna canción.

—Carlos... —dijo Eva forzando un silencio dramático que me invitaba a preguntar.

—¿Qué? —pregunté finalmente.

—A veces te pegaría dos tiros.

Luna rió a carcajadas desde el asiento trasero, luego se unió Eva y finalmente yo. Y entre risa y risa terminamos canturreando rancheras hasta que llegamos a Mahón.

—Ve más despacio —me pidió Luna— y apaga la música.

Obedecí sin rechistar y la miré por el retrovisor. Había bajado la ventanilla y observaba con atención las calles vacías. Estaba seria, el rostro endurecido. Durante varios minutos nadie habló. Empecé a pensar que no había sido buena idea ir a Mahón. Luna habló y confirmó mis sospechas.

—¿Creéis que alguna vez volverán a estar llenas de gente?

Callé. Hubiera dicho que con un poco de suerte sí, pero que ninguno de nosotros lo vería. Ni los hijos de los hijos de los hijos de los actuales habitantes de la isla tampoco. Sabía que aún deberían pasar muchas generaciones antes de que eso ocurriera. Por eso callé, porque a Luna no le podía mentir; y callar es mentir, pero menos. Fue Eva la que contestó con una frase que decía menos de lo que escondía y que aún así decía mucho.

—Ahora eso depende de nosotros.

El silencio volvió al coche. Eché de menos a Julián y su sentido del humor. Cualquiera de sus locas ocurrencias habría servido para animarnos un poco y sacarnos de nuestros sombríos pensamientos. Pero no estaba; y la ciudad desierta que ya habíamos visto tantas veces, arruinó la tarde de excursión.

—Volvamos a casa —dijo finalmente Luna, y aceleré.

Eva se percató de algo extraño mientras circulábamos por la calle Vasallo. De pronto dijo «¡para!» y se bajó del coche. La seguimos hasta que los tres nos quedamos petrificados en mitad de la calzada, frente a un edificio de cinco plantas con amplios miradores acristalados.

—¿Por qué no gritan? —preguntó Luna.

—Ni idea —contestó Eva.

Asomados a las ventanas, con las caras y las manos apretando el cristal, decenas de infectados nos observaban.

—Es extraño —musité.

De pronto escuchamos el estruendo de cristales rotos y vimos cómo, desde el cuarto piso, un infectado se precipitaba al vacío. El impacto sobre la acera, a pocos metros de nosotros, fue brutal. Cayó de cabeza y un salpicón de sangre y sesos se dibujó en el suelo.

—Vámonos, no me gusta ni un pelo —dijo Eva.

Mientras salíamos zumbando con el coche escuchamos más cristales romperse y el sonido inconfundible de los cuerpos reventando en el cemento.

—¿Por qué harán eso ahora? —pregunté mientras arrancaba—. No tienen ninguna posibilidad de cogernos.

—Quizá sea una buena señal —dijo Luna con tono sereno y enigmático, el que utilizaba cuando su inteligencia se manifestaba más abiertamente.

—¿Cómo dices? —intervino Eva.

—El último intento de acabar con nosotros antes de morir de una maldita vez.

—Tendremos que tener más cuidado a partir de ahora y evitar pasar cerca de las ventanas —concluí haciendo rechinar las ruedas en el asfalto.

Cuando llegamos a Cala Rata comenzaba a oscurecer. El asunto de los infectados suicidas nos había enfriado un poco los ánimos, y eso no me pareció lo mejor para una noche sorpresa de cumpleaños. Aprovechando que la temperatura seguía siendo buena propuse cenar fuera, a la orilla de la cala, y entre los tres dispusimos las mesas y las sillas. No queríamos darle pistas a Eva y tratamos de que pareciera una cena como otra cualquiera; nada de decoración especial ni velas, tan solo los candiles de gas que usábamos habitualmente. Al resto no les dijimos nada para no tener a todos en el ajo y disponer de más caras sorprendidas.

En un descuido me metí en la cocina. Allí estaba Fina trajinando. Ella estaba al corriente, por supuesto, al igual que el Equipo de Combate.

—¿Qué tal va todo?

—Bien, voy a preparar unas *cabrillas* y un par de hermosos *cabrachos* al horno, y de primero menestra, de bote claro, no veo el día de poder manejar verduras frescas —respondió Fina sin volverse, frente al fogón de gas.

—Estupendo. ¿Y el postre? ¿Has podido hacer algo especial?

—He utilizado la ración de huevos y leche de una semana, tendrá su tarta como me llamo Fina.

—Umm, me casaría contigo —dije dándole un achuchón y un sonoro beso en la mejilla.

—Quita,quita, déjame terminar. Con la que tienes que casarte es con Eva, antes de que se os pase el arroz.

—Vale, vale.

Salí de la cocina con un montón de platos en la mano y un carrusel de luces de colores girando en mi cabeza a toda velocidad, una manifestación extraña de la angustia emocional.

Poco a poco fueron llegando todos. Era el momento en el que aprovechábamos para charlar y contarnos qué tal nos había ido el día. Hacía semanas que el ánimo de los antiguos habitantes del castillo de Manzanares era otro. El optimismo se respiraba, empezábamos a sentirnos dueños de nuevo de la tierra que pisábamos, aunque no fuese muy grande. Julián apareció de los últimos, del brazo de la embarazadísima Anabel.

—¿Qué tal pareja?

—De maravilla —contestó ella arrebujándose cariñosa contra Julián.

—¿Lo tendrás todo preparado no? —intervino Julián.

—¡Chiss! No te vaya a oír Eva —le recriminó Anabel.

—Todo a punto para los postres amigos, todo a punto —respondí con los nervios agarrados al estómago.

La cena trascurrió tan animada como siempre. Julián estaba especialmente

ocurrente y nuestras risotadas debían de oírse por toda la isla. No faltó nadie a la cena, incluso Escolano se escapó del cuartel y apareció cuando servían el pescado. Habíamos perdido contacto últimamente con él, pero seguía siendo un buen amigo, alguien en quien confiar; expresión esta que cobraba un significado mucho más importante en este nuevo mundo. Confiabas tu vida a alguien a cada momento y mejor era que no te equivocaras al elegir a quien. El capitán Abreu sin duda supo ver también eso en él y por eso quiso tenerlo a su lado. Además Escolano andaba *pelando la pava* con una sargento embarazada de seis meses (que había roto con el capullo que eligió como pareja), y eso le mantenía la mayoría del tiempo en La Mola. Un nuevo mundo con nuevos conceptos para el amor, la pareja, la amistad... En cierto modo estábamos mejorando.

Yo sin embargo me resistía a abandonar ciertas costumbres.

—¿Qué cojones es eso? —me dijo Julián levantando la voz cuando, con disimulo, lo llevé aparte y se lo enseñé.

—Un anillo.

—Joder, ya sé lo que es, pero... ¿qué significa? ¿No me querrás decir que...?

—Cuando limpiamos la casa de infectados, bueno, lo tenía la antigua dueña. Al verlo no pude resistirme. A ella ya no le serviría para nada y yo sentí que alguna vez lo iba a necesitar.

—¿Entonces?

—Le voy a pedir a Eva que se case conmigo.

Su cara se congeló en una instantánea que representaba el pasmo a la perfección. Luego resolvió a su manera.

—¡Ole!, ¡ole! y ¡ole! Así se hace, con clase. Y con dos cojones también, claro.

—¿No crees que es una locura?

—¿Una locura? Claro que no tío, no sé cómo no se me ha ocurrido a mí —dijo dándose un palmetazo en la frente—. En cuanto me haga con un pedrusco como ese le pido matrimonio a Anabel. Bueno, con un anillo más sencillito servirá igual —musitó mientras su cabeza parecía comenzar a hacer planes.

—Entonces, ¿se lo pido?

—¡Ya te digo! Primero la moto, luego sacas el anillo y redondeas la noche de puta madre.

Miré a Eva, charlaba animadamente, riendo, moviendo ese cuerpo con el que se sentía tan a gusto. Observé su pelo negro agitado por la suave brisa, el aleteo de sus manos al hablar, y no tuve dudas, era la mujer de mi vida; de lo que me quedara de vida.

Después de terminar con el pescado Fina se levantó, me miró y desapareció dentro de la casa. Con la excusa de ayudarla a traer el postre me levanté de la mesa y la seguí. Cuchicheando en la cocina, medio a oscuras, fuimos encendiendo las veintisiete velas de la tarta de nata, bizcocho y frutas en almíbar que había preparado con tanto esmero.

—Ha quedado preciosa —dije.

—No está mal, no. Pero anda, ve a preparar el regalo.

Salí por una puerta lateral y aprovechando la oscuridad me introduje en el garaje. Estaba nervioso como un adolescente en su primera cita. Fui al fondo, quité la lona que cubría la moto y encendí la linterna para verla de nuevo: había quedado preciosa. La idea era esperar con ella oculto. Fina estaría observando desde la cocina, yo le haría una señal con la linterna y entonces saldría con la tarta y las velas encendidas. Cuando todos comenzaran a felicitar a Eva, yo arrancaré la moto y me presentaré en mitad de la fiesta haciendo una entrada inesperada que no olvidaría en mucho tiempo. De pronto una voz familiar a mi espalda me sobresaltó.

—Vamos, no puedo esperar más —era Julián.

—Ven, ayúdame a moverla.

Nos disponíamos a salir con ella cuando oímos un motor. Dejamos la moto apoyada contra la puerta y el instinto hizo que cogiera la nueve milímetros que tenía sobre una repisa.

—¿No estábamos todos?

—Será alguien del cuartel.

—¿Qué querrán a estas horas?

No le contesté y salí guardándome la pistola en el cinturón, Julián me siguió. Sonó un claxon, un leve golpe avisando a los del interior de su presencia. Los comensales estaban de pie, expectantes. Un nuevo bocinazo sonó, esta vez algo más fuerte.

—Voy a ver quién es —dijo Eva.

—Te acompaño —añadió Julián.

Cuando abrieron el portalón de entrada apareció la luz de un único faro. Muy despacito pasó el alférez Galera, montado en una moto, acelerando sin embragar, haciendo que el inconfundible sonido bronco de la preciosa Harley negra y cromada que llevaba lo invadiera todo. Se detuvo en mitad del jardín, aceleró un par de veces más y apagó el motor. Todos lo contemplábamos estupefactos. Bajó de la moto, sacó las llaves del contacto y se dirigió a Eva.

—Feliz cumpleaños, espero que te guste el regalo —dijo. Le ofreció las llaves y le dio dos besos.

—¿De verdad, es para mí?

—Toda tuya.

Eva se tiró a su cuello y comenzó a girar abrazada a él.

Julián volvió a mi lado, me puso una mano en el hombro y apretó ligeramente.

—Volvamos a meter el cacharro tuyo en el garaje —musitó a mi oído.

Y efectivamente eso hicimos. Sin decir ni palabra la llevamos al fondo del garaje, la tapamos con la lona para que durmiera el sueño eterno y nos incorporamos a la fiesta, si es que la podía seguir llamando así. Eva estaba loca de contenta mirando y tocando aquella máquina prodigiosa. Galera formó un corro a su alrededor que lo

felicitaba y le ofrecía bebidas sin parar. Yo me mantuve alejado. Julián seguía conmigo sin dejar de mirarme disimuladamente.

Galera relató, con su bonita voz y su buena dialéctica, cómo por casualidad había descubierto (durante uno de los vuelos de reconocimiento por la isla) un concesionario de motos de segunda mano. Conociendo el gusto de Eva por las motos y su pasión por las Harleys, no lo dudó. También explicó con detalle el trabajo que llevó a sus mecánicos lograr que estuviera a punto para el día de su cumpleaños.

—Quieres dejar de mirarme de reojo de una puta vez —mascullé entre dientes.

—Vale tío, vale —dijo Julián y se encendió un cigarro.

Mis ojos escudriñaban a los asistentes buscando cómplices. Creí encontrar uno en Sergio, el enólogo. En un momento dado le vi acercarse a Eva y decirle algo al oído, ambos rieron entonces con disimulo y se abrazaron. A mí me llevaban los demonios. Me acordé de Fina y fui a la cocina. Allí la encontré, a oscuras, observando desde el umbral de la puerta. Me miró con condescendencia.

—¿Qué hacemos con la tarta?

—Sácala, a nadie le amarga un dulce. Di que era nuestra sorpresa. Yo voy ahora —dije finalmente.

Me quedé solo en la oscuridad de la cocina, mascando mi derrota. Nunca fumaba dentro de casa, a nadie le gustaba el olor, pero no pude evitarlo y me encendí un cigarrillo. Una figurilla se recortó a contraluz. Era Luna.

—¿Estás bien? —me preguntó sin entrar del todo.

—He tenido días mejores.

—No le vas a dar tu moto, claro.

—¿Tú qué crees?

—Qué pena, con lo bonita que te había quedado.

—Ya —apostillé lacónico.

No tenía ganas de hablar. Y con ella menos que con nadie. Sospechaba que estaba en el ajo, que me había traicionado.

—¿Tú sabías algo verdad? —me decidí a preguntarle.

—Claro que no. Incluso te ayudé a ponerla bonita ¿Por qué me dices eso?

—Me refiero a lo de Galera.

Luna calló. La había pillado.

—¿Quién más lo sabe? —continué hablando, intentando que no se me quebrara la voz—. Además de Sergio, por supuesto —me tiré un farol y acerté.

—Eva y yo —dijo.

—¿Y cuándo pensaba decírmelo?

—No te entiendo muy bien, Carlos. Solamente deseaban ocultarlo hasta que estuvieran seguros de lo que sentían. No querían que se enterara toda la isla antes de tiempo. Eva simplemente no te lo contó porque se lo pidió Galera.

—Vaya, qué considerada.

—Pensé que eras más moderno.

—Pues no, ya lo ves, soy un puto cavernícola —grité.

Luna no contestó, se dio la vuelta y se largó. Era la primera vez que la gritaba. Había perdido los nervios. Comenzaba a hacer inspiraciones profundas para despejar el mareo y el dolor que produce el desamor, cuando sonó el walkie que estaba sobre la encimera de la cocina.

—¿Carlos?

—Sí, soy yo.

—Le habla el capitán Abreu. Necesito verle inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—Le espero en mi despacho de la fortaleza en quince minutos, aquí se lo contaré todo.

—Allí estaré.

No tenía ni idea de lo que quería el capitán, ni me importaba, solo necesitaba salir de la casa y su llamada me dio la oportunidad. Fui a la habitación, abrí el armario donde guardábamos las armas y cogí un subfusil, una pistola, varios cargadores y la Bastarda, por supuesto. Busqué la cota de malla, pero no la encontré. Recordé que Eva me había dicho que la había lavado porque la tenía hecha un asco. No sabía dónde demonios la había puesto. Volví al jardín y busqué a Julián. En la mesa todos charlaban animadamente y daban buena cuenta de la tarta. Eva estaba de espaldas, sentada entre Galera y Sergio. Julián me vio con las armas y se levantó de inmediato.

—¿Qué pasa, Carlos?

—El capitán quiere verme ahora.

—¿A estas horas? ¿Te dijo para qué?

—No.

—Te acompaño.

—Me ha dicho que vaya solo —le mentí—. Déjame las llaves del *quad*.

—¿Te vas a ir sin despedirte? —preguntó con cara de fastidio mientras me entregaba las llaves.

—Luna me lo ha confirmado. Galera y Eva... Bueno, ya sabes.

—Joder.

—No tengo ganas de hablar con nadie y menos con Eva. Me viene bien darme una vuelta. Seguro que será alguna chorrada. Me quedaré a dormir en el cuartel y mañana pensaré lo que hago.

—Deberías hablar con ella.

—Hablaré, pero no hoy. Merece tener un buen cumpleaños.

—Eres un tío cojonudo, joder —dijo lloriqueando.

—Toma —concluí—. Pídele matrimonio a Anabel.

Julián no dijo nada, solo se quedó mirando el anillo que le puse en la mano.

6. MALENTENDIDOS

Aprovechando la oscuridad para no ser visto, Carlos salió de la casa con la cabeza hecha un lío y con dificultad para respirar. Recordó en el último momento que había olvidado coger su cota de malla. Pensó que probablemente estaría colgada, secándose bajo el porche de la cocina. Barajó la posibilidad de volver, pero finalmente la descartó. Si alguien le veía tendría que dar demasiadas explicaciones, y si era Eva... Solo de pensarlo le dio vértigo. Empujó el *quad* que estaba aparcado junto a la carretera y, cuando consideró que se encontraba suficientemente lejos para que el motor no se oyera, arrancó y desapareció.

Dentro la fiesta continuaba. Sentados alrededor de la mesa y con el buen vino que había elegido Sergio para la ocasión, el ánimo de los comensales iba en aumento. En un momento dado Luna le contó a Eva su conversación con Carlos y lo confundida que le había dejado.

—¿Eso te dijo?

—Sí —contestó Luna.

—Me cuesta creerlo.

—Y a mí.

En ese momento Eva se dio cuenta de que llevaba rato sin ver a Carlos. Sin levantarse lo buscó con la mirada.

—¿Alguien ha visto a Carlos? —preguntó finalmente levantando la voz por encima de las conversaciones.

Todos detuvieron sus conversaciones para negar, luego volvieron a sus charlas sin darle mayor importancia al hecho. Julián estaba sentado en el extremo de la mesa, junto a Anabel y Fina. Se levantó y fue hasta Eva.

—Puedo hablar con vosotras dos un momento —dijo en tono muy serio.

Galera, que se encontraba a su lado, se percató y preguntó.

—¿Todo va bien?

—Para ti ya veo que de maravilla —espetó Julián señalándole con el dedo, en una especie de desafío. Luego se volvió y se alejó de la mesa.

Eva se quedó estupefacta con la salida de tono de Julián. Galera no contestó.

—¿Se puede saber a qué viene esto? —preguntó Eva agarrando del brazo a Julián y deteniéndolo justo al borde del agua.

—Perdona que te lo diga, «ojos verdes», pero hay que tener un rostro desde aquí a la península para decir eso.

Luna cogió la mano de Eva. Su inteligente cabeza intentaba poner orden y coherencia en todo lo que había estado pasando aquella noche, pero no terminaba de conseguir la combinación perfecta que lo explicara. Por eso permanecía callada, expectante.

—¿Quieres decirme qué pasa de una puta vez? —conminó Eva.

—Mira Eva, ya sabes que te quiero mucho, pero esto no me parece bien. Hace semanas que detecté ciertos comportamientos sospechosos entre tú y Galera. Miradas, cuchicheos, no sé, una confianza que sobrepasaba lo normal siete pueblos. Esta mañana no pude más y tuve que contárselo a Carlos. Yo no lo podía creer, y él tampoco. Lo dejamos correr hasta esta noche, que ya ha sido el no va más. Y por si quedaba alguna duda, Carlos ha hablado con Luna y se lo ha confirmado.

—¿Confirmado el qué?

—Joder, pues que Galera y tú estáis liados.

Eva sonrió y se llevó las manos a la cabeza.

—Ahora lo entiendo todo —dijo Luna—. Yo hablaba de una cosa y Carlos de otra.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Julián molesto.

—Te lo has perdido todo, espía de pacotilla. Galera es gay y con quien tiene algo es con Sergio. Eva ha sido su confidente durante estas semanas —contestó Luna. Eva no paraba de reír.

—¿Galera y Sergio...? —repitió Julián sin dar crédito—. ¡La alegría que se va a llevar Carlos!

—Y ahora, ¿me puedes decir dónde está Carlos? —pregunto Eva.

—Le llamó el capitán. No me dijo lo que quería, pero no parecía muy urgente. Aunque ya te digo yo que se ha ido hecho unos zorros. Dijo que se quedaría a dormir en el cuartel.

—Pues no pienso llamar para aclararle nada, por idiota —añadió Eva.

—Pobre, con lo que le había costado preparar la moto que te iba a regalar —dijo Julián.

—¿Una moto? —repitió Eva.

—Sí.

—Vaya.

—Y también esto —dijo Julián sacando el anillo del bolsillo.

—Un anillo —musitó Eva—. ¿Y por qué lo tienes tú?

—Iba a pedirte matrimonio. Supongo que perdió las ganas y me lo dio.

—Vaya par de gilipollas —espetó Eva sin dejar de mirar el anillo que Julián sostenía delante de sus ojos.

Se puso seria y durante unos segundos no dijo nada. Finalmente reaccionó.

—Dame eso —concluyó quitándoselo de la mano—. Y enseñame esa moto, me muero de ganas de verla.

—Es preciosa —intervino Luna.

—¿Tú también estabas en el ajo? —preguntó Eva. Luna se encogió de hombros.

—¿Y Carlos? —objetó Julián—. ¿No vas a llamarle?

—Pues no. Voy a dejar que sufra esta noche como castigo por no confiar en mí. Mañana voy a darle la vuelta como a un calcetín, por capullo.

Julián relajó el gesto finalmente y las acompañó al garaje. Aún seguía dándole vueltas al tema.

—¿Galera y Sergio «*Brokeback Mountain*»? Increíble —murmuró.

7. LA MISIÓN

Un viento frío proveniente de la península anunciaba la llegada del duro invierno. Bordeé la costa hasta llegar a la carretera de La Mola, entonces apreté el acelerador a tope y el aire espació mis lágrimas. Momentos felices con Eva se superpusieron sin orden. Por mi cabeza pasaron miles de imágenes. Traté de evitarlas y con ello disipar el dolor que sentía.

Los sensores de movimiento instalados en la carretera detectaron mi presencia y a lo lejos se encendieron los focos de vigilancia instalados en las torres. A unos doscientos metros divisé la línea defensiva. Aminoré la marcha hasta llegar al autobús reforzado que hacía de puerta y me detuve.

Dos soldados montaban guardia en una garita de madera. Uno salió rifle en mano, al reconocerme bajo el arma.

—Buenas noches, soldado. Vengo a ver al capitán.

—Le está esperando. Tengo orden de acompañarle hasta su despacho.

—Bien, pues a qué esperamos.

La iluminación era mínima. Seguí al soldado que alumbraba el camino con una linterna. Entramos en la fortaleza por la Puerta de la Reina. No nos cruzamos con nadie, solo vi muros de piedra en sombras hasta llegar a la zona principal de la fortificación. Allí confluían los tres frentes defensivos para los que fue concebida: el marítimo de la costa norte, el de la bocana del puerto de Mahón y la defensa terrestre del único acceso por tierra a la fortaleza. Junto a la caponera del hornabeque, que era el punto más avanzado, se hallaba un edificio circular que antaño sirvió como segundo nivel defensivo en caso de invasión. Entramos en él y recorrimos sus pasillos oyendo retumbar nuestras pisadas entre aquellas piedras centenarias. Comprendí que el capitán pasara la mayor parte del tiempo en la fragata, aquello daba escalofríos. Al final de un estrecho corredor se encontraba su despacho. La puerta estaba cerrada.

—Pasen —oímos decir desde el interior después de que el soldado golpeará la puerta sin muchos miramientos.

—Señor, ha llegado Carlos.

—Gracias, soldado. Puede volver a su puesto.

La pesada puerta de madera se cerró a mi espalda y me quedé contemplando al capitán en mitad de aquel despacho austero y mal iluminado que olía a madera más que una carpintería. Sentado en un rincón distinguí otra figura. Tenía unos papeles en la mano, parecía anotar algo. Levantó la cabeza unos instantes para mirarme, pero no me saludó. Era el teniente Magalo.

—Gracias por venir tan rápido —dijo el capitán—. Veo que lo ha hecho solo.

—Sí.

—Bien, vayamos al grano. Es preciso ir a Madrid y necesito a alguien de su experiencia para hacerlo. Es de vital importancia que la misión salga perfecta.

—¿Cómo dice?

—Venga, se lo explicaré.

Le acompañé a su mesa y me senté frente a él. En pocos minutos me lo contó todo: lo del búnker de La Moncloa, cómo se habían refugiado allí el gobierno y los altos mandos, el desastre que se produjo cuando se manifestó la infección a treinta metros de profundidad, la huída y, sobre todo, lo del superordenador militar. Terminó explicándome que habían contactado con alguien, un único superviviente, un analista de sistemas.

—Se llama Samuel Santos y es la persona que debemos ir a buscar —concluyó diciendo.

—¿Por qué ha tardado tanto en poder comunicarse?

—Había infectados. Esta tarde murió el último y pudo acceder al ordenador principal.

Medité unos segundos durante los cuales las imágenes de las calles de Madrid infectadas de comilones fueron las protagonistas.

—Un solo hombre... ¿Qué le hace tan valioso como para que nos metamos en las entrañas de la bestia para rescatarlo?

—Sabe manejar ese ordenador y tiene las claves y la tarjeta para ponerlo en marcha.

—¿Y?

—Con ese ordenador tendríamos acceso a todo: conexión con los satélites, posicionamiento de barcos, vehículos militares y comunicación con cualquier lugar del mundo. Ya no dependeríamos de los datos que nos suministran los americanos con cuentagotas. Podríamos rastrear supervivientes y conseguir suministros valiosos como combustible y armas. Y lo más importante —el capitán se arrellanó en el sillón—, a través del superordenador también tendríamos acceso a una base de datos inmensa.

Fruncí el ceño incrédulo, él continuó.

—Millones y millones de *bytes* de información. Dispondríamos de manuales técnicos de ingeniería, arquitectura, medicina... con los que aprender a manejar cualquier cosa, a poner en marcha máquinas, fábricas y hospitales. Allí está la historia de la literatura, del arte, de la ciencia, todo. No se perderían las obras de los grandes artistas ni científicos; el legado de la humanidad, en definitiva. Podríamos empezar de nuevo con ello. Necesitamos esa información, Carlos.

Las palabras del capitán sonaban serenas, pero intensas. Parecía razonable lo que decía, aunque algo no me cuadraba.

—Tiene sentido lo que dice, pero si el superordenador está allí, ¿para qué demonios tenemos que traer al técnico aquí?

El capitán se levantó y sacó una linterna del cajón de su mesa de madera

historiada.

—Sígame, tengo algo que enseñarle.

Salimos al corredor por el que había llegado y bajamos unas escaleras, luego otras más empinadas hasta llegar a una sala amplia casi vacía. Un par de estanterías con recuerdos militares, algunas cajas de municiones y una gran bandera española en una pared era todo lo que había.

—Esto fue un polvorín —explicó el capitán—. Teniente, ayúdeme.

Magalo, que aún no había abierto la boca, acompañó al capitán. Atravesaron la sala y comenzaron a empujar la estantería de la pared del fondo. No parecía pesar mucho y se desplazó con facilidad sobre el suelo de piedra, el cometido del teniente fue más evitar que se cayeran los adornos que otra cosa. Al retirarla del todo apareció un agujero en la pared del tamaño de un hombre.

—Detrás de mí, y cuidado con la cabeza —apuntilló el capitán antes de desaparecer en su interior.

Lo seguí sin rechistar, agaché la cabeza y me introduje en la oquedad. La luz de la linterna iluminaba a duras penas unos peldaños estrechos que bajaban en espiral, como los que había en los castillos. El techo era muy bajo y, aunque evité dar con la cabeza, golpeé varias veces con el pomo de la Bastarda.

—Payaso, siempre con esa ridícula espada a cuestas —oí murmurar al teniente a mi espalda. Me paré y me giré trabajosamente. El comentario merecía una contestación y yo aquella noche iba caliente.

—Mi ridícula espada te puso tus ridículos huevos de cobarde en el gznate, cerquita de tu ridícula cara de chupa culos —le espeté recordando aquel primer encuentro que tuve con él nada más llegar a Menorca, cuando a punto estuve de degollarlo como a un cerdo.

No contestó, o si lo hizo no le oí. Mejor así.

Después de bajar el tramo de escaleras llegamos a una pequeña sala de techo abovedado que me recordó a la que tenía el castillo de Manzanares, la antesala por la que se accedía al túnel que comunicaba con la iglesia de Ntra. Sra. de las Nieves.

—¿Es un pasadizo de salida? —pregunté.

—Es algo más, venga —respondió el capitán abriendo la única puerta que había, una pesada hoja de acero de veinte centímetros—. Afortunadamente la encontramos abierta, de no ser así nunca habríamos podido entrar.

Cuando accionó el interruptor no di crédito a lo que veía. Una luz perfectamente calculada, con la intensidad adecuada y una calidad y tonalidad muy confortables, descubrió una amplia sala sacada de una película de Star Trek. Muebles funcionales, pero de diseño. Mucho cristal y acero. Un montón de mesas con ordenadores e inmensas pantallas en las paredes.

—¿Qué cojones es esto? —pregunté atónito.

—Un búnker, uno de los muchos que hay en España. Lo encontramos por casualidad, vacío.

—Ya veo en lo que se gastaban nuestro dinero los políticos. Qué calladito se lo tenía capitán —apuntillé mientras paseaba por aquel lugar futurista.

—No lo creí necesario, habría despertado unas esperanzas que tal vez nunca se cumplieran. En realidad, nada de esto sirve para nada —contestó cogiendo un sobre de una mesa.

—Entiendo. Necesita a ese técnico para ponerlo en marcha.

—Desde La Moncloa él podría reiniciar los sistemas y autorizar los accesos a toda la información de la que le he hablado.

—Ya. Podría, pero no quiere.

—Exacto. Él dice que desde allí no puede hacerlo, pero no le creo. Tendremos que traer aquí a ese cabroncete o no hará nada —concluyó el capitán con cara de fastidio.

—Vamos, capitán, no lo juzgue tan mal, es comprensible. ¿Cuánto tiempo lleva encerrado? ¿Un año? Un año sin ver el sol, bajo tierra, solo. Tiene una baza ganadora en la mano y no está dispuesto a desperdiciarla, nada más.

—Quizá tenga razón. Si nos diera acceso desde allí nunca iríamos a buscarle —musitó.

—Desde luego que no —añadió Magalo a mi espalda.

—Bueno, ¿y cómo piensa hacerlo? —pregunté yendo al grano.

El capitán sacó unas fotografías aéreas del sobre que había cogido y las extendió sobre la mesa. Todas eran del mismo lugar, con diferentes grados de ampliación. Abreu eligió una.

—Moncloa esta misma tarde. Nos las mandó el técnico. Esto es el perímetro cerrado del complejo —dijo señalando un trazo rojo que rodeaba varios edificios—. Aquí está el helipuerto, y esta cruz marca la entrada a la fortaleza subterránea.

Miré la foto con detenimiento y luego cogí otras más ampliadas.

—Fuera veo bastantes infectados, pero dentro del recinto hay pocos —dije.

—Unos nueve o diez, no más —contestó Magalo.

—Iremos en la fragata hasta el puerto de Valencia —prosiguió el capitán—. Desde allí continuará en helicóptero hasta Madrid, recogerá al técnico y volverá a la fragata. Tendrán que eliminar a los infectados de dentro, los del exterior no serán un peligro si se dan prisa, los muros y rejas aguantarán a un buen número de ellos.

—¿Por qué no ir en helicóptero desde aquí? —pregunté—. El Chinook podría hacerlo.

—Preferiría no gastar todo el combustible de aviación. Llevaremos el Sikorsky —respondió Abreu.

—Ya. Entonces Escolano no irá.

—No —concluyó el capitán abriendo los brazos.

Volví a mirar las fotos. Imaginé la incursión y me pareció cosa de niños después de todo lo que llevaba pasado. Cualquier misión en la isla era más peligrosa que aquella. Un viajecito en barco, luego una panorámica desde el aire, un puñado de

infectados despistados que eliminaríamos con la gorra y asunto terminado. De pronto me vino a la cabeza Eva y noté una presión en el pecho. Sin duda necesitaba una distracción, algo que me mantuviera ocupado.

—De acuerdo, ¿cuándo lo hacemos? —dije dejando las fotos en la mesa, con chulería.

—Nosotros tenemos todo preparado. En cuanto reúna a su equipo zarparemos —contestó el capitán cruzando los brazos.

No era mi idea. Necesitaba alejarme de todo lo que me recordara a Eva, darme una tregua.

—No será necesario —dije finalmente—. Es casi un viaje de placer.

—¿Irás solo? —preguntó el capitán extrañado.

—El piloto, un par de soldados que disparen bien y... el teniente Magalo. Con eso será suficiente.

Oí crujir unos dientes a mi espalda.

—¿Está seguro?

—Claro. Además el teniente estará encantado de acompañarme y colaborar en la salvación de la raza humana, ¿verdad? —dije todo lo serio y circunspecto que pude.

Abreu le dirigió una mirada interrogativa.

—Por supuesto, capitán, para mí será un honor acometer esta misión —contestó cuadrándose y saludando marcial.

Hacía tiempo que no veía una mirada como la que me dedicó, la última vez fue en un documental sobre cocodrilos.

—Bien, entonces todo solucionado. Zarpemos de inmediato —urgió el capitán frotándose las manos y dirigiéndose hacia la puerta como un rayo.

El teniente aún metabolizaba el marrón en el que le había metido cuando me acerqué y le susurré al oído.

—Vamos, Magalo, no pongas esa cara, te vendrá bien tomar un poco el aire.

8. CORTE DE UÑAS

Habían atravesado el Congo, la República Centroafricana, Camerún y El Chad. Más de tres mil kilómetros sin apenas descansar, conduciendo por turnos. Los hombres estaban exhaustos y los vehículos también. Tagana miró el mapa por enésima vez, se encontraban a mitad de camino y todavía les quedaba lo peor: las secas tierras de Niger y la inmensa y desértica Argelia. Debían descansar. El lago Chad sería un buen lugar, podrían coger agua y tal vez comida, siempre y cuando no encontraran muchos infectados. Comunicó por radio la decisión a sus hombres, que recibieron con alegría, y buscó un lugar en el mapa lejos de los poblados donde pudieran acampar. Aún debieron de conducir más de dos horas antes de que volviera a sonar la radio ordenando detenerse.

El lugar que eligió estaba cerca de la desembocadura del río Chari, entre las poblaciones de Massaki y Blangoua. Nadie descargó nada, ni siquiera se bajaron de los vehículos. Buscó un sitio despejado y llano, formó un círculo defensivo con los vehículos y esperó. Subido al techo del todoterreno, Tagana aguzó el oído y la vista. Escudriñó el horizonte en busca del más mínimo ruido o movimiento. El sol estaba en todo lo alto y el calor era asfixiante, pero aguantó más de media hora hasta que estuvo relativamente seguro de que no había infectados por los alrededores, entonces comunicó a sus hombres la buena noticia, descansarían allí hasta el anochecer.

—Ogotu, quiero un recuento de alimento y de combustible —ordenó Tagana mientras se ponía sus *Ray-Ban Wayfarer* negras.

A los quince minutos Machete volvió con la información.

—Tengo malas y buenas noticias.

—Las malas primero.

—La carne que trajimos no secó el tiempo suficiente, se está pudriendo, y teniendo en cuenta los kilómetros recorridos y los que aún nos quedan, no tendremos combustible suficiente para llegar.

—¿Y las buenas?

—Un soldado se crió cerca de estas tierras y dice saber de un lugar donde hay hipopótamos. Con una cría hermosa tendríamos el asunto de la comida resuelto.

—¿Y qué pasa con el combustible?

—Dejando un par de camiones se solucionaría. Solo hay que elegir entre hombres o equipo.

—Entiendo —dijo Tagana y meditó unos instantes—. ¿Y de cuántos hombres estaríamos hablando? —preguntó finalmente.

—Sesenta, tal vez setenta.

—Setenta —repitió en voz baja.

—Menos bocas que alimentar y menos competencia para... —dijo Ogotu

completando la frase con un gesto obsceno que simulaba copular.

—De momento organiza la partida de caza, ya veremos lo que hacemos después.

Tagana se alejó del campamento improvisado y buscó la sombra de una solitaria acacia, se sentó y apoyó la espalda en el áspero tronco. Necesitaba pensar, pensar sobre lo mejor, lo más conveniente. No era un irresponsable ni un estúpido como la mayoría de los que le rodeaban, no hubiera llegado donde estaba habiéndolo sido. Unos minutos de reflexión a veces son necesarios, le decía en muchas ocasiones a su incondicional e impulsivo lugarteniente, meditar el tiempo suficiente para que la mente pueda separar lo moralmente correcto de lo estrictamente necesario, y sea capaz de tomar la decisión más acertada. Esa manera de actuar le había llevado a cometer infinidad de actos violentos, muertes y las mayores atrocidades, pero nunca por placer o sed de sangre, sino por un estricto motivo práctico. Tagana no disfrutaba con la tortura ni el asesinato, no era un salvaje, solo un hombre realista. *“Una vez marcado un trayecto y una dirección, el destino es lo más importante”*, solía decir, *“y en su logro, la razón ayuda y los sentimientos son piedras en el camino”*.

Por eso consideró con detenimiento lo que Ogutu le había contado y, despojado de todo sentimentalismo, llegó a una conclusión terrible: necesitaba el equipo y las armas, y le sobraban hombres. Pensó que una vez llegaran a esa isla española y la tomaran, tendrían que asentarse para perpetuarse, y las cuentas no le cuadraban. Eran casi trescientos hombres y apenas cien mujeres, más que suficientes como putas, pero escasas una vez se convirtieran en compañeras y madres de sus hijos. No le cabía ninguna duda de que con el tiempo se formarían parejas y entonces doscientos hombres tendrían que conformarse con mirar cómo un tercio de ellos dormía cada noche al calor de una mujer y formaba una familia. Estaba pensando de más, anticipándose a unos inciertos acontecimientos, pero las circunstancias le llevaron a ello. Sabía perfectamente que aún les quedaba mucho camino que recorrer; más de tres mil kilómetros por carreteras desérticas, atravesar Níger, Argelia, la ciudad de Argel, acceder a su puerto, embarcar en el carguero, tomar la isla española... Demasiadas variables, el desastre podría esperarles al doblar cualquier esquina. Contaba con ello y con la pérdida de hombres, con eso también. Un número equilibrado entre hombres y mujeres sería lo más adecuado, mantendría la moral alta y su liderazgo nunca se cuestionaría. Conocía el número aproximado de hombres y mujeres de la isla. Dejaría a todas las mujeres con vida y solo a los hombres que les fueran útiles, los otros tendrían que morir, lamentablemente; por cuestiones prácticas, por supuesto. Imaginó a una de esas mujeres blancas, de piel suave. Nunca pensó en ninguna de las putas manoseadas que llevaban como compañera y madre de sus hijos. Deseaba a una europea culta, de modales refinados, con la que poder charlar de todo y envejecer a su lado. Se estaba desviando, sus pensamientos se largaron por su cuenta para vivir una fantasía que aún no tocaba. Lo primero era lo primero, pensó. Cogió un puñado de tierra rojiza y lo lanzó lejos. Quería a África tanto como la odiaba, porque siempre le obligaba a tomar decisiones difíciles. Por eso, una vez la

abandonara, no la echaría de menos jamás.

«Machete» Ogutu cogió dos 4x4, cinco hombres y se fue de caza. Siguió las indicaciones del soldado que se había criado en una pequeña población a orillas del lago, Blangova; después de bordearla se dirigieron a una zona donde se suponía estaban los hipopótamos. Llegaron con los vehículos hasta donde pudieron y luego continuaron a pie. El calor era insoportable, y la humedad y los mosquitos aumentaban según se aproximaban al agua.

—¿Queda mucho? —preguntó molesto Ogutu al soldado que los guiaba.

—No, tienen que estar detrás de esta vegetación.

Y así fue, después de atravesar un denso trecho que tuvieron que salvar a golpe de machete, apareció un claro de tierra rojiza y húmeda que ocupaba un meandro del río. Tumbados plácidamente, embarrados y distraídos, se encontraban los hipopótamos.

—Todos quietos, disparo yo —susurró Ogutu.

Con la mira telescópica del Ak-47 buscó su víctima. No le interesaba un gran macho de tres toneladas sino una cría que pudieran trocear con facilidad. Había varias, algunas recién nacidas le parecieron demasiado pequeñas. Al fin encontró su objetivo ideal. Tenía la cabeza levemente levantada, apoyada contra el lomo de su madre, y se mecía acompasando la respiración. Dormitaba apaciblemente mientras su madre vigilaba atenta. Ogutu calculó que pesaría unos trescientos kilos más o menos, suficiente. Levantó el arma y apuntó con cuidado entre los dos ojos cerrados de la cría. El disparo tronó y cientos de aves salieron volando desde la espesura, cubriendo el cielo de colores y el ambiente de graznidos y batir de alas. Los hipopótamos se incorporaron trabajosamente y deambularon confundidos. La cría quedó tumbada, con el cerebro destrozado por una bala calibre 7,62.

—Ahora un poco de ruido para despejar la zona —gritó Ogutu.

Sus hombres dispararon sus rifles a ráfaga, provocando la desbandada de los enormes mamíferos buscando el refugio de las aguas del río. Solo la hembra quedó junto a su cría muerta. La empujaba con el morro intentando levantarla, negándose a abandonarla a pesar de que su instinto le avisaba del peligro.

—¡Disparad a la madre! —ordenó «Machete» Ogutu.

—Señor —se apresuró a intervenir el soldado que los había guiado, interponiéndose en la línea de tiro—, no es necesario matar a la madre, si esperamos un poco se irá.

—Es posible —dijo Ogutu descargando una ráfaga que dejó una línea de agujeros en el lomo de la hembra. El resto de soldados le siguieron y en pocos segundos el pobre animal cayó muerto, destrozado por cientos de balas.

El soldado no disparó. Se quedó mirando la carnicería, pero no apretó el gatillo. Ogutu lo vio.

Una hora más tarde habían descuartizado a la cría y los trozos colgaban de

gruesas ramas que llevaban a hombros. Ogutu esperó a que tuvieran cargada la carne en los vehículos para hacer algo que había estado rumiando desde hacía rato.

—Cuando yo doy una orden se cumple sin rechistar, ¿estamos de acuerdo?

Bramó de pronto con los pies bien afianzados en la tierra y los brazos en jarras. Nadie contestó, solo asintieron con la cabeza temiendo lo peor.

—Soldado, deje su arma y venga aquí —ordenó al guía.

El soldado dejó el Ak-47 en el suelo.

—No le he visto disparar y eso es contradecir una orden directa.

Las piernas apenas le sostenían cuando se detuvo frente a Ogutu. Era un muchacho de unos veinte años, delgado, con el pelo rapado al cero. Sus grandes ojos, ocultos parcialmente por la gorra, no miraron directamente al lugarteniente sino que recorrieron el suelo mientras recordaba una plegaria.

—Una orden en tiempos de guerra es sagrada —gritó «Machete»—, y ahora estamos en guerra, y se cumple a rajatabla, sin titubeos, sin pensar. Los oficiales mandan y la tropa obedece, siempre ha sido así y así seguirá siendo. Es la manera de que esto funcione, de poder sobrevivir. No hay excepciones, no puede haberlas.

Ogutu se colgó el fusil al hombro y desenvainó su enorme machete de mango de hueso.

—Soldado, levante su brazo derecho —ordenó finalmente. Un leve murmullo se escuchó entre sus hombres. Con una mirada lo acalló.

El soldado temblaba ostensiblemente, conocía a su oficial desde hacía más de dos años y temía un duro castigo, pero nunca ese. Permaneció con los brazos pegados al cuerpo, a punto de desmayarse.

—No se lo repetiré dos veces.

El soldado fue levantando el brazo hasta llevarlo a media altura, los temblores eran incontrolables.

—Bien extendido —ordenó en voz baja, dejando entrever una sonrisa.

Ogutu se recreó, levantó el machete y lo mantuvo en alto unos segundos, observando la mirada suplicante del soldado, luego descargó un golpe que amputó su mano por la muñeca. El soldado gritó y cayó de rodillas agarrándose el muñón con la mano izquierda, la sangre salió a borbotones y manchó la seca tierra.

—Disciplina, se ha impartido disciplina —dijo Ogutu al tiempo que rodeaba al soldado—. Y ahora pensaréis, ¿para qué vale un soldado manco? —continuó hablando, realizando una pregunta de la que no esperaba más respuesta que la que él mismo diera—. Para nada.

Con un rápido movimiento y el machete agarrado con ambas manos, decapitó al soldado de un golpe certero y brutal.

«León» Tagana masticaba con desgana un trozo de carne asada de hipopótamo, sentado junto al fuego, alejado de sus hombres. Ogutu le acompañaba. Anocheecía, en un par de horas el sol se habría ocultado del todo y sería el mejor momento para partir.

—¿Has pensado lo que haremos?

—No podemos desprendernos de las armas ni de la munición —contestó Tagana.

—Eso opino yo.

—¿Cómo lo harás?

—Hoy le he aplicado mi famoso «corte de uñas» a un soldado.

—¿Por qué?

Normalmente Ogutu utilizaba el machete para amputar manos y pies a civiles que robaban en sus campamentos o se negaban a trabajar en las minas de coltán, pero nunca a un soldado.

—Eso qué más da, busqué una excusa, el asunto es que a estas horas todos los soldados lo sabrán y no se atreverán a cuestionar ninguna orden, te lo aseguro.

Tagana guardó silencio.

—Dentro de un rato reuniré a los hombres. Los elegiré entre los más débiles y los más conflictivos, el carácter lo ponemos nosotros. Me desharé de ellos limpiamente, ya verás —Ogutu hizo una pausa—. Quizá incluya a los que tienen la polla más grande que la mía, no quiero competencia —añadió soltando una carcajada. Tagana no contestó, le dolía aquella medida y no estaba para las bromas de mal gusto de su lugarteniente.

Una hora más tarde sesenta hombres partían a pie en misión de reconocimiento, como avanzadilla. Llevaban una brújula y un plano con un punto marcado para la recogida.

La brújula estaba correcta, pero el punto señalado en el mapa se alejaba diez kilómetros del lugar por donde realmente pasó, horas más tarde, el convoy. Cuando volvieron al campamento, exhaustos y confundidos, solo encontraron dos camiones vacíos y sin combustible.

Tres días después, en tierras de Níger, los sesenta hombres serían alcanzados por la horda. Debilitados por el cansancio, el hambre y la sed, apenas presentaron batalla y fueron devorados en cuestión de minutos.

9. PARÉNTESIS

El capitán volvió a repetirme un par de veces si no quería llevar a alguien de mi grupo, incluso me propuso esperar al alférez Galera para que fuese él quien me acompañase. Se notaba sobremanera la desconfianza que le transmitía el teniente Magalo. Yo me negué, por supuesto, aduje que la misión parecía sencilla y que sería mejor dejar al Equipo y a su mejor oficial en la isla.

—Confío en su criterio —fue lo que me dijo.

Lo que no sabía el capitán era que mi raciocinio estaba nublado por un mal de amores del tamaño de un elefante, y que mis decisiones hubieran sido otras de no haber sido así.

Después de que el capitán mandara llamar al alférez para que se quedara al mando mientras él no estaba, embarcamos en una *zodiac* inmensa y nos dirigimos a la fragata. La noche de primeros de diciembre comenzaba a ser realmente fría. Afortunadamente el viento se había parado y el mar estaba en calma absoluta.

Nunca había estado en un barco de guerra. Nada que ver con uno de pasajeros tipo crucero. Lo superfluo no tenía cabida; espartano y funcional al máximo, tenía más el aspecto de un almacén de material metalúrgico que de otra cosa. El capitán amablemente se prestó a enseñármelo y durante la primera hora lo recorrí en su compañía. Sus explicaciones concisas dejaban entrever una pasión contenida, aquel hombre amaba lo que hacía. En el puente de mando fue donde más tiempo estuvimos. Era una sala de control informatizada, llena de paneles abarrotados de botones y pantallas de ordenador. Abreu distribuyó a sus suboficiales (como quien habla del tiempo) indicaciones imposibles de comprender para un profano. El recorrido terminó en cubierta, apoyados en el parapeto de babor, ambos con la mirada fija en la luna creciente cuyo reflejo rielaba sutilmente en un mar en calma.

—Esta es mi vida —dijo de pronto.

Casi al mismo tiempo se levantó una leve brisa que trajo el aroma salado del mar.

—Mi abuelo primero, luego mi padre y ahora yo, todos hemos sido marinos. Tuve dos hijos, un chico y una chica. Ella era abogada y él también marino, alférez de navío. Tenía un buen porvenir.

No dije nada, no había nada que decir. Observé cómo el capitán aspiraba el aire y entornaba los ojos, luego buscó en el bolsillo de su camisa y sacó dos puritos.

—No fumo, pero estos son cubanos, los últimos —y me ofreció uno.

Dimos largas caladas en silencio. Estaban algo secos aunque aún sabrosos, y el humo denso me despejó la cabeza. Era la primera vez que conversaba con Abreu de algo que no fuera digamos «oficial», y aunque me parecía un buen tipo no terminaba de sentirme a gusto. La barrera jerárquica que habíamos mantenido en el último mes me impedía soltarme del todo. Él sin embargo parecía relajado, predispuesto a las

confidencias, y eso me preocupó aún más. Sé escuchar, me gusta escuchar, pero soy penoso cuando buscan en mí un interlocutor capaz de dar ánimos, consolar o dar consejos, y la experiencia me decía que cuando alguien comienza a hablar en pasado va a terminar poniéndote en un aprieto.

—Lo mío es navegar, no la política. Cuando vuelva de la misión tenemos que hablar —dijo de pronto sacándome de mis pensamientos.

—¿Hablar? —pregunté.

—Mi lugar está aquí, en el mar —continuó sin contestarme—. Esta maravilla no se construyó para pudrirse mientras permanece anclada. Además tenemos la obligación de seguir buscando supervivientes. Quizá quede alguien en algún barco a la deriva, o refugiado en un puerto, qué sé yo.

No entendía de lo que estaba hablando. Su discurso, amén de errático, comenzaba a ser críptico.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, pero ahora es momento de dejarlo en manos de otro. Soy un marino y sobre todo un militar, y la historia ha demostrado que cuando nos metemos en política terminamos fastidiándola.

—En eso tiene razón.

—Hay que elaborar un censo y convocar unas elecciones. Lo adecuado sería que nuestro pequeño país tuviera un gobierno legítimo elegido por todos.

—Usted no lo ha hecho mal, capitán, pero debo decirle que estoy de acuerdo. Hay que comenzar a pensar en el futuro y hacer que todos nos sintamos responsables de él —contesté animado por la sorpresa de encontrarme ante alguien sin deseos de poder, un militar honesto, un hombre honesto.

—Podrá presentarse a candidato todo aquel que quiera, por supuesto.

—Por supuesto —repetí intentando imaginar quien lo haría, barajando nombres en mi cabeza a la velocidad del rayo.

—Y me gustaría que usted fuese uno de ellos.

—¿Yo? —me giré sorprendido y quedé frente a él.

—Si tengo que recibir órdenes preferiría hacerlo de alguien como usted.

—¿Se refiere a un tipo que ilustraba cuentos para niños?

—Vamos, Carlos...

—No soy un político.

—Ahora no necesitamos políticos.

Se quedó callado, con la mirada fija en el oscuro mar, y aproveché para cambiar de tema.

—Pensaba yo... que los americanos, con su tecnología punta y su paranoia galopante, ¿no disponen de esos archivos tan importantes que vamos a buscar?

—Claro que sí, tienen cientos de búnkeres por todo el país.

—¿Entonces?

—Ninguno responde. El coronel O'Brian desea más que nadie que nuestra misión tenga éxito. Tienen acceso a los satélites, pero poco más. Son incapaces de poner en

marcha sus centrales eléctricas y están pasando un frío terrible en Manhattan.

—Estarían mejor en Menorca.

—Se lo ofrecí, pero ya conoce a esos americanos.

—La verdad es que no mucho, lo que he visto en las películas.

—Bueno, piense en lo que hemos hablado, cuando vuelva espero contar con usted para dirigir la isla. Ahora vaya a descansar, todavía nos faltan varias horas hasta que lleguemos a Valencia.

Apuré el cigarro puro y lanzó la colilla lejos. Seguí la trayectoria de la brasa en el aire hasta que desapareció, y ese fue el tiempo que empleé en imaginarme como presidente de un país postapocalíptico, ni un microsegundo más. Me palmeó el hombro y se largó, ajustándose la gorra, en dirección al puente de mando.

Sí, me vendría bien descansar, aunque dudaba que pudiera pegar ojo aquella noche. Eva daba vueltas en mi cabeza como un tiovivo enloquecido y solo tenía ganas de entrar en acción. Después de tres cigarros más apoyado en la borda decidí hacerle caso al capitán; me fui al camarote que me habían reservado y me tumbé en la cama sin ninguna esperanza de que pudiera dormir. Pero el cuerpo manda sobre la mente y cuando quise darme cuenta resbalaba por una suave pendiente hacia los brazos de Morfeo.

Me despertaron unos golpes en la puerta. Era un soldado que, muy correcto, me invitaba a levantarme y me informaba que me esperaban en el comedor para desayunar. Nada más oírle, las tripas comenzaron a rugirme. Apenas había cenado el día anterior y la idea de llevarme algo a la boca me sacó de la cama de inmediato.

Mientras iba por el estrecho corredor, detrás de aquel soldado, me asaltó la tentación de llamar a Eva. Miré el reloj. Eran las siete y media de la mañana; después de desayunar podría comunicar con ella y pedirle explicaciones, me las debía sin duda. Rumié la idea mientras me tomaba, a toda prisa, un café con cereales y una macedonia de bote acompañado del capitán y el teniente. Tenía que hablar con ella, mi salida cobarde la noche anterior no era digna y necesitaba una aclaración. Era un hombre destrozado por la angustia y nada de lo que pudiera decirme haría que me sintiera peor. Todos los días recogían a Julián y a Eva a las ocho y los llevaban al Lazareto a bordo de una embarcación ligera. Si me daba prisa aún podía comunicar con ella antes de que saliera de casa. Durante la noche los problemas se agrandan y al llegar la mañana tenemos la falsa sensación de que todo ha sido un espejismo, y que la solución que no hemos visto antes ahora está delante de nuestras narices. Y eso fue lo que a mí me pasó.

No presté demasiada atención a la conversación entre el capitán y el teniente. Cuando llegué hablaban de cuestiones técnicas referentes a la fragata y no me costó desconectar. En un momento dado, cuanto estaba a punto de disculparme y levantarme para ir a la sala de radio, el capitán abrió una carpeta que tenía a su lado.

—He hablado con el hombre que deben recoger, me ha dicho que esperará su llamada por radio. Tiene acceso a las cámaras exteriores del recinto, cuando vea el

helicóptero posado y la zona asegurada saldrá —dijo Abreu.

—Vaya, un hombre precavido —afirmé con la cabeza en otro sitio. Quería levantarme de inmediato, de pronto sentía una angustia insoportable.

—Aquí tienen toda la documentación. El piloto ya tiene una copia. Incluye rutas, frecuencias de radio, mapas..., todo.

—¿Y un plan B? —dije.

El capitán entornó los ojos.

—¿Se refiere por si algo falla?

No tuve tiempo de contestar, se adelantó el teniente.

—No creo que sea necesario, mi capitán. Si ocurre algún imprevisto siempre podremos comunicar con la fragata.

En otras circunstancias no me habría levantado de esa mesa sin una opción alternativa. Pero enumerar todas las variables que podían surgir siempre que uno se enfrentaba a esas cosas, y desarrollar una segunda estrategia en caso de desastre, me habría llevado tiempo. Y no lo tenía. Aproveché la intervención del teniente que parecía querer demostrar un valor del que dudaba mucho que gozara y me retracté.

—Quizá tenga razón el teniente. En cualquier momento podemos comunicar con ustedes.

—Bien, entonces de acuerdo. Estamos llegando a Valencia. Recojan su equipo. En quince minutos el helicóptero estará dispuesto —concluyó el capitán.

Me disculpé, guardé los informes doblados en el bolsillo lateral del pantalón y salí del comedor como un rayo. No sé ni cómo me orienté. Después de algunas vueltas de más logré dar con el puente de mando. Entré y, sin saludar al resto del personal, me dirigí al operador de comunicaciones.

—Necesito usar la radio.

—Claro, señor. Quiere decirme la frecuencia.

Me sorprendió el trato que me daban los soldados. Yo apenas los conocía, pero ellos sí a mí. Le di la frecuencia de la radio que teníamos en la casa de Cala Rata y la sintonizó. Oí cómo intentaba comunicar y la estática que salía por el altavoz. Después de varios intentos apagó y se giró sobre su silla.

—Lo siento, señor, pero nadie responde.

Maldita sea, pensé, ya había salido. Quizá estuviera...

—¿Puede comunicar con el Lazareto?

—Por supuesto.

—Pregúnteles si ya ha llegado Eva.

Temblaba como un niño mientras esperaba. Escuché al soldado hablar con la isla durante unos segundos, luego cortó.

—Aún no ha llegado. ¿Quiere que comunique más tarde y le diga algo?

Medité unos segundos con la vista perdida.

—No, no es necesario. Gracias —dije finalmente y salí del puente desinflado como un globo.

Me había enfriado. Noté que esa especie de revelación mística que nos aporta la mañana había desaparecido, y en su lugar se alzaba el conspicuo semblante de la realidad. Me agarré a la misión como un naufrago a una puerta de madera, esperando encontrar una distracción que ocupara mi cabeza hasta que regresara. Eso me propuse, hacer un paréntesis y concentrarme a partir de ese momento en volver de una pieza. Al fin y al cabo íbamos a la península, un lugar donde millones de infectados deambulaban a la caza del humano. Era meterse en la boca del lobo, sin duda, y requería estar al cien por cien.

Cuando llegué a la cubierta de popa ya estaban todos esperando. Además del teniente Magalo, el piloto y el copiloto, me acompañarían dos soldados elegidos entre los mejores tiradores que aquella noche (de hacía un mes) contribuyeron a arrebatar Menorca de las manos de los infectados; hombres duros que se enfrentaron en tierra cara a cara con la horda, al tiempo que la fragata bombardeaba sin descanso. No era el Equipo de Combate, pero serviría.

Comenzaba a amanecer y la costa de Valencia ya se distinguía claramente.

Mirando a ese pequeño grupo de soldados bien equipados y en perfecto estado de revista, con su uniforme de combate repleto de detalles: casco, rodilleras, mochila, pistola, cuchillo, rifle, guantes..., me sentí un poco fuera de lugar. Con ropa de civil, sin afeitarse, con el pelo revuelto, el rifle colgando y abrazado a la Bastarda, era la viva imagen de la incongruencia.

Los pilotos subieron y comenzaron el protocolo de despegue accionando mil y un botones, comprobándolo todo, hasta que por fin las aspas empezaron a girar. Nadie más se movió.

—¿A qué esperamos? —pregunté.

—Al capitán —respondió Magalo sin mirarme. Él me evitaba y yo también, era una relación destinada al fracaso.

Los soldados permanecían junto al teniente.

—¡Capitán en cubierta! —bramó de pronto dándome un susto de cojones.

Apareció detrás de mí, con su andar ligero de siempre.

—¡Soldados! ¡Fiiiiirmes!

Obedecieron a su teniente mientras este retocaba sus uniformes como si fuesen a una boda. Luego se giró y se cuadró delante del capitán.

—Listos para revista, señor.

El capitán me dedicó una mirada imperceptible que interpreté libremente, decía: «este teniente es un capullo». Ordenó que se pusieran en descanso y se dirigió a Magalo.

—Teniente —dijo en un tono lo suficientemente alto como para que todos lo escucháramos—. Quiero recordarle que en esta misión usted ostenta el mando operacional.

El teniente se hinchó como un pavo.

—Pero el táctico lo tiene él —concluyó señalándome.

Magalo vibró y yo puse una cara que decía: ¿y eso cómo se come? No tuve que preguntar, el capitán me lo aclaró.

—El teniente manda la misión, pero en estrategia de combate su opinión será la que cuente. Aclarado esto, ya pueden partir. Y traigan a ese hombre sano y salvo.

El primero en subir al helicóptero fue el teniente, iba más caliente que una alpargata. Le siguieron los soldados. El capitán me cogió del brazo y me retuvo.

—Cuide de todos —dijo. Se ajustó la gorra y se marchó.

Los rotores comenzaron a girar a toda velocidad y el aparato se elevó en el aire alejándose de la fragata antes de que nos sentáramos. Aguanté unos segundos con la boca callada, luego me acerqué con disimulo al oído de Magalo y le solté una insolencia.

—He creído entender que tú te encargas del papeleo y yo de la parte divertida. ¿Es así, verdad?

No me contestó. Me dirigió una mirada asesina y fue a sentarse junto a una ventanilla.

10. DE VUELTA A CASA

Transcurrida media hora de viaje creí necesario hablar con los soldados.

—Venid, os diré lo que haremos —dije poniéndome en cuclillas y dejando el mapa sobre el suelo.

Al instante me imitaron colocándose a mi lado. Se habían quitado el casco y me sorprendió lo jóvenes que eran, no más de veinte años. Ambos eran morenos y llevaban el pelo muy corto. Eran casi idénticos; quitando que uno llevaba gafas y el otro no, parecían gemelos. No vi miedo en sus ojos, solo preocupación.

—Teniente, ¿le importaría venir? —le pedí en un tono sin rastro de ironía.

Magalo se levantó de mala gana y permaneció de pie. Les expliqué lo que tenía pensado hacer cuando llegáramos.

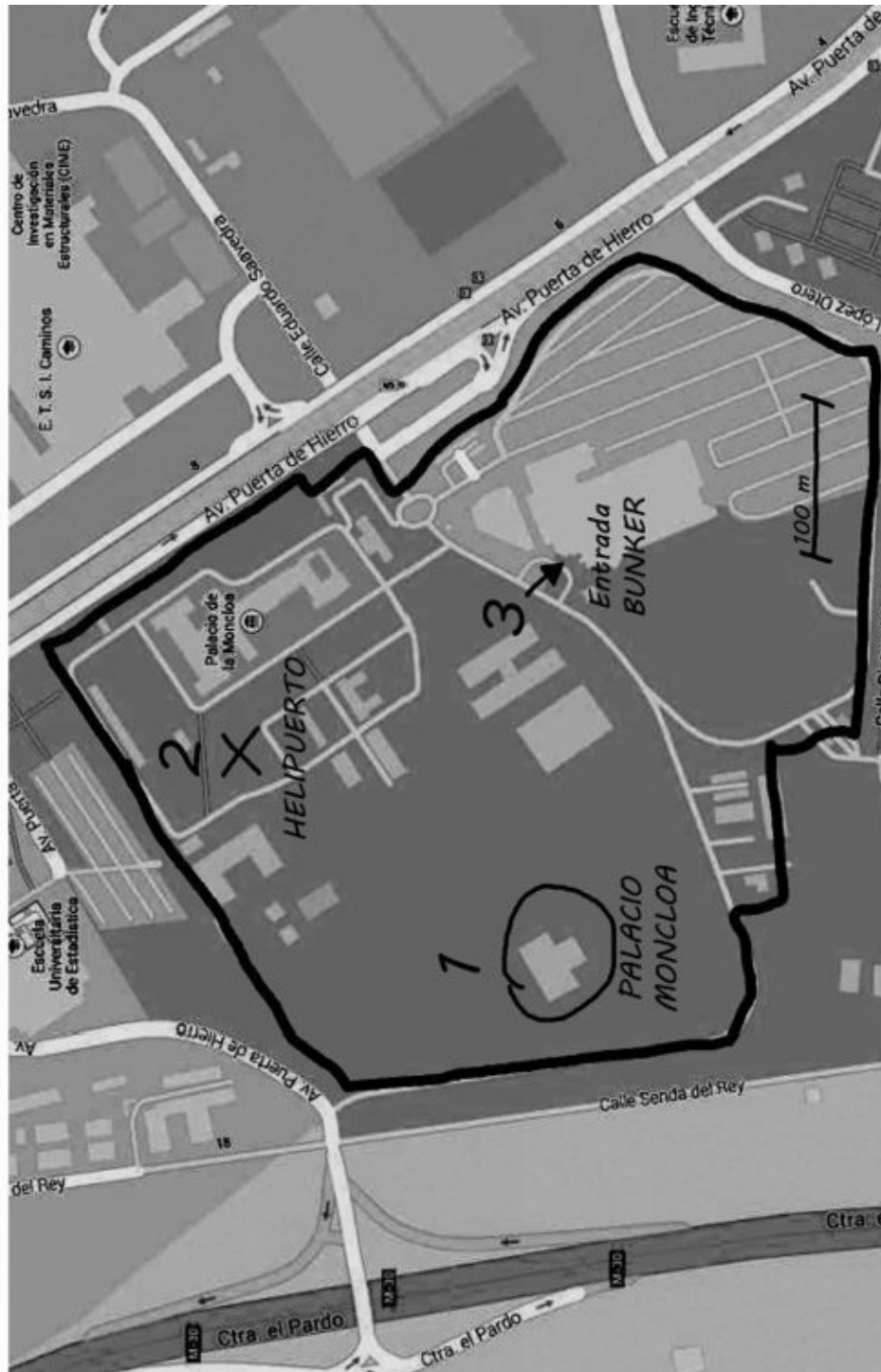
—Este es el recinto del Palacio de la Moncloa, está rodeado por muros, edificios y verjas. Haría falta un número muy elevado de infectados para poder entrar, pero no sería imposible, a nosotros nos echaron de un castillo. Dentro no hay muchos comilones, nueve, tal vez diez, y eso son buenas noticias. Aterrizaremos aquí — señalé el helipuerto— y en cuanto lo hagamos vendrán a por nosotros. Vosotros dos cubriréis el lado derecho y el teniente y yo el izquierdo. Lo haremos desde tierra, cerca del helicóptero. No disparéis demasiado pronto, a más de doce metros será difícil que les acertéis en la cabeza. Cuando abatamos al último nadie se moverá hasta que yo lo haga, y no lo haré hasta que esté seguro de que no vendrá ninguno más.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó el soldado de gafas.

—Yo os lo diré. Son previsibles, afortunadamente. ¿Alguna duda? —nadie dijo nada, continué—. El técnico nos estará observando por las cámaras. Esperará hasta que vea que no hay peligro y saldrá de este edificio donde está la entrada al búnker.

—Vaya, un tío con agallas —dijo el otro soldado.

RECINTO PALACIO DE LA MONCLOA



—Yo iré a buscarlo —continuó—. Nadie se moverá del helicóptero. En cuanto volvamos salimos pitando. ¿Preguntas?

—Menudo plan elaborado —masculló el teniente, aunque se oyó perfectamente.

—¡Ojalá sea así de sencillo! Eso querrá decir que todo ha ido bien —dije sin volverme.

—¿Algún consejo? —preguntó el soldado de las gafas mientras se incorporaba al tiempo que su compañero. Estaban serios, ya habían luchado cara a cara con los infectados y sabían de lo que estaba hablando.

—Apuntad bien. Por encima de sus ojos. Tomaos vuestro tiempo antes de apretar el gatillo y luego disparad. Si falláis tendréis tiempo de otro disparo. No podréis

hacer un tercero.

Tenía poco más que decirles. El resto dependía de ellos; si dudaban, si el miedo los paralizaba o les hacía temblar el punto de mira, morirían.

Volábamos alto, pero no lo suficiente como para que la devastación de la ciudad de Valencia no fuera evidente. Apenas miraba, ya lo había visto hacía un mes. Para el resto debía de ser una imagen desesperanzadora. Llevaban más de un año fuera de la península, en alta mar o en Menorca, y su silencio producía un ruido atronador de angustia que invadía todo el helicóptero. Observé muchos infectados cerca de la costa, muchos más que hacía un mes. En algunas zonas alcanzaban la densidad de una manifestación nutrida. Parecían buenas noticias para nosotros. Si era como sospechaba las hordas habrían irradiado desde el centro hacia la periferia, barriéndolo todo y a todos, y con suerte encontraríamos Madrid algo más vacío.

Sugerí que descansáramos un poco y eso hicimos. Me sorprendió lo rápido que aquellos jóvenes cogieron el sueño. Yo no pude hacerlo, el teniente tampoco. Le veía desde atrás mover la cabeza de un lado a otro, inquieto. Ambos lo estábamos, por distintos motivos sin duda: yo por conocer a lo que nos enfrentábamos y él por lo contrario. Hubiera estado más tranquilo de ir con mi grupo y no haber olvidado mi cota de malla. Notaba que me faltaba algo. Sería la primera vez que entrara en combate sin ella y eso no me gustaba. Por suerte tenía la Bastarda que llevaba entre los brazos como a un bebé.

Dejamos la ciudad. Los campos abandonados y las carreteras vacías componían un paisaje mucho más soportable. El ruido monótono de los rotores, el suave desplazamiento y el tibio sol que iba inundando el interior del helicóptero me adormecieron, y casi sin darme cuenta me sumí en un profundo sueño.

No sé cuánto tiempo llevaba dormido cuando un ruido de ráfagas me despertó. Brinqué en el asiento sin tener muy claro dónde me encontraba. Eché mano a la pistola, la saqué y cuando me disponía a levantarme el cinturón de seguridad me lo impidió, seguía en el helicóptero. Miré por la ventanilla y reconocí Madrid. A mi izquierda apareció la masa verde del Parque del Retiro.

—¿Qué cojones pasa? —grité por encima del ruido de los rotores que ahora parecía mucho mayor.

El soldado de gafas se acercó.

—Es el teniente, ha pedido al piloto que descienda y ha empezado a disparar a los infectados.

Seguíamos descendiendo, no estaríamos a más de quince o veinte metros del suelo. La puerta lateral estaba abierta y el teniente disparaba ráfagas continuas con la M60. Por el parabrisas delantero observé cómo nos aproximábamos a la Torre del Retiro, un edificio de veinticuatro plantas y unos ochenta metros de altura situado en la avenida de Menéndez Pelayo.

Salí disparado de mi asiento, pasé junto al teniente y fui directamente a la cabina.

—Ascienda inmediatamente y aléjese de los edificios —espeté al piloto

agarrándole del brazo.

—Hable con el teniente, él me ha ordenado que lo haga. Parece que desea practicar un poco el tiro al blanco —dijo encogiéndose de hombros.

El helicóptero se había situado de costado, a unos diez metros del edificio, frente a la cuarta planta. De pronto una ráfaga reventó los cristales e impactó desordenada en los cuerpos de los infectados que miraban al otro lado de las ventanas.

—¡Tenemos que alejarnos, joder! —volví a gritar inútilmente al piloto.

Las ventanas se llenaron de infectados. Estaban excitados, se movían violentamente y comenzaban a golpear los cristales. Miré hacia arriba, el panorama era el mismo. Las balas continuaban agujereando los cristales cuando algo cayó delante de nosotros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el piloto al tiempo que observaba cómo un par de aquellos objetos seguían al primero.

—¡Aléjese! ¡Rápido! —dije sabiendo perfectamente de qué se trataba.

Los cuerpos de los infectados caían como fruta madura en un número cada vez mayor. Casi todos directamente al suelo, pero lamentablemente algunos haciendo blanco. Un ruido brutal sonó; y luego otro, y otro más. El helicóptero comenzó a balancearse peligrosamente mientras tomaba altura y se alejaba.

—¡Dios mío! Es demasiado tarde, el rotor principal está dañado —oí decir al piloto—. No me hago con el aparato, no responde. ¡Caemos! —chilló angustiado agarrado a la palanca de mando con ambas manos.

—Ataos los cinturones, muchachos, y rezad lo que sepáis —grité a los soldados por encima del ruido de los motores.

El helicóptero iba de un lado a otro dando violentas sacudidas. El teniente permanecía junto a la puerta abierta, agarrado con una mano.

—¡Cierre la puerta y siéntese! —le espeté. Él me miró sin reaccionar, sabía que la había cagado.

Un brusco giro arrancó su mano del asidero y lo sacó volando por la puerta. El mutismo era absoluto dentro del aparato, las bocas estaban selladas por el miedo. El rumor bronco del rotor principal trabajando mal era lo único que se escuchaba. A través de las ventanas vi pasar imágenes caleidoscópicas, retazos del exterior, colores verdes, azules y grises. El helicóptero se inclinó de morro finalmente y se precipitó a gran velocidad.

Lo primero que sentí fue un ruido brutal de metal y vidrios destrozados, luego un dolor inmenso por todo el cuerpo y un zumbido que dejó paso a un silencio plano, artificial. Después nada más. La oscuridad se impuso y me fui apagando dulcemente. Si eso era la muerte no estaba tan mal.

SEGUNDA PARTE

11. ISLA CUARENTENA

Eva desayunaba en la cocina. Apuraba su vaso de cacao mientras daba vueltas a una bala de 9 mm sobre la encimera. Le había costado conciliar el sueño. Luego sufrió una pasadilla terrible en la que le crecían brazos en los costados y terminaba convirtiéndose en una araña negra y peluda. Con la luz del día los fantasmas se disiparon y atribuyó la mala noche pasada a una serie de sentimientos encontrados. Por un lado tenía el deseo de llamar a Carlos y explicarle todo, y por el otro disfrutaba el dulce placer de imaginarle sufrir por algo que él mismo se había buscado. Sabía que esto segundo no era muy sano, pero no podía evitar hacerlo. Mientras notaba el sabor del cacao caliente bajar por su garganta recordó el equívoco y vio a Carlos corroído por los celos, solo, atormentado, y no pudo contener una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —dijo Luna apareciendo por sorpresa en la cocina, en pijama y con el pelo revuelto.

—¿Tú qué crees?

—¿Cuándo piensas decírselo?

—A la hora de comer seguro que lo encuentro en la fortaleza, en el comedor de tropa.

—¿Por qué no lo habló contigo si tenía alguna duda? —preguntó Luna al tiempo que daba un brinco y se sentaba en la encimera, junto a Eva.

—Tendría miedo de hacerlo.

—Carlos es muy valiente.

—El hombre, en temas de amor, cuanto más maduro y más «*echao pa'lante*», más cagón es.

—Qué contradicción, ¿verdad?

—Verdad.

Eva preparó un cacao caliente con leche en polvo y doble de azúcar y se lo sirvió en su taza favorita.

—Gracias, está muy rico —musitó Luna después de dar un largo sorbo.

Dejó la bala girando a gran velocidad sobre el mármol y se sentó junto a la ventana que daba al jardín. Miró al cielo azul y luego perdió la mirada en la playa de guijarros.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó de golpe Luna.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Eva, yo vací el cubo sanitario de tu baño y saco la basura todas las noches. Llevas dos meses sin la regla.

—Vaya, no se te pasa nada.

Eva se volvió a mirarla con una sonrisa inmensa.

—Hace un par de días que lo confirmé.

Luna saltó de la encimera y la abrazó. Durante más de un minuto permaneció estrujándola, cara contra cara. De pronto se separó y se quedó mirándola.

—Carlos no lo sabe, ¿no es así?

—Iba a decírselo anoche después de la fiesta, pero ya ves... Él piensa que ando liada con otro.

Luna retiró la mirada de los ojos de Eva y en su cabeza imaginó un recién nacido sonrosado y juguetón.

—Un bebé —dijo para sí, en voz alta.

—Sí, un bebé. Una locura.

—No digas eso —musitó y se abrazó de nuevo a Eva—. Yo te ayudaré a cuidarle.

Eva se enjugó con disimulo una lágrima que empezaba a formarse en su ojo izquierdo y se levantó de la silla.

—¿Quieres venir conmigo a pasar consulta a la isla de la Cuarentena?

—¿En serio?

—Claro.

—Me visto en dos minutos —dijo Luna y se marchó corriendo de la cocina.

Eva salió al jardín y contempló el nuevo día de una manera distinta. Las preocupaciones se minimizaron dejando paso a una sensación de bienestar que hacía tiempo que no sentía. Fue al garaje y sacó la moto que le iba a regalar Carlos. A la luz del día le encantó y pudo apreciar mejor el trabajo de restauración. No se lo pensó dos veces y la arrancó. Aceleró sin contemplaciones y el motor sonó perfecto.

—Es bonita, ¿verdad? —preguntó Luna desde la puerta trasera de la cocina.

—Preciosa. Vamos, ponte el casco, te llevo.

—Genial.

Aceleró despacio mientras circulaba por el suelo de tierra. Al pasar junto al portón de salida vio la cota de malla colgada en el tendedero y un escalofrío le recorrió la espalda.

Después de bordear el puerto tomaron una pequeña barca a motor. El islote se veía desde la costa y no tardaron más de cinco minutos en alcanzarlo. Una mujer con su hijo ayudaron a Eva y a Luna a amarrar la barca en el improvisado embarcadero y, con una sonrisa inmensa, les dieron la bienvenida. La isla de la Cuarentena no era más grande que un campo de fútbol y solo tenía un edificio. Antonio y su Equipo de Construcción, ayudados por los marroquíes, hicieron un buen trabajo con la gran nave abandonada de la marina, convirtiéndola en un lugar confortable y bien acondicionado. Además de reparar el tejado y asegurar la estructura, habían reformado todo el interior, levantando tabiques donde no los había y transformándola en una especie de hotel de vacaciones donde aquel grupo de supervivientes no echara de menos nada. Disponían de muebles, depósitos de agua en cada vivienda, luz y cocina a gas. Incluso habían montado en el exterior una especie de cenador cubierto donde se reunían para comer.

—Me encanta este sitio —dijo Luna sorprendida por los alegres colores que decoraban el interior del edificio.

—Sí, esta gente ha sabido cómo superar una tragedia, son muy fuertes. ¿Sabías que antiguamente traían aquí a los infectados que llegaban en los barcos? Los dejaban hasta que morían o se curaban, que no era casi nunca. Qué ironía verdad, ahora todo el mundo está en cuarentena menos esta pequeña isla.

Siguieron a la mujer y a su hijo por un pasillo central, que hacía de distribuidor entre las viviendas, hasta un pequeño cuarto acondicionado como enfermería.

Eva dejó su maletín y la bolsa con medicamentos sobre la mesa y, en un francés muy básico indicó a la mujer que ya estaba preparada, que avisara a los demás, que podían ir pasando.

—¿Hay alguien enfermo? —preguntó Luna.

—No, son duros como piedras. Solo compruebo la tensión y me aseguro de que tomen los complejos vitamínicos, como hago contigo.

—Cuando tengamos la primera cosecha, leche y carne, ya no será necesario, ¿verdad?

—Así es, pronto ya casi no haré falta.

Eva auscultaba a una niña de cinco años que se quejaba de picor en la garganta cuando entró Fael en la consulta.

—Mi padre quiere verla —dijo muy serio, dirigiéndose a Eva.

—¿Por qué no viene él aquí?

—No le gustan los médicos.

Eva sonrió, incorporó a la niña y se la puso en los brazos a la mujer que la había adoptado.

—Es solo un pequeño catarro. Dele una pastilla de estas cada ocho horas. En un par de días estará como nueva.

—Gracias —respondió la mujer besando a la niña y agradeciendo con una inclinación de cabeza.

—Luna, espera aquí. Vuelvo en un momento —dijo Eva quitándose los guantes de goma—. Vamos, Fael, a ver qué quiere tu padre.

Siguió al joven hasta el exterior y encontró a Kamil caminando nervioso de un lado para a otro en un metro cuadrado. No esperó a que llegara hasta él, de dos zancadas se plantó delante de ella.

—Siento traerle malas noticias, señora doctora —dijo mientras espachurraba una gorra entre las manos.

—¿Malas noticias? ¿A qué te refieres? —preguntó Eva poniéndose la mano a modo de visera para evitar el sol de cara y poder verle mejor.

—Vengo de la fortaleza, de dejar unas pocas capturas, y me lo ha dicho el comandante Escolano. A primera hora de la mañana perdieron contacto con el helicóptero.

Como Eva no decía nada, incapaz de procesar la información, Kamil continuó.

—Lo siento mucho, señora. Todos lo sentimos mucho —dijo abriendo los brazos como para involucrar en su afirmación a todos los que allí vivían—. Hossan... Carlos —rectificó—, es muy querido entre nosotros.

—¿Hossan, Carlos, helicóptero? ¿Pero de qué demonios me estás hablando? —preguntó Eva nerviosa, notando cómo el calor le subía a las mejillas.

El joven Fael comenzó a lloriquear con un hipo incontrolable y terminó abrazando a su padre.

—La misión, algo ha fallado —continuó Kamil.

—¿Pero qué misión? ¿Quieres decirme de una puta vez de qué estás hablando? —espetó Eva utilizando un lenguaje que intentaba evitar cuando estaba en la isla de la Cuarentena.

Kamil y su hijo se miraron y comprendieron.

—¿Usted no sabe dónde ha ido Carlos? —dijo finalmente.

Eva negó con la cabeza sin poder hablar, tratando de contener unos temblores semejantes a los que provoca el frío.

—Carlos iba en misión a Madrid y hace un par de horas perdieron contacto con el helicóptero. Creen que se han... estrellado —Kamil abrazó aún más fuerte a su hijo que rompió a llorar definitivamente.

—¿Qué estás diciendo? —agarró de los brazos a Kamil y lo zarandeó—. Eso no es posible, no se habría ido sin decirme nada.

Eva se detuvo en seco y recordó. Sí era posible, pensó notando cómo el vómito le subía por la garganta.

Condujo como una loca con Luna a su espalda. A pesar del ruido del motor y del viento, escuchaba el llanto franco de Luna y los pensamientos chocando violentamente en su cerebro. Atravesó la carretera de La Mola levantando polvo, con el acelerador a tope, poniendo a prueba el motor de la vieja moto. Entró derrapando en la explanada, frente a la entrada principal de la fortaleza.

—Necesito ver al capitán Abreu —apremió, mientras se quitaba el casco, a un soldado que estaba de guardia.

—Lo siento, doctora, pero el capitán no está en la isla. Salió esta noche en la Cristóbal Colón.

—¿Y quién cojones está al mando ahora?

—Yo —contestó una voz a su espalda.

Eva y Luna se giraron al tiempo y vieron al alférez Galera parado, con el rostro moreno bañado por el sol de la mañana y con un gesto tan serio que no presagiaba nada bueno. Eva no se movió.

—¿Dónde está Carlos? —preguntó rotunda.

—No lo sabemos —contestó Galera.

Eva abrió los brazos sin hablar, intentando formar las palabras que buscaba.

Finalmente las encontró escondidas tras un nudo de angustia.

—Pero..., ¿está vivo?

—Tampoco lo sabemos —dijo después de tragar saliva.

—No me dijo nada... se fue anoche... ¿A dónde lo habéis mandado joder?

El alférez le contó lo que sabía de la misión y terminó con la información que nunca le hubiera querido decir.

—El último contacto que tuvimos con el helicóptero fue en Madrid. El piloto informó... que estaban cayendo.

Eva notó una flojedad en las piernas y un mareo que le nubló la vista. Sintió los brazos de Luna alrededor de su cuerpo y a duras penas se mantuvo en pie. Luego respiró hondo y miró al cielo.

—Bueno, entonces tendremos que ir a buscarle.

Galera se pasó una mano por la cara y a continuación se rascó una oreja.

—Me temo, Eva, que eso no va a ser tan fácil.

Quince minutos más tarde, Escolano, Galera, Eva y Luna, estaban en el despacho del capitán, frente a un plano de Madrid.

—Este es el lugar donde perdimos contacto —indicó Galera con un puntero extensible.

—El Parque del Retiro —dijeron Eva y Luna casi a la vez.

—Así es —confirmó—. Y aquí es adónde iban.

—El Palacio de la Moncloa.

—Correcto. Seis kilómetros de distancia. Pueden haber caído en cualquier punto de toda esta zona —dijo describiendo un círculo que se antojaba inmenso.

—Pero si estaban... cayendo, no creo que hayan podido hacerlo muy lejos —intervino Luna sin separarse de Eva.

—Eso depende de la altura a la que volaran y el tiempo que permanecieran en el aire. No podemos estar seguros del lugar exacto —respondió Galera. Escolano se limitó a confirmar con la cabeza lo que decía.

La puerta se abrió de golpe y apareció Julián. Dejó un par de bolsas grandes de viaje en el suelo y puso los brazos en jarra. Se le veía agitado.

—¿El lugar exacto de qué? —preguntó en un tono algo desafiante.

—¡Julián! ¡Lo hemos perdido! —dijo Eva estallando en sollozos y levantándose de un salto. Luna la siguió y los tres se fundieron en un abrazo cargado de dolor.

—Lo sé. No lloréis, joder. Vamos a encontrarlo y lo traeremos vivito y coleando, ya lo veréis —dijo Julián aportando a sus palabras toda la credibilidad de que fue capaz.

Eva se soltó del abrazo y lo miró fijamente.

—Ese idiota se fue solo, sin el Equipo, sin su cota de malla. ¡Incluso se dejó la cota! —musitó Eva tragándose el llanto.

—En cuanto me he enterado he pasado por casa y traigo las armas. Deja de gimotear y vayamos a por él. Reúno al Equipo en un *pispás* y salimos de inmediato —propuso Julián dirigiéndose a todos.

Durante unos segundos nadie habló. Galera tomó la responsabilidad de hacerlo.

—Lo siento, pero en el supuesto de que pudiéramos localizar el lugar donde se estrellaron, la posibilidad de encontrarles con vida es muy escasa.

—¿Qué cojones está diciendo el «*trucha*» este? —dijo Julián mirando a Eva, pero señalando al alférez.

—Comandante... —invitó Galera a que interviniera, sin mirar siquiera a Julián.

Sin ocultar el desagrado que le producía hacerlo, Escolano se cruzó de brazos resignado a convertirse en la voz de la desesperanza.

—El alférez Galera tiene razón. He visto varios accidentes de helicóptero en mi vida y las posibilidades de salir indemne son muy remotas.

—Ya, pero las hay, ¿o no? —le espetó Julián. Eva se había sentado abatida. Luna permaneció de pie.

—Las hay —contestó Escolano abriendo los brazos.

—Pero ¿qué probabilidades tendrían unos supervivientes heridos en medio de una ciudad repleta de infectados? —intervino Galera.

—¿Te he preguntado a ti? —rugió Julián encarándose con él.

—Julián —intervino Eva—. Déjalo, quizá tenga razón. Sería una locura ir. Arriesgar nuestras vidas por una posibilidad entre diez millones. Solo conseguiríamos que muriera más gente, más amigos a los que llorar... Nosotros mismos.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Vamos a quedarnos cruzados de brazos mientras Carlos y los demás pueden estar por ahí heridos, escondidos, esperando nuestra ayuda? Él hubiera ido a buscar a cualquiera de nosotros al infierno. Me sorprendes Eva, no pareces la misma de antes.

—No soy la misma —contestó llevándose involuntariamente una mano a la tripa.

El silencio que se formó produjo grumos densos en el ambiente. Eva no lo soportó más y salió del despacho llorando a lágrima viva. Galera la siguió y la encontró apoyada contra una pared. Se abrazó a ella y dejó que su hombro se empapara de lágrimas de impotencia.

—¿Nos llevarías a Julián y a mí? —preguntó Luna a Escolano cuando se quedaron solos.

—Habría que poner un par de cosas a punto en el helicóptero, pero está a tope de combustible. Ya sabéis, suficiente para llegar aunque no para volver. Tendríamos que aterrizar a repostar en el aeródromo de Valencia o en la fragata; ambas opciones muy peligrosas, aunque posibles —contestó el comandante tocándose la barbilla.

—Veo que ya habías pensado en ello —dijo Luna mostrando una pícaro sonrisa—. ¿Lo harías entonces?

—Claro pequeña, claro.

—¡Ahí lo llevas joder! ¡Con dos cojones! Vamos a ir y a traer a ese cabrón de las orejas. Los tres, nadie más.

Escolano permaneció serio aunque recibió de buen grado el abrazo seguido de palmoteos en la espalda que le propinó Julián.

—Ya sabía yo que cuando hablaras subiría el pan —concluyó Julián guiñando un ojo a Luna—. Ya verás, todo va a ir de cine.

Luna no dijo nada. Una visión perturbadora se formó en su cabeza helándole la sangre. Vio hierros retorcidos, humeantes. Y entre ellos, como un cruzado en su sepulcro, el cadáver de Carlos abrazado a su espada.

12. ¿NOS HACEMOS UN CINE?

Me desperté sobresaltado y empapado en sudor, con el corazón a mil.

Tardé algunos segundos en ubicarme. Tanteé a oscuras y noté el tacto suave de unas sábanas y la blandura de un colchón, parecía una cama. Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y, ayudado por la escasa luz que se filtraba por las rendijas de la persiana, fui capaz de reconocer dónde me encontraba: mi habitación en mi ático de Madrid. Busqué en la mesilla de noche el reloj. Eran las siete y media de la mañana.

Me quedé incorporado, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, tomando conciencia. Todo había sido un sueño.

—¿Qué pasa? —dijo una voz de mujer a mi lado.

Aún estaba conmocionado por lo real de aquel sueño y necesité unos segundos para alejarme de él y volver a la vida verdadera.

—Nada cariño. Una pesadilla.

—¿Has soñado con monstruos? Te has despertado gritando —me preguntó Lola con la voz tibia.

—La verdad es que sí.

—¡Ay mi miedosillo! —dijo poniendo la voz juguetona mientras me abrazaba y me plantaba un beso en la mejilla.

—Joder, ha sido tan real que juraría que todo ha pasado de verdad. ¿Quieres que te lo cuente?

—Claro —me dijo.

Le relaté mi sueño/pesadilla, desde la infección hasta mi muerte en accidente de helicóptero. Un año de pesadilla en un mundo *distópico* resumido en pocos minutos. Me detuve en algunos acontecimientos, como la vida en el castillo de Manzanares o en la isla de Menorca, otros los omití.

—¿Quién es Eva? —dijo de pronto sacando a colación, como por arte de magia, uno de los que había callado.

—¿Cómo? —pregunté intentando ganar tiempo, sin comprender aún.

—Gritaste su nombre un par de veces.

—Ah, ya recuerdo. Era una enfermera, uno de los personajes de mi sueño —dije sin darle importancia. A nadie le sienta bien que su pareja elija a un personaje de ficción para vivir una aventura en sueños, por muy peligrosa y desagradable que esta sea.

—¿Y era guapa?

—No recuerdo muy bien, normal supongo.

—Va a ser la última vez que te quedas a ver una película de miedo por la noche —musitó mientras aventuraba una mano dentro de mis calzoncillos, poniendo voz de

niña e intención pícara.

Después de darme una ducha desayuné con Lola en la cocina viendo el telediario. Hablaron de otro político que daba con sus huesos en la cárcel y del descenso milagroso del paro, dos buenas noticias sin duda. No me terminaba de quitar la sensación de la noche, aún me parecía estar dentro de aquella pesadilla. Me extrañaba que todo funcionara: la luz, la tele, internet, el agua caliente. Salí a la terraza con el vaso de zumo en una mano y el primer cigarro del día en la otra. Fue maravilloso descubrir la ciudad repleta de gente, escuchar el ruido de los coches al pasar, ver las luces de los semáforos. La vida desparramada por todos los sitios era un espectáculo que a fuerza de contemplar a diario había dejado de apreciar. Lola me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello. Debió ponerse de puntillas para hacerlo. Imaginé sus pantorrillas tensándose y noté sus pechos contra mi espalda.

De pronto me pareció ver algo. Aún no había amanecido del todo y en el edificio de enfrente, al otro lado de la M30, en la ventana del quinto piso, distinguí un destello. Una luz que se encendía y se apagaba.

—Vamos, vístete, que llegamos tarde —dijo Lola mientras se metía en la casa.

—Vale —respondí girándome un poco—. Ya voy.

Cuando volví a mirar la luz había desaparecido.

Me puse elegante para no desentonar con Lola que iba increíble. Un vestido verde pistacho, zapatos de tacón negro y complementos caros adornaban una anatomía más propia de una actriz que de una escritora de cuentos.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal —respondió.

Era principios de diciembre y aunque no hacía un frío excesivo nos colocamos sendos abrigo de paño de calidad para completar el conjunto perfecto que definiera una pareja de éxito.

En el ascensor nos encontramos a Manuel, el vecino de abajo, un profesor de literatura «bujarrón» y sesentón muy dado a la charla.

—¿Vais a la presentación del libro? —preguntó nada más vernos.

—Así es —respondió Lola.

—Siento no poder ir, me hubiera encantado, pero no puedo faltar a clase. Estamos de exámenes.

—No te preocupes, habrá más libros. Esperemos... —dije.

—Claro, claro, sin duda. Por cierto, cuando tengáis un rato me gustaría que pasarais por casa. Quiero enseñaros mi colección de antigüedades.

—¿Qué coleccionas? ¿Libros, fósiles, sellos...? —preguntó Lola.

—No, qué va, nada de eso. Me gusta el medievo. Tengo algunas armas: dagas, hachas, mazas, espadas... Un poco de todo.

—Vale, cualquier día de estos nos pasamos. ¿Verdad, Carlos? —dijo Lola.

Asentí con la cabeza, no pude despegar los labios.

La puerta del ascensor se abrió y salimos al garaje los tres. Nos despedimos de

Manuel y fuimos hacia mi coche. En un rincón, disfrutando de una buena plaza, descansaba mi flamante BMW todoterreno de 300 caballos. La luz de los fluorescentes sacó reflejos de la brillante carrocería negra. Lola se metió enseguida. Yo estuve unos instantes contemplándolo, dejando resbalar mis dedos por el metal.

Ya en la calle me coloqué las gafas de sol, aunque aún no eran necesarias, y metí un CD de música. Dudé un instante entre las rancheras de *José Alfredo Jiménez* y la salsa intelectual de *Rubén Blades*.

—Buena elección —dijo Lola acariciándome la nuca.

—Nos dará suerte, ya lo verás —y comencé a tararear *Pedro Navaja* mientras las imágenes de la noche se disolvían dejando vagos retazos en mi cabeza.

La editorial había alquilado el salón principal del Hotel Palace y montado un evento de categoría. Lola era su escritora estrella, un fenómeno editorial que vendía tantos libros para niños y adolescentes como *J. K. Rowling* y *Stephenie Meyer* juntas, y no escatimaban en gastos con ella. Presentaba su última novela, una historia que mezclaba amor y desamor adolescente a partes iguales, y aventuras a tutiplén. Una garantía de éxito, vamos. El libro no llevaba ilustraciones, pero Lola utilizó su influencia para que yo hiciera la portada. Combiné imágenes reales con dibujos míos y la verdad es que quedó bastante bien.

Primero estuvimos en una gran sala con mesa de ponentes para la presentación. Estaban acreditados periodistas de todos los medios, artistas de cine, teatro, televisión y algún que otro político con pátina de intelectual. El maestro de ceremonias era un afamado escritor, último Premio Planeta, que además había sido el autor del prólogo del libro. Lola estuvo brillante contestando a todas las preguntas y el tono distendido se fue generalizando hasta terminar en una especie de tertulia o coloquio intelectual, pero desenfadado. Lola quiso que me sentara junto a ella, yo no quise. Ser solo el autor de la portada no lo merecía.

De allí pasamos a otro salón donde se disponía al ágape. El *catering* lo servía el propio hotel y no faltaba de nada. Como no conocía a casi nadie me limitaba a acompañar a Lola mientras departía con unos y otros. De vez en cuando hacía alguna observación banal y punto. Lo que sí hice fue comer. Empecé tomándome unas cuantas cucharillas de crema de bogavante, seguí con los pinchos de setas de cardo con langostinos y continué con los *vol au vent* de huevos revueltos con trufa, de estos últimos me zampé cuatro o cinco, estaban deliciosos. De ahí pase a la siguiente liga y atacé las bandejas donde humeaban las carnes. Seleccioné cuidadosamente, y después de probarlas todas me decidí por el gamo a la austriaca y me metí entre pecho y espalda media docena de pinchos. Para bajarlo todo tenía a mi alcance los mejores caldos y alterné entre los blancos y los tintos, pasando por los rosados, igual que si estuviera en una cata; solo que no daba un sorbito de cada copa, claro. Al cabo de una hora más o menos aparecieron los postres. Me procuré entonces una copa de coñac y me cepillé dos macedonias, tres tocinitos de cielo y un número indeterminado de sorbetes de limón bien cargados de cava que estaban deliciosos.

Tanta bebida me puso una nube en la cabeza y un balón en la vejiga. Cuando no pude aguantar más me escabullí y pregunté a un empleado del hotel por el baño más cercano. Era martes y aparte de los invitados al evento el hotel estaba bastante vacío. Salí del salón y recorrí el largo pasillo que me habían indicado, luego torcí a la derecha y salvé otro pasillo hasta que llegué a los baños. Cuando fui a abrir la puerta no pude, estaba cerrada con llave. Me cagué en todos los muertos del empleado, y me disponía a volver para cantarle las cuarenta cuando alguien me agarró por detrás retorciéndome el brazo.

—Quietecito y no te pasará nada —me dijo muy cerca de la oreja—. Andando.

Por la voz parecía un hombre joven. Me empujó levemente obligándome a meterme en el pasillo que salía a la izquierda. Mientras caminaba mi cabeza iba barajando todas las posibilidades. ¿Sería un atraco? ¿Un secuestro? ¿Una venganza? Busqué enemigos, pero la verdad es que no encontré a ninguno. Lo que sí estaba claro, y fue a la conclusión a la que llegué, era que aquel tipo iba en serio. Parecía tranquilo y metódico. Hablaba poco. Daba la sensación de saber lo que hacía. Subimos unas escaleras y salimos a otro pasillo, este algo más ancho. En mitad de él vi un carro de la limpieza. Me esperancé con la idea de que alguna persona del servicio nos viera, pero cuando llegamos a su altura allí no había nadie.

—¿Dónde me llevas? —pregunté.

—Ya queda poco.

—¿Qué quieres de mí?

No contestó y eso me preocupó aún más. La gente no habla con muertos y los profesionales evitan charlar con aquellos a los que van a liquidar. De pronto tomé una decisión desesperada. Apoyado junto al carro de la limpieza había una mopa.

Era mi oportunidad.

Lancé una patada hacia atrás que impactó en su espinilla. El tipo dio un grito y aflojó la presión sobre mi brazo. Aproveché para soltarme. Pise la mopa y de un tirón la separé del palo que era de madera y parecía robusto. En mitad del pasillo me puse en guardia. El tipo estaba agachado, masajeándose la pierna magullada. Por la ventana del fondo entraba un sol intenso y el contraluz impedía que viera su rostro.

—Si te resistes será peor —dijo y se vino hacia mí.

El sol desapareció de golpe, como si una nube oscura de tormenta lo ocultara, y quedamos casi a oscuras. Apenas lo distinguía. La escasa luz que se filtraba por la ventana del fondo permitió que me hiciera una idea de con quién me las trataba. Era de mi altura más o menos, de aspecto atlético, joven y con el pelo largo. Me pareció confiado en sus posibilidades de lucha y de eso me aproveché. Cuando estuvo suficientemente cerca descargué un impacto directo a su estómago que lo detuvo en seco, luego armé el golpe definitivo. Agarré firme el palo por un extremo con ambas manos, me lo llevé detrás de la cabeza igual que un bateador, afiancé bien las piernas en el suelo con la izquierda algo más adelantada, y le propiné un golpe tremendo entre la mandíbula y el cuello. El palo se rompió al tiempo que el tipo caía contra la

pared. Luego resbaló hasta quedar inmóvil en el suelo.

No me paré a pensar, eso es mortal la mayoría de las veces. Actué y rápido, podía haber más compinches cerca. Primaba salir pitando. Salté el cuerpo caído y desanduve a la carrera el camino en dirección al salón. Me detuve cuando escuché el murmullo de los invitados, estaba a salvo. Antes de doblar el último recodo me di cuenta que temblaba, sudaba copiosamente y además sentía la vejiga a punto de estallar. Si no meaba de inmediato reventaría igual que un globo lleno de agua. Sobre un bonito mueble de madera encontré la solución. Miré a un lado y a otro, cogí el jarrón, aparté un poco las flores y apunté bien.

Volví al salón dispuesto a contar lo ocurrido, con la intención de hablar con el director del hotel y sobre todo de avisar a la policía, pero cuando observé la cara de felicidad de Lola y todo lo que ello suponía sopesé la idea. Después de todo, aquel tipo quizá no fuese más que un ratero de tres al cuarto que intentaba quitarme la cartera, un don nadie que probablemente ya estaría lejos para cuando llegara la policía. En definitiva arruinaría el gran momento de Lola y no conseguiría nada. Me tranquilicé, recompuse mi ropa, tomé un par de copas y decidí pasar página.

Al llegar la esperada firma de libros en el *hall* principal del hotel, ya estaba tan bebido que el asunto del atracador no era más que un recuerdo. Lola se sentó en una mesa rodeada de montones de libros. Un cartel de dos metros informaba del horario de firmas compartiendo espacio con una foto suya y otra de la portada del libro. La cola de gente que esperaba era inmensa y salía hasta la calle. Me sorprendió comprobar que la mayoría eran personas de mediana edad. Hombres y mujeres con sus libros en la mano esperaban pacientemente para departir unos segundos con su autora preferida. Lola estaba exultante, era comprensible.

De pronto algo me llamó la atención. Casi al final de la cola, junto a la puerta de salida, me pareció ver una niña. Estaba detrás de un hombre de unos cincuenta años que llevaba un abrigo doblado sobre el brazo y la ocultaba parcialmente. A pesar de todo distinguí su pelo rubio y una mochila verde que colgaba de su brazo delgado y blanco como la nieve.

—Parece que no todos los que han venido son adultos. Allí hay un seguidor tuyo que aún va a la escuela —dije a Lola al oído, con ironía. Ella levantó la cabeza del libro que estaba firmando y buscó.

—¿Dónde?

—Al final, cerca de la puerta. Parece una niña —indiqué.

—Yo no veo ninguna niña. Ponte gafas por favor —dijo socarrona.

—Sí. Está... —comencé a decir, pero me detuve. Ya no estaba.

La busqué por el *hall*. Fue inútil. La niña había desaparecido. La verdad es que tenía un «*puntito*» importante y lo dejé correr sin darle mayor importancia.

Dos horas más tarde terminó la firma de ejemplares. Todos estaban contentísimos por el éxito de la presentación. Las despedidas se alargaron más de lo que me hubiera gustado, hasta que al final solo quedamos los íntimos: Lola, su agente literario, la

directora de la editorial y yo. Propusieron rematar el día tomando una copa en un lugar de moda. Andaba justito de fuerzas y, con un gesto sutil y un apretón en el brazo, le indiqué a Lola que yo ya tenía suficiente.

—¿Quieres que nos vayamos? —susurró en un tono brusco, de sorpresa.

—Estoy para el arrastre, pero ve tú. Discúlpame con cualquier excusa.

—Vas a venir con nosotros y punto. Solo será una copa —resolvió y acepté con una inclinación de cabeza.

El local no estaba lejos, a un par de manzanas. Eran más de las cuatro cuando traspasamos las puertas de aquel templo de la modernidad. Poca luz, decoración exquisita, música suave. El lugar perfecto para los negocios y el amor, ambas cosas son a veces lo mismo. Me sorprendí de la facilidad que tuve para desconectar de las conversaciones. Con un *gin- tonic* en la mano me convertí en el oyente ideal sin escuchar absolutamente nada. Mi atención se dispersaba por el local, observando a los que allí había y dejando aislado, como en una burbuja de ignorancia, a mi grupo. Por ese motivo fui el único que vi cómo un hombre se desmayaba y caía al suelo igual que un fardo. Primero había dejado el vaso sobre la mesa precipitadamente, luego se agarró a la barra y finalmente se derrumbó. Estaba solo y nadie pareció percatarse del patatús que había sufrido. Sin decir nada dejé el *gin- tonic* en el pulido mármol de la barra y me dirigí hacia él. Cuando llegué ya otro tipo estaba agachado. Entre los dos lo incorporamos un poco y lo dejamos apoyado contra una pared, sin atrevernos a levantarlo.

—Déjenme sitio, soy enfermera.

La voz provenía de una joven alta que, sin miramientos, nos echó a un lado y se inclinó sobre el enfermo. Miré su espalda. Llevaba un vestido azul ajustado que dejaba al aire una espalda morena y musculosa. El pelo liso y negro cortado a media melena se bamboleaba igual que unas cortinas. Aquella joven sabía lo que se hacía. Le tomó el pulso, comprobó su respiración y sin volverse resolvió con profesionalidad.

—Que alguien llame a una ambulancia de inmediato. A este hombre le ha dado un infarto.

Como allí ya no pintaba nada volví con mi grupo y con un motivo de conversación. Busqué a aquella enfermera, pero ya no estaba. Me quedé con ganas de verla de frente, tenía muy buena pinta. Esperamos hasta que llegaran los sanitarios, por ese impulso morboso que provocan las ambulancias, y luego salimos del local. Nos despedimos en la puerta y por fin, Lola y yo, nos quedamos solos.

—¿Te has aburrido mucho?

—Ya sabes que yo no soy de relaciones sociales —contesté.

—Lo sé.

—¿Te apetece que nos hagamos un cine?

—¿Ahora?

—¿Cuánto hace que no lo hacemos? Salir una tarde y sentarnos tranquilamente a

ver una película en pantalla grande.

—Bastante —respondió después de pensar un poco.

—Vamos. Hay un cine cerca y ponen la última de Amenábar.

Cuando quiso darse cuenta la tenía frente a las taquillas y no pudo negarse. Saqué dos entradas centradas, en la quinta fila. Necesitaba como agua de mayo ese momento íntimo; a oscuras, frente a frente con el séptimo arte que para mí era el primero.

—De qué va —me preguntó Lola.

—Se titula «*Largo recorrido*», y trata sobre un tren que entra en un túnel y no termina de salir.

—¿Es de miedo?

—Ni idea, supongo que algo de eso habrá. Las críticas la ponían por las nubes —contesté al tiempo que se apagaban las luces y se iluminaba la pantalla.

Me arrellané en la butaca soltando un suspiro que se oyó en la última fila y que contenía todo un día de pensamientos contradictorios.

La película comenzó en una estación de tren. Exterior día. Primera hora de la mañana. Mucha gente caminando de aquí para allá. La cámara sobrevuela la estación y va a centrarse en una pareja de jóvenes. Ella rubia y delgada, él alto y moreno. Van vestidos con ropa informal y llevan mochilas. Se besan y juegan. Parecen dos enamorados de viaje de vacaciones o de fin de semana. La cámara los deja y comienza de nuevo su periplo a gran altura. Después de un par de giros y piruetas la «*cabeza caliente*» parece encontrar su objetivo y planea hasta él. Se trata de...

—Si mueves un músculo te dejo seco aquí mismo.

Susurró una voz a mi oído. Provenía de alguien sentado en la fila de atrás. Al tiempo me presionaba en la nuca con algo frío y metálico que parecía una pistola.

—Dile a tu chica que debes salir al baño. Y recuerda, si intentas algo os mato a los dos.

No me giré para mirar, por supuesto, pero la voz me resultó familiar. Sin duda era el mismo tipo que me atacó en el hotel.

—Voy un momento al baño —dije a Lola.

—¿Ahora?

—Algo que he comido me ha sentado mal —contesté y me levanté.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo algo preocupada.

—No, tú entérate de la película y luego me la cuentas. Lo que tengo que hacer creo que podré hacerlo yo solo.

El cine estaba casi vacío. No conté más de diez o doce espectadores mientras abandonaba la sala. El tipo me seguía de cerca, un metro por detrás. Maldije no haber denunciado el hecho del hotel a la policía. Sin duda el asunto no fue ocasional, no se trataba de un ladronzuelo de tres al cuarto en busca de mi reloj y mi cartera. Aquel tipo quería algo de mí y urgente. Salimos al *hall*, la luz fluorescente me molestó y entoné los ojos. Solo vi a una empleada atendiendo el mostrador de las palomitas y

la bebida. La busqué con la mirada, pero estaba trajinando y no me prestó atención.

—Vamos, ve hacia la puerta —me instó el desconocido clavándome en las costillas el arma.

—¿Quién eres?

—Vaya, tiene gracia que me lo preguntes.

No entendía nada.

—Date la vuelta y mírame —dijo de pronto.

Me quedé paralizado y mil películas policíacas pasaron por mi cabeza diciendo todas lo mismo: si ves su cara estás muerto.

—No te vas a girar, ¿verdad? —masculló.

Negué con la cabeza. Salimos a la calle, no pasaba nadie. Había oscurecido y la luz amarillenta de las farolas se reflejaba en el asfalto húmedo, acababa de llover. Me condujo hasta una furgoneta aparcada junto a la acera. De ella salieron dos personas, una alta, la otra bajita, y se quedaron frente a nosotros.

—Bueno, ¿no dices nada? —preguntó la más alta. Era una mujer.

No contesté. ¿Qué podía decir? No entendía nada de lo que me estaba pasando.

—Vamos encapuchadas, ¿verdad? —preguntó la más bajita con voz infantil.

—Así es —contestó el tipo que tenía detrás.

—¡Joder! —exclamó la más alta.

—Creo que no habrá más remedio que... —dijo el tipo suspendiendo la frase.

—Vale, pero no le des muy fuerte —contestó la mujer.

Y de inmediato noté un golpe en la cabeza, un mazazo que hizo estallar en mi cerebro miles de fuegos artificiales. Una inmensa luz me cegó y luego la oscuridad.

—Parece que despierta.

—Sí, ya era hora.

—Le pegaste duro.

—Normal.

—Le diste muy fuerte.

—Es posible. Mira, ya abre los ojos.

La oscuridad era absoluta. La cabeza me dolía y no podía moverme. Estaba sentado y atado a una silla.

—¡Qué cabrón! Ha apagado la luz —dijo la voz de hombre.

—Ya la enciendo yo —dijo la voz de niña.

La bombilla desnuda que colgaba del techo me cegó. Tardé unos segundos en tomar conciencia de dónde estaba. Me habían llevado a un cuarto mugriento sin apenas muebles, cuyas paredes y techos se caían a trozos y el suelo de madera estaba podrido. Vi dos puertas, una a cada lado de mí, y enfrente...

¡No daba crédito a lo que veía: Julián, Eva y Luna, los personajes de mi pesadilla apocalíptica, en carne y hueso!

—Por fin. Parece que ya nos ha visto —dijo Julián.

—Hola Carlos, ¿cómo te encuentras? —me saludó Luna.

Callé.

—Está confundido —intervino finalmente mi amor y heroína imaginaria: Eva.

No era capaz de despegar los labios. El tipo aquel me había golpeado en la puerta del cine y, sin duda, había vuelto a recrear la pesadilla de la noche. Sin duda estaba soñando, aunque pareciera tan real...

—No, no estás soñando. Somos reales *capullín* —dijo Julián adivinando mis pensamientos.

—Bueno, eso no es exacto del todo —replicó Luna.

—Vale, pues explícaselo tú, que yo no sé por dónde empezar.

—Lo haré yo —intervino Eva.

Iban vestidos como en mi pesadilla, igual. Incluso llevaban sus armas. No podía evitar sentir el cariño y el amor que les tenía en mi sueño. Experimentaba una sensación tan auténtica que me costaba respirar. Aquello era una locura.

—Carlos —dijo Eva acercándose—. Sí, estás soñando, llevas todo el día haciéndolo.

—¿Qué? —pregunté. Mi voz sonó lejana, como si no saliera de mí.

—Tuviste un accidente de helicóptero y probablemente estés herido, inconsciente o en coma. El *apocalipsis* no lo has soñado, es real, y nosotros también, aunque ahora solo seamos una proyección de tu subconsciente —dijo Eva y se apoyó en una pared. No podía dejar de mirar sus ojos verdes.

—No entiende nada, ¿no le veis con la boca abierta? —intervino Luna—. Dejadme a mí.

—Claro, todo tuyo —dijo Julián mientras manoseaba su escopeta.

—Carlos, tu mente se ha disgregado. Por algún extraño mecanismo de autodefensa una parte de ti ha creado un mundo ideal en el que todo sigue como antes de la pandemia, mientras que la otra intenta despertarte para que vuelvas a la realidad. Creemos que el primer camino, el de la vida dulce y perfecta, te llevará irremisiblemente a la muerte, por eso tu parte consciente nos ha creado, para que te traigamos de vuelta.

—¿Me estás diciendo que mi vida no es verdadera? ¿Que me la he inventado? ¿Y que lo real es un mundo lleno de infectados caníbales? —pregunté mientras notaba palpitar la zona donde Julián me había golpeado.

—Exacto.

—Vosotros estáis locos.

—Ya os dije que no sería fácil —dijo Julián.

—Tu «yo» consciente intenta despertarte, pero tu «yo» inconsciente se niega. Se agarra desesperadamente a la fantasía. Por eso nos creaste, para que te ayudáramos. Pero no ha sido fácil hacerlo —prosiguió Eva—. Llevamos todo el día intentando que nos vieras. ¿Recuerdas las señales de luz que viste desde la terraza de tu ático? Era

yo. Y también la enfermera que atendió a aquel tipo en el bar. Me puse bien guapa para que me miraras, pero tu «yo» inconsciente lo evitó.

—Yo era el tipo del hotel al que tu «yo» *cobardica* apaleó. Joder, ¿no te pareció extraño que se fuese la luz justo cuando ibas a verme la cara? —dijo Julián.

—A mí me evitaste en la firma de libros, tu «yo» inconsciente se las apañó para ocultarme —añadió Luna.

—Aprendiste código Morse en tu ático, los primeros días de la infección, para poder hablar conmigo. Piensa. Recuerda lo que te dije esta mañana —intervino Eva.

—¡No sé Morse! ¡Solo vi unos destellos! ¡Nada más! —grité. Me estaban volviendo loco.

Eché la cabeza para atrás y cerré los ojos. No creía una sola palabra de lo que me decían. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué querían de mí? Todo era tan absurdo.

—Un momento. ¡Ya lo tengo! —dijo de pronto Luna—. Esta mañana, desayunando, viste la televisión.

¿Cómo podían saber eso? ¿Tenían pinchada mi casa?

—¿Recuerdas las noticias?

Asentí con la cabeza. No sé cómo era posible que fueran los mismos de mi pesadilla. Quizá llevaban tiempo siguiéndome, los había visto en alguna ocasión y mi mente hizo el resto. Sin duda tenía que haber una explicación lógica para toda esta locura.

—¿Políticos en la cárcel por corrupción y descenso espectacular del paro? Vamos, ¿no te extrañó eso? —concluyó Luna.

No contesté.

—¿Una escritora española desbancando en ventas a *Harry Potter* y *Crepúsculo* juntos? ¡Venga ya! —añadió Eva.

—Y lo del cine, ¿qué me dices? —intervino Julián—. Ahí se te fue la olla total. Te has inventado hasta una película, «*Largo recorrido*». Joder, mira en la Wikipedia.

Julián se acercó, me puso delante un móvil, y pude leer la filmografía completa de Amenábar.

1992 - La extraña obsesión del Doctor Morbius (cortometraje)

1992 - Himenóptero (cortometraje)

1994 - Luna (cortometraje)

1996 - Tesis

1997 - Abre los ojos

2001 - Los otros

2004 - Mar adentro

2009 - Ágora

2013 - Me encanta (I love it) videoclip de Nancys Rubias

2015 - Regression

—Lo ves *capullín*. «*Largo recorrido*» no existe —dijo Julián quitándome el teléfono de la vista de malos modos.

—¿Qué queréis de mí? —supliqué.

—Uf, es desesperante —bufó Julián.

—Ya te lo hemos dicho. Que tomes conciencia y despiertes. Si no lo haces morirás —intervino Eva—. La verdad es que igual te lo merecías después de lo rápido que te has olvidado de mí y te has liado con esa tal Lola.

Estaba dispuesto a seguirles la corriente si con ello salía de aquel lío.

—Bien, supongamos que os creo. Supongamos que sois lo que decís: personajes reales en un mundo apocalíptico que mi mente ha introducido en un sueño para sacarme de un mundo perfecto, pero irreal, en el que moriré si no despierto —me costó no reírme al decirlo.

—Así es —dijo Luna.

—¿Y qué debería hacer para salvarme?

—Solo tienes que convencerte y con ello derrotar a tu «yo» inconsciente —intervino Eva.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—Tomando una decisión que lo demuestre —continuó Eva—. Desátalo.

—¿Estás segura?

—Hazlo.

Julián cortó las ligaduras que me ataban a la silla y luego se alejó para terminar apoyado contra la pared.

—¿Y ahora? —pregunté.

—¿Ves esas dos puertas? —intervino Luna—. Si sales por la de la derecha volverás a tu vida de fantasía, continuarás con tu sueño feliz hasta que tu cuerpo en la vida real muera. Si escoges la de la izquierda despertarás en un mundo terrible, pero verdadero, y vivirás.

—No me lo puedo creer. Me estáis planteando un dilema al estilo *Matrix*. Habéis cambiado las pastillas de colores por las puertas, pero por lo demás es igual. ¿No os da vergüenza? —dije verdaderamente indignado.

—Oye, tú sabrás. Nosotros somos producto de tu «yo» consciente, una recreación. Los diálogos son tuyos también —dijo Julián dando un golpe contra la pared—. Si yo fuera real ya le habría soltado dos *hostias* que le quitarían la tontería de golpe —añadió en voz baja, al oído de Eva.

—No te sorprendas por la elección, Carlos. Tú siempre echas mano de referencias cinematográficas cuando te quedas en blanco y necesitas ayuda —comentó Luna con voz de resabida.

—¿Decís que haga lo que haga vosotros no intervendréis? ¿Que me podré ir? —pregunté mientras me levantaba.

—Sí, la decisión debe de ser tuya —dijo Eva y comenzó a golpear con una bala la vieja mesa de madera desvencijada en que se apoyaba.

—Vale —concluí deseando salir de allí, volver a mi vida y olvidar a esos locos lo antes posible.

Permanecieron quietos mientras me alejaba en dirección a la puerta de la derecha. Eva continuaba golpeando la mesa. No eran golpes al azar sino que seguían un patrón que se repetía con una cadencia precisa. Tomé el pomo y lo giré. La puerta comenzó a crujir al tiempo que se abría.

De pronto sentí algo extraño en mi cabeza, como un fogonazo, y los golpes se convirtieron en puntos y rayas. ¡Era código Morse! No podía explicarlo, pero mi mente empezó a descodificar esos signos sencillos transformándolos en letras, y las letras en palabras... ¡Y decían lo mismo que los destellos que había visto esa mañana!

Me giré y miré a Eva. Algo vio en mi mirada porque dejó de golpear. El silencio invadió la habitación.

—«Te amo. Despierta» —traduje. Ella asintió y sonrió hasta que sus preciosos ojos verdes desaparecieron convertidos en rayitas deliciosas. Y tras un guiño dijo:

—Bueno, creo que ya lo tienes claro, ¿no?

Y efectivamente lo tenía.

De pronto todos desaparecieron, justo en el instante en que traspasaba la puerta de la izquierda y me adentraba en una oscuridad fría y húmeda que me encogió el alma.

13. PLANO SECUENCIA

—Se ha movido.

—¿Seguro?

—Sí.

—...

—Vuelve a moverse. Acerca esa luz, no soy como tú, no veo nada.

—Se mueve, sí, se mueve.

Las voces que oía, ¿procedían de mi cabeza o había alguien conmigo? Me costó abrir los ojos, tenía los párpados pegados. La luz era tan escasa que apenas distinguía nada. Intenté levantarme, no pude; mi cuerpo se negaba a obedecer, además estaba mareado y dolorido. Todo mi cuerpo se quejaba, principalmente la cabeza y la pierna derecha que latía con unas punzadas agudas insoportables. Tanteé a mí alrededor. Estaba tumbado en una especie de colchón, más allá de él toqué un suelo áspero. Olía extraño, mal, una mezcla entre lugar cerrado y agua estancada. Ayudado por mis brazos me incorporé un poco, lo suficiente como para que mi cabeza dejara de estar horizontal. Sentí vértigo y ganas de vomitar. El estómago, de no haber sido porque estaba vacío, habría expulsado todo su contenido. Permanecí así unos segundos, esperando a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—Tranquilo.

Distinguí dos volúmenes. El que estaba más cerca fue el que habló.

—Tienes que tomártelo con calma, estás bastante jodido.

Mis pupilas se dilataron lo suficiente y pude ver más o menos quién hablaba. Estaba en cuclillas, junto a mí, y a pesar del aspecto desaliñado y sucio reconocí que se trataba de un joven. Intenté hablar. Moví la boca, pero las palabras no salieron. En su lugar emití una especie de balbuceo. Tenía la lengua tan seca que no podía despegarla del paladar.

—Acércame un poco de agua —dijo.

—Agua —repitió otra voz más adulta a lo lejos.

Estaba fresca aunque tenía un sabor raro, a pesar de ello bebí hasta atragantarme.

—Espacio.

El líquido elemento atravesó la garganta activando cada célula de mi cuerpo. No sé cuánto bebí, pero sí que no dejé de hacerlo hasta que me sentí satisfecho.

—¿Quiénes sois? —logré preguntar.

—Amigos —respondió el más joven.

—¿Dónde estoy?

—A salvo, no te preocupes.

En mi cabeza aparecieron imágenes inconexas; retazos de un pasado inmediato que, a modo de piezas desordenadas de un *puzzle*, me impedían componer un recuerdo correcto.

—¿Qué me ha pasado?

—Tuviste un accidente. Nosotros te rescatamos.

Me apoyé en los codos. La luz que procedía de una raquílica vela o palmatoria desvelaba a duras penas un pequeño espacio de paredes oscuras y techo bajo. Me costaba mantener los ojos abiertos, me veía obligado a cerrarlos con fuerza cada vez que notaba una nueva oleada de dolor proveniente de mi cabeza o de mi pierna. Un accidente... el helicóptero... ¡Nos habíamos estrellado! De pronto lo recordé todo: la salida de la isla, la misión, el viaje en barco y luego en helicóptero, y sobre todo al gilipollas del teniente Magalo que, con su imprudencia, nos había conducido al desastre.

—¿Dónde están los otros? —pregunté. La imagen de aquellos dos jóvenes soldados vino a mi cabeza lo primero.

—Solo tú estabas vivo cuando llegamos.

Muertos, más muertos. Casi no los conocía, pero sentí la pérdida de aquellos valientes soldados profundamente; quizá por lo injusto del hecho, quizá porque me sentía responsable de ellos. Apenas me sostenían los brazos, comenzaron a temblarme.

—Espera —dijo el joven. Me agarró de los sobacos y con sumo cuidado me incorporó hasta dejarme apoyado contra la pared—. Así estarás mejor.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Dónde estamos?

—Soy Plano Secuencia y él es Hunter —dijo señalando al hombre que permanecía de pie, junto a una especie de puerta.

No reaccioné, solo repetí sus extraños nombres en voz baja. Luego me presenté.

—Yo soy Carlos.

—Lo sé, encontré una cartera en tus pantalones. Por cierto, no pareces el mismo de la foto del carnet —dijo mientras se sentaba en el suelo, junto a mí.

—No soy el mismo.

—Quién lo es —dijo lacónico.

Acercó la vela y, bajo su luz ambarina, pude verle bien la cara. Era un joven, un adolescente de no más de quince o dieciséis años, de cara angulosa, ojos oscuros y pelo también oscuro cortado a trasquilones.

—Te estrellaste, como ya sabrás. Tuviste suerte de que estuviéramos cerca y oyéramos el ruido, si no ahora estarías repartido por los estómagos de varios de esos seres. Dale las gracias a Hunter, es fuerte como una roca, yo solo nunca hubiera podido bajarte aquí.

—¿Bajarme? —pregunté sin entender.

—Sí, amigo, estamos en las alcantarillas.

Claro, ahora entendía el olor a agua estancada y la sensación de humedad, y ese

extraño eco que producían nuestras voces.

—Caísteis dentro del Parque del Retiro, a pocos metros de una salida de alcantarilla, justo sobre nosotros. El estruendo fue brutal. Cuando nos asomamos a ver qué había pasado, vimos el aparato en llamas y un montón de seres que iban derechos a él. Apenas tuvimos tiempo de sacarte del amasijo de hierros retorcidos, eras él único que respiraba. Te hemos curado como hemos podido. Hunter te sacó un hierro que te atravesaba el muslo y yo te cosí la brecha de la cabeza. Por suerte aún nos quedaban algunas cosas de la última farmacia que saqué. De no ser por los desinfectantes y los antibióticos la infección te hubiera matado. Tuviste mucha fiebre, pensábamos que no saldrías de esta. Delirabas al principio, luego te sumiste en una especie de coma y así has estado hasta ahora.

—Pero... ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —pregunté.

El joven consultó su reloj de muñeca.

—Treinta horas.

—Treinta horas —repetí en voz baja.

—Bueno, ahora cuéntenos. Estamos deseando escuchar tu historia —dijo el joven mientras el adulto se acercaba, aunque no lo suficiente como para que pudiera distinguir su cara.

—¿Qué sabéis de la infección? —pregunté.

—Poco, aquí abajo no llegan muchas noticias —respondió socarrón.

—Entonces dame más agua porque va a ir para largo.

Y les conté lo que sabía, lo que había vivido desde el principio: mi vida en el ático, el encuentro con Eva y más tarde el rescate de Julián, la aventura en el hospital con aquel militar sádico, la huida hacia el castillo de Manzanares, Luna, el cuartel del Goloso, el monstruo de Aranda... Todo, les hablé de todo. Con detalles. Sentía que lo necesitaba, que a la vez que les contaba a ellos me contaba a mí y tomaba conciencia de quién era y de lo que había pasado. Finalicé, después de un buen rato, hablándoles de la misión que me había traído de nuevo a Madrid. Escucharon sin interrumpirme ni una sola vez. Les noté agitarse cuando hablé de Menorca y de lo bien que estábamos allí, un leve movimiento nada más, estaban absortos.

—Y eso es todo —concluí bebiendo un trago largo de esa apestosa agua.

—Joder —dijo el joven poniéndose las manos detrás de la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Hunter bajó los primeros días de la infección. Yo algo más de dos meses. Soy de Bilbao, de un pueblo que se llama Valle de Trápaga, pero estudiaba en Madrid alojado en casa de mis tíos.

—¿Y eso?

—No me llevaba muy bien con mis padres, andaba siempre discutiendo con ellos y con mi hermano pequeño; por las horas de llegada a casa, por la música alta, por los tatuajes que me quería hacer y ellos se negaban a que me hiciera... Por *chorradas*. El caso es que la situación se volvió insostenible y decidieron mandarme a Madrid.

—Ya veo.

—El día que se desató la pandemia llevaba más de un mes sin hablar con ellos por un enfado que ya ni recuerdo. Cuando quise hacerlo no pude, las comunicaciones no funcionaban. Estaba solo y asustado. Me sentí un niño abandonado. En ese momento me di cuenta de lo mucho que los quería y los echaba de menos, y lo estúpido que había sido, pero ya era tarde. He madurado mucho desde entonces, supongo.

—No eres el único, chaval.

—Cuando todo estalló mis tíos estaban de viaje. Me quedé solo, como te decía. Vivía encima de una tienda de ultramarinos y no me faltó la comida ni el agua, pero luego la cosa se empezó a poner fea; los infectados se volvieron más violentos y tuve que escapar. Durante días anduve de aquí para allá, de casa en casa. No duraba mucho en ningún sitio, siempre terminaban por aparecer y debía huir de nuevo. Una noche me metí en el metro. Dormía dentro de un vagón cuando un ruido de cristales rotos me despertó. Estaba rodeado de fantasmas. A duras penas escapé y corrí por los túneles. Cientos de ellos me siguieron. Había dejado todas mis cosas en el vagón, solo llevaba una linterna con las pilas medio agotadas. Al doblar una suave curva me encontré de cara con una pared de infectados.

El joven hizo una pausa. Noté cómo el recuerdo le dolía como si le clavaran puñales.

—¿Y qué pasó? —le animé a continuar.

—Cuando pensaba que todo iba a terminar apareció él —dijo señalando sin girarse al hombre que permanecía de pie—. Salió de una boca de alcantarilla y me salvó.

—Vaya —dije.

En el profundo silencio que se produjo se oyó perfectamente el rugir de mis tripas. Sonó como las cañerías de una casa vieja.

—No has comido nada desde que te trajimos —dijo el joven—. Y te costaba mucho beber agua.

—Yo traer comida, ricos conejos —intervino el hombre y desapareció por la puerta.

Esperé unos segundos y luego aproveché para aclarar algo que me rondaba por la cabeza.

—Él, Hunter, digamos que... Bueno, no parece muy normal.

—Debe de tener su historia, pero no la conozco. Habla poco. Al principio de llegar aquí, un día, aprovechando que se había ido a cazar, rebusqué entre sus cosas y encontré una foto. Era una imagen familiar, a la puerta de una casa de campo. Estaba con la que parecía su mujer y sus hijos, una chica y un chico de unos ocho o diez años, todos sonreían. Tal vez en la locura ha encontrado la manera de sobrellevar esto —dijo reflexivo.

No me costó mucho adivinar que ese muchacho tenía una sensibilidad especial y

una aguda inteligencia. Además, su forma de hablar delataba una madurez muy superior a la edad que aparentaba.

El dolor de cabeza se había vuelto soportable, pero la pierna me ardía. Me llevé la mano al muslo y lo palpé, a través de la venda noté el calor.

—Tengo que avisar de que estoy vivo —dije de pronto tomando conciencia. Intenté levantarme, fue inútil. No tenía fuerzas y la pierna me dio un latigazo de dolor tremendo.

—Aún es pronto, antes debes reponer fuerzas —objetó el joven ayudándome a tumbarme de nuevo.

El pequeño esfuerzo me quitó el aliento y comencé a jadear. Tenía razón, en ese estado no podría ir muy lejos. Seguramente había perdido mucha sangre y la infección me debilitó definitivamente. El joven se alejó y desapareció en un rincón oscuro, cuando volvió traía algo en las manos, enseguida la reconocí.

—¡Mi Bastarda! —casi grité.

—Estabas abrazado a ella cuando te encontramos.

—Vaya, parece que no todo está perdido —dije para mí en voz alta.

El metal de aquella arma me insufló energías. Era difícil de explicar el hecho de que aquel objeto inanimado tuviera ese poder, pero así era.

—También tenías una pistola. Está todo en la caja del rincón, con tu ropa.

—Estupendo —dije sin soltar la espada.

—¿Has matado a muchos con ella?

—A unos cuantos —contesté.

El joven volvió a sentarse junto a mí, parecía a gusto en mi compañía.

—¿Por qué lo de Plano Secuencia? —pregunté por cambiar de tema y hablar de algo que no fuera la muerte.

No lo conseguí.

—¿Conoces *La Soga*? He visto miles y miles de películas y las recuerdo casi todas, pero esa es mi favorita.

—Creo que sí. Es de *Alfred Hitchcock*. Dos tipos matan a otro y lo meten en un baúl sobre el que sirven la cena para sus invitados.

—Exacto, esa es. *Hitchcock* quiso ser fiel a la obra de teatro en la que se basaba, «*Rope*»; y olcar toda la carga dramática en la interpretación de los actores y olvidarse de los efectos de cámara. Por eso su intención fue rodarla en un solo *plano-secuencia*. ¿Sabes lo que es?

—Parecido al *travelling*.

—No exactamente. El *plano-secuencia* consiste en realizar una toma larga completa, sin cortes, durante la cual se desarrolla una acción. Para ello puede utilizarse un *travelling*, grúas, *steadicam*, cualquier método vale. Casi no se utiliza por la complejidad que acarrea la planificación de cámaras e iluminación, y sobre todo porque requiere de los actores una interpretación impecable.

—Ya.

—*Hitchcok*, como te digo, tenía intención de rodarla en un solo *plano-secuencia*, pero se encontró con una limitación técnica que hoy día está superada.

Hizo una pausa. El chaval disfrutaba volcando sobre mí un torrente de conocimientos cinematográficos que me tenían abrumado. Como no contesté, prosiguió.

—En 1948 lo máximo de película que podía cargar una cámara eran ocho minutos. Por ello necesitó diez tomas que fue uniendo mediante ingeniosos trucos visuales para dar la sensación de continuidad. El resultado es una acción en tiempo real y sin interrupciones. Una obra maestra vamos.

—Vaya, ahora entiendo lo de tu apodo.

—Un día obligué a mis amigos a ver la película cuatro veces y desde entonces me llaman... —por un instante se alejó—. Me llamaban así.

—A mí también me gusta mucho el cine, pero no entiendo tanto como tú. No se me quedan los directores ni casi los actores, aunque tengo buena memoria para las frases.

—Me alegra tener a alguien con quien poder charlar. Él... —dijo girando la cabeza hacia la puerta—. Bueno, ya lo has visto. Digamos que no es fácil mantener una conversación interesante con él. Si te parece, en algún momento podemos jugar a adivinar películas diciendo frases de ellas —concluyó entusiasmado.

—Claro.

—Me hubiera gustado estudiar cine, ser director y rodar mis propias películas. Hacía cortos en vídeo antes de todo esto, incluso gané algún que otro concurso. Todo eso ya no será posible —confesó sin sentimentalismo, como quien expone una fórmula matemática sencilla: dos más dos igual a cuatro.

—Consuélate, quizá ahora seas el tipo que más sabe de cine en el mundo. Por cierto —dije cambiando de tema al escuchar de nuevo a mis tripas—, he oído mal o ese tal Hunter ha dicho que iba a traer unos conejos.

—Bueno, sí. Él llama así... a las ratas.

—¿Cómo?

—«Hunter» se lo puse yo. No sé su nombre, no quiso decírmelo. Lleva meses alimentándose de las ratas que caza con trampas. Tengo localizadas un par de tiendas de alimentación, pero a veces los infectados las ocupan durante días, así que al final tuve que acostumbrarme a comerlas también.

—No te puedo creer.

—Asadas están buenas y la grasa la utilizamos para las lamparillas.

—No pienso comer ratas.

—Lo harás si quieres salir de aquí —dijo levantándose—. Voy a preparar el fuego para cuando vuelva.

A la media hora volvió Hunter y traía tres ratas enormes colgadas de su cinturón. Se sentó junto al fuego que había encendido Plano Secuencia dentro de una especie de sartén o paellera y se puso a despellejarlas. No quise mirar y volví la cara hacia la

pared. Sin darme cuenta mis pensamientos me llevaron hasta Eva. Todo indicaba que me había dejado por el alférez Galera, pero el estar allí, vivo, el haber sorteado a la muerte, me daba las fuerzas necesarias para luchar por ella de nuevo. Eso haría. Aunque antes tendría que reponerme y elaborar un plan para volver a Menorca. Mi cabeza comenzaba a barajar las posibilidades cuando un delicioso aroma a carne asada llegó a mi pituitaria.

—En diez minutos estarán hechas —dijo Plano Secuencia.

Me volví y contemplé, ensartadas en espetones de metal, tres ratas dorándose al fuego. Mi cabeza decía una cosa, mi estómago otra, y lucharon durante esos diez minutos. Era carne al fin y al cabo, proteínas necesarias para mi recuperación, solo eso. Mi cabeza, finalmente, racionalizó lo que mi estómago reclamaba.

—¿Qué? ¿Te animas? —preguntó el muchacho ofreciéndome un muslo.

—Conejo muy rico —añadió Hunter.

Miré el trozo de carne humeante. Las tripas rugieron a punto de partirse.

—Trae para acá.

El primer mordisco fue el que más me costó. Luego, cuando sentí su sabor parecido al pollo aunque algo más dulce, me desboqué. Devoré una rata entera y dos muslos más de otra mientras ellos me observaban atónitos.

—Parece que no te han desagradado tanto —dijo Plano Secuencia.

—Puedo traer más conejos —añadió Hunter.

—No, no, estoy lleno —contesté soltando un eructo.

Bebí medio litro de agua del tirón y me recosté contra la pared. De golpe me sentí capaz de todo, con las fuerzas renovadas.

—Ayudadme a levantarme.

—¿Estás seguro? —preguntó Plano Secuencia.

—Sí.

Entre los dos consiguieron enderezarme sin problemas. Sentí un mareo que se fue como llegó. Mantuve la pierna herida en vilo hasta que me animé a apoyarla. Logré dar unos pasos. Noté un intenso dolor, pero funcionaba perfectamente.

—Acércame la espada.

Usando la Bastarda a modo de bastón recorrí la estancia cada vez con mayor soltura. Estaba contento, exultante.

—Decidme —dije de pronto—. ¿Cómo puedo llegar hasta el Palacio de la Moncloa?

No contestaron, se quedaron mirándome como si contemplaran a un loco.

14. LA LUZ ENTRE LAS HOJAS

Samuel cayó abatido sobre la silla después de hablar con el capitán Abreu. Se confirmaban sus temores, la operación de rescate se había ido al traste. En la inmensa pantalla de la pared se veía la costa valenciana y a una milla de la costa, fondeada, la fragata. Durante más de una hora no dejó de mirarla, temiendo que se moviera. Luego decidió dar crédito a las palabras del capitán y confiar en que montara otro operativo para sacarle de allí como había asegurado. Necesitaba creer en ello, agarrarse a esa esperanza.

El resto de la mañana la pasó jugando al *Far Cry 3*, hasta la hora de comer, y por la tarde estuvo más de cinco horas matando zombis en el *Lelf 4 Dead*. Cada hora observaba las cámaras exteriores, esperando ver aparecer a sus salvadores. Cenó con desgana y terminó dormido sobre la mesa de puro agotamiento, delante de la pantalla de cinco por cuatro metros. Cuando despertó le dolía el cuello por la extraña postura que había tomado y tenía la boca seca. Se dio una ducha y desayunó algo. Volvió al ordenador central y conectó con la fragata. Las noticias no eran buenas. No sabían nada del equipo de rescate, y le dijeron que esperarían algunas horas más antes de organizar uno nuevo. Todo eso le sonó muy mal, pero prefirió no pensar en ello. Era su única esperanza y tenía que agarrarse a ella como una lapa.

Sobre una mesa, cerca de la puerta de salida del búnker, Samuel tenía su equipaje: un par de ordenadores, varios discos duros, algo de ropa, los dos rifles de Gauss y un revólver Colt Python cal. 357 Magnum.

A las treinta horas exactas de que recibiera la llamada de la fragata dándole las malas noticias, se ahogaba allí dentro y decidió hacer una locura; o lo que él consideraba una locura.

Con el revólver a la espalda, metido en el cinturón igual que hacían los *gánsteres* de las películas, se puso en marcha. Pudo llevar uno de los rifles futuristas, pero prefirió un arma clásica. Además no pensaba usarla. Al más mínimo atisbo de peligro correría de vuelta a la seguridad. Su idea consistía en asomarse a la puerta exterior, ver el cielo y coger un poco de aire fresco, solo eso. Antes de hacerlo tomó sus precauciones, claro, comprobando por las cámaras que no anduviera cerca ningún infectado.

La inmensa y pesada puerta de acero estaba perfectamente engrasada y apenas hizo ruido al abrirse. Salió a un ancho pasillo. La luz atravesaba con alegría los tragaluz situados en el techo. No cerró la puerta, la dejó entreabierta, no quería tener que perder tiempo tecleando el código de apertura en caso de que tuviera que volver con prisa, corriendo delante de un puñado de infectados. Con el corazón en la garganta y el revólver en una mano, desanduvo el camino que tantas veces había hecho durante sus años de trabajo, y llegó a la puerta del edificio. El sol entraba a

través de los cristales y los barrotes. Se extasió al recibir sus rayos. Con los ojos cerrados disfrutó del calor y de la luz. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo, una leve sacudida que él interpretó como la manifestación del despertar de la vida. Con sumo cuidado miró fuera. Vio los jardines descuidados del palacio y un cielo maravillosamente azul. Se decidió por abrir un poco la puerta y recibir el aire puro y el olor de la naturaleza. Giró la llave y tiró del pomo. La puerta historiada se quejó con un chirrido metálico que le heló la sangre. Se detuvo con la respiración contenida. Esperó. No sucedió nada. Cerró la puerta tras de sí y se aventuró al exterior.

Ya estaba fuera, lo había logrado.

El sol lo cubría totalmente y lo que experimentó en ese momento sería difícil de describir. Sus pulmones se llenaron con aire no filtrado, y el aroma a pino, hierba y tierra le pareció delicioso. Se maldijo por no haberlo hecho antes, por haberse privado de ese placer inigualable. Se sintió tan bien que decidió dar un par de pasos fuera. Luego un par más. Cuando quiso darse cuenta paseaba por los jardines abandonados, pisando la tierra y alargando la mano para tocar los macizos de arbustos desordenados. A pesar de que hacía frío él no lo sintió. Se detuvo junto a un hermoso *liquidámbar*, embelesado con las últimas hojas a punto de caerse, y cuyos colores iban desde el naranja claro al marrón oscuro, en una combinación de tonalidades espectacular.

Y así lo sorprendieron dos infectados.

Tan absorto estaba en la contemplación del árbol, disfrutando de la visión del cielo a través de sus hojas, que no se percató de su presencia hasta que sus sombras le taparon la luz del sol.

15. FORZANDO LA MARCHA

Tagana interceptó las comunicaciones de la fragata española con el helicóptero en el que iba Carlos y con la isla de Menorca, pero no sabía español; y hasta que el capitán Abreu no habló con el coronel O'Brien pidiéndole ayuda no supo lo que estaba pasando. Entonces se puso muy nervioso. Por una parte era una noticia magnífica, aunque por otra precipitaba las cosas y les obligaba a forzar la marcha hasta límites casi inhumanos. Por lo que pudo entender los españoles habían perdido un helicóptero en Madrid y solicitaban al coronel americano información vía satélite de su posible ubicación. La fragata estaba fondeada a una milla de la costa de Valencia y esperaría allí cuarenta y ocho horas a tener noticias de los posibles supervivientes.

Eso es lo que entendió, cuarenta y ocho horas. En aquel momento se encontraban atravesando Argelia, a unos mil doscientos kilómetros del puerto de Argel donde les esperaba el carguero. Debían darse prisa si querían llegar antes de que la fragata se marchara.

Si conseguían llegar a tiempo podían solucionar un problema que le traía de cabeza. Durante las horas de duro viaje por el desierto, con la mirada fija en la línea del horizonte, le había dado mil y una vueltas a la idea de cómo hacerlo. Tomar la isla de Menorca con sus hombres se le antojaba relativamente sencillo, nadie los esperaba y el factor sorpresa sería definitivo, pero capturar un barco de guerra era otra cosa. Ahora la solución la tenía al alcance de la mano. Unos pocos hombres en barcas, ocultando sus armas, podrían presentarse como náufragos y subir a la fragata. Tomarían a los oficiales y el puente de mando y el resto de la tripulación se entregaría. No más de diez serían suficientes, él iría con ellos. El carguero seguiría rumbo a Menorca, desembarcaría a sus hombres lejos de la fortaleza y la atacaría por sorpresa. La operación se haría de noche; y si todo salía bien, cuando amaneciera, sería dueño y señor de todo.

Le contó su plan a «Machete» Ogutu y no puso objeción, nunca lo hacía. Miró el mapa con una mano mientras que con la otra sujetaba el volante. Movi6 la cabeza.

—Habr6 que darse prisa —dijo finalmente.

—SÍ.

Tagana consultó su reloj, realizó rápidos cálculos y sonrió. En veinte horas estarían en el puerto, pensó, y en otras diez, con el carguero a máxima velocidad, en Valencia. Podía hacerse.

—Cuando estemos a una milla de la fragata lanzaremos una se6al de socorro y nos dirigiremos hacia ellos en un par de barcas. Tú continuar6s hasta Menorca.

—Solo dejaremos vivas a las mujeres, ¿no es asÍ?

—No te dije eso, Ogutu —Tagana levantó la voz—. Dije que quizá necesitemos a

algunos de los hombres. Mata cuando sea necesario, si no haz prisioneros y espera a que llegue con la fragata.

—Vale, entendido.

Ogotu no veía el momento de entrar en acción. *Solo mataría cuando fuera necesario*, repitió mentalmente. Claro que para él ese era un término muy relativo que le daba amplias posibilidades para divertirse un buen rato.

No se detuvieron ni un minuto. No pararon para comer ni para hacer sus necesidades. Condujeron todo el día y toda la noche. A ochenta kilómetros por hora, por aquellas carreteras polvorientas y sin descansar, el último trayecto se haría muy duro.

Cuando el sol estuvo en todo lo alto el calor dentro de los camiones era asfixiante. A mediodía divisaron la ciudad de Argel.

—Ahora llega lo peor —dijo Tagana y ordenó parar.

De los camiones salieron cientos de hombres y mujeres tambaleantes y deshidratados, a punto de desmayarse. Algunos no lo hicieron. Cinco permanecieron dentro, muertos.

—Descansamos veinte minutos. Que beban y coman algo. Luego prepara el convoy para el asalto al puerto. Yo voy a contactar con el capitán del carguero para que lo tengan todo preparado —indicó Tagana a su lugarteniente.

—De acuerdo.

—Y ni una palabra a los hombres. Les contaremos los planes a su debido tiempo, no quiero que ese capitán ruso sepa nada.

—Claro —contestó Ogotu.

A los treinta minutos exactos estaban preparados. Habían colocado delante los camiones más pesados armados con ametralladoras calibre .50 y lanzagranadas. En medio irían los coches más ligeros seguidos de los camiones de las mujeres. Cerraría el convoy un camión escolta con los peores hombres. Tagana había estimado que ese sería el vehículo que menos posibilidades tendría de subir al barco, y en caso de que las cosas se pusieran feas serviría como distracción.

Les quedaban los seis kilómetros más peligrosos de su viaje hasta llegar al puerto de Agha, donde les esperaba el carguero. Seis kilómetros de calles plagadas de infectados.

—En marcha —ordenó Tagana, y los motores rugieron.

16. EL PUTO MANGUITO

La salida se había complicado. Julián, Escolano y Luna no se movieron de La Mola esperando el momento que no llegaba. Primero fue Galera el que les prohibió el despegue hasta que el capitán Abreu confirmara la operación, y más tarde una avería en el helicóptero les mantuvo en tierra. Llevaban más de un día sin hacer nada y tenían los nervios de punta, sobre todo Julián.

—¿Aún no ha vuelto Antonio? —preguntó a Luna.

—¿Pues no ves que no? —respondió de mala gana.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Escolano trajinaba dentro del helicóptero mientras que Julián y Luna esperaban sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas contra una rueda. Atardecía y una suave brisa despertó tiritona en la pequeña.

—¿Adónde vas? —preguntó Julián.

—A por una chaqueta, tengo frío —contestó Luna.

Escolano se asomó por la puerta lateral limpiándose las manos llenas de grasa con un trapo.

—Tranquilo. En cuanto cambiemos ese manguito nos vamos.

—Joder con el puto manguito. Llevamos más de seis horas esperándolo —respondió Julián.

—Ahora no es como antes. No hay una tienda donde ir a comprar los repuestos.

—Ya lo sé.

Luna salió del aparato poniéndose una gruesa chaqueta morada y volvió a sentarse junto a Julián.

—Aún no puedo creerme que Eva le deje tirado —dijo al cabo de unos minutos.

Luna no contestó. Ella sabía algo que él no; la razón de Eva para no querer arriesgar la vida que llevaba dentro, el último recuerdo que tendría de Carlos.

—Bueno, no voy a darle más vueltas al asunto. Nosotros lo traeremos de vuelta, ya lo verás —dijo de pronto agarrando a Luna por el cuello y atrayéndola hacia él para darle un achuchón cariñoso.

Ninguno lo decía, preferían no hablarlo, pero desde que una foto satélite proporcionada por los americanos confirmara el accidente del helicóptero, las esperanzas de encontrar a Carlos con vida habían disminuido significativamente. Fue entonces cuando el capitán Abreu autorizó una segunda misión de rescate, con prioridad a sacar al técnico de sistemas del búnker de La Moncloa. La fragata esperaba frente a las costas de Valencia para darles apoyo.

—¿Solo van a ir ellos tres? —había preguntado extrañado el capitán Abreu.

—No quieren que nadie más arriesgue sus vidas —contestó Galera.

—Bien, ocúpese de que no les falte de nada a esos valientes —le ordenó el capitán sinceramente emocionado.

De aquella conversación hacía más de diez horas. Diez horas de espera tensa y frenética. Durante ese tiempo cargaron el helicóptero con barriles de gasolina de reserva, armas y comida; y elaborado mil y un plan de rescate y varios cientos de hipótesis. Tenían todo lo necesario: mapas, planos de la ciudad, códigos de apertura del búnker y números de radio de emergencia. Todo, todo menos un manguito de goma.

Anocheció definitivamente en la isla de Menorca.

A media mañana el petardeo de un motor despertó a Julián y a Luna que dormitaban en el interior del helicóptero. El cielo estaba cubierto de nubes y la temperatura había bajado en picado. Cuando salieron del aparato encontraron a Escolano de pie, a unos metros de distancia, mirando una mancha de polvo que se desplazaba hacia ellos.

—Es una moto —dijo cuando sintió a Luna y a Julián a su lado.

Casi derrapando frenó delante de ellos una vieja Yamaha Daytona RD400.

Sin dar crédito a lo que veían, los tres observaron con la boca abierta. Primero se bajó Antonio que iba de paquete, y luego Eva. Después de quitarse el casco, dejarlo colgando del manillar y coger una pequeña mochila, caminó en su dirección con su andar elegante y rotundo de modelo de pasarela postapocalíptica. Llevaba el pelo recogido en una corta coleta y el gesto serio. Vestía toda de negro, con su ropa de combate: botas militares, cazadora de cuero ajustada, un chaleco lleno de cargadores, en bandolera un subfusil y, por supuesto sobre las caderas, sus dos pistolas.

—Antonio, ayuda al comandante a colocar el dichoso manguito —dijo con voz urgente aunque no autoritaria.

—Enseguida —contestó este—. En cinco minutos estará listo.

—Estupendo —respondió mientras se detenía frente a Julián y Luna.

—Pero... ¿qué cojones haces tú aquí? —preguntó Julián abriendo los brazos para reforzar sus palabras.

—Voy con vosotros —respondió y, sin decir una sola palabra más, subió al helicóptero.

—Así se habla, joder. Sabía que no podías fallarnos —soltó Julián—. Muchachos, vamos a colocar ese manguito y a largarnos de una puta vez.

Luna la siguió al interior, esperó a que se sentara y luego ella también lo hizo a su lado. Cogió su mano y la apretó fuerte.

—¿Estás segura? —preguntó Luna.

Eva no contestó de inmediato, buscaba una respuesta que justificara lo que estaba haciendo, pero su cabeza era una olla a punto de estallar. Llevaba un día entero pensando en ello, sopesando los pros y los contras de arriesgar su vida y la de la

criatura que crecía en su interior en una misión con ínfimas garantías de éxito. Al final el tiempo de reflexión no le sirvió de nada, no llegó a ninguna conclusión lógica, y se dejó llevar por el instinto.

—No, solo siento que debo hacerlo.

—¿Sabes que han localizado el helicóptero caído? —preguntó Luna acariciando su pelo.

—Sí, me lo dijo Galera.

Eva miró por la ventanilla, a la nada.

—También me contó la necesidad de traer a ese técnico, por el futuro de todos.

Luna meditó mucho hacerle la pregunta que giraba en su cabeza como un torbellino, la que no había tenido valor de hacer a nadie.

—¿Qué harás si no encontramos a Carlos? ¿Qué haremos?

Eva abrazó a Luna y besó su frente. Un velo brillante cubrió sus ojos nublando su vista.

—No lo sé —respondió.

Realmente no lo sabía. Solo estaba segura de una cosa, que necesitaba traerle con vida o ver su cuerpo muerto.

El invierno había llegado y se intuía un día helador. Tiritando de frío y de nervios, Eva se acurrucó junto a Luna y cerró los ojos. Las imágenes de una ciudad desolada, Madrid, volvieron a su mente. Edificios abandonados, quemados, sombríos... y calles repletas de infectados, desfilaron por su cabeza torturándole. Al final del recorrido mental vio la silueta de un helicóptero destrozado y, saliendo de su interior, un infectado a medio devorar que le recordaba extraordinariamente a Carlos. Abrió los ojos de golpe y se sacudió las siniestras imágenes. La espera se le hacía interminable. Los cinco minutos se transformaron en horas; necesitaba despegar de una vez y alejarse de la isla para evitar arrepentirse.

—Listo —gritó Julián desde la puerta—. La cosa se ha complicado un poco pero ya está, nos vamos.

Escolano subió detrás de él y se dirigió a Eva.

—¿Estás bien? —preguntó apoyando una mano en su hombro.

—No —contestó sincera.

—Has sido militar y probablemente sabes lo que significa un accidente de helicóptero. No te voy a mentir, las posibilidades de encontrar supervivientes son muy pocas. Aún así vamos a intentarlo. Si Carlos está vivo lo traeremos de vuelta, te lo prometo.

—Gracias —contestó agradeciendo la dura sinceridad.

—Bueno, y ahora abróchense los cinturones porque nos vamos —concluyó Escolano.

Julián y el comandante se dirigían a la cabina de mando cuando alguien abrió la

puerta de la zona de carga y se asomó, era el alférez Galera.

—Señores —dijo mientras subía al aparato—. Ha habido problemas y la misión se cancela.

—¿Qué? —gritó Julián. El resto no pudo articular palabra.

—El capitán ha perdido contacto con el técnico de La Moncloa. Llevan todo el día intentando hablar con él por radio, pero no responde. Hasta que no confirme que sigue vivo no está dispuesto a que nadie más arriesgue sus vidas.

—Eso es absurdo, ¿qué le puede haber pasado allí dentro? Habrá bebido de más y estará durmiendo la mona —dijo Julián.

—Es posible, pero el capitán ha sido tajante, nadie despega hasta que no confirme que el técnico sigue vivo —respondió Galera.

—No me lo puedo creer —musitó abatido Julián.

El resto permanecía en silencio. Eva sintió desvanecerse el último hilo de esperanza de encontrar a Carlos, y una negra sombra invadió su interior. Luna sollozaba a su lado. En un momento dado sorbió mocos, se restregó la nariz con el dorso de la mano, se levantó y se dirigió a la cabina.

—¿Cuánto hace que tendríamos que haber salido? —dijo de golpe pillando a todos por sorpresa.

—¿Cómo dices? —preguntó Escolano.

—Si no hubiera sido por la avería..., ¿cuánto tiempo llevaríamos en el aire?

—Mucho.

—O sea que no estaríamos aquí, ¿verdad, señor alférez?

Galera no comprendió de inmediato, tardó en entender lo que aquella sabia niña le quería decir. Meditó unos instantes y tomó una decisión escuchando a su corazón y no a sus galones.

—Bien, yo no les he visto. Informaré al capitán de que habían despegado hacía rato, el resto es asunto suyo.

—Gracias, señor alférez —dijo Luna dedicándole una sonrisa deliciosa.

—Así se habla, joder —espetó Julián abrazándolo—. Siento lo del otro día, cuando te llamé *trucha*, eres un tío cojonudo.

—Seguro —respondió Galera despegándose con dificultad del intenso abrazo—. Espero que esto no sea una mala idea que terminemos lamentando todos.

Escolano se apresuró a poner en marcha el helicóptero ayudado por Julián que seguía sus órdenes al pie de la letra. Luna volvió junto a una Eva muda y meditabunda. Los inmensos motores de más de 4700 CV arrancaron y transmitieron la fuerza necesaria a los rotores en tándem para que comenzaran a girar. El ruido se intensificó cada vez más a medida que el comandante aplicaba la máxima potencia para el despegue, hasta que el aparato se elevó prodigiosamente.

—Pase lo que pase yo siempre estaré contigo —dijo Luna.

—Lo sé —le respondió Eva saliendo de su mutismo, al tiempo que apretaba su delicada pero fuerte mano.

El CH-47 Chinook describió media circunferencia en el aire, y a unos treinta metros de altura varió el ángulo de ataque de las aspas, se inclinó unos grados, y luego salió en línea recta como un cohete en dirección a la península.

—¿Cómo se lo ha tomado el resto del Equipo? —preguntó Luna.

—Querían venir, por supuesto, pero les he hecho reflexionar sobre la necesidad de que se quedaran —contestó Eva—. No ha sido fácil.

—Supongo.

—A Lucas casi he tenido que ponerle la pistola en el pecho para convencerlo.

Escolano aceleró a tope y puso el aparato a 315 Km/h, su velocidad máxima. A los diez minutos la voz del capitán Abreu sonó en sus cascos. Alargó la mano y apretó el botón que desconectaba la radio. Julián lo miró.

—Se va a cabrear mucho.

—Podría ser una avería en la radio —dijo Escolano abriendo los brazos.

—Podría, sí. Además ya lo dijiste tú, «capitán de fragata y comandante de helicóptero, tanto monta».

—Exacto.

La tremenda velocidad apenas se notaba dentro del helicóptero. Luna, recostada contra el asiento, resbaló sin quererlo por la seductora senda del sueño hasta que se durmió con el ceño apretado. Eva miró por la ventanilla y mantuvo fija la vista en la sutil línea de tonalidad neutra que separaba el mar del cielo, luego puso la mente en blanco y se abandonó a la esperanza.

17. OLOR A MIEDO

Se sobrecogió con la visión de la ciudad.

El desierto había invadido las calles y un manto de arena lo cubría todo. Tagana había estudiado el camino más corto y el que consideró menos peligroso. Hasta llegar a la avenida de la Independencia no se encontraron con una resistencia significativa, solo infectados dispersos que los veían pasar sin tiempo para reaccionar.

A medida que se acercaron al puerto la situación empeoró. La avenida estaba repleta de coches vacíos que dificultaban la circulación y ralentizaban la marcha. Cuando llegaron a la plaza Du la cosa se puso fea. Varios cientos de infectados les salieron al paso y tuvieron que barrerlos con las ametralladoras. Se emplearon a fondo, ya veían el mar a través de los parabrisas polvorientos y eso los animó. Tagana permanecía callado, su silencio escondía un temor irracional. Nunca había visto un infectado y, la imagen de aquellos espectros grisáceos y de facciones grotescas, le producía temblores que trataba de controlar agarrando con fuerza el volante.

De las ventanas de los edificios cercanos comenzaron a saltar infectados. Un ruido de cristales rotos lo invadió todo. Ogutu miraba hacia todos lados con el arma en la mano. El convoy continuó la marcha sin detenerse, sorteando el ataque desordenado de cientos de aquellos seres. Tagana intuyó que la situación aún debía de empeorar mucho más antes de alcanzar la meta, y tenía razón. Después de dejar atrás la avenida del Coronel Mellah Alí y superar el paso elevado que desembocaba en el muelle de carga, el panorama que se encontraron fue espeluznante.

Tagana detuvo el convoy y se quedó observando. El barco se veía al fondo, atracado de popa, con la compuerta trasera preparada para abrirse y recibirles. Pero la explanada que los separaba de él estaba ocupada por miles de infectados y sería imposible atravesarla.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ogutu.

Meditó con las manos en el volante. Conducía el camión de cabeza, el más pesado y el mejor armado. Había situado a hombres en el techo con ametralladoras y lanzagranadas, pero para salvar los últimos cuatrocientos metros iban a necesitar un milagro, pensó. Un milagro o un sacrificio.

—Camión de cola, responde —ordenó Tagana a través de la radio.

—Aquí el camión de cola, comandante —respondió una voz que sonaba lejana entre un murmullo gutural.

—Necesito que adelanten al convoy y se pongan en cabeza.

—A la orden —contestó el soldado.

Ogutu miró a Tagana sin decir palabra, como hacía siempre que su comandante tomaba decisiones importantes. Los infectados ya los habían detectado y comenzaban a moverse hacia ellos. El camión de cola, con cierta dificultad, logró ponerse en

paralelo con el del comandante. Este apagó la radio y bajó la ventanilla, el soldado del otro camión hizo lo mismo.

—Soldado, ¿ve esos contenedores de la izquierda?

El soldado no contestó. Solo observó el lugar alejado del barco y repleto por completo de infestados.

—Quiero que los bordee y luego se dirija al barco —continuó Tagana—. Allí nos encontraremos.

—¿Se refiere a esos contenedores de allí, señor? —dijo con cierto temblor en la voz señalando con el dedo.

—Exacto.

—Pero señor... —no terminó de hablar.

Ogutu intervino haciendo visible la M60 que llevaba entre los brazos.

—¿Algún problema, soldado?

—No, señor —contestó con la garganta seca.

—Entonces a qué está esperando —gritó Tagana sin mirarle a la cara, con la vista puesta en el azul del mar.

El soldado aceleró y se dispuso a cumplir las órdenes. El recorrido que debía hacer los alejaba significativamente del barco, y decidió realizarlo en el menor tiempo posible. Nada más entrar en la explanada del muelle, los infectados bascularon en su dirección como un banco de peces. El camión llegó a los contenedores y comenzó a rodearlos; eran muchos y estaban apilados hasta una altura de cinco pisos. Para cuando terminó de hacerlo y volvía a la explanada, ya la masa de seres era tal que no se veía el suelo. El soldado sudaba copiosamente y desprendía un olor que no supo identificar. Erróneamente aceleró y aunque logró hacer saltar por los aires a los primeros infectados, pronto la cantidad de cuerpos fue tan grande que el radiador reventó y las ruedas patinaron sobre el amasijo de carne y sangre.

—¡Fuego a discreción! ¡Fuego a discreción! —gritó abriendo la portezuela que comunicaba con los compañeros que viajaban en la parte trasera, y que se preguntaban qué demonios estaba pasando.

El conductor trató de salir del atolladero dando marcha atrás, y al principio lo consiguió. El eje trasero logró salvar el obstáculo de cuerpos aplastados y por un instante pareció que iban a salir de allí, pero solo fue una ilusión. Los infectados muertos y mutilados eran sustituidos por más y más que llegaban con idéntico frenesí salvaje. Los soldados vaciaban los cargadores de sus armas y colocaban otros tan rápido como podían. Apuntando a bulto perforaban los cuerpos de los infectados que seguían atacando sin inmutarse. El camión volvió a detenerse, esta vez definitivamente. Era tan inmensa la cantidad de cuerpos que rodeaba el camión que el motor se rindió y terminó por calarse.

Los soldados más cercanos al portón trasero fueron los primeros en ser

arrastrados hasta la masa y ser devorados. Los que tomaron el relevo dispararon a la desesperada, pero no tardaron en seguirles. Un infectado logró subir al camión, luego otro y otro. En el interior fueron desmembrados y engullidos vivos los que aún quedaban. Todos menos uno que antes se voló la tapa de los sesos.

El conductor escapó por la ventanilla y a duras penas logró subir a la cabina. Desde allí disparó hasta agotar la munición. Tuvo oportunidad (antes de que el incesante bamboleo le hiciera caer) de contemplar cómo el convoy aprovechaba el hueco que los infectados habían dejado, y de esta manera llegaba hasta el barco y desaparecía en su interior. No tuvo tiempo de maldecir a su comandante por mandarlos a una muerte segura. Ni siquiera fue capaz de arrepentirse de nada antes de morir. Ni una corta oración pasó por su cabeza, no había lugar para ella. Solo una imagen, la visión de decenas de brazos disputándose sus entrañas, fue lo único que ocupó los últimos chispazos de su cerebro.

Tagana dio la orden de avanzar cuando la horda se disipó persiguiendo al camión de cola. La explanada no se vació del todo, por supuesto, pero se aclaró lo suficiente para que lo intentaran. No pasó de diez kilómetros por hora. Mantuvo una velocidad moderada, la necesaria para abrirse camino sin arriesgarse a producir una avería grave que los detuviera. Ordenó disparar a discreción y, aunque no fue fácil, lograron llegar hasta el barco.

Andrei, el capitán ruso, abrió la compuerta justo a tiempo y la bodega de carga se llenó de vehículos perseguidos por infectados.

Más de cuarenta debieron de ser abatidos en el interior, y seis soldados murieron para conseguirlo.

Tagana no perdió el tiempo. Una vez cerrada la compuerta del barco fue en busca del capitán. Al entrar en el puente de mando encontró a un joven y a un viejo de barbas blancas y gorra marinera. No tuvo dudas.

—Soy el comandante Tagana —se presentó ofreciéndole la mano después de saludar marcial.

—Por fin conocer a comandante. Es un placer —dijo el capitán ruso en un inglés voluntarioso.

—Igualmente.

—Nosotros no esperarles tan pronto.

—Nos hemos dado prisa.

Andrei observó cómo varios hombres armados entraban en el puente y tomaban posiciones con disimulo. No le pareció un comportamiento amistoso, ni la mejor actitud de alguien que se considera invitado, pero no dijo nada. El capitán era un hombre prudente, aunque no ingenuo, y sabía interpretar las señales perfectamente. Llevaba más de treinta años en el mar y pasó por todos los puestos antes de llegar a capitán. Aunque eso fue después de su etapa militar. De joven luchó en Afganistán

conduciendo un tanque, el más joven y brillante oficial de su promoción. Hubiera tenido un futuro prometedor en el ejército de no haber desobedecido la orden directa de un superior. A Andrei no le gustaba recordar su pasado militar y pocas veces hablaba de él. Cuando le preguntaban derivaba la conversación hacia otros derrotos o simplemente se callaba; ya tenía bastante con las pesadillas que le asaltaban algunas noches, y con las imágenes de la guerra que se le quedaron impresas a fuego en sus retinas.

Sobre todo las de aquella mañana de hacía treinta y tres años, cerca de Kandahar.

Su pequeña unidad, formada por un pelotón de tanques y vehículos ligeros, perseguía a un grupo de *muyahidines* que habían atacado a una patrulla rusa. Buscando información entraron en un pueblo. El oficial al mando de su unidad era un capitán duro como la roca y sin corazón. Después de fusilar a varios habitantes del pueblo, por fin consiguió lo que buscaba. Alguien habló y los *muyahidines* fueron descubiertos escondidos bajo el suelo de una de las casas. Eran cuatro. Muy jóvenes, casi niños, pero valientes como nunca vio. El capitán los interrogó allí mismo, en mitad de la miserable plaza de aquel pueblo polvoriento. Ninguno abrió la boca para delatar a sus compañeros ni indicar sus posiciones, aguantaron la tremenda paliza que les dieron sin soltar un solo lamento. Entonces el capitán ordenó que los ataran al suelo, en fila, y que Andrei con su T-62, los fuera aplastando uno a uno.

Se negó y eso le costó muy caro.

Tras un consejo de guerra pasó dos años en prisión y fue licenciado sin honores. Durante un tiempo deambuló en busca de un trabajo que todos le negaban. Al final lo encontró en un carguero con bandera portuguesa, y dejó la *Madre Rusia* para siempre. No lamentaba lo que hizo. Nunca se arrepintió de haber contradicho una orden injusta y brutal, pero daría cualquier cosa por olvidar los gritos de aquellos muchachos mientras las cremalleras de acero del T-62 los aplastaban, lentamente, empezando por los pies. Su insubordinación no los salvó. Tuvieron una muerte horrible a manos de otro compañero que probablemente dormiría sin pesadillas.

Aquellos militares ruandeses le trajeron a la memoria esos días funestos, y durante unos segundos su cabeza viajó hasta las arenas del desierto. Cuando regresó tenía una pregunta.

—No entender maniobra de primer camión que separarse de grupo —dijo después de las presentaciones.

—A veces hay que hacer sacrificios, amigo —contestó Tagana.

—La guerra es un lugar peligroso —añadió Ogutu.

El capitán no contestó, prefirió hacer como que no había entendido y se dirigió a su segundo, el antiguo cocinero; un joven polaco alto y delgado de aspecto melancólico que Andrei quería como a un hijo.

—Bazyli, rumbo a Menorca.

—Un momento capitán, ha habido cambio de planes —dijo Tagana—. Se lo explicaré.

No puso objeciones a las indicaciones del comandante, pero eso no quería decir que se tragara una sola palabra de lo que le había contado. Trató de disimular todo lo que pudo mientras acomodaba a las mujeres y a los soldados en su barco, y aguantó estoicamente hasta que ya no pudo más. Aprovechando un momento de descuido de los soldados que lo vigilaban, discretamente, se acercó a Bazyli.

—Mienten —dijo en voz baja.

—Lo sé —contestó el joven polaco.

—Cuando puedas trata de contactar con esa fragata y avísales del peligro.

Basyli asintió con la cabeza.

Andrei se retiró a su camarote sin apenas cenar y esperó noticias. A las dos horas sintió unos pasos detrás de la puerta. Esperó. Nadie golpeó. Vio aparecer una hoja de papel por debajo de la puerta. La cogió y leyó.

Imposible comunicar con la fragata. Vigilan la radio. Nos vigilan a nosotros. Que Dios nos guarde.

Basyli.

Se derrumbó en el camastro hasta que se quedó dormido. Despertó a la media hora, bañado en sudor. De nuevo las pesadillas.

18. BOTAS MILITARES

Evitó pasar cerca de la fragata y no contactó con ella hasta que llegaron a Madrid. Justo al divisar a lo lejos el Parque del Retiro, abrió el canal de radio y simuló una conexión deficiente.

—Aquí el comandante Escolano desde Madrid, a bordo del helicóptero CH-47 Chinook. ¿Me escuchan en la Cristóbal Colón?

Abreu se anticipó al soldado que estaba al servicio de la radio y respondió.

—Aquí la Cristóbal Colón, soy el capitán Abreu. ¿Se puede saber qué demonios les ha pasado?

—Un problema con la radio que ya hemos solucionado.

—Ya —contestó lacónico el capitán, en un tono en el que «ya» quería decir: no le creo una palabra.

—¿Alguna noticia? —preguntó Escolano con absoluta normalidad.

—Ustedes seguro que no saben nada, ¿verdad?

—Perdón, capitán, no le entiendo.

Abreu resopló mirando al techo y se dispuso a dar una información que sospechaba conocían.

—El técnico del búnker. Lleva todo el día sin dar señales de vida —dijo en tono de fastidio.

—Vaya, no teníamos ni idea —Escolano se giró y vio a Julián aguantándose la risa—. Bueno, buscaremos supervivientes del accidente y ya que estamos aquí, nos pasaremos por La Moncloa a echar un vistazo.

El capitán Abreu no tenía la certeza absoluta, pero estaba casi seguro de que habían desobedecido sus órdenes por una vana esperanza. Iban a arriesgar sus vidas inútilmente buscando a su amigo, metiéndose en un nido de víboras. El valor del compañerismo era muy superior al de la disciplina para el capitán, mucho mayor, aunque nunca lo reconocería en público. Ahora tenía la excusa perfecta para pasar por alto la falta y permitir que aquel puñado de valientes hiciera lo que tuviera que hacer para tranquilizar sus conciencias, y también la suya.

—Tengan cuidado y manténganme informado —terminó diciendo.

—Por supuesto, capitán.

Escolano descendió a medida que se acercaba a la masa verde del parque.

—Señoritas, atentas, ya estamos llegando —dijo por el altavoz.

Eva y Luna saltaron de sus asientos y se precipitaron a la cabina. El helicóptero atravesó El Retiro en vuelo rasante. El aire provocado por las aspas movió las copas de los árboles y zarandó los setos y arbustos. El bucólico parque no estaba desierto, lo recorrían cientos de infectados. Lugar de juegos para niños, paseo de parejas y descanso de jubilados en otro tiempo no muy lejano, ahora estaba tomado por

espectros macilentos que recorrían sus caminos de tierra y recoletos con desgana. El parque más hermoso de Madrid también se había rendido al *apocalipsis* y solo servía de morada para la muerte.

Eva reconoció la Casa de Fieras (sin poder evitar una mueca por la ironía que representaba lo que veía) y los Jardines de Cecilio Rodríguez, donde pasó jugando tantas tardes cuando era una niña. Maldijo que sus recuerdos infantiles tuvieran que enturbiarse con la nueva visión, que no quedara un solo rincón de su memoria al que aquellos monstruos no tuvieran acceso.

Escolano consultó el GPS y comprobó las coordenadas que le habían indicado.

—Tiene que estar por aquí —dijo por encima del ruido de los rotores.

El helicóptero dejó el parque y salió a la avenida de Menéndez Pelayo. No tardaron en ver el montón de cuerpos destrozados cerca de la Torre del Retiro.

—Allí pasó algo. Echemos un vistazo —propuso Eva señalando con el dedo.

Tenía el corazón a cien y la garganta seca. Los otros también. El silencio se podía cortar. Cuando estuvieron sobre aquella carnicería, Julián cogió los prismáticos y escudriñó los cadáveres uno a uno. Le dedicó su tiempo. No habló hasta que comprobó el último pedazo de carne.

—Son todos infectados.

—¿Estás seguro? —preguntó Escolano.

—Carne gris y seca como la mojama, estoy seguro.

—Mirad arriba —dijo de pronto Luna.

Todas las miradas se dirigieron al edificio. Vieron ventanas rotas, agujeros de bala en los cristales y en las paredes, y también distinguieron con terror decenas de infectados observándoles tras las ventanas.

—¡No te acerques más! ¡Aléjate del edificio! —gritó Eva.

Escolano no entendía nada, pero hizo caso y viró el aparato separándose de la torre justo en el instante en que varios infectados saltaban por las ventanas y pasaban rozando el helicóptero.

—¡Joder! —exclamó Escolano.

—Bueno, ya sabemos qué derribó su helicóptero —dijo Luna.

—¿Por qué lo harían? ¿Por qué se detendrían a disparar contra la torre? Carlos sabía lo peligroso que sería —preguntó Eva.

Nadie contestó. Escolano comenzó a trazar círculos cada vez más grandes en torno a las coordenadas hasta que vio un cuerpo tirado en mitad de la avenida.

—¿Lo veis?

—Sí —respondió Julián y cogió de nuevo los prismáticos.

Estaban a unos treinta metros de altura, suspendidos en el aire.

—Baja un poco más —dijo muy serio, sin despegar los ojos de los binoculares a través de los cuales veía lo que quedaba de un cuerpo.

—Di algo de una puta vez —estalló Eva.

—Uniforme gris con galones en las hombreras —contestó por fin.

—El teniente Magalo —intervino Escolano. Eva soltó el aire de los pulmones.

El comandante continuó describiendo círculos hasta que a la altura de la plaza del Niño Jesús, empotrado contra una de las entradas al parque, descubrieron el helicóptero. Estaba partido en dos y la cola ensartada en las verjas. La cabina estaba volcada y deformada como un gurrño de papel. Descendió todo lo que pudo y dio varias vueltas alrededor del aparato accidentado, pero no consiguieron ver nada. Finalmente se quedó suspendido justo sobre la vertical.

—Habrá que bajar a echar un vistazo —dijo finalmente.

—¿Vas a aterrizar aquí? ¿Has visto cómo se está poniendo esto de domingueros? —espetó Julián señalando a los cientos de infectados que acudían al rumor de los motores.

—No digo aterrizar —replicó Escolano—, alguien puede mirar colgado de una eslinga.

A Julián le vino a la cabeza su huida por los aires del castillo de Manzanares montado junto a Lucas en Rosita, la vaca de Luna, y sonrió.

—Entendido, ya voy —dijo, y se levantó del asiento quitándose los auriculares.

Eva le sujetó del brazo.

—Yo iré.

—¿Estás segura? Quizá no sea agradable lo que veas.

—Estoy segura.

—Toma esto —dijo Escolano ofreciéndole una linterna y un pequeño walkie—. Tú ve indicándome.

Eva cogió la radio y se la colgó del cinturón sin decir nada. Se dirigió a la zona de carga y buscó la cincha. No tardó en confeccionar una sujeción tipo arnés como el que usaba en escalada; abrió la puerta lateral y fijó el extremo al cabestrante que la bajaría. Cuando estuvo satisfecha levantó el brazo con el puño cerrado y el pulgar extendido y salió del aparato quedando suspendida.

Enseguida percibió un fuerte olor a combustible y un sutil aroma a putrefacción y muerte.

—Puedes bajarme —dijo por el walkie, intentado controlar el temblor de su voz.

Escolano estabilizó la mole y comenzó a descender a Eva sobre la vertical.

—Un poco más a la izquierda.

—¿Qué izquierda, la tuya o la mía? —replicó Escolano.

—Perdón —dijo Eva y buscó el sol—. Un par de metros noroeste.

Escolano con sumo cuidado desplazó el Chinook.

—¿Así?

—Perfecto, ahora dame más cable.

Sus botas tocaron por fin el metal. Mandó a Escolano que detuviera el cabestrante cuando fue capaz de quedarse en cuclillas sobre el lateral del aparato y vio que el cable bajaba hasta formar una curva junto a ella. Gateó hasta la puerta abierta y se asomó. Olía como lo haría el lunes una carnicería que hubiera tenido un corte de luz

durante el fin de semana. El sol se estaba poniendo y el interior del aparato estaba muy oscuro. Desde su posición distinguió volúmenes, pero no podía ver bien. Se aseguró de no percibir movimientos sospechosos y se descolgó al interior. Pisó cristales y se sobresaltó. El corazón estaba a punto de estallarle. Encendió la linterna.

El interior era un caos. Hierros retorcidos, asientos caídos, cables colgando. Caminó por la zona de carga hasta que distinguió algo en el suelo. Creía que estaba preparada para encontrar el cadáver de Carlos, pero se equivocaba. El haz de luz tembló sobre lo que quedaba de un cuerpo devorado hasta los huesos, ¿o eran dos cuerpos?, pensó. Reconoció el uniforme y los correajes manchados de sangre seca. Buscó las botas, de lo poco que aquellas bestias no se comían. Eran dos cuerpos. En la cabina encontró más despojos humanos.

Un grupo nutrido de infectados rodeó el helicóptero en busca del olor a carne fresca. Eva no podía verles, pero ya sus manos engarfiadas tocaban el metal exterior.

Julián no pudo esperar más y cogió la radio.

—¿Ves algo?

La voz de Julián resonó en el interior del helicóptero accidentado, por encima del estruendo de los rotores, llegando hasta los oídos de Eva y de los infectados que se revolviéron como atravesados por una corriente eléctrica.

Eva tardó en contestar. Aún recorrió una vez más con su linterna los restos devorados de los cuerpos antes de hacerlo.

—Cuatro cuerpos. Todos con botas militares —hizo una pausa—. Aquí no está Carlos —añadió elevando la voz sin poder contener la emoción.

—¡Te lo dije, joder! ¡Te lo dije! ¡Ese cabrón está vivo! —exclamó Julián.

Iba a contestar cuando percibió movimiento a su espalda. Se giró y, a contraluz, vio varios brazos asomando por el agujero de la parte trasera, el que había dejado la cola al romperse.

—¡Subidme! ¡Rápido!

Escolano activó el cabestrante y el cable comenzó a recogerse lentamente. Eva se apresuró en colocarse justo debajo de la puerta.

—¡Arriba, arriba! ¡Los tengo encima! —gritó mientras veía cómo, tras los brazos, aparecían infectados que se atropellaban ansiosos por entrar.

Se agarró con una mano al cable y con la otra desfundó su pistola. Disparó varias veces, acabando con los primeros. Detrás venían más y más. Por fin notó tensarse el cable y sus pies se despegaron del suelo, aunque no todo lo rápido que hubiera querido. Siguió disparando hasta que se quedó sin ángulo. Enfundó el arma y se encogió para evitar que le agarraran las piernas. Comenzaba a salir del aparato cuando notó varias manos en sus tobillos. Pataleó sin lograr deshacerse de todas. Aferrado a su pie izquierdo ascendía un infectado. La presión de aquella garra de acero era muy fuerte y la sentía a través del cuero de su bota militar. La muerte cuelga de mí, pensó.

—¿Estás bien? —preguntó Julián por el walkie.

—Sí, pero no subo sola.

Julián esperó junto a Luna a que Eva apareciera en la puerta, luego se asomaron al tiempo y le metieron al monstruo dos balas en el cerebro.

Se derrumbó en el asiento y boqueó buscando aire para sus pulmones. Temblaba. Luna se abrazó a ella y trató de calmarla.

—Tranquila, tranquila. Ya estás a salvo.

—Hay que seguir buscando, por favor, decidle a Escolano que siga buscando —musitó.

Julián se agachó y cogió su mano.

—Vamos a encontrarlo.

El sol desapareció y la oscuridad se impuso definitivamente. El helicóptero tomó altura y durante más de un cuarto de hora sobrevoló la zona con todas las luces encendidas.

—Si estuviera cerca ya nos habría visto —dijo Escolano mirando el indicador de combustible.

No se dirigió a nadie en concreto, pero Eva sabía que se lo decía a ella. No contestó, no podía. Escudriñaba la noche en busca de una luz en una ventana, un destello en una terraza, una señal que no aparecía.

—El comandante tiene razón. No está por aquí —dijo Julián.

—¿Y dónde puede estar? —preguntó Eva con el llanto asomando a su garganta.

—Pensemos un poco, ¿qué harías tú si fueses Carlos? —intervino Luna.

—Intentar comunicar con la fragata o con la isla —respondió Julián como un resorte.

—¿Y dónde hay una radio capaz de hacerlo? —continuó preguntando Luna, pidiendo unas respuestas que ella ya tenía.

—¡Claro, eso es! —exclamó Eva—. Comandante, vamos cagando leches al búnker de La Moncloa.

—A la orden —dijo Escolano, y conectó la radio para darle al capitán Abreu novedades e informarle de su próximo destino.

A varios metros bajo El Retiro, Hunter se encontraba cazando y oyó los disparos. Sonaron cerca, por eso decidió asomarse. Se disponía a ascender por los peldaños de metal cuando una gran rata pasó entre sus pies. La siguió lanzándole golpes con una barra de hierro como lo haría un golfista, hasta que uno de ellos impactó de lleno en su cuerpo proyectándola contra la pared. Una mancha de sangre se dibujó en el húmedo hormigón y la rata cayó al suelo con el cráneo destrozado.

—¡Yuuuujuuu! —gritó de alegría.

Tomó una de las cuerdas que colgaban de su cinturón y la ató por el cuello. Entonces recordó los disparos. Volvió sobre sus pasos, ascendió por el pozo vertical, empujó la tapa de la alcantarilla y se asomó a la calle. Era de noche y la luz del

helicóptero que volaba en círculos llamaba la atención tanto como... Como una barraca de feria, pensó. Tenía ya el mechero en la mano para hacerle señales cuando se detuvo. Un recuerdo le vino a la cabeza: la última vez que estuvo con su mujer y sus hijos en un parque de atracciones. Imágenes sueltas llenaron su mente, momentos felices repletos de risas y música de feria; incluso sintió el sabor del algodón de azúcar en su boca y el olor de los seres queridos.

De pronto las luces del helicóptero reventaron en sus ojos al atravesar las lágrimas.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó intentando sacudirse de la cabeza esos recuerdos que tanto le dolían.

Lentamente bajó de nuevo a la oscuridad y buscó un rincón donde poder acurrucarse. Entonces oyó un tintineo que reconoció perfectamente, el ruido que hacían las patitas de las ratas sobre el cemento. Levantó la cabeza y escuchó atentamente. Venía de su izquierda, estaba a menos de tres metros y parecía grande. Se abrió como una flor y se preparó. Esperó hasta sentir las pisadas justo enfrente y descargó un tremendo golpe a ciegas, de arriba a abajo. Un chillido escalofriante resonó en el túnel.

—¡Soy el mejor! ¡Soy el mejor!

Olvidó las imágenes de su familia como mecanismo de defensa y con ellas al helicóptero. Hunter se había instalado en la locura como una forma cobarde de sobrellevar la tragedia, y en ese mundo que se había creado no había lugar para el pasado.

Colgó la rata machacada junto a la otra y caminó de vuelta, emocionado, deseando enseñárselas a su amigo Plano Secuencia y a ese desconocido.

19. TÚNELES

Estaba intentando elaborar un plan cuando apareció Hunter por la puerta con el brazo extendido y dos enormes ratas colgando de su mano, una de ellas con las tripas fuera. Le iba bien el apodo, parecía que siempre estaba de caza.

—La cena —dijo, y se dirigió a su rincón a despellejarlas.

Plano Secuencia me había hecho una cura, cambiándome los vendajes de la cabeza y de la pierna, y me sentía mucho mejor. Me vestí, cogí la espada, la pistola y la pequeña mochila, y me senté junto al fuego con los planos de la misión.

—Por la superficie es imposible.

—Estoy de acuerdo —dijo Plano Secuencia.

—¿Dices que él podría guiarnos por los túneles?

—Seguro, se los conoce como el dorso de su mano.

—Pero..., ¿es fiable?

—Si es posible hacerse, él lo hará.

—Bien, entonces mira este plano. Estamos aquí y tenemos que llegar hasta aquí. Si las alcantarillas son como las calles en superficie, este sería el recorrido más corto.

El muchacho tomó el plano y lo estudió. Recorrió con el dedo la línea que había trazado con rotulador y que bordeaba El Retiro, atravesaba la Castellana, subía por Princesa, dejaba a su izquierda el Parque del Oeste y tomaba la avenida de Puerta de Hierro hasta el Palacio de la Moncloa. Luego se volvió.

—Hunter, ven un momento.

—No puedo, ahora limpiando conejos —respondió sin siquiera girarse.

—Para él es sagrado —musitó Plano Secuencia. Se levantó y fue con el plano hasta el rincón donde Hunter preparaba la cena.

Estuvieron varios minutos cuchicheando, hablando alternativamente. Finalmente regresó.

—Déjame el rotulador —dijo.

Escribió sobre el plano y luego me lo mostró.

—La línea de puntos es la ruta alternativa.

—¿Y por qué?

—Según Hunter los colectores cercanos al Banco de España no se pueden atravesar, están cerrados por rejas, y cerca de Princesa existe un depósito de retención de agua que ha reventado y está todo inundado.

—Ya. ¿Y dice que por este otro camino podremos llegar?

—Sí, pero no hasta el palacio mismo. También los colectores de todo el perímetro están cerrados con verjas.

—Habría que salir a la superficie.

—Exacto —respondió.

—Joder, eso podría ser muy peligroso. ¿Cuánto tardaríamos en llegar?

—Espera —dijo y volvió junto a Hunter.

Esta vez tuve que esperar menos, en unos segundos estuvo de vuelta con la respuesta.

—Dice que si no nos encontramos con «*fantasmas*», como él llama a los infectados, podemos llegar en tres o cuatro horas.

—Creí que no había infectados aquí abajo.

—Los hay, pero están casi ciegos y no pueden olerlos. Cuando encontramos alguno preferimos evitarlo e irnos por otro lado.

—Bien, entonces recoge tus cosas, nos vamos —dije poniéndome en pie.

—Hunter se va a molestar mucho si no cenamos antes.

—Rata asada, claro.

—Por supuesto.

Sentados alrededor del fuego esperamos mientras se cocinaban, de nuevo ensartadas en espetones de alambre gruesa. Sin piel y limpias la verdad es que ya no daban tanta grima, y el olor era delicioso. También era cierto que llevaba mucho tiempo sin comer carne fresca; desde la última cabra montés que cazamos en Manzanares el Real no había vuelto a probarla, y mi organismo reclamaba proteínas a gritos.

—Son enormes.

—Hunter solo caza las mejores, ¿verdad? —le preguntó Plano Secuencia poniéndole una mano en el hombro.

—Sí, siempre las mejores —contestó mostrando una sonrisa de dientes ennegrecidos.

Cuando Hunter estimó que ya estaban hechas partió la más grande en dos y nos dio una mitad a cada uno. Él se cogió la otra. Estaba tan nervioso por salir que me comí mi parte de rata en un santiamén. Tuvimos que esperar a que él terminara. No dejó ni el rabo de la suya.

—Muy rica, Hunter, muy rica. Y ahora, ¿podemos irnos? —pregunté tímidamente.

Plano Secuencia me miró abriendo mucho los ojos, como diciendo «a ver si hay suerte» y volvió a palmear su espalda.

—Vamos, nuestro amigo tiene prisa por llegar.

—Está bien —respondió lacónico. Se levantó, fue a su rincón, cogió algunas cosas que metió en un macuto mugriento y, con su hierro afilado de cazar ratas en una mano, se quedó de pie junto a la puerta.

—Nos vamos —dijo Plano Secuencia.

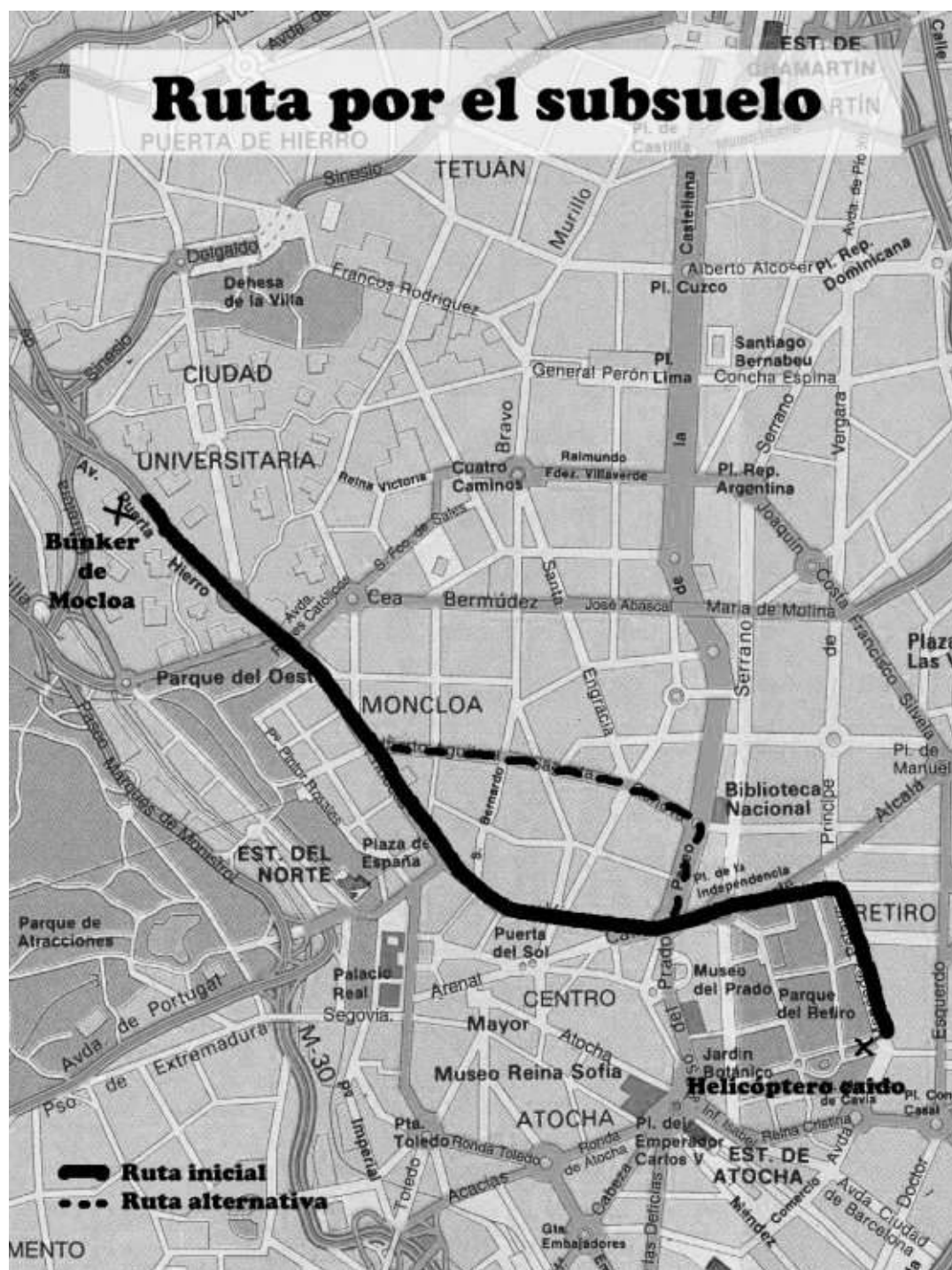
—Por fin.

La pierna herida se me había entumecido de estar tanto tiempo sentado y la notaba como de corcho.

—Ahora no amiga, ahora no me falles —dije entre dientes.

—¿Decías algo? —me preguntó el muchacho.

—Que ya estamos tardando.



Hunter iba unos metros por delante alumbrando con una palmatoria fabricada con una lata de sardinas, aceite de rata y una mecha de algodón trenzado. El muchacho y yo caminábamos detrás, juntos, siguiendo la referencia de la luz. Yo llevaba una linterna que encendía de vez en cuando para tener una idea de dónde estábamos. Los primeros cincuenta metros los tuvimos que hacer medio agachados, en fila india, por un estrecho corredor de paredes húmedas y con el agua pestilente hasta las rodillas.

—Estamos en un colector secundario —me explicó Plano Secuencia—, enseguida saldremos a uno principal. Hunter los llama *autopistas*.

—Por lo menos no hace frío.

—Más o menos 18° de media todo el año.

—¿Cómo sabes tanto del subsuelo?

—Hunter, entre silencio y silencio, a veces me cuenta cosas —contestó.

—Ya veo.

—Por ejemplo, ¿sabías que hay más de cuatro mil kilómetros de alcantarillas en Madrid? Como de aquí a Moscú.

—Joder, espero no tener que recorrerlas todas.

—Entre las galerías subterráneas del metro, los túneles ferroviarios y para coches, las conducciones de agua y gas, y las galerías de servicio por donde van las líneas de teléfono y electricidad, Madrid se asienta sobre un queso *gruyere*.

—Ese Hunter, ¿antes era pocero o qué?

—Ni idea, nunca habla de su pasado. Ya llegamos a la *autopista*, mira.

En la pared había un cartel que ponía: «Av. de Menéndez Pelayo». El muchacho tenía razón, las *autopistas* eran otra cosa. Salimos a un túnel amplio, de techo abovedado, de unos cuatro metros de ancho por dos de alto. En el lateral había un escalón por donde podíamos caminar erguidos, sin mojarnos; un saliente elevado a modo de arcén, de un metro de ancho más o menos. Allí el olor era menos intenso, el río de agua que cubría el centro tenía cierto movimiento. Por el techo discurrían tuberías de varios grosores que goteaban sin parar.

—¿A qué profundidad estamos?

—No estoy seguro, quizá a quince o veinte metros.

Aunque hablábamos bajito nuestras voces resonaban contra las paredes ayudadas por la influencia del agua, muy buena para la acústica.

—Dime una cosa muchacho, ¿pensabas quedarte aquí abajo con Hunter para siempre? Quiero decir, ¿no pensabas intentar algo para buscar a otros supervivientes?

—Llegué a creer que no quedaba nadie más en el mundo que ese viejo loco, y que era mejor él que nada.

Tenía razón, yo también pasé lo mío encerrado en mi ático, creyéndome el único superviviente de la tierra. La soledad es terrible.

Seguimos la luz de Hunter en silencio durante un buen rato. Pensé que mi pregunta había molestado en cierto modo al muchacho y quise ponerle remedio.

—Un tipo queda con una chica, es su primera cita. Bueno, no la primera, han desayunado juntos, pero digamos que esta empieza a ser importante, el posible comienzo para una relación, ¿me sigues?

—No estoy muy seguro —respondió.

—Continúo. El tipo la lleva al cine y cuando llegan a la puerta ella comprueba que es un cine porno, muestra extrañeza y se lo hace saber. Él dice que no, que es un cine normal al que va todo el mundo y que él frecuenta a menudo. Ella no está muy segura, pero accede a entrar. Se sientan y la película comienza. ¿Te va sonando la cosa?

—Es posible. Sigue.

—La película empieza, como te digo, y efectivamente el contenido es porno: cuerpos retozando en la cama, orgías en grupo, bueno, ya sabes. Ella, molesta, se levanta de la butaca y se va. El tipo la sigue hasta la calle y pregunta extrañado qué le pasa, ¿imaginas?, no simula; realmente no sabe qué le pasa, por qué se ha levantado.

—Entiendo, está algo chalado —contestó Plano Secuencia.

—Como una regadera. Y ahora va la pregunta: ¿A qué película pertenece semejante escena?

—Al principio estaba un poco descolocado, pero ahora lo tengo claro. *Taxi Driver*, dirigida por *Martin Scorsese* en 1976 y protagonizada por *Robert De Niro*. La chica creo que era *Cybill Shepherd*. ¡Ah!, y salía una jovencísima *Jodie Foster* haciendo de prostituta. ¿He acertado?

—Sí, listillo.

Plano Secuencia estuvo en silencio un buen rato. Tiempo que aproveché para prepararle un nuevo reto. No me dejó hacerlo.

—Carlos, si conseguimos llegar al búnker...

—Llegaremos, no te quepa ninguna duda.

—Vale, cuando lleguemos y avises por radio, ¿crees que vendrán a buscarnos?

No quise mentir al chaval ni tampoco dejarle totalmente chafado, por eso le di una de cal y otra de arena.

—Quizá no inmediatamente, tal vez tengamos que esperar un tiempo, pero seguro que allí estaremos mucho mejor que aquí abajo.

—Bien, pero si nadie viene a por nosotros...

Me paré en seco y apoyé una mano en su hombro.

—Ya salí de Madrid una vez. Si nadie viene a rescatarnos nos iremos nosotros. Buscaremos la manera de volver a la isla, tienes mi palabra.

—Vale.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Cuando lleguemos a la isla te tengo que presentar a una jovencita que te va a encantar.

—Eso está bien. ¿Sabe de cine?

—Sabe de todo. Pero ojo con ella, tiene un revólver igual que un cañón y una puntería acojonante.

—¿Es como una heroína de película?

—Algo así.

—Me gusta.

En ese momento me vino a la mente Eva, otra heroína de película. Estuve tentado de hablarle de ella, pero no lo hice. Aún me dolía su recuerdo.

—¿Quieres intentarlo tú?

—¿Cómo dices? —pregunté.

—Adivinar *pelis*. Te pondré una facilona.

—Venga, dale.

—Bien, allá va. Interior día. Nos encontramos en un edificio, en una gran sala. A través del amplio ventanal se ve un cielo anaranjado.

—¿Está anocheciendo?

—Es posible. El protagonista debe hacer algunas preguntas a una chica. No son preguntas normales, es un test. Para ello coloca una máquina sobre la mesa que estudia las reacciones de sus pupilas. La chica entra en la sala, camina rápido, haciendo resonar sus tacones en el suelo. Se sienta y enciende un cigarrillo.

—Ya lo sé —contesté como un rayo—. *Blade Runner*. Del año... mil novecientos ochenta u ochenta y cinco. Dirigida por *Ridley Scott*. *Harrison Ford* es un policía «*caza-replicantes*» y *Sean Young* la replicante de la que se enamora.

—Muy bien, aunque el año exacto es 1982.

—Uff, *Sean Young* está guapísima. Y cómo enciende su cigarro... Sin duda da las caladas más sensuales de la historia del cine.

Pasamos junto a una abertura circular en la pared, cerca del suelo, que vertía agua. A través de los muros de hormigón se escuchaba el rumor de la corriente. Llevaba los pies y los pantalones empapados, pero aún así evité mojarme. El olor era mucho menor en el colector principal que en el secundario y, a medida que avanzábamos, este disminuyó hasta convertirse en soportable.

—Ya no huele tan mal.

—El agua está circulando, está lloviendo arriba —contestó el muchacho.

—¿Y eso puede ser un problema?

—Ya veremos.

Andaba buscando una película con la que desempatar en nuestro particular juego, cuando la luz de Hunter se detuvo.

—Llegamos a un entronque de colectores —dijo Plano Secuencia.

Encendí la linterna y recorrí el espacio con su luz. A mí me pareció una encrucijada. La sala era más alta, unos tres metros, y también abovedada. En ella confluían varios túneles, cuatro en concreto. Saltamos a un andén medianero y caminamos hasta el centro. El agua circulaba abundante y el ruido era ensordecedor. Debía de estar cayendo una tormenta tremenda allí arriba.

—¿Ves los carteles? —dijo el muchacho.

Los veía. Por la derecha se iba a la calle O'Donnell, de frente a Príncipe de Vergara, y si doblábamos a la izquierda saldríamos a la calle de Alcalá. Hunter reanudó la marcha sin decir palabra.

—Seguiremos por Alcalá hasta llegar a Cibeles y allí tomaremos Recoletos. Luego tendremos que callejear, se acabaron las autopistas.

—Bien —dije y eché a andar detrás de él para que no me viera cojear.

El efecto del último analgésico se me estaba pasando y los pinchazos de dolor de mi pierna herida eran cada vez más intensos. Cuando llegamos al entronque de

colectores de la plaza de Cibeles casi no podía doblar la rodilla.

—Alumbra con tu linterna a la izquierda.

Obedecí y descubrí un colector principal bloqueado por una gran reja.

—Lo ves, Alcalá está cerrada, iremos de frente.

—Bien —contesté al muchacho.

Hunter tomó el colector central, el que subía por el Paseo de Recoletos, y la raquílica luz de su candil danzó por las paredes de hormigón.

—¿Vas bien?

—Sí —mentí, iba como el culo.

—¿Otra *poli*?

—Dale —dije tratando de evitar que la voz reflejara mi lamentable estado.

—El tipo es *poli* y persigue a un pederasta hijo de un senador. Salva a una niña de sus garras, pero termina en la cárcel. Ella le escribe cartas todos los días durante los años que permanece en prisión, que son un montón. Cuando sale va a buscarla y la encuentra. Se lleva una gran sorpresa; ella ya no es una niña, es toda una mujer y está súperbuena. El *poli* ha tratado de mantenerla oculta del pederasta, pero en ese momento se da cuenta de que han sido descubiertos y huyen. ¿La conoces?

—De momento no, sigue.

—El pederasta es hijo de un hombre poderoso, un senador, como ya te he dicho, y cuando el *poli* finalmente lo mata, comprende que nunca estarán a salvo de la venganza de su padre; que la única manera que existe para que deje de perseguirles, es que él muera.

—¿El policía está enamorado de ella?

—Y ella de él.

—¿Él se pega un tiro?

—Eso es, ¿ya sabes cuál es?

—No, pero era predecible. ¿Es cine negro?

—Del más negro que te puedas imaginar.

—No sé, ¿me puedes dar alguna pista más?

Plano Secuencia estuvo pensando unos segundos y luego su voz volvió a resonar en el túnel.

—Hay una escena en la que el *poli* está con la chica y la situación es complicada, peligrosa, y la voz en *off* de él dice: «*Si tengo que tranquilizar a una chica de diecinueve años soy como un neurocirujano con párkinson con una llave inglesa*».

—Voz en *off*... —repetí creyendo tener una respuesta.

—Sí, la película está llena de ellas.

—Déjame pensar —dije y aceleré un poco el paso, cada vez escuchaba su voz más lejana.

Andaba repasando todas las películas de cine negro que había visto, cuando la luz de Hunter volvió a detenerse. Al llegar hasta ella ya Plano Secuencia esperaba junto a la entrada de un colector secundario, estrecho y de techo bajo. Yo me rehice e intenté

aparentar que estaba bien, pero no coló.

—Vamos a echar un vistazo. Hunter quiere comprobar que no haya derrumbes ni *fantasmas*. Tú espéranos, volveremos en un rato.

—Me encuentro bien.

—Ya te veo. Mira, puedes descansar aquí —dijo indicándome un escalón cerca de la entrada.

—Vale —respondí entregado a la evidencia—, pero no tardéis.

No contestaron y desaparecieron en el túnel. Con esfuerzo logré sentarme y estirar la pierna hasta encontrar una posición relativamente cómoda. Apoyé la espalda en la pared y cerré los ojos; aunque igual hubiera dado que los mantuviera abiertos, la oscuridad era absoluta. Busqué a tientas en la mochila, saqué el paquete de tabaco y me encendí un cigarrillo. El gorgoteo del agua disminuyó hasta terminar siendo un suave rumor, parecía que en la superficie estaba escampando. Apuré la colilla y la arrojé lejos. Los minutos pasaban sin noticias de mis compañeros. Me asomé al túnel sin levantarme para ver si distinguía la luz del candil, pero no vi nada.

Entonces escuché algo.

Me tensé y agucé el oído. Eran pisadas muy débiles que parecían provenir del colector principal en el que estaba. Con mucho esfuerzo me levanté y saqué la pistola. Lo pensé mejor, la volví a enfundar y desenvainé la Bastarda; un tiro sonaría como un cañonazo y atraería a cualquier comilón que anduviera cerca. Con la espada agarrada con ambas manos permanecí en guardia. Las pisadas se acercaban pero era incapaz de distinguir de qué dirección; el sonido resonaba en las paredes y el agua enmascaraba su procedencia. No tendría más remedio que encender la linterna. Solté la mano izquierda de la empuñadura y la llevé al bolsillo lateral del pantalón tratando de no hacer ruido y delatar mi posición. Con la mano derecha, mientras tanto, describía semicírculos con la espada buscando al oponente. Me llevé la pequeña linterna LED a la boca y la encendí. Antes de que la luz revelara mi entorno, ambas manos ya estaban de nuevo en la empuñadura, dispuestas a descargar un golpe mortal. Primero enfoqué a mi derecha, el camino por el que habíamos venido, luego a mi izquierda, y allí fue donde la vi. A unos diez metros, una sombra apareció y desapareció de inmediato.

¿Lo había imaginado o era real?

Los comilones no se esconden, ¿o sí? Eché a andar en su dirección, atento a cualquier ruido, con el corazón a mil. La linterna descubrió una puerta metálica entreabierta en la que había un cartel triangular amarillo atravesado por un rayo negro, parecía un cuarto de servicio. Dudé. Era una estupidez entrar, mejor sería cerrar y esperar a que volvieran mis compañeros, pero no hice eso. En su lugar empujé la puerta y asomé la cabeza. La luz iluminó un estrecho corredor alicatado en blanco y con el suelo cubierto de papeles. Agucé el oído. Percibí un leve rumor. Algo había allí dentro. El haz de la linterna se perdía en la distancia, el corredor parecía profundo. Terminé de pasar. Envainé la Bastarda y saqué la pistola, el espacio era

demasiado estrecho para poder manejar la espada con garantías. Avancé despacio, tratando de no hacer ruido, respirando bocanadas cortas y silenciosas. El pasillo doblaba noventa grados a la derecha. El rumor fue en aumento. Salí a una pequeña habitación en la que había una mesa con un teléfono, una estantería con un montón de cachivaches y un panel en la pared repleto de notas. Me acerqué y leí. Eran solicitudes de reparaciones varias, cambio de fluorescentes, grifos, arreglo de goteras..., todas con fecha de antes del *apocalipsis*, por supuesto. Justo a la derecha de la mesa había una puerta de aluminio mate, el rumor venía de detrás de ella. Me acerqué despacio, con ambas manos en la pistola y la linterna entre ellas. Entonces el pomo se movió y la puerta comenzó a abrirse, lentamente. Amartillé el arma y me preparé. La puerta se abrió definitivamente y apareció una figura pequeña de grandes ojos. Bajé el ángulo de tiro, me disponía a volarle la cabeza cuando detrás de ella surgieron más figuras de semejante tamaño, dos, tres cuatro, cinco... Hasta donde alcanzaba la luz veía diminutas cabezas. Retrocedí hasta que choqué con la pared. Acariciaba el gatillo cuando una voz desde el interior me detuvo.

—¡No dispare! ¡No dispare!

Haciéndose sitio, en el umbral, apareció una mujer.

—Son solo niños —dijo interponiendo una mano entre sus ojos y la luz para poder verme mejor.

Bajé el arma y desvié un poco el haz de la linterna. Aunque bastante sucia y desarrapada, aún se identificaban sus ropas. No cabía ninguna duda, aquella mujer era una monja.

TERCERA PARTE

20. QUIJOTES

Tagana y los nueve hombres que había elegido entre los mejores se encontraban en la cubierta del carguero. Vestían ropa civil que habían conseguido de los antiguos tripulantes y bajo ella, ocultas en macutos y en bolsas, llevaban armas ligeras, cuchillos, pistolas, AK-47 e incluso alguna granada. A su lado se encontraba Machete, vestido de oficial. Fumaba un largo puro con la mirada perdida en la inmensidad de la noche. Un soldado llegó corriendo hasta el grupo y se cuadró como un resorte.

—Señor, el capitán dice que estamos a menos de dos millas de la fragata, estas son las coordenadas.

—Bien, ¿trae lo que le pedí? —preguntó Tagana.

—Sí, señor —contestó el soldado—, aquí lo tiene.

Tagana miró el papel que le entregaba el soldado, memorizó los números y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Luego sacó un GPS y comprobó que funcionara correctamente.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Créeme, Ogutu, he leído bastante sobre los españoles estos días. Son feroces guerreros, pero hombres ingenuos y confiados. Es más fácil engañarlos que retarles en combate. Ha sido una suerte que la fragata estuviera lejos de su isla. La tomaremos haciéndonos pasar por náufragos y esperaremos a que vuelva el helicóptero, así no dejaremos ningún cabo suelto. Tú continuarás hasta Menorca, cuando quieran darse cuenta estaréis dentro de la fortaleza. Sin el apoyo de la fragata caerá fácilmente.

—Dicho así parece sencillo.

—Machete, a veces las oportunidades se nos presentan como una puta con las bragas en la mano y hay que saber aprovecharlas.

—Si tú lo dices...

—Cuando desembarquemos pon rumbo a toda máquina y espera a que sea yo quien comunique contigo.

—Creo que el capitán no se ha tragado ni una palabra. ¿Qué vas a la fragata, invitado por el capitán español mientras el resto nos dirigimos a Menorca? Vamos, Tagana...

—Eso no importa, es listo y sabe que le irá mejor si no hace preguntas. Tú, vigílalo, le necesitamos vivo... de momento. Arriad el bote —ordenó finalmente a sus hombres.

El operador de radar de la fragata había detectado hacía tiempo la presencia de un gran barco que se aproximaba. Trató de contactar con él, pero no obtuvo respuesta.

Determinó que se trataba de algún buque a la deriva como tantos otros y se mantuvo atento a su trayectoria. Al comprobar que se alejaba dejó de prestarle atención. Estaba a punto de cambiar de turno cuando una nueva señal se activó en el radar. Parecía una pequeña embarcación. Se desplazaba a tres nudos y medio e iba directo a ellos. El soldado pulsó el interfono con dedo tembloroso y comunicó con el puente de mando.

Tagana vio recortarse la silueta del barco de guerra contra un cielo de luna llena repleto de nubes de agua. De pronto un potente foco de luz barrió la superficie del oscuro mar cuyas tranquilas aguas comenzaban a rizarse por una brisa que presagiaba tormenta. A trescientos metros de la fragata el bote salvavidas quedó iluminado y sus ocupantes comenzaron a dar gritos y a agitar los brazos, tal y como habían acordado.

—Recordad, no hagáis nada hasta que yo os lo diga.

Y no diría nada hasta que tuviera al capitán español en el punto de mira de su arma y el puente de mando de la fragata bajo control.

21. LÁGRIMAS CONGELADAS

Unos tímidos copos caían cuando llegaron al Palacio de la Moncloa. La nieve sustituyó al tremendo chaparrón; y el cielo antes cubierto de nubes de tormenta, se fue aclarando. La temperatura exterior bajó rápidamente congelando el suelo mojado y permitiendo que la nieve cuajara trasformando el paisaje.

Escolano encendió el potente foco exterior y sobrevoló el perímetro a baja altura para asegurarse de que las vallas continuaran intactas, manteniendo seguro el interior. Luego buscó el helipuerto.

—Allí está —dijo Julián señalando a su derecha.

—Da una vuelta antes de aterrizar, veamos cuántos *bichos* tenemos dentro —intervino Eva.

Bajo la luz azulada del foco aparecieron los edificios abandonados y los jardines descuidados, y pudieron contar una docena de infectados.

—Aterriza y formación de combate. Luna y yo por la derecha, Julián y tú por la izquierda. Cualquier problema volvemos al helicóptero.

—¿Usamos las M60? —comentó Escolano haciendo referencia a las ametralladoras de los costados del helicóptero.

—No las creo necesarias, además harían demasiado ruido —contestó Eva.

—Bien, pues allá vamos —sentenció y viró para colocarse en la vertical del helipuerto.

Nadie había limpiado en más de un año y la superficie cuadrada de hormigón, con una H pintada en el centro, apenas se distinguía bajo un manto de hojas secas y tierra. El comandante equilibró el aparato. El aire levantado por las potentes aspas barrió la superficie y creó un torbellino de elementos en suspensión que dificultaba la visión. Nada más posarse, los cuatro bajaron a tierra y tomaron posiciones. Con las linternas acopladas a sus armas escudriñaron las sombras en busca de sus enemigos. Los motores continuaron encendidos al ralentí y bajo la cobertura de las aspas era imposible oír nada.

Las luces del aparato eran un reclamo en mitad de la noche, el punto al que pronto los infectados se dirigieron. Aparecieron entre los árboles como espectros macilentos bajo la luz azulada; con el cabello pútrido agitado por el viento, caminaban en busca de carne fresca.

Eva disparó primero. Descargó una ráfaga corta que destrozó el cráneo del que iba más adelantado, un infectado con traje o lo que quedaba de él. Julián agotó los cartuchos de su Franchi liquidando a dos que venían por su lado; mientras recargaba, Escolano, certero, acabó con tres más con el selector del subfusil tiro a tiro. Julián levantó el pulgar cuando estuvo listo y sus cartuchos del doce cargados con postas volaron la cabeza a dos más. Por el otro lado Eva continuaba metódica. Apuntaba

bien y soltaba una ráfaga de tres o cuatro tiros de los que al menos uno impactaba en su objetivo. Luna la cubría con la Smith and Wesson entre las manos. Solo intervino al final, cuando Eva tuvo que recargar y un infectado que cojeaba se acercó demasiado; entonces relajó los hombros, contuvo el aire en sus pulmones y apretó el gatillo con suavidad. La bala de su .38 especial fue la última en dispararse y también la última en atravesar un cráneo.

Durante unos minutos mantuvieron la posición como acostumbraban a hacer mientras esperaban al «tardón». Doce cuerpos caídos rodeaban el aparato. No hubo más. Escolano subió al helicóptero, apagó los motores y cogió la bolsa con explosivos. El silencio, poco a poco, lo fue cubriendo todo.

—¿Por dónde se entra al búnker? —preguntó Julián.

Escolano sacó un plano del bolsillo del pantalón y lo estudió bajo la luz de la linterna. Eva permanecía atenta, escudriñaba los árboles y los matorrales, no buscaba infectados, esperaba ver aparecer a Carlos.

—Vamos —dijo Luna tirando de su brazo—. Si estuviera aquí ya habría salido.

Recorrieron los doscientos metros, que les separaban del edificio de oficinas donde se encontraba la entrada, sin dejar de mirar a todos lados; atentos a cualquier ruido, esperando que apareciera un infectado en cualquier momento. No fue así. Llegaron sin contratiempo. La puerta era de sólidos barrotes de hierro y estaba cerrada.

—¿La volamos? —preguntó Julián.

—Espera, quizá con esto sea suficiente —contestó Escolano sacando una palanca de la bolsa.

Seguía bajando la temperatura. La nevada se intensificó y un viento cada vez más fuerte producía un ruido inquietante al atravesar los árboles. El grupo permanecía intranquilo a la puerta del edificio. A pesar de saberse relativamente seguros en el interior del recinto no dejaban de pensar que se encontraban en Madrid, una ciudad con varios millones de infectados.

—¿Abres o no? —insistió nervioso Julián.

—No es tan fácil —contestó Escolano con la voz agitada por el esfuerzo.

—Pues aparta, que la reviento de un par de tiros —espetó Julián accionando la corredera de la escopeta para cargarla.

—No hará falta, yo tengo la llave.

La voz venía de detrás de ellos y les dejó helados. Se giraron al tiempo con las armas dispuestas. Dos linternas alumbraron a un muchacho paliducho, de largos rizos pelirrojos, que tiritaba igual que un montón de gelatina.

—Soy Samuel Santos y ustedes son el equipo de rescate que viene a buscarme, supongo.

Ya en el interior del búnker, en la planta 0, Samuel les explicó cómo había sido sorprendido en el exterior por unos infectados y lo poco que faltó para que acabaran

con él. Temblando de frío y bebiendo agua a borbotones, les relató que apenas tuvo tiempo de trepar a un árbol; y que allí había estado las últimas veinticuatro horas, sin abrigo ni alimentos, y escuchando los gruñidos de los infectados bajo él.

—¿No ibas armado? —preguntó Luna.

—Sí, pero perdí la pistola al subir al árbol.

—Qué mala suerte —concluyó Luna mirando a Eva con un gesto que decía, «este no mataría a una mosca».

Julián caminaba observándolo todo atentamente, sin dar crédito a lo que veía.

—Menudo tinglado tenían aquí montado. En esto gastaban nuestro dinero y total para nada —espetó mientras simulaba un baile en mitad del plató de televisión.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos? —preguntó Samuel frotándose las manos para entrar en calor.

Julián saltó del plató y se dirigió a Samuel. El muchacho se encogió asustado.

—No tan rápido *chavalín*. No hemos venido solo a por ti —dijo pellizcándole un moflete.

—De momento nos quedamos, vamos a esperar a un amigo —respondió Eva.

—¿Viene otro helicóptero?

—No. A quien esperamos... —Eva hizo una pausa—, llegará corriendo delante de un buen montón de infectados. Por eso debemos de estar atentos. ¿Dónde están las cámaras exteriores?

Samuel se quedó con la boca abierta, se levantó y fue al ordenador central.

—Desde aquí se controla todo. Se pueden encender los focos exteriores, pero con las cámaras infrarrojas se ve bastante bien.

Luna y Eva se acercaron y escudriñaron la inmensa pantalla de la pared dividida en cuadrados que mostraba distintas zonas del exterior.

—Yo me quedaré vigilando —dijo Luna.

—Bien, nosotros mientras echaremos un vistazo por aquí. Seguro que hay algo que puede servirnos. ¿Tú —preguntó Eva a Samuel—, tienes el equipaje preparado?

—Sí. Allí, sobre la mesa.

Eva se acercó y se sorprendió por lo poco que había. Una mochila, una bolsa de viaje y dos maletas metálicas.

—¿Y esto? —preguntó golpeando una de las maletas.

—Míralo tú misma —dijo Samuel.

Los dos clic saltaron y Eva la abrió bajo la luz fluorescente.

—¡Joder! —exclamó cogiendo el arma como lo haría un egiptólogo con la máscara funeraria de Tutankamón—. ¿Es de verdad?

—Totalmente —contestó Samuel.

—Vas a enseñarme a manejar esta maravilla ahora mismo —sentenció Eva echándose el rifle de Gauss a la cara y apuntado indiscriminadamente.

—¿Qué es? —preguntó Julián.

Escolano se acercó y abrió la otra maleta sin ser capaz de articular palabra.

—Muchacho, esto es ciencia ficción.

Una vez que Samuel les enseñara a manejar el arma futurista, y después de que agujerearan las paredes con ella varias veces, Escolano se fue a cargar el helicóptero de gasolina y a informar al capitán Abreu. Eva y Julián por su parte pidieron a Samuel que hiciera de cicerone y les mostrara el búnker. No daban crédito a lo que veían, sobre todo cuando entraron en el hospital y comprobaron el equipamiento y la cantidad de medicamentos que allí había.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Julián.

No perdieron el tiempo y llenaron bolsas y bolsas que apilaron en carros con ruedas.

—Ahora vamos a la cocina —dijo Eva cuando se sintió satisfecha.

—¿Pero es que en Menorca no hay nada de esto? —preguntó Samuel extrañado.

—El mundo ha cambiado mucho *chavalín*, han cerrado muchas fábricas —contestó Julián volviendo a pellizcarle el moflete antes de salir por la puerta empujando un carro.

—¿Puedes decirle que deje de hacerme eso? —dijo molesto Samuel a Eva cuando se quedaron solos.

—Es su manera de ser, ya te acostumbrarás.

Después de varias idas y venidas todo lo que consideraron necesario estaba cargado en el helicóptero y Escolano tenía llenos los depósitos para el viaje de vuelta. La nieve había cuajado y más de cinco centímetros cubría ya todo el exterior.

—Voy a relevar a Luna con las cámaras —dijo Julián.

—Bien, yo me quedo un rato fuera, necesito respirar un poco de aire fresco —contestó Eva abrochándose la cazadora de piel.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó Escolano.

—No hace falta.

—Bueno, entonces voy dentro a echarme un poco a descansar.

El cielo lucía lechoso, transmitiendo una luz matizada que lo iluminaba todo como en una película de temática navideña. Eva caminó bajo la copiosa nevada por un paseo flanqueado de robles melojos agitados por el viento, respirando con dificultad el aire helado de la noche. Aprovechó la soledad para abrirse, para dejar salir toda la tensión que llevaba dentro, para ser sincera consigo misma en definitiva; y lloró amargamente, sin control, con lágrimas abundantes. Lloró como debe hacerse cuando el dolor es verdadero.

Así la descubrió Luna, agachada, encogida sobre sí misma, incapaz de mantenerse erguida.

—No crees que volvamos a ver a Carlos, ¿verdad?

Eva se sobresaltó con la voz de Luna e intentó componerse mientras se levantaba. Luego acarició la cara aún caliente de la pequeña y negó con la cabeza, incapaz de mentirle.

—¿Por qué? Él no estaba en el helicóptero —exclamó Luna con indignación, conteniendo el llanto.

—Vamos, paseemos un rato.

Abrazadas, sin decirse nada, caminaron pisando la nieve, con los ojos enturbiados por las lágrimas.

En el interior del búnker Escolano se preparaba para dormir un rato en un sofá, cerca del ordenador principal donde Julián observaba las cámaras exteriores sin perder detalle. Samuel paseaba nervioso de un lado a otro como un animal enjaulado, hasta que se decidió a hablar.

—¿Cuánto tiempo pensáis esperar aquí?

—Lo que haga falta —contestó Julián de mala manera, sin volverse.

—Vamos, esto es absurdo. Si ese tipo a quien esperáis ha logrado sobrevivir al accidente esas cosas se lo habrán comido ya. Nadie puede escapar de ellas allá fuera.

Julián saltó de la silla como un rayo y se fue directo a Samuel. El muchacho se quedó paralizado y dejó caer los brazos a los costados, entregado. Le agarró por la pechera de la camisa y le zarandeó como a un pelele.

—Cinco hombres han muerto ya por venir a buscarte, cacho cabrón, cinco. Espero que valgas la décima parte de la cagada de cualquiera de ellos, porque si no yo mismo te volveré a traer a Madrid y te soltaré en mitad de la Gran Vía.

Escolano se incorporó del sillón y se mantuvo alerta.

—Yo solo digo...

—Tú no dices una mierda más. Carlos está vivo, ¿lo oyes? Y vamos a esperarle aquí, sin movernos —espetó a un centímetro de su cara.

Escolano vio a Julián como nunca le había visto y decidió intervenir. Le sujetó suavemente del brazo y esperó hasta que soltó a Samuel.

—Vamos Julián, tranquilo. Y tú, vete a dormir un rato.

Samuel, con la cara colorada y la frente perlada de sudor por el miedo, obedeció y desapareció por el corredor camino de las habitaciones.

Escolano palmeó la espalda de Julián y, sin decirle nada, volvió al sillón. Julián permaneció de pie un rato, mirando al suelo, luego se dejó caer en la silla frente a las cámaras.

—¿Sabes, comandante? Lo más jodido es que ese *niñato* tiene razón.

22. SOR TERESA

Le pedí que saliéramos a la puerta para poder ver si volvían mis compañeros y ella accedió, aunque antes se tomó su tiempo en acostar a los niños, besar a todos uno a uno y desearles buenas noches. Cuando Hunter y el muchacho regresaron yo ya había tenido tiempo suficiente para que aquella monja me lo explicara todo: una aventura difícil de creer.

Se llamaba Teresa, sor Teresa, y pertenecía a las Hijas de la Caridad, una congregación de monjas misericordiosas dedicada al cuidado de los enfermos y de los pobres. Era la directora de un colegio modesto en el que se juntaban niños de familias humildes y de muchas nacionalidades. Cuando la infección estalló los chicos más mayores se largaron junto con otras monjas y el personal de servicio, y ella se quedó sola con los más pequeños; treinta y dos niños a los que nadie vino a buscar, y con edades comprendidas entre los tres y los nueve años.

Era un colegio a la antigua, con patio, edificio principal, altos muros y puerta de metal. Vamos, un pequeño fortín. Como también disponía de un comedor social para pobres, la despensa siempre estaba llena y pudo ocuparse durante meses de que a los niños no les faltara de nada. Sor Teresa además de monja era enfermera, y con una farmacia bien equipada no hubo herida ni catarro que se le resistiera.

Y así aguantó casi un año, esperando un rescate que nunca llegó. Cuando los infectados se volvieron más agresivos y aguzaron su olfato comenzaron a llegar en masa y a rodear el colegio. Al principio fueron unos cientos, luego miles. Sor Teresa reforzó la puerta acumulando muebles y sacos de arena que sacaba de un pequeño jardín, pero pronto se dio cuenta de que no sería suficiente, que era cuestión de días que la puerta cediera bajo la tremenda presión. Recordó entonces que bajo el colegio había un sótano que comunicaba con un antiguo refugio construido durante la guerra civil; un espacio diáfano, de gruesos muros, al que se accedía por una robusta puerta de metal. Trasladó allí ropa, colchones, alimentos y a todos los niños, por supuesto. Ella subía y bajaba constantemente, comprobando si la puerta aguantaba, implorando porque la ayuda llegara antes de que reventara. Una noche, mientras rezaba en la capilla del colegio, escuchó un tremendo crujido, se asomó a la ventana y vio cómo el portón de entrada cedía y cientos de infectados enloquecidos invadían el patio profiriendo alaridos monstruosos.

Durante casi un mes permaneció encerrada en aquel sótano, cuidando de los niños. Tuvo que colocar colchones contra la puerta de metal para ocultar los golpes, arañazos y gruñidos del otro lado. Una mañana descubrió una grieta en el marco de la puerta, el cemento viejo y húmedo estaba cediendo. Creyó que era el fin, que lo único que les separaba de esas bestias pronto caería y sus pequeños serían devorados. Fue por casualidad que bajo unas viejas tablas descubriera la tapa de una alcantarilla, una

salida. Ella sola anduvo por las estrechas galerías hasta que encontró un lugar seco. No se lo pensó dos veces y trasladó el campamento en unas horas.

Llevaban dos días en aquel cuarto de servicio cuando los encontré. La sombra que vi cuando esperaba a Hunter y a Plano Secuencia era de Chencho, el benjamín del grupo, un diablillo de apenas tres años inquieto y vital como un ratón. Si no hubiera sido porque se escapó y sor Teresa salió a buscarle, nunca los hubiera descubierto. Por eso ella, ahora, daba gracias a Dios.

—El Señor está con nosotros.

—Y con tu espíritu —dije zumbón. Ella se percató de mi ironía.

—¿No cree en Dios?

—No he sido llamado por el camino de la fe, hermana. Además, no se ofenda, si Dios existe tiene un extraño sentido del humor.

No le dejé contestar, en lugar de ello decidí ponerle al día. Le hablé de mí y de todo lo que había pasado, de todos los amigos que había visto morir, de lo que le había pasado al mundo mientras ella permanecía en el colegio, de los seis mil millones de monstruos que poblaban ahora la tierra.

—Dios a veces nos somete a pruebas muy duras que no somos capaces de entender.

—Ya, pues esta vez ha dejado a muy pocos concursantes para participar en ellas.

La respuesta que estaba a punto de darme se congeló en sus labios de creyente; una luz amarillenta apareció por la galería de la derecha, y tras ella Hunter y Plano Secuencia que venían detrás.

Después de la sorpresa inicial y de las presentaciones, les hice un resumen de las aventuras de la monja. Tuve que ayudarles a que cerraran la boca, el pasmo que sufrían amenazaba con dejarlas abiertas para siempre.

—Increíble, treinta y dos niños —dijo Plano Secuencia.

—Treinta y dos ángeles —puntualizó sor Teresa.

—Bueno, vayamos dentro y contadme lo que habéis visto —dije.

Al girarme la pierna me dio una punzada de dolor que casi hizo que se me saltaran las lágrimas.

—Tengo que mirarle esa pierna —se apresuró a decir la monja.

—Luego hermana, luego. Lo primero es lo primero.

Nos acomodamos en el cuarto del jefe de mantenimiento. Dejamos las bolsas sobre la mesa y me quité la espada para poder sentarme cómodamente contra la pared. Plano Secuencia y Hunter buscaron un rincón e hicieron lo mismo, sor Teresa encendió una lámpara de gas y permaneció de pie, recostada contra el quicio de la puerta tras la que dormían los niños.

—Estamos bajo la plaza de Cibeles —comenzó diciendo Plano Secuencia—. Hunter y yo hemos llegado a la plaza de Colón, hasta allí todo tranquilo, pero por Génova es imposible seguir, está llena de *fantasmas*. Hemos descubierto una ruta alternativa que nos llevaría a la plaza de Alonso Martínez. Sagasta parece despajada,

Carranza de momento también, más allá ya veremos.

—Bien entonces —contesté animado.

—Hay un problema. La ruta alternativa nos obliga a callejear por galerías de servicio y colectores secundarios. La mayoría están medio inundados, algunos tendremos que atravesarlos a nado.

Antes de que llegaran Plano Secuencia y Hunter tuve tiempo de contarle a la monja adónde íbamos, el plan que tenía para llegar al búnker de La Moncloa y avisar por radio a la isla para que vinieran a buscarnos. Vio el cielo abierto, nunca mejor dicho, y estuvo encantada de acompañarnos. Ahora se revolvía inquieta, sus ilusiones se desvanecían como los sueños por las mañanas.

—La mayoría de los niños no saben nadar —dijo finalmente.

—Hemos inspeccionado todos los accesos, esa zona inundada es la única ruta posible. Dice Hunter que separarnos más es entrar en zona inexplorada.

Se complicaba la cosa. Si el «*caza-ratas*» no se atrevía a ir más allá no había más que hablar.

—¿Cuántos comilones habéis visto en Génova? —pregunté finalmente mientras mi cabeza elaboraba un plan.

—¿Comilones?

—¡Joder! *Fantasmas*, como los llamáis vosotros. Perdona hermana —dije dirigiendo una mirada a sor Teresa que parecía absorta en sus pensamientos.

—No sé, seis o siete, quizá más.

—Ya.

Unos leves ronquidos anunciaron que Hunter ya no estaba con nosotros. En un rincón, con una cara de felicidad absoluta, dormía profundamente.

—Descansa un poco tú también —invité al muchacho—. En un par de horas nos iremos.

—Bien.

Se levantó el cuello de la chaqueta acolchada, cerró los ojos, y antes de que pudiera darme cuenta también nos había abandonado.

—Voy a ver si duermen los niños —dijo la monja y desapareció detrás de la puerta.

A los pocos minutos volvió. Se movía con sumo cuidado. Cogió una caja que había bajo la mesa (tipo las que se usan para guardar las herramientas), la lámpara y caminó hasta mí, procurando que sus raídos mocasines no hicieran ruido.

—Bueno, vamos a ver esas heridas —musitó poniéndose en cuclillas a mi lado.

Estaba fatal, mareado y con la pierna embotada. Abrió la caja. Estaba llena de material médico: vendas, cajas de medicinas, jeringuillas... Me dejé hacer.

—Lleva la enfermería a cuestras —dije mientras me quitaba la venda de la cabeza.

Lo hizo con delicadeza. Pero cuando separó la última vuelta la sangre seca y pegada me arrancó un espasmo de dolor.

—Lo siento.

—No es nada, siga.

—Vaya, se debió de dar un buen golpe.

—Veinte metros en caída libre dentro de un helicóptero, no digo más.

Limpió la herida y colocó un nuevo vendaje.

—Esto ya está, ahora veamos esa pierna. Quítese los pantalones.

—¿Está segura, hermana?

—He trabajado como enfermera muchos años y he visto más hombres desnudos de los que pueda imaginar. No creo que un par de piernas peludas me vayan a impresionar mucho.

—No son muy peludas —dije manteniendo el tono irónico. Ella meneó la cabeza y soltó el aire. Parecía no estar para bromas.

—Esto está bastante peor —confesó sin medias tintas—. Parece infectado y el cosido es una chapuza. Le va a doler.

—Proceda, hermana.

Primero desinfectó con yodo y luego, con unas tijeras, quitó los puntos que me había puesto Plano Secuencia con más voluntad que acierto. Sus movimientos eran rápidos y precisos, no bruscos; en ningún momento dudaba, sabía lo que hacía. Decidí apartar la vista de mi herida y la fijé en ella. Por primera vez la miré detenidamente. Era menuda y delgada, de piel oscura, cabellos castaños y labios gruesos. No veía sus ojos solo sus pestañas, largas y danzarinas. Tendría unos cuarenta años y, teniendo en cuenta que su ropa desarrapada y su falta de cuidados no habían eliminado del todo su atractivo, debía de tratarse de una mujer muy guapa.

—Ahora voy a drenar, si le duele mucho dígamelo.

En ese momento levantó la cabeza y pude ver bien su cara. Era angulosa y proporcionada, y poseía los ojos azules más intensos que jamás había visto.

—¿Me ha entendido?

—Sí, claro. Yo le digo, yo le digo.

No era guapa, era hermosa.

—Agrrrr —ahogué el grito mordiéndome la mano.

—Lo siento, pero tengo que sacar todo el pus.

No quise mirar, bastante tenía con mantenerme consciente. Se me hizo interminable. No me lo podía creer cuando por fin empezó a vendarme.

—Bueno, esto ya está.

—Ufff, ha sido más duro de lo que pensaba.

—Le he inyectado un antibiótico muy potente que espero frene la infección, y un analgésico para calmarle el dolor.

—Gracias, hermana.

—Ahora será mejor que duerma un poco.

—Después del accidente estuve un día durmiendo, ya he perdido demasiado tiempo.

—Yo tampoco tengo sueño —dijo mientras recogía las cosas en la caja y la

cerraba.

—¿Le importa que fume?

—Es un mal hábito.

—Tómelo como la última petición de un moribundo.

—En ese caso...

Saqué el paquete arrugado del bolsillo y me encendí un pitillo. Traté de disimular el mareo y las náuseas que sentía. La nicotina cumplió su cometido y me relajó. Por primera vez en todo el día empezaba a sentirme bien.

—Ve. Ya me encuentro mucho mejor.

—Es el calmante, le he puesto una dosis de caballo, ya me contará cuando se le pase.

—¡Oh! No tenía que haberme dicho eso. No se sorprenda si en algún momento empiezo a relinchar.

Bromeaba, y esta vez ella me siguió el juego porque sonrió. Volvió a colocar la caja bajo la mesa y regresó para sentarse a mi lado. Yo traté de que el humo no fuera en su dirección y coloqué el cigarro lejos de ella. Se agarró las rodillas y bajó la cabeza.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó de sopetón.

No contesté, di la última calada al cigarro y luego lo apagué en el suelo, retorciendo la colilla hasta casi desintegrarla.

—Los niños no saben nadar.

—Son muchos infectados, si fueran dos o tres...

—Vayan ustedes, nosotros nos quedaremos. Ya vendrán a por nosotros cuando puedan.

Hablaba con sinceridad, aunque un leve temblor en su voz reflejaba el verdadero estado de su alma.

—Quería pedirle disculpas por lo de antes. No soy quien para cuestionar a su Dios. No fueron unos comentarios muy afortunados.

—No se preocupe, lo entiendo. Durante este último año yo también he pasado mis crisis de fe no se crea.

—Treinta y dos niños, es increíble, y ninguno se ha infectado —dije girándome para mirarla.

—Todas las noches beso sus frentes antes de dormir. Ellos me dan fuerzas, mantienen mis ganas de vivir y mi fe. Solo puede ser un milagro, por ello doy gracias a Dios.

Evité hacer nuevos comentarios que cuestionaran sus creencias, y ella también pareció pensar que no era mi tema favorito porque me preguntó por la vida en la isla. Se lo puse todo de color de rosa. Fue emocionante ver cómo se iluminaba su cara y sus intensos ojos azules despertaban y soñaban con una vida mejor para sus pequeños.

—Parece un buen lugar para que crezcan los niños —dijo.

Inmediatamente después calló y la puta realidad apareció ensombreciendo su semblante... Y el mío. No podía dejarla allí con esos niños, pero no encontraba una solución.

—¿Tiene hijos?

Me preguntó de sopetón. Mi cabeza seguía dándole vueltas al asunto de llevar a los niños y tardé en reaccionar.

—Perdón, quizá... —se apresuró a disculparse.

—No tengo, ni tuve —respondí finalmente, entendiendo su disculpa.

—Y... pareja —continuó escogiendo muy bien sus palabras.

—Estuve casado, pero me separé antes de que pasara todo esto.

—¿Y ahora?

—No sabría decirle. Es un poco complicado de explicar.

—Lo siento, no quería incomodarle.

—No es eso, es que digamos que... ahora me siento en tierra de nadie.

Sor Teresa me miró sin entender, como era lógico. Reconduje la conversación y me aventuré llevado por el momento de confianzas.

—¿Y usted? Quiero decir, no siempre fue monja.

—No, claro.

—¿Nunca tuvo novio?

—Entré muy joven de novicia, con dieciocho años.

—Pero debió de ser una chica preciosa. Bueno, aún lo es —dije.

Ella retiró la mirada. No pretendía incomodarle ni tirarle los tejos, por supuesto, solo ser objetivo.

—Los chicos me perseguían como las moscas a la miel. Hubo un jovencito con el que tonteeé un tiempo, pero luego se me pasó. Ya tenía mi camino marcado.

—Entonces, ¿nunca...? —me había dejado llevar demasiado. Suspéndí la frase buscando completarla con algo menos directo, no tuve tiempo.

—No, nunca me he acostado con un hombre, si es a lo que se refiere.

Me sorprendió su respuesta. Era monja, pero ante todo mujer, y no tenía un pelo de tonta. Me animé.

—Pero algo haría.

—Nada.

—¿Ni siquiera un beso?

—No, ¿le sorprende?

—Sentir los labios de otra persona en los tuyos... Bueno, es algo que nadie debería perderse.

Me arrepentí inmediatamente de haberlo dicho, a pesar de que era algo en lo que creía. Traté de solucionarlo con una broma, como siempre hacía cuando me metía en berenjenales, creo que lo fastidié aún más.

—Aunque nunca es tarde, y los tiempos han cambiado que es una barbaridad.

—Tiene un extraño sentido del humor, ¿lo sabía?

Puso morros, se cruzó de brazos y cerró los ojos. Me encendí otro pitillo y dejé la mente en blanco. Antes de la segunda calada noté su cabeza resbalar contra mi hombro y quedarse allí. Una respiración acompasada me indicó que se había quedado dormida. Apagué el candil de gas y terminé el cigarro en la oscuridad absoluta.

No pude dormir. Mi cabeza daba vueltas. Pensé en Eva, en Luna, en Julián, en todos los amigos y compañeros de la isla a los que deseaba volver a ver. Medité sobre la posibilidad de llegar hasta Moncloa y encontrar allí al técnico que nos abriera la puerta del búnker y avisara para que vinieran a buscarnos. Eran tantas cosas y tan difíciles de cumplir que preferí no pensar más y dejarme llevar, lo que tuviera que ser sería. Solo una cosa tenía clara, no dejaría a esa monja ni a esos niños allí solos. Otra locura más qué más daba.

Miré el reloj. Llevaban dos horas durmiendo, suficiente. Cogí el candil de gas y lo encendí. Modulé la llama hasta que logré una iluminación suficiente para no molestar y palmeé suavemente la cara de sor Teresa.

—¡Jesús! Me he quedado dormida —musitó desperezándose—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro de la mañana. Despierte a los niños, nos vamos.

—No le entiendo.

—Vienen con nosotros.

—Pero ya le he dicho que no saben nadar —dijo mientras nos levantábamos al tiempo.

—Iremos por el camino seco.

—¿Y esas cosas?

—«*La felicidad es mi espada, y mi alegría, mi escudo*», escribió Martín Lutero —dije con la Bastarda en la mano.

Sor Teresa me observaba mientras me colocaba los correajes, comprobaba la pistola y me ponía la mochila. Traté de no cojear mucho cuando me dirigí a despertar a Plano Secuencia y a Hunter, no quería demostrar que me encontraba muy lejos de mi mejor momento.

—«*Un buen corazón es la mejor religión*» —oí decir a sor Teresa a mi espalda.

—¿Jesucristo, Benedicto XVI, la Madre Teresa de Calcuta...? —pregunté girándome.

—No, el Dalai Lama —contestó guiñándome un ojo.

—Vaya.

Plano Secuencia y Hunter despertaron sobresaltados al propinarles un par de patadas medidas.

Sor Teresa desapareció tras una puerta y volvió con una garrafa de agua, botes de leche en polvo y cacao.

—Voy a preparar algo para los niños —dijo encendiendo un infiernillo a gas.

—Tenemos prisa, aunque supongo que un rato más no importa —comenté.

Estaba contenta, sin duda. Una sonrisa de felicidad se dibujaba en su rostro cansado.

—Solo tardaré un momento. Con el estómago lleno andarán mejor.

Tomó una cazuela, echó el agua y la puso al fuego. Mientras se calentaba entró en el cuarto donde dormían los niños. La seguí y me asomé a la puerta. Alumbrada con una pequeña linterna fue despertándoles, uno a uno, con un tierno beso en la frente y caricias amorosas. Salieron en perfecto orden y sor Teresa, con paciencia infinita, se ocupó de vestir y calzar a los más pequeños.

—Son un montón —saltó Plano Secuencia.

—Sí, y nos los llevamos a todos.

—Pero...

—Está decidido —sentencié sin dejarle acabar. No necesitaba que me recordara lo arriesgado del hecho, yo lo sabía mejor que nadie.

Nada más terminar de dar la leche caliente con cacao a los niños, nos ofreció a nosotros. Fue un vasito pequeño, pero me sentó de maravilla. Hunter lo rechazó.

—Prefiero conejo. ¿Quiere que le traiga uno, señora? No tardaré mucho.

—¿Un conejo? No entiendo —dijo y me buscó con la mirada.

—No quiera saber a lo que él llama conejos —contesté simulando con las manos el correr de las ratas.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose una mano a la boca.

Eran las cinco menos diez cuando salíamos de aquel cuarto de mantenimiento. Hunter caminaba delante, con el candil. Le seguía de cerca el muchacho, junto a una niña de nueve años que encabezaba la larga cola de pequeños. Todos iban atados por la cintura con una cuerda. Todos menos Chencho, a quien llevaba sor Teresa de la mano.

—De este no me fío, es un trasto de cuidado.

Y de esa guisa comenzamos nuestro viaje por las alcantarillas. Igual que harían unos profesores llevando al teatro de marionetas a sus alumnos de Infantil. Con la salvedad de que las marionetas que íbamos a ver te comían por los pies al menor descuido.

—Si la isla es como me ha dicho, los niños podrán crecer felices en ella —oí decir de nuevo a sor Teresa.

Caminábamos cerrando la comitiva, casi a oscuras, y eso me dio valor para decirle la verdad.

—Hermana, no quiero desanimarla, pero aún falta mucho para llegar. Quizá nunca lo hagamos.

—Hoy estamos mejor que ayer, y eso es lo importante.

—Dígame eso cuando termine el día.

No tardamos en llegar a la plaza de Colón. Hunter se detuvo en el centro del gran colector del que salían varios entronques. El agua que nos rodeaba discurría con cierta velocidad a tenor del ruido que hacía. Encendí la linterna y adelanté a los niños caminando por el estrecho andén, hasta llegar al candil. La pierna no me dolía, aunque la notaba algo torpe, dormida.

—*Fantasmas*. En trecientos metros —dijo señalando a su derecha.

—Bien, pues continuemos —sugerí.

—Podemos llegar sin que nos detecten hasta la calle Argensola, más allá sería peligroso —comentó Plano Secuencia.

—¿Por qué están esos comilones allí? —pregunté.

—Creemos que por un derrumbe. Es probable que el suelo en la superficie haya cedido. Lo que si es seguro es que son muchos, los hemos visto. ¿De veras quieres seguir por aquí?

—Claro que no, pero no hay otro remedio. Vamos, continuemos.

Ya no volví junto a sor Teresa. Permanecí delante, respirando hondo y apretando los puños. Tenía un plan sencillo, sin plan B. Al llegar lo contaría y así, oyéndolo de mi propia voz, quizá pareciera menos suicida.

Pasamos debajo de una boca de alcantarilla y creí percibir una suave brisa que traía olor a lluvia. Plano Secuencia adivinó mis pensamientos y en voz baja me informó.

—Esta zona está más cerca de la superficie.

Vi el cartel que informaba, calle Argensola. Hunter de pronto apagó el candil.

—Pegados a la pared, a la izquierda —musitó, habíamos llegado.

Cuando estuvimos todos a resguardo saqué el plano y alumbre con la linterna. Plano Secuencia me dijo lo que tenía que saber.

—Los *fantasmas* están entre nosotros y la siguiente calle, esta que sale a la izquierda, Campoamor. Unos setenta y cinco metros. Más allá está limpio.

—Ya —dije mientras me decidía. Finalmente lo hice—. Bien, os diré lo que haremos. Os quedaréis aquí mientras yo salgo y llamé su atención. Gritaré y encenderé la linterna. Me seguirán. Esperad a verles pasar y luego cruzad deprisa. Los despistaré metiéndome por esta otra calle, General Castaños, y volveré a Génova. Nos encontraremos en la plaza de Alonso Martínez.

Hunter meneaba la cabeza, sor Teresa permanecía con la boca abierta y Plano Secuencia fue el que me dijo lo que ya sabía.

—Un rastro fresco sí serán capaces de seguir. No dejarán de buscarte y llegarán hasta nosotros.

—No lo creo —le mentí—. Vosotros haced lo que os digo.

—¿Está seguro de que saldrá bien? —preguntó sor Teresa.

—Por supuesto, será fácil —contesté dotando a mi voz de un tono de credibilidad irrefutable.

—Voy a decírselo a los niños —dijo, y desapareció.

Esperé a que no nos oyera nadie más e informé a Plano Secuencia del verdadero plan.

—Voy a dar *matarile* a esas bestias, no hay otra manera. Como tú dijiste, una vez cojan el rastro ya nunca cejarán. No me esperéis, continuad hasta Moncloa. Si no llego en un par de horas confío en que tú los guíes hasta el búnker. Prométeme que lo

harás.

—Pero... Es una locura.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Bien, entonces todo claro. Voy al tajo.

Plano Secuencia me sujetó por el brazo cuando iba a salir al colector principal.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes, esto ya lo he hecho más veces.

No le mentí del todo, lo había hecho antes. Cuando salí de mi ático para rescatar a Eva maté a muchos infectados con la Bastada. Claro que yo entonces estaba en plena forma, los infectados no eran tan cabrones y tenía toda la calle para actuar.

—Recuerda —dije—, cuando los veáis pasar detrás de mí, salid zumbando.

Parado, sobre el arcén lateral, no veía nada. Monté la pistola y le puse el seguro. No iba a usarla contra los comilones, el ruido atraería a todos los que estuvieran por los alrededores, la preparaba para mí. Si no podía con ellos, si me atrapaban, no me dejaría comer vivo. Me la metería en la boca, cerraría bien los labios en torno al cañón para amortiguar la detonación y me volaría la tapa de los sesos. Eso haría.

Saqué la Bastarda y corté con ella el aire un par de veces, sonaba bien. Respiré hondo, encendí la linterna y enfoqué el túnel que se abría frente a mí.

Lo que vi me heló la sangre.

Bajo la luz azulada se descubrió mi futuro inmediato. Girando sobre si mismos, realizando una danza demencial, había muchos infectados. No siete u ocho como me dijo Plano Secuencia, sino muchos más. El doble por lo menos. Comencé a golpear con la espada el borde del arcén y a hacer oscilar el haz de luz sobre ellos. De pronto se detuvieron y se volvieron. Pude ver sus ojos glaucos y sus fauces abrirse justo antes de que se lanzaran sobre mí. Nos separaban unos quince metros, esa era la ventaja que tenía. Sin apagar la linterna para que pudieran verme, eché a correr como alma que lleva el diablo.

A una cierta distancia de la intersección aguardaban los demás. Sor Teresa controlando a los niños, abrazada al pequeño Chencho; y Plano Secuencia y Hunter sin perder detalle, apoyados contra la pared.

A los primeros infectados los vieron pasar perfectamente bajo la luz de la linterna de Carlos, luego esta desapareció y solo escucharon el chapoteo que provocaban los que venían detrás. Esperaron hasta que el ruido se alejó.

—¿Cuántos has contado? —preguntó Plano Secuencia a Hunter, confiando en la prodigiosa vista del cazador en la oscuridad. Y no le defraudó.

—Diecisiete.

—¡Jesús! —exclamó sor Teresa con un hilo de voz.

—Mira a ver si está despejado —instó Plano Secuencia a Hunter.

Este encendió su candil y se aventuró por el colector principal. Avanzó unos pasos e hizo oscilar la llama de un lado a otro dando el ok.

—Vamos —dijo Plano Secuencia.

La bizarra comitiva se puso en marcha con rapidez, atravesando el lugar que antes ocupaban los infectados. Sor Teresa aún no daba crédito a lo que había visto.

—¿Qué ha hecho ese hombre? —preguntó a Plano Secuencia con un nudo en la garganta.

—Un sacrificio hermana, un sacrificio. Y ahora sigamos, no hay tiempo que perder.

No me metí por la calle General Castaños, sería absurdo intentar jugar con ellos al gato y al ratón, continué corriendo unos cien metros más en línea recta, luego apagué la linterna y me detuve. No todos corremos igual de rápido y los infectados tampoco. Realizaría la maniobra del «*Loco Iván*», giraría 180°, pasaría de perseguido a perseguidor y de esa manera cogería a los más adelantados por sorpresa.

Esperé junto a un túnel que salía a mi izquierda y que conducía a la calle Marqués de la Ensenada. En mitad del cauce, con el agua helada hasta las rodillas, afiancé los pies y armé el golpe. Encendí la linterna y me la puse entre los dientes. Tres de ellos, sin duda los más rápidos y también los más fuertes, trotaban adelantados, levantando grandes salpicones de agua. El primero en ponerse a tiro era grande y feroz. Le corté la cabeza de un tajo impecable. El segundo era una mujer con los pechos al aire, también cayó decapitada. El tercero se detuvo un instante y levantó los brazos para protegerse. No le sirvió de nada. Con un golpe brutal de arriba a abajo le partí el cráneo en dos mitades.

El siguiente grupo ya estaba encima, me di la vuelta y eché a correr. De momento la pierna iba bien. No doblaba del todo, pero aún me permitía ser algo más rápido que los *comilones*. Repetí la maniobra del «*Loco Iván*» justo antes de llegar al entronque de colectores de la plaza de Colón. Esta vez pude acabar con cuatro. Iban siete. No tenía ni idea de cuántos quedaban, pero el ruido que hacían era mucho. Volví a replegarme hasta el interior del gran espacio donde confluían varios colectores principales. Busqué algún lugar elevado donde poder defenderme mejor. No lo encontré. A mi izquierda leí paseo de la Castellana, de frente Goya; y a mi derecha Jorge Juan, el túnel más estrecho. A él me dirigí. Tendría unos tres metros de ancho. Espacio suficiente para manejar la espada, pero no lo bastante como para que me rodearan. Oí sus gruñidos resonar y volví a encender la linterna.

—Aquí me tenéis —grité agitando la luz.

Entraron dos. Vinieron directos a mí sin dudarlos. Ya me preparaba para dar cuenta de ellos cuando vi aparecer, a unos veinte metros detrás de ellos, un grupo numeroso.

Noté que algo no iba bien cuando erré el segundo mandoble. Me faltaron las fuerzas y la espada rasgó la cara del segundo infectado, pero no logró acabar con él.

Me repuse a tiempo para asestar una estocada de emergencia en su pecho. Luego, con una patada lo alejé de mí y pude recomponerme lo suficiente como para golpear de nuevo. Esta vez el filo entró por su sien izquierda y quedó incrustada en mitad de la cabeza. Ya tenía encima a los otros. Saqué la espada como pude y eché a correr por el arcén. Me faltaba el resuello y me sentía mareado. Sin duda los *comilones* que quedaban eran los más débiles, pero yo también estaba hecho unos zorros y venían demasiado juntos como para atreverme a un enfrentamiento directo. Corrí hasta que un colector secundario se abrió a mi derecha. Lo tomé y continué corriendo, luego doblé de nuevo a la derecha, y más tarde a la izquierda. No sé cuánto tiempo estuve zigzagueando, pero de lo que no cabía duda era que cada vez me sentía peor. Sin quererlo me metí en una galería de servicio donde al agua me llegaba a la cintura, era muy estrecha y debía ir agachado. Si me encontraban allí estaba perdido. Me paré a escuchar con la luz apagada. Aproveché para coger aliento. Me palpé la pierna y noté la mano llena de sangre, la herida se había vuelto a abrir. Si esas bestias podían oler la sangre igual que los tiburones pronto llegarían. Necesitaba desesperadamente encontrar un lugar donde plantarles cara.

La galería de servicio se terminó. Salí a otro colector secundario, todavía demasiado estrecho para defenderme. Cojeaba ostensiblemente, la pierna derecha era como un corcho. Escuché chapoteo, me habían encontrado. La linterna de dinamo se estaba agotando, coloqué la Bastarda bajo el brazo para tener ambas manos libres y, sin dejar de avanzar, la recargué. La luz intermitente me mostró que por fin salía a un colector principal. Necesitaba respirar por la boca. Busqué un lugar donde colocar la linterna. La sujeté entre dos tuberías que discurrían por el techo, enfocada justo a la entrada del colector secundario que acababa de dejar. El espacio era amplio y además un arcén central me mantenía bien posicionado, allí los esperaba. Lo que tuviera que ser sería, ya no podía huir más, ellos eran inagotables, yo no. Agucé el oído, escuché un chapoteo lejano. Ya no cabía duda, la jauría venía a por mí y parecían muchos.

La luz iluminaba la entrada al colector y se perdía sin alcanzar el final del túnel. Relajé un poco los brazos y el cuello. El espacio era estrecho, un metro y medio más o menos. Saldrían de uno en uno, quizá de dos en dos. Si tenía suerte, no fallaba ningún golpe y las fuerzas no me abandonaban, tal vez tendría una oportunidad. Eché de menos mi cota de malla, sin ella era vulnerable a sus mordiscos; pero también tuve que reconocer que sus más de doce kilos de peso hubieran sido un lastre en las condiciones en las que estaba.

El chapoteo fue en aumento. Escuché gruñidos que llegaban como lamentos lejanos. Mantuve todo el tiempo posible mi peso sobre la pierna buena, pero necesitaba las dos. Apoyé la pierna herida en el suelo, primero despacio, luego apreté definitivamente. Una punzada de dolor me atravesó el espinazo como un hierro al rojo. Ya estaba hecho. Me preparé como un bateador y respiré hondo, una larga y lenta inspiración.

La primera bestia que apareció era grande y lenta como un hipopótamo. Le partí

la cabeza por debajo de los ojos. Detrás vino otra, y luego otra. Yo descargaba mandobles de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y sentía cómo la sangre me salpicaba. Cuajarones de sangre medio coagulada llenaron el aire igual que copos de nieve rojos e infectos. Continué golpeando, dando tajos terribles que cortaban brazos, manos y cabezas. Solo miraba al frente, hacia el enemigo que no dejaba de salir por esa abertura maldita. Escuchaba mi propia respiración entre el sonido de la carne al desgarrarse, mezclada con el ruido de tendones al separarse de los músculos, y del bronco y escalofriante crujir de los huesos.

Golpeaba a ciegas, con la vista nublada por el sudor y el cansancio. De pronto supe que ya no podía más, que había llegado al límite. Con el último aliento levanté los brazos y descargué un mandoble de arriba a abajo. La espada golpeó algo y mis manos la soltaron, ya sin fuerzas para sujetarla. Dejé caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo, bajé la cabeza y clavé una rodilla en tierra, rendido.

Saqué la pistola con mano temblorosa y quité el seguro.

—Habéis ganado, cabrones —dije, y me metí el cañón en la boca.

No pensé nada. Es mentira eso que dicen que recordamos a los seres queridos en el último momento, cosas del cine y la literatura. Solo deseé que no fuera doloroso, desaparecer de este mundo sin darme cuenta.

Esperé a sentir unas garras en mi cuerpo para disparar. Ya curvaba el dedo sobre el gatillo cuando escuché el sonido que hace un cuerpo al desplomarse contra el agua. Levanté la cabeza y vi a un infectado flotando en el canal, con mi espada incrustada en su cabeza. No había ninguno más de pie, solo distinguí miembros, cabezas cortadas, cuerpos mutilados.

El silencio era absoluto, excepto por el tintineo lejano de unas gotas de agua.

Me quedé mirando la salida del túnel. Durante un tiempo que no sabría determinar esperé ver aparecer más bestias. No llegaron. Bajé el arma y la dejé caer al suelo. Se me nubló la vista y me abandoné al cansancio. Poco a poco me fui doblando como una marioneta hasta terminar tumbado en el frío y húmedo cemento. Me hice un cuatro, me abracé a mí mismo y me quedé muy quieto.

Solo quería descansar.

No me dormí. Me mantuve en una especie de duermevela inquietante en la que las imágenes se sucedían sin conexión alguna. Paisajes de montaña se mezclaban con lugares sombríos, rostros de niños angelicales con otros de monstruos con las fauces abiertas y llenas de dientes ensangrentados. Escuchaba mi respiración y el discurrir del agua por el canal, también el roce de mi cuerpo contra el cemento y el traqueteo de las patitas de las ratas que se acercaban para darse un festín. De pronto también percibí pisadas. Me estiré a duras penas y tanteé buscando la pistola. Tenía que estar cerca, pero no la encontraba. La luz de la linterna hacía rato que se había apagado. Las pisadas se acercaban y parecían acelerarse. Venían corriendo. Apreté los puños y lancé golpes a la oscuridad. Creí percibir una luz, voces; no gruñidos, voces humanas. Me encontraba como en una nube, con la conciencia alterada. En un estado parecido

a la borrachera, ese en el que es difícil distinguir lo real de lo imaginario.

Una luz que parecía flotar lo iluminó todo con un color amarillo precioso.

—¡Dios mío! ¡Está aquí!

La luz se acercó y me cegó. Las voces parecían venir de muy lejos, pero los rostros que veía estaban muy cerca.

—¿Está... vivo?

—Eso parece. Ayúdame a apoyarle contra la pared.

Me dejé hacer sin oponer resistencia. Una mano fría me tocó la frente.

—Está ardiendo —dijo la voz de mujer—. Acércame la bolsa, tengo que bajarle la fiebre de inmediato.

Noté un pinchazo en el brazo, luego me metieron una pastilla en la boca y me dieron agua. Estaba fresca, deliciosa. Me atraganté y la devolví toda. Volvieron a ofrecermela, esta vez bebí más despacio y no dejé de hacerlo hasta que estuve saciado. Regresé a la realidad como el niño que sale del útero de su madre, confuso y torpe. Por fin reconocí a mis dos salvadores, eran sor Teresa y el muchacho.

—Está sangrando mucho por la pierna —oí decir a sor Teresa—. Ayúdame a bajarle los pantalones.

—Va a tener que hacérselo mirar hermana, esta afición suya a desnudarme es preocupante —balbuceé como un bebé.

—Si tiene ganas de bromas no estará tan mal —dijo mientras volvía a ponerme la mano en la frente.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté con voz de borracho.

—Tardabas y... bueno, sor Teresa insistió.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Ha sido fácil, solo hemos tenido que seguir el rastro de cadáveres que has ido dejando —respondió el muchacho.

—Se le han saltado los puntos. Limpiaré la herida y le coseré de nuevo —dijo sor Teresa.

—¿Y los niños?

—Están bien, se han quedado con Hunter.

—Tendremos que darnos prisa en volver, es capaz de darles para almorzar rata al ajillo.

Oí sonreír a la monja aunque no levantó la cabeza, continuó trabajando en mi pierna herida con rapidez, pero con delicadeza.

—¿Has hecho esto tú solo? —dijo sinceramente Plano Secuencia, sin reparar en la obviedad de su pregunta. Estaba de pie en mitad del túnel, con los brazos extendidos, contemplando los cuerpos mutilados.

—Un par de ángeles armados hasta los dientes bajaron para ayudarme.

—Carlos... —dijo sor Teresa en tono de reproche.

—Perdone hermana, pero no me diga que no hubiera sido lo suyo.

No contestó, cortó el hilo de sutura y sacó una venda nueva de la mochila.

—La última, espero que le dure —dijo levantando la cara.

Se quedó así unos segundos, mirándome fijamente. Bajo la luz amarillenta del candil sus ojos azules eran oscuros aunque seguían siendo igual de intensos.

—Gracias por lo que ha hecho —musitó—. Ha sido increíble.

—Ya lo creo —saltó Plano Secuencia desde la distancia—. Si alguna vez ruedo una película sobre el *apocalipsis*, la escena en la que te cargas a diecisiete infectados con una espada será la principal.

—¿Diecisiete? —pregunté extrañado. Había dejado de contar en el nueve.

—Diecisiete —repitió sor Teresa.

Terminó de vendarme y me dio un par de pastillas más. Volví a tener sed y terminé la botella de agua. Estaba dispuesto a levantarme. Me sentí recuperado, o al menos mucho mejor que hacía unos minutos, que no era decir demasiado.

—Tenemos que irnos —dije.

—¿Cree que puede andar? —preguntó sor Teresa.

—Veamos.

El muchacho me ayudó por la derecha y la monja por la izquierda, colocándose bajo mis brazos. Sentí un leve mareo y una náusea subió por mi garganta. Me contuve, respiré hondo un par de veces y comencé a andar.

—Parece que funciona —comenté—. La siento como si fuera de palo, pero al menos no me duele.

—Ha perdido mucha sangre, tiene infección y su organismo está agotado. Además está ese golpe en la cabeza. Es un milagro que pueda respirar —confesó sor Teresa.

—Muchacho, busca mi pistola, tiene que estar por ahí.

—Aquí está.

—Y por favor, tráeme la espada.

Plano Secuencia se giró y miró la Bastarda incrustada en el cráneo del infectado, igual que una cruz en una tumba.

—Pero... —dijo poniendo cara de asco.

—Deja —intervino sor Teresa echando a un lado al muchacho y arrancando la espada como quien saca un hacha clavada en un tocón. Luego la lavó en el agua, la secó con su falda y me la puso a la espalda, metida en su vaina—. ¿Nos vamos? —concluyó plantada delante de mí con los brazos en jarra.

Parecía que el destino había dispuesto que se cruzaran en mi camino todas las mujeres duras que el virus había dejado con vida.

—Claro —respondí, y eché a andar como un resucitado, sorteando a los infectados que mi otro «yo» había matado.

23. PIRATAS

El capitán Abreu no llevaba la dotación reglamentaria en su fragata, estimada en más de doscientos hombres, solo había embarcado al mínimo imprescindible: oficiales de guerra, dos (incluido él); tropa de artillería, tres; artilleros de preferencia, tres; artilleros ordinarios, ninguno; infantería, cinco; y marineros, cinco (incluido un cocinero y un ATS). Total dieciocho hombres.

Tagana no se creía lo que le decía el capitán español en un perfecto inglés.

—Ya le digo que no hay nadie más.

—Eso ya lo veremos —contestó en un inglés también bastante bueno.

El puente de mando estaba muy concurrido, con los dieciocho españoles se encontraban los diez soldados ruandeses y las dos mujeres que incluyó a última hora.

Tagana ordenó a cuatro de sus hombres inspeccionar el barco y al resto que maniataran a los españoles y los tumbaran en un rincón, a todos menos al cocinero, al ATS y al capitán. Tagana no hablaba español y por tanto le era imposible controlar lo que se decía por radio, por eso ordenó desconectarla. Sabía que en la isla podían preocuparse y también los hombres del helicóptero, pero poco podrían hacer. Si decidían mandar a alguien en uno de sus viejos barcos de pesca tardarían muchas horas y para entonces sus hombres ya habrían desembarcado en la isla; además tenía a dos de sus hombres en cubierta, atentos a cualquier movimiento, y armados con lanzagranadas.

Mientras unos actuaban sin contemplaciones ajustando las bridas a conciencia en las muñecas de los españoles, otros vigilaban arma en mano. Las dos mujeres observaban asustadas, sin saber qué hacer. Tagana las miró y pensó que había sido buena idea traerlas, además de ayudar en el engaño servirían para pasar el rato, no tenía ni idea del tiempo que tendrían que esperar en aquel barco de guerra. Decidió mandarlas al comedor de tropa junto con el cocinero y el enfermero, en el puente había poco sitio.

Cuando sus hombres terminaron de asegurar a los prisioneros, Tagana enfundó su pistola y se encendió un largo puro. Resultó extraordinariamente sencillo capturar la fragata y se felicitaba por ello. Su plan había funcionado a la perfección.

—¿Qué quieren? —preguntó Abreu, de pie, en mitad del que había sido su puente de mando.

—Sabemos que esperan un helicóptero, cuando llegue nos iremos.

—No me ha dicho lo que quieren —insistió Abreu.

—Sencillo. Un lugar seguro donde vivir, queremos su isla.

—No es mi isla, es la de cientos de hombres y mujeres que tratan de sobrevivir, de comenzar de nuevo.

—Enternecedor.

—No es necesario hacer esto. Ustedes tendrían cabida allí. Todo el que llegue será bien recibido. Somos pocos, necesitamos estar unidos.

—Bonitas palabras, sin embargo la vida me ha demostrado que hay que aprovechar las oportunidades. Por qué conformarnos con las migajas cuando podemos tener el pastel entero. Y el pastel es la isla.

—Lo lamento muchacho, ha debido de llevar una vida muy jodida.

—Es muy posible, pero eso va a cambiar.

—Lo único que va a conseguir es morir y matar a todos sus hombres, nunca podrá tomar la isla.

—Vamos, capitán, no me tome por tonto. Mientras nosotros estamos aquí, un barco con cientos de mis hombres se dirige a Menorca.

—Maldito loco, no ha entendido nada. Es el momento de unirse, no de luchar. La vida humana ahora es un lujo.

—Quizá tenga razón, pero ambos hemos vivido realidades diferentes. Yo jamás he hecho planes porque nunca he sabido si viviría hasta el día siguiente. Usted habla de futuro, capitán, y yo de presente.

—Su presente no tiene que incluir matar a humanos. Deponga las armas y olvidaremos lo ocurrido.

—Capitán, ya hemos terminado, vaya con sus hombres.

—Una última cosa.

—Le escucho —dijo Tagana algo distraído.

—¿Se ha enfrentado alguna vez a un infectado? Quiero decir, ¿cara a cara? Sea sincero.

Tagana negó con la cabeza.

—En la isla viven personas que lo hacen cada día, como quien va a la oficina, y una de ellas es una niña de trece años.

Tagana no respondió, entornó los ojos y siguió con la mirada al capitán hasta que se sentó en el suelo, junto a uno de sus hombres.

24. LA ESPERA

Escolano atravesó el jardín nevado y entró en el edificio de oficinas que daba acceso al búnker, golpeó impaciente el botón del ascensor y no dejó de hacerlo hasta que la puerta se abrió. Venía preocupado, tenía un mal presentimiento. Cuando salió en la planta 0 no esperó a llegar hasta donde estaban sus compañeros.

—Tampoco responden desde la radio del helicóptero —dijo alzando la voz.

—Joder, comandante, no te preocupes tanto, tal vez el soldado de guardia se esté echando una *siestecita* —intervino Julián.

—Eso es imposible.

—Bueno, quizá se les averió la radio como nos pasó a nosotros —añadió guiñando un ojo.

—Me parece muy raro. He hablado con el alférez Galera y opina lo mismo —continuó Escolano.

—¿Y qué podemos hacer? —dijo Eva.

—No lo sé, pero no me gustaría llegar a Valencia con los depósitos de combustible casi vacíos y descubrir que la fragata no está allí.

—Venga, no te pongas dramático, comandante.

—Julián tiene razón —intervino Luna viendo la cara de pocos amigos que se le ponía a Escolano—. Seguro que no es nada y, en cualquier caso, llegado el momento ya nos preocuparemos.

—Bien, si a todos os da igual, a mí también. Me voy a dormir un rato —espetó Escolano y desapareció camino de las habitaciones.

Eva montaba guardia delante de la inmensa pantalla, cambiando de una cámara a otra constantemente, observando muy atenta las imágenes verdosas que los focos de infrarrojos le proporcionaban. En realidad no era necesario vigilar las cámaras, el sistema de seguridad dispararía una alarma al menor movimiento percibido en el perímetro. Pero ella necesitaba estar ocupada.

Le preocupó el movimiento de infectados que se estaba produciendo más allá de las vallas, aunque no comentó nada.

Luna se fue a dormir a la habitación del presidente. Julián jugaba con una pelota de baloncesto que había encontrado en el gimnasio, la botaba y la botaba realizando tiros a una canasta imaginaria. Samuel dormitaba en un sillón, con la cabeza vencida contra el pecho.

—Despiértalo, quiero saber una cosa —dijo Eva de pronto.

Julián apuntó cuidadosamente y lanzó un tiro parabólico que fue a caer directamente en el cogote de Samuel.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué pasa? —despertó sobresaltado.

—Ven aquí un momento.

Samuel se desperezó y caminó hasta Eva. Julián continuó botando la pelota de una manera mucho más espaciada, en realidad estaba atento, con la oreja bien dirigida.

—Tú controlabas todo esto, ¿verdad? —preguntó Eva con una actitud sutilmente seductora.

—Bueno, en parte, sí —contestó rápidamente motivado por la intensidad de la mirada de Eva.

—Y dime, ¿aquí se guarda todo el conocimiento humano?

—Bueno... Todo, todo... Lo más importante.

—O sea, un montón.

—Cinco *petabytes*, tal vez más.

Eva adelantó el labio inferior en señal de desconocimiento.

—Un *petabyte* equivale a diez elevado a quince bytes.

Eva abrió mucho los ojos sin mover el labio. Samuel pensó unos segundos.

—Quince años de televisión en alta definición se podrían almacenar en un *petabyte*.

—Y aquí hay cinco *petabytes*, ¿no es así?

—Exacto —confirmó Samuel.

—Y eso ocupa...

—Varios armarios grandotes.

—Entonces... en esas bolsas no llevas la información, ¿verdad? —preguntó con voz aññada señalando el equipaje con un dedo jugueteando.

—¡Claro que no! —exclamó sonriente Samuel, entrando en el juego—. Llevo un par de portátiles con mis juegos y películas favoritas.

—Seguro que en el búnker de Menorca tendrán un montón de armarios como esos.

—Por supuesto. Hay copias en todos los búnkeres del mundo.

—Solo hay que saber acceder a la información, ¿no es así?

—Eso es —confirmó ufano Samuel totalmente atrapado en las redes de Eva.

—Pues creo que ha llegado el momento de que lo hagas —sentenció Eva endureciendo la voz.

Samuel quedó sobresaltado. Aquella niña traviesa y sugerente había desaparecido en una fracción de segundo.

—No entiendo.

—Vamos hombre, ya no es necesario que sigas mintiendo, estamos aquí, has conseguido que vengamos. Quiero que ahora contactes con la isla y les digas cómo acceder a toda esa información.

—Pero... pero no es posible, debo hacerlo desde allí —titubeó Samuel claramente preocupado.

Julián, que no había perdido detalle de la conversación, dejó el balón sobre una mesa y desenfundó su cuchillo mientras se acercaba al informático por la espalda.

—¿Cuántos dedos hacen falta para teclear en un ordenador, «ojos verdes»? —dijo zumbón al tiempo que inmovilizaba una mano de Samuel sobre la mesa y colocaba el filo del cuchillo sobre su dedo meñique.

—Pocos, con uno en cada mano será suficiente —contestó endureciendo el gesto. A Samuel se le transformó la cara.

—Un momento, ¿qué estáis haciendo?

—Este es un lugar peligroso. Quizá nunca salgamos de aquí. Mira —dijo Eva ampliando en la pantalla la imagen de una cámara que mostraba a una gran cantidad de infectados golpeando la valla—. Ha muerto gente y tal vez muramos todos por venir a buscarte. Dejémonos de juegos ya. O me das la información que necesitamos o tendrás que cambiar de usuario utilizando la nariz.

—Bueno, la nariz igual se la corto también —añadió Julián apretando el filo contra la falange hasta que la sangre comenzó a correr.

—Si lo hago me dejaréis aquí.

—No haremos eso —dijo Eva.

—Pero nadie me protegerá porque ya no seré necesario.

—Eso es verdad, serás uno más —intervino Julián.

—Decídate, mi amigo no tiene mucha paciencia.

Cuando Julián hacía ademán de cortar de una vez el delgado meñique de Samuel, gritó.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haré! Pero que este tío suelte mi mano, por favor.

—Julián, suéltalo. Y ahora tú llama a la isla, pregunta por el alférez Galera y dile cómo acceder a esos servidores.

—Cuando nos confirmen que todo está ok guardaré mi cuchillo —dijo golpeándole con el filo en el hombro.

—Dejémosle solo para que trabaje y vayamos a tomarnos un café —propuso Eva.

—Buena idea, pero yo preferiría una copa.

Samuel se tocó el meñique como si no creyera que aún lo tuviera pegado a la mano. Se limpió la sangre y conectó con la isla. Le llevaría un minuto darles las contraseñas y otro minuto confirmar que los servidores funcionaban, después podría ir a darse una ducha y cambiarse los pantalones meados.

Eva caminó junto a Julián hasta la mesa del fondo, donde una máquina ultramoderna servía un café exquisito. Sin dejar de volver la cabeza continuamente para vigilar al técnico, musitó.

—¿Le habrías cortado los dedos?

Julián no contestó inmediatamente, esperó a tener la copa de tónica y ginebra con hielo entre las manos y a dar un par de sorbos.

—¿Por quién me tomas?

Eva le miró entornando los ojos, manteniendo su mirada con un reproche.

—Bueno, sí, tal vez el meñique. Ese tipo es un cabroncete.

—Vamos, cualquiera habría hecho lo mismo que él. Lleva un año aquí encerrado,

solo. Y tiene razón, nadie habría venido a buscarle si no hubiera tenido algo que ofrecer.

—Eso lo entiendo Eva, pero ya sabes a lo que me refiero.

—Es solo un tipo normal, no le des más vueltas.

—¿Quieres decir que nosotros no lo somos?

—¿Me lo preguntas en serio?

Julián no contestó, le guiñó un ojo, dio otro sorbo largo y se encendió un cigarro. Su cabeza voló hasta la isla. Pensó en Anabel. Recordó su cara de pasmo cuando le dijo que venía a Madrid a buscar a Carlos, y también recordó su vientre abultado a punto de dar a luz a su hijo. Lo que hacían no era lógico ni razonable y pocas veces pensaban en su propia supervivencia. Eva tenía razón, pensó, hacía tiempo que habían dejado de ser gente normal.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos esperar?

—Vienen más a cada instante. El frío y la nieve los retrasa, pero está claro que nos han oído —contestó Eva.

—Estas verjas no aguantarán mucho. El búnker es inexpugnable, pero si los infectados entran en el recinto jamás podremos salir de aquí.

—Tenemos que estar preparados.

Eva no se refería solo al hecho de salir del recinto del palacio, sino también al de abandonar a Carlos definitivamente.

—¿Dónde puede estar? —musitó de pronto Julián, adivinando sus pensamientos.

—¿Te he hablado alguna vez de mi amiga Claudia?

—¿La técnica de laboratorio maciza del turno de tarde?

—Esa misma. Una vez fuimos juntas a la fiesta de unos amigos. Tenían una casa enorme en la sierra y fue mucha gente. A la hora de irnos, sería ya de madrugada, Claudia no aparecía. La buscamos por toda la casa, incluso recorrimos los alrededores, pero nada. Estábamos a punto de llamar a la guardia civil cuando de pronto escuchamos unos ronquidos que provenían de una habitación. Era el cuarto de los niños, que aquel día habían colocado con los abuelos. El caso es que ya lo habíamos registrado y nos extrañó muchísimo. Pero allí estaba, durmiendo plácidamente en la cama, bajo un montón de muñecos de peluche.

—Vaya, ¿quieres decir que Carlos puede estar cerca? ¿Oculto por Mickey, Pluto, el pato Lucas, un oso amoroso, la ballena cantarina, la cebrilla mimosa y el ciervo besucón?

—Julián, a veces te pegaría un tiro.

25. CHENCHO

Tardamos bastante en desandar el camino de vuelta. Sor Teresa insistió en rezar unas oraciones cada vez que nos encontrábamos con algún infectado de los que había matado.

—Hermana, las almas de estos infelices hace tiempo que ya dejaron sus cuerpos —dije en la primera ocasión que lo hizo.

—No es por la de ellos por quién rezo, es por la suya —contestó.

No volví a abrir la boca.

Hunter esperaba con los niños. Los tenía sentados en el suelo, en perfecto orden y en silencio. Al vernos aparecer se produjo un pequeño revuelo hasta que finalmente se levantaron y fueron a abrazar a la monja. Todos menos el más pequeño. Chencho, con su osito de peluche en la mano, vino directo a mí con su andar torpe e inestable.

—«Oma, pa tu hijo» —dijo con su lengua de trapo.

Cogí el peluche viejo y manoseado (al que le faltaba una pata y una oreja) como si fuese un delicado jarrón de cristal.

—Gracias, es muy bonito, pero prefiero que lo tengas tú.

—«Ta bien».

Me agaché y le di un beso.

—Umm, pica —dijo molesto por mi barba de tres días. Se dio la vuelta con el peluche entre los brazos y buscó un lugar donde sentarse.

El resto revoloteó un rato alrededor de sor Teresa y poco a poco terminaron disipándose. Tuve un pensamiento para ese montón de niños de diferentes nacionalidades. Si tenían suerte y llegaban a la isla se criarían en un mundo en el que ya no existirían los países, ni las fronteras, ni los gobiernos. Imaginé a ese puñado de savia nueva creciendo sin la carga absurda de lo distinto; relacionándose y desarrollándose en un lugar en el que ya no importaría dónde hubieras nacido o quiénes fuesen tus padres, y la verdad es que me gustó. Solo quedaba conseguir que llegaran sanos y salvos, algo bastante difícil.

Reanudamos la marcha de una manera espontánea, sin que nadie lo decidiera, como un acto natural. Hunter se puso en cabeza de nuevo, Plano Secuencia se situó en medio de la larga fila, y sor Teresa, el pequeño Chencho (en sus brazos) y yo, cerramos la comitiva. El silencio era absoluto, el ruido de nuestras pisadas era lo único que se escuchaba. Yo encendía de vez en cuando la linterna, comprobaba que nadie nos siguiera y aprovechaba para echar un vistazo a los niños. El hormigón rezumaba humedad y el olor a agua estancada se dejaba notar cada vez más. Atravesamos la plaza de Alonso Martínez y continuamos por Sagasta. El olor a putrefacción fue en aumento y al llegar al colector principal de la glorieta de Bilbao encontramos la explicación: el agua no circulaba. Enfilamos la calle de Carranza

tapándonos las narices. La pierna iba bien, sor Teresa me había dado analgésicos para adormecer a un caballo y además de no sentir dolor me notaba como en una nube.

Quizá fuese por el estado de bienestar inducido o simplemente porque necesitaba hablar de ello, el caso es que después de recorrer un buen trecho sin abrir la boca comencé a hablar sin parar. De Eva, por supuesto.

—La conocí después de que la pandemia llevara casi un mes asolando la tierra.

Quise comenzar por el principio, sin omitir un solo detalle. Yo hablaba bajito y relataba la historia en estricto orden cronológico para no olvidar nada. Me pareció curioso que cuando llegué al momento en el que me enteraba de que Eva andaba con el alférez, sintiera como si esa parte del relato perteneciera a otro, no lo hubiera vivido yo, fuese irreal. Sor Teresa escuchó mi historia sin intervenir, igual que haría un buen psicólogo, y solo habló cuando la di por finalizada.

—Una historia increíble. ¿Por qué me la cuenta ahora?

—Bueno, es una manera de pasar el rato.

—No sea cínico.

Lo era. Lo son todos aquellos que temen expresar sus sentimientos y para protegerse no dudan en mentir y en argumentar con desvergüenza, incluso menospreciando la capacidad intelectual de su interlocutor. Hubiera preferido ser irónico, pero no me salió. Callé hasta que sor Teresa puso el dedo en la llaga.

—Hay algo que no cuadra en su relato. ¿Dice que se marchó de la isla sin hablar con ella?

—Así es.

—¿Alguien capaz de hacer lo que ha hecho usted hace un rato, sintió miedo de hablar con la mujer a la que ama?

—No había nada que decir. Llegado el momento hay que saber quitarse del medio.

—¿Sin esperar una explicación?

—Estuvo bien mientras duró, pero ella no era para mí. Solo la necesidad nos unió, este puto *apocalipsis*.

Sor Teresa me agarró del brazo y me detuvo. No podía verla aunque intuía que tendría el rostro girado, buscando mi mirada en la oscuridad.

—No conozco a Eva, pero creo que usted tampoco.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tal vez tenga razón y en otras circunstancias nunca hubieran terminado juntos, eso no importa. El asunto es que lo hicieron. Y después de escuchar su historia no hay que ser un genio para saber que ella lo ama.

—Sí, eso pensaba yo también.

—Debió hablar con ella y no salir huyendo. Su relación se merecía otro final más digno, más... valiente.

Me quedé sin habla. Aquella religiosa había dado en el clavo, sin duda. Me había puesto delante, sin tapujos, el motivo que me torturaba desde el momento en que salí

de Cala Rata: el temor a enfrentarme a sus hermosos ojos verdes, a escuchar de sus labios que ya no me quería; mi cobardía, en definitiva.

—Sigamos andando —dije tirando suavemente de su brazo.

—Qué absurdo. Tal vez no tenga la ocasión de volver a hablar con ella nunca más —su voz se endureció, parecía enfadada. Hablaba la mujer y no la monja y yo la entendí perfectamente—. ¿Lo ha pensado?

—A cada minuto —contesté en tono de confesión.

Recorrimos Alberto Aguilera en silencio. Me había desahogado y la terapia descarnada aplicada por aquella inteligente mujer me había sentado muy bien a pesar de todo. Ahora sabía lo que deseaba: volver a hablar con Eva, tenerla de nuevo delante y luchar por ella. Eso quería, aunque la empresa se presentara más aterradora que enfrentarse a un pelotón de infectados cabreados. Ya en mi cabeza comenzaban a formarse las primeras frases que le diría, cuando nos detuvimos. Plano Secuencia vino corriendo a informarnos.

—Hunter ha visto algo, quiere que vayas a echar un vistazo.

—Yo me quedo con los niños —dijo sor Teresa dejando a un adormilado Chencho en el suelo.

Caminamos ligeros hasta la tenue luz de la palmatoria. Encontramos a Hunter apoyado contra una pared, parecía asustado.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

No contestó. Caminó unos metros por el andén y se paró junto a un remanso donde el agua estaba espesa como alquitrán. Noté frío, la temperatura en esa zona era bastante más baja.

—Allí —indicó señalando con el brazo extendido hacia el oscuro rincón donde la luz no llegaba.

No estaba dispuesto a bajar al agua y cruzar ese río de inmundicias. Encendí la linterna e iluminé desde la distancia. La luz azulada descubrió una pirámide de huesos mondados. Plano Secuencia emitió una especie de sonido gutural. Intentaba hablar.

—¿Qué es eso? —preguntó finalmente.

—Algo que ya he visto antes. No te asustes, pero creo que los *comilones* no pueden estar lejos.

Puse la mano en su hombro, noté cómo temblaba.

Además de huesos y jirones de ropa pude distinguir correajes y botas, muchas botas militares. Recordé algo.

—Hunter, ¿dónde estamos? —pregunté dirigiendo la luz a su rostro.

—Calle de la Princesa —contestó levantando la mano para tapar la luz que hería sus ojos.

—Claro, arriba está el Cuartel General del Ejército del Aire —dije para mí aunque en voz alta—. Tendremos que echar un vistazo antes de seguir avanzando.

Esta vez encabecé la marcha, con la linterna en una mano y la Bastarda en la otra.

Hunter y Plano Secuencia me seguían por el arcén en fila india, callados como tumbas. Pronto descubrí casquillos en el suelo y marcas de disparos en las paredes, también algunos cadáveres momificados de infectados flotando en el agua estancada. Tensos como cuerdas de guitarras avanzamos unos veinte metros, hasta llegar a una zona donde las señales de lucha eran mucho más evidentes. Con cuidado sorteamos los cascotes caídos y los trozos de cemento que, a modo de presa, bloqueaban el cauce del agua. El techo estaba desprendido en zonas y las tuberías colgaban vertiendo agua. Sin duda allí se habían empleado explosivos, quizá granadas de mano o proyectiles de 40 mm. No era difícil adivinar lo que debieron de pasar aquellos pobres soldados que intentaron aguantar allí abajo, luchando contra los infectados, atrayendo a más con sus disparos, combatiendo contra sus propios compañeros a medida que estos se transformaban. Tal vez trataron de bloquear el camino con los explosivos, evidentemente no lo consiguieron. Me pareció percibir luz unos metros más adelante. Apagué la linterna y le pedí a Hunter que hiciera lo mismo con su palmatoria de aceite de rata.

Aunque tenue, una luz iluminaba un trecho del camino cubierto de cascotes. Guardé la linterna en el bolsillo y agarré la Bastarda con ambas manos.

—Vamos —susurré.

Descubrimos un agujero en el techo, de bordes irregulares, por donde se colaba la luz de luna reflejada en un cielo cubierto por completo de nubes.

—¡Nieve! —dijo Plano Secuencia a mi espalda.

Por aquel agujero, además de luz, se colaban copos de nieve que se acumulaban en el suelo. La explosión debió de ser tremenda porque desplomó más de tres metros de techo hasta comunicar el túnel con la superficie. Miré con detenimiento. No vi huellas en el suelo y eso me tranquilizó un poco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Plano Secuencia.

Disfrutaba parado bajo aquella abertura, con la visión del cielo, agradeciendo cada copo de nieve que caía en mi cara.

—Sigamos un poco más —dije finalmente.

Caminamos a oscuras, pisando con sumo cuidado de no hacer ruido. Quise convencerme de que los *comilones* quizá se hubieran largado o estuvieran todos muertos, pero la experiencia me decía que pronto tendríamos noticias de ellos.

Y así fue.

A unos diez metros del agujero escuché algo. Me detuve en seco y puse la mano en la boca de Plano Secuencia. Hunter solo hablaba cuando se le preguntaba, con él no había problema. Agucé el oído. Confirmé un sonido rasposo e intermitente que me era muy conocido. No había duda, frente a nosotros había infectados llenando de aire sus pulmones mutantes.

Saqué la linterna y apunté al techo. Era un riesgo, pero necesitaba confirmar mis sospechas y determinar el alcance del problema. Con un rápido destello de luz reflejada vi lo suficiente, el problema era enorme. Apiñados como viajeros del metro

en hora punta, con los brazos caídos y las cabezas vencidas sobre sus pechos; cerúleos, quietos, como en letargo, un gran número de infectados ocupaban el túnel hasta donde la luz llegó. Estaba claro que allí abajo no podían detectarnos, de no haber sido así haría rato que estaríamos dando vueltas por las tripas de esas bestias.

Reculamos con la respiración contenida. Pasamos de nuevo por debajo del agujero abierto en el techo, aunque esta vez no me detuve. No desvié la mirada hacia arriba. Ni siquiera noté la nieve cayendo, los tenía de corbata. No me atreví a hablar hasta que no llegamos al montón de huesos.

—Por ahí no podemos seguir.

—Joder, ya te digo ¿Cuántos habría, cincuenta, sesenta? —musitó Plano Secuencia.

—Quizá más —respondí mientras enfundaba la Bastarda—. Hunter, ¿qué alternativas tenemos?

—Retroceder —sentenció lacónico.

—¿No hay otra posibilidad?

—Quizá podamos tomar algún colector secundario, pero lo más probable es que esté inundado, ya has visto todo esa agua retenida —contestó Plano Secuencia.

—Ya —dije intentando pensar—. Volvamos con los niños —resolví finalmente sin haber encontrado una solución.

Pusimos a sor Teresa al corriente de la situación y luego, Plano Secuencia y yo comenzamos a darle vueltas al asunto intentando hallar una solución. Hunter no participó, se mantuvo alejado del grupo como si con él no fuese la cosa.

Enfrentarnos a semejante cantidad de *comilones* estaba descartado, por lo tanto no quedaban muchas opciones. La más lógica sería volver sobre nuestros pasos hasta la plaza de Colón y buscar una ruta alternativa evitando los colectores secundarios, pero eso suponía andar unos ocho kilómetros más en el mejor de los casos, y siempre y cuando no encontráramos más infectados ni zonas cortadas. Tardaríamos unas cinco o seis horas en llegar. Para entonces sería demasiado tarde para salir, habría amanecido y sería necesario esperar a que anocheciera de nuevo para intentar alcanzar el Palacio de la Moncloa. Era una putada, pero no se nos ocurría nada mejor.

Sor Teresa no dijo nada hasta que Plano Secuencia y yo concluimos que a pesar del retraso que supondría buscar un nuevo camino, era la única solución.

—Mirad a los niños, llevan toda la noche andando. Están cansados y hambrientos.

—¿Y qué podemos hacer? —dije.

—¿A qué distancia estamos del búnker ese? —preguntó.

—Si pudiéramos continuar por el túnel, a kilómetro y medio. Pero eso es imposible —respondí.

—¿Y si lo hacemos por la superficie?

—¡Sería una locura! —se apresuró a contestar Plano Secuencia.

—Quizá no —dije vislumbrando una posibilidad en la que no había pensado—. Los *comilones* se ralentizan de noche y el frío los habrá paralizado aún más. Además

últimamente se mueven en grupos —pensaba y hablaba al mismo tiempo—. Creo que sería posible. ¿Hay algún pozo de inspección cercano?

—Junto al montón de huesos había uno —respondió Plano Secuencia sin mucha convicción.

—Bien, pues entonces vamos y echemos un vistazo —resolví.

Fuimos muy despacio, procurando no hacer ruido. Nos detuvimos junto al pozo de inspección, la cámara vertical por donde se accede a las alcantarillas. Suelen estar cerca de la superficie, disponen de peldaños metálicos para subir y bajar y una tapa circular de hierro colado en la superficie. Pensé que tal vez no fuera necesario tener que recorrer toda la distancia que nos quedaba por la superficie, que podríamos salir por el pozo, salvar la zona donde estaban los infectados y volver a entrar por otro más adelante para continuar viaje por las alcantarillas. Trepé por los peldaños, empujé la pesada tapa y me asomé al exterior, entonces corroboré que eso sería imposible.

Un aire gélido cargado de copos de nieve me golpeó el rostro. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, veían perfectamente bajo esa luz de luna tan intensa. Miré en todas direcciones. No vi *comilones* y eso fue un alivio; solo había nieve por todas partes, un manto de nieve virgen que cubría el suelo con una capa de más de cinco centímetros. Sería más fácil encontrar una aguja en un pajar que una tapa de alcantarilla, definitivamente tendríamos que caminar por la superficie. Terminé de salir y permanecí de pie, disfrutando de aquella visión mágica. Las nevadas en las ciudades no eran como en el campo. Los coches eliminaban la nieve de la calzada, la ensuciaban y la teñían de gris. Los cientos de personas circulando por las aceras la pisoteaban, rompían su frágil belleza. Eso era antes, ahora, con los edificios sumidos en las sombras, la ciudad se había convertido en un páramo desolado, enigmático y de una belleza hipnótica. Caminé unos pasos por el centro de la ancha calle de la Princesa. Los coches apenas se distinguían, solo eran bultos absurdos. Hasta donde me alcanzaba la vista no observé movimiento, todo estaba tranquilo. Bajé los peldaños con la canalla esperanza dibujándome una sonrisa.

—Todo despejado, aunque hay mucha nieve y hace un frío de cojones —musité.

—Entonces, ¿vamos a salir? —preguntó Plano Secuencia con la voz entrecortada.

—¿Cree que se puede hacer? —añadió sor Teresa.

—Si andamos rápido, evitamos acercarnos a los edificios y tenemos suerte, quizá lo logremos.

—Bien, entonces adelante —sentenció sor Teresa.

Encendí la linterna y revisé la ropa y el calzado de los niños. No iban muy abrigados, pero podrían aguantar. El problema era que dos de ellos llevaban unas finas zapatillas de tela medio rotas.

Vací mi mochila, la corté por la mitad con la Bastarda y confeccioné unos patucos. La tela impermeable al menos les mantendría secos los pies.

Sor Teresa se afanaba con diligencia, pero con delicadeza y extremo cariño, en abrochar las chaquetas de los niños y en disponerlos para el viaje exterior. Cuando

terminaba de apanar a un niño lo besaba con intensidad en ambos carrillos y pasaba al siguiente. Me fije en sus zapatos, unos mocasines negros que perdería enterrados en la nieve a la primera de cambio.

—Dame tu mochila —ordené a Plano Secuencia.

—¿Mi mochila?

—Sí. Trae.

Le ayudé a quitársela y la vacié en el suelo sin muchos miramientos, aunque procurando no hacer ruido. Entre la infinidad de trastos y cachivaches que salieron reconocí algo.

—¿Qué cojones hace esto aquí?

—Ah, eso. Lo cogí del helicóptero. Lo había olvidado —respondió como un niño cogido en falta.

—¡La madre que te parió! ¿Tenías unas gafas de visión nocturna y hemos estado pasándolas putas caminando a oscuras por estos jodidos túneles?

—No... me acordé —titubeó.

—Lo siento hermana —dije al notar que algunos niños me observaban sorprendidos por mi lenguaje. Sor Teresa ni me miró, hizo un gesto con la mano como diciendo «no hay problema» y continuó con lo suyo.

Guardé las gafas de visión nocturna en el bolsillo lateral del pantalón y luego me esmeré en que los pies de la monja quedaran protegidos lo mejor posible.

—Bueno, esto ya está —dije dando una palmadita en su pantorrilla cuando terminé de atar el último patuco. Inmediatamente me arrepentí.

—Parezco un pato —dijo.

Me quité la cazadora de cuero y se la di. Se helaría de frío arriba, solo vestía una camisa y una rebeca de punto muy fina. Yo llevaba una sudadera de algodón de manga larga y un chaleco militar lleno de bolsillos que esperaba fueran suficientes para mantenerme caliente.

—No es necesario —replicó intentando rechazarla.

—Póngasela.

La cogió de mala gana y se la puso.

Reuní a todos cerca de la escalera.

—Hunter y tú saldréis primero —dije dirigiéndome a Plano Secuencia—. Sor Teresa y yo esperaremos hasta que suban todos los niños. Nos reuniremos arriba. Estad con cien ojos.

—Bien —contestó el muchacho y comenzó a subir.

—Yo me quedo.

—¿Cómo? —pregunté.

—Yo me quedo —repitió Hunter mecánicamente.

—Qué dices hombre, ¿por qué te vas a quedar aquí solo?

—Adiós —respondió y echó a andar en la dirección por la que habíamos venido.

—¿Qué hace? —preguntó sor Teresa.

—Ni idea —dije y fui en su busca. Plano Secuencia me agarró del brazo y me detuvo.

—Dejémosle ir —musitó en un tono que me sorprendió.

—Pero aquí abajo, solo... No es vida. Hay que convencerlo —intervino sor Teresa.

—Su mente está tranquila en este mundo subterráneo. A su manera es feliz —concluyó el muchacho y no tuvimos nada más que añadir.

Subir a treinta y dos niños nos llevó su tiempo, pero por fin habíamos terminado. Esperé pacientemente a que sor Teresa subiera. La vi desaparecer por el agujero y comencé a ascender deseando dejar de una puñetera vez el inframundo. Iba a mitad de camino cuando el rostro de la monja se asomó por el hueco circular de la alcantarilla.

—¡Chencho no está! —dijo elevando la voz sin poder ocultar su nerviosismo.

—¿Está segura? —pregunté.

—Sí —contestó al tiempo que volvía a bajar.

Plano Secuencia se quedó arriba mientras que sor Teresa y yo lo buscamos como locos. No podíamos llamarlo a gritos, eso hubiera alertado a los infectados. Ayudado por las gafas de visión nocturna recorrimos los túneles cercanos. Íbamos y veníamos por ellos sin resultado, el pequeño no aparecía. Sor Teresa me seguía agarrada a mi hombro, llamándolo en susurros.

Solo quedaba un lugar donde mirar.

Extremando la precaución fuimos hacia la zona del agujero en el techo. No estaba, sin embargo unas diminutas huellas en la nieve caída me indicaron que el pequeño había pasado por ahí. Tragué saliva y, acercando mi boca al oído de la monja, me atreví a darle la mala noticia.

—Ha ido por ahí, hacia los infectados.

—¡Dios mío! —musitó—. Pobre Chencho.

Noté cómo la presión de su mano sobre mi hombro se intensificaba durante unos segundos para después disminuir hasta hacerse casi inapreciable. Había entendido lo que eso significaba. Permanecí quieto, atento a cualquier sonido. Sor Teresa seguía a mi lado, sin retirar su mano de mi hombro. Me giré y busqué su cara, la cogí entre mis manos y la miré. Un par de lágrimas resbalaban por sus mejillas y dejaban un rastro brillante mientras lo hacían. Respiré hondo.

—Voy a echar un vistazo, espere aquí —dije en un nivel mínimo.

Abrió mucho los ojos y movió la cabeza de lado a lado. En sus labios se dibujó la palabra «no», aunque nunca salió.

Saqué la Bastarda y me dirigí hacia ellos. No tardé en verlos. Me detuve muy cerca, si alargaban la mano podrían tocarme. Pude observarlos bien: su piel tensa y transparente, su respiración sincopada y sus movimientos de insectos aletargados. Bajo la luz verdosa de las gafas la visión fue aterradora. No había rastro de Chencho. Tuve una intuición y me agaché muy despacio hasta quedar en cuclillas. A través del

bosque de piernas lo vi. Caminaba despacio, con su oso agarrado, tanteando con su manita, perdido. Los infectados se revolvían al notar su tacto. Arañaban el aire en busca de una presa y volvían a quedar aletargados cuando no la encontraban. Solo era cuestión de tiempo que algún *comilón* diera con él, y entonces ya no habría nada que hacer. No podía llamarlo, e ir a por él sería una locura, una más.

Enfundé la Bastarda y saqué la pistola, ya no había lugar para las sutilezas. Gateé por un lateral procurando evitar rozar a esas bestias. El hedor era nauseabundo. Era casi imposible no tocarlos, estaban demasiado juntos. Al hacerlo les notaba revolverse y gruñir. Recorrí cuatro o cinco metros zigzagueando, intentando encontrar el mejor itinerario que me llevara hasta el niño. Por fin lo tuve al alcance de la mano. Vi su carita asustada y sus ojos perdidos intentando ver en la oscuridad. Gimoteaba y hacía pucheros constantemente, ajeno a los zarpazos que pasaban a pocos centímetros de su cabeza. Alargué la mano hasta tocar la suya; al notarla, enseguida se cerró en torno a mi pulgar con mucha fuerza y una sonrisa se dibujó en su rostro. No digas nada pequeño, pensé, por lo que más quieras. Había llegado el momento más delicado. Lo atraje hacia mí con delicadeza. Cuando lo tuve cerca lo sujeté por la cintura y giré en redondo. Mi pie derecho tropezó con la pierna de un infectado y este lanzó un alarido. Me quedé quieto, abrazado al niño, viendo cómo la bestia hacía aspavientos y echaba espumarajos por la boca. Acaricié la carita del niño para tranquilizarlo mientras le apuntaba con la pistola. No dejaría que se lo comieran vivo, una bala para él y otra para mí, ese era el plan. El *comilón* pareció calmarse y pudimos reanudar la marcha. El suelo estaba seco y lleno de piedras que se me clavaban en las rodillas, la pierna volvía a dolerme. Ya estábamos cerca, unos cuantos infectados más y estaríamos fuera. Chenchó caminaba a mi lado, milagrosamente en silencio, parecía tranquilo. Había soltado mi dedo y ahora jugueteaba con mi pelo y me acariciaba la cara. De pronto retiró la mano y soltó un gritito de alegría.

—*Umm, pica... ¡Garlos!* —dijo en voz alta, con su lengua de trapo. Y comenzó a reír de alegría.

Sus carcajadas resonaron en el túnel y tuvieron el efecto de un interruptor en la mente de los infectados, un interruptor que los activaba. En décimas de segundo aquello se transformó en el infierno. Las bestias gruñían y lanzaban alaridos chocando entre ellas, buscando el origen de aquella voz, el sonido de la carne humana. Tenía que actuar y hacerlo rápido. Cogí al pequeño con mi brazo izquierdo y me incorporé. Un infectado me agarró del pecho. Levanté la pistola y le volé la cabeza. Al desplomarse dejó un hueco por el que avanzamos. Manos imprecisas rozaban mi cuerpo y un montón de bocas sedientas de sangre expelían su putrefacto aliento cerca de mi cara. Disparaba y empujaba en una carrera a vida o muerte. Contaba los disparos, reservaría dos.

No sé cómo, pero salimos por fin.

Corrí sin mirar atrás, con el pequeño colgado a mi costado. Unos metros por delante vi la figura de sor Teresa. La imagen verdosa y la figura blanquecina. No

esperé a estar cerca y la grité.

—¡Corra! ¡Corra hacia la escalera!

Al llegar al recodo volví la cabeza. Necesitaba saber cuántos nos seguían y el margen que tenía. Calculé que entre diez y doce habían encontrado nuestro rastro y los teníamos muy cerca; el resto parecían una jauría de perros salvajes, un amasijo de cuerpos pugnando por encontrar a su presa. Esos no me preocupaban, el problema eran los otros, los que venían echando espumarajos por la boca soñando con llenar sus estómagos con nuestra carne. Unos eran más rápidos que otros, como siempre. Necesitaba eliminar a los plusmarquistas o nunca llegaríamos a la escalera. No quería soltar al pequeño y, con una sola mano y las gafas de visión nocturna, apuntar con garantías era toda una proeza. Las detonaciones me deslumbraban y me costaba saber si había acertado o no. Contaba los disparos. Reanudé la marcha cuando me quedaban dos balas. No podía recargar sin soltar al niño. Eché un último vistazo, solo había acabado con cuatro; seis continuaban la caza.

Sor Teresa esperaba a los pies de la escalera.

—¡Suba, vamos, suba!

No me hizo caso, esperó con la luz de su linterna oscilando contra el techo, como un faro que guiara un barco en una tormenta. Las pisadas resonaban a mi espalda, estaban cerca. No tendríamos tiempo de subir antes de que nos alcanzaran.

—¡Dios mío, Chencho! Lo ha encontrado —dijo cuando llegué junto a ella.

—¡Rápido! Salgamos de una maldita vez.

El pequeño no dejaba de llorar. Sor Teresa se agarró a los peldaños y comenzó a subir, los infectados habían doblado la esquina y estaban a menos de cinco metros. Necesitaba soltar al niño si quería recargar o sacar la Bastarda, y para ello era imprescindible que sor Teresa subiera lo suficiente antes de poder pasárselo.

El tono blanco llenó el visor, la masa de cuerpos infectos lo ocupaba casi por completo. Los tenía encima.

—Deme al niño —oí decir a sor Teresa que alargaba una mano hacia mí.

No me salían los cálculos. Si me volvía para izar al pequeño los *comilones* me cogerían mientras lo hacía, y si lo soltaba para defenderme corría el peligro de que volviera a perderse o se lo comieran. Un difícil dilema que tuve que resolver en décimas de segundo.

Enfundé la pistola, me giré y levanté al niño con ambos brazos. Lo sostuve en alto mientras esperaba a que sor Teresa lo cogiera. La suerte estaba echada. Escuché fuertes pisadas a mi espalda y un gruñido que exhaló un vapor putrefacto. Luego noté unas manos que me agarraban por el cuello. Sus dedos se clavaron en la carne y me cortaron la respiración. Dejé de oír sus gruñidos, el *comilón* se preparaba para asestarme una dentellada. Cogí impulso y lancé un cabezazo hacia atrás. Debí acertarle de lleno porque escuché un sonido seco, como si le hubiera roto el tabique nasal, algo que hubiera detenido a cualquiera. Pero no tenía a cualquiera a mi espalda. Por fin sentí que el peso del pequeño pasaba a los brazos de sor Teresa; ya podía

disponer de mis brazos para defenderme, aunque era demasiado tarde.

El infectado lanzó una dentellada que se clavó profundamente en mi hombro derecho, el dolor fue insoportable.

Extasiado con el sabor a humano aflojó sus manos y pude zafarme dándole un fuerte empujón antes de que se llevara un trozo de mi carne entre sus dientes. Quedé durante unos segundos frente a frente con la bestia. En verde claro, casi amarillo, su horrible rostro; en verde oscuro, casi negro, la sangre que salía de su boca. Mi sangre.

Saqué la pistola y apunté a mi cabeza. Entonces oí la voz de sor Teresa que me llamaba desde la calle, «Carlos, Carlos», decía. Volví el arma contra aquel rostro infecto y le volé la tapa de los sesos.

Otras figuras corrían hacia mí, dispuestas a terminar lo que el otro había empezado. Cuando llegaron solo pudieron acariciar mis botas mientras subía por la escalera de peldaños adosados a la pared.

Al asomar por la boca de la alcantarilla el aire frío me golpeó en la cara. Me quité las gafas de visión nocturna y me desplomé en el suelo. Quedé tumbado boca arriba, respirando hondo, llenando mis pulmones con glotonería.

—¡Dios mío! ¡No! —escuché decir a sor Teresa mientras se arrodillaba a mi lado.

De mi hombro manaba una sangre todavía humana que estampó en la nieve el sello hacia el infierno.

26. OCHO HORAS

Me senté en la nieve y me llevé la mano a la herida del hombro. Imaginé al *Fubarbundy* actuando, la ponzoña circulando por mis venas, llegando al hígado, a los riñones, al corazón; infectando todo mi organismo.

Busqué con la mirada. Los niños y Plano Secuencia esperaban refugiados bajo la parada de un autobús.

—Vende la herida, no quiero que el muchacho la vea.

Sor Teresa sacó un frasco de desinfectante de su bolsa.

—Eso ya no será necesario. Solo consiga que deje de sangrar. Tenga cuidado, póngase guantes.

Oí sorber mocos, estaba llorando. Chencho esperaba junto a nosotros, de pie, abrazado a su oso de peluche.

—Si no me hubiese dejado su chaqueta... —dijo entre sollozos contenidos.

Y me vino a la cabeza la imagen de la cota de malla olvidada en Cala Rata, y detrás de ella cientos de imágenes más, miles, en una sucesión interminable e inconexa. Saber que uno va a morir algún día es algo con lo que los humanos nacemos y para lo que nos preparamos toda la vida. Tener la certeza de que nos quedan unas pocas horas para hacerlo es terriblemente duro. Saber además que desapareceremos de este mundo para dejar paso a una bestia es imposible de asimilar. Por eso permanecí en silencio mientras sor Teresa terminaba, porque estaba paralizado por el terror.

Vi cómo Plano Secuencia dejaba el resguardo de la parada de autobús y se acercaba con los niños. Sor Teresa terminó justo cuando llegaron. Respiré hondo, me recompuse como pude y me levanté del suelo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó al ver el vendaje improvisado que asomaba por el cuello de la sudadera.

—Un hierro —contesté rápidamente.

—Vaya. Bueno, ya estamos todos —dijo echándose aliento caliente en las manos.

Probé mi brazo derecho. Lo giré como un molinillo y lo doblé en todas las direcciones posibles. Me dolía, pero funcionaba perfectamente, el mordisco no había afectado a tendones ni a vasos importantes. Saqué la pistola, puse otro cargador y volví a guardarla.

—Sor Teresa y yo iremos delante. Tú irás el último, detrás de los niños. Procura que vayan bien juntos, tendrán menos frío y los controlarás mejor. Iremos por el centro de la carretera. No los vemos, pero hay miles de infectados detrás de las ventanas de esos edificios. No os acerquéis a los coches. Los ojos muy abiertos. Vigila la retaguardia especialmente y cualquier cosa que veas avísame. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien, entonces en marcha. Debemos darnos prisa, no queda mucho para que amanezca.

Sor Teresa tomó en brazos al pequeño Chenchó y me acompañó unos metros por delante, a la cabeza de la comitiva. La nevada parecía intensificarse y el viento también. Solo se escuchaban nuestras pisadas rompiendo la nieve virgen y hundiéndose profundamente. La luna iluminaba lo suficiente para caminar con seguridad y distinguir una ciudad de una belleza inquietante. Íbamos al descubierto. Treinta y dos niños, una monja, un muchacho y un moribundo; en mitad de un mundo lleno de depredadores, con un destino incierto sin muchas garantías de éxito, y sin un plan B.

Mi última aventura se presentaba complicada.

Llegamos a la plaza de la Moncloa sin incidentes y tomamos la avenida Arcos de la Frontera. A partir de allí no tendríamos que preocuparnos de los edificios cercanos, pero su ausencia haría que el aire soplara con más fuerza. Mi cabeza era una olla a punto de estallar. Agradecí el frío y los copos en la cara, el sonido de la nieve bajo mis pies..., cualquier cosa que me recordara que aún seguía vivo.

—¿Qué piensa? —preguntó de pronto sor Teresa. Era la primera vez que hablaba desde que nos pusimos en marcha. Me pilló desprevenido, inmerso en un torbellino de imágenes tortuosas.

—Qué quiere que piense, estoy jodido, tremendamente jodido —contesté con brusquedad.

—Lo siento. Solo quería saber cómo encara la muerte alguien como usted.

—¿Alguien como yo?

—Alguien que no cree en Dios.

—No veo una luz celestial, ni angelitos que me indiquen el camino al cielo. Solo imagino el momento en que mi carne se pudra y desaparezca para siempre de este mundo de mierda. El final es el final. Igual de putada para un creyente que para uno que no lo es —relajé mi lenguaje, no me quedaban ganas de mantener el protocolo—. ¿O es que va a decirme que ha conocido a alguien que se haya ido de este mundo contento?

—Contentos no, pero sí en paz.

—Vaya, eso es un consuelo. Seguro que lo harán con una sonrisa en los labios.

—Debe ser muy duro afrontar la muerte solo, creyendo que después no hay nada más. Se requiere mucho valor para no hundirse, a eso me refería.

Me arrepentí de haber sido tan brusco. Aquella mujer era una religiosa que merecía respeto. No era una santurróna o uno de esos curas u obispos que predicaban una cosa y hacían la contraria. Ella era un ser humano que valía la pena. Pensé por un instante en su pregunta y entendí su fondo.

—Siento miedo, mucho miedo. No tengo fe hermana, pero crea que en estos momentos me gustaría tenerla.

—Usted es un hombre bueno, Dios lo entenderá.

—Dios parece un poco ocupado acabando con los humanos. No creo que la muerte de un pobre pecador más le preocupe demasiado o no hubiera dejado que esa bestia me infectara.

—Tendrá sus razones.

—Ya, claro. Agradezco sus palabras, aunque no hacen que me sienta mejor, la verdad.

—No es fácil entender sus motivos.

—Hermana, por favor. Ahórrese el sermón sobre que «*los designios del Señor son inescrutables*».

—A veces yo también tengo dudas.

—Sí, no me extraña. El ambiente general actual debe favorecerlas —dije y abrí los brazos intentando abarcar el mundo entero.

—Rezaré por usted.

—Está bien hermana, hágalo. No hay mucho más que se pueda hacer por mí. Hablábamos bajito, en tono de confesión, o al menos a mí así me lo parecía.

—¿Cuánto tiempo le queda?

—La última transformación de la que tengo constancia se produjo en ocho horas.

—Ocho horas —repitió.

—Incluido el tiempo que el sujeto permaneció en coma. Espero que logremos llegar antes de que se produzca.

—¿Nadie ha sobrevivido a un mordisco?

—No. El virus es letal cuando entra directamente en sangre.

—No se puede hacer nada —dijo, más en tono de afirmación que de pregunta.

—Solo una cosa. Llegado el momento me encargaré yo —concluí dando unos golpecitos en mi pistola.

Sor Teresa se detuvo en seco y me agarró del brazo con fuerza. Me miró con intensidad. Sus ojos entornados trasmitían una convicción que pugnaba por imponerse a sus lágrimas.

—Prométame que no lo hará.

—Ya, ¿y quién acabará conmigo cuando despierte del coma convertido en uno de esos seres? ¿Será usted capaz de meterme una bala en la cabeza, o lo hará el muchacho?

—No lo sé —gimoteó.

—¿Dejará que mate a sus niños? ¿Que los despedace y me los coma? Porque eso es exactamente lo que hacen los infectados.

—¡No lo sé, no lo sé! —repitió levantando la voz y llorando abiertamente.

Me coloqué las gafas de visión nocturna para dejar de mirarla y eché a andar.

—Sigamos, quedan menos de tres horas para que amanezca.

Dejamos atrás el Faro de Moncloa. Podría haber sido un buen sitio para refugiarse en caso de necesidad, pero para poder utilizarlo hubiera tenido que inspeccionarlo y asegurarlo, y eso me habría llevado un tiempo del que no disponíamos. Estábamos

teniendo suerte dentro de lo que cabía, aún no nos habíamos encontrado con ningún *comilón*. Afortunadamente el frío y ese nuevo comportamiento, que los llevaba a permanecer y moverse en grupos, nos estaban librando de ellos. Todo cambiaría cuando amaneciera y la luz los activara. Entonces estaríamos perdidos si no nos encontrábamos en un lugar seguro.

Llegamos a una zona rodeada de árboles y todo fueron sombras siniestras. Inconscientemente aceleré la marcha. Miré atrás, les había sacado varios metros de ventaja. La triste comitiva no podía seguir la marcha de un cojo moribundo. Esperé a que me alcanzaran.

Evitamos pasar por el subterráneo que discurría bajo la plaza del Cardenal Cisneros y continuamos por un lateral. Ya quedaba poco, un kilómetro, tal vez menos. Me levantaba las gafas constantemente. Me fascinaba ese Madrid nevado, vacío, en silencio. En realidad ya no era Madrid. No era una ciudad. Ninguna ciudad del mundo lo era ya. Habían dejado de serlo para convertirse en cementerios sin tumbas donde nadie iría a dejar flores a sus muertos. Me reproché por la funesta metáfora, pero en mi situación qué podía esperar.

De pronto sentí un temblor. Algo parecido a un escalofrío, aunque distinto a los provocados por las bajas temperaturas o el miedo. La primera señal. El virus estaba haciendo su trabajo y lo hacía rápido.

Llegábamos a Ciudad Universitaria, un área repleta de zonas verdes y amplios espacios. Llena de facultades y escuelas superiores, atestada de estudiantes en otro tiempo y ahora completamente vacía. Escudriñé con detenimiento. Enfilamos la avenida Puerta de Hierro y continuamos todo recto hasta destino.

—¿Está dormido? —pregunté a sor Teresa intentando iniciar una conversación intrascendental que echara tierra sobre la anterior.

—Sí —contestó lacónica.

—Deje que lo lleve un rato.

—Bueno —susurró, y me pasó al pequeño Chencho con sumo cuidado.

Toqué su carita, suave como piel de melocotón. Observé sus ojitos fuertemente cerrados y su boca detenida en un mohín delicioso. Me recreé en el placer que sentimos al contemplar el sueño de los otros, en especial de los niños. El hombro me dio una punzada y rompió la magia del momento.

—Voy a ver qué tal están los niños —dijo sor Teresa.

—No tarde, empiezo a sentir un poco de hambre —murmuré intentando arrancar una sonrisa de su cara, aunque fuera a base de una broma macabra. No lo logré.

A solas, con el pequeño dormido en mis brazos, tuve la oportunidad de comprender la fuerza que aportan los hijos a los padres para que sigan adelante; levantándose cada mañana con una sonrisa en los labios y luchando por ellos, por su futuro. El refuerzo que suponen para el día a día de una vida llena de sinsabores, de trabajo ruin y mal pagado; consiguiendo que esos padres antepongan su bienestar al suyo propio. Chencho no era mi hijo, por supuesto, ni ninguno de los treinta y dos

que me seguían, pero me sentía responsable de ellos y, como un prodigio difícil de explicar, me empujaban a continuar, a olvidar mis problemas y luchar hasta el último minuto. No me quedaba mucho tiempo de vida, sin embargo había encontrado un propósito para llenarlo, un potente objetivo.

—Vive para recordarme —susurré, y besé la frente del pequeño.

Cuando sor Teresa volvió parecía preocupada.

—Los niños están helados —dijo.

—Ya queda poco.

—¿Qué tal se encuentra?

—Extraño.

No tenía frío y habían dejado de dolerme las heridas. Me sentía bien a excepción de un leve dolor de cabeza. Era como si mi cuerpo se separara de mi mente por instantes.

El viento arreció y también la nevada. Los dos últimos inviernos después del *apocalipsis* había nevado en Madrid, algo que hacía años que no ocurría; también estaban siendo muy duros y fríos. Sin el hombre influyendo en el clima las cosas volvían a ser como debían, supongo.

—¿Qué haremos cuando lleguemos?

—El recinto está rodeado por una reja, la saltaré e iré al búnker. En su interior debe seguir el técnico que vinimos a buscar, él me ayudará a contactar con la isla — dije como si relatará una aventura en la que el protagonista fuera un superhéroe.

—¿Y nosotros?

—Volveré a buscarles.

—Vale.

—Hay que encontrar un lugar donde puedan esperar.

—¿Y si él ya no está? ¿Y si el búnker está cerrado? —preguntó después de meditar unos instantes.

—No piense en eso.

Andábamos por el centro de la avenida de Puerta de Hierro, por el carril-bus, flanqueados por piezas de hormigón continuo tipo «*New Jersey*», un poco a resguardo. A la izquierda apareció el recinto.

—Por fin —resopló sor Teresa.

El paisaje cerca del Palacio de la Moncloa era un páramo helado. Se dibujaron las vallas, y entre los árboles cubiertos de nieve, observé los edificios que conformaban el complejo.

También vi algo más.

—¡Silencio! ¡Al suelo!

Entregué a sor Teresa al pequeño Chenchó, que dormía ajeno a todo, y recorrí el grupo hasta que llegué a Plano Secuencia. Con gestos indiqué que se agacharan y ocultaran tras las piezas de hormigón. No hablé, solo me aseguré de que estuvieran a cubierto y que permanecieran en silencio; para ello coloqué el dedo índice cruzando

mis labios, un gesto universal que entendía hasta el niño más pequeño. Luego volví.

—¿Qué pasa? —se atrevió a susurrar sor Teresa.

Me quité las gafas de visión nocturna y se las pasé. Me asomé unos centímetros por encima de la barrera de hormigón y señalé con el dedo.

—¡Dios mío! —exclamó casi entre dientes mientras sostenía las gafas con su mano izquierda y apretaba contra su pecho al pequeño Chenchó con la derecha.

Volví a ponerme las gafas y miré de nuevo. Pegada a la valla del recinto una masa compacta de unos quinientos infectados caminaba a buen ritmo en dirección contraria a la nuestra. El viento era lateral y venía de su lado, con un poco de suerte pasaríamos desapercibidos. Vigilé la diabólica procesión hasta que fue desapareciendo unos doscientos metros más atrás, doblando a su derecha, bordeando la valla del recinto del palacio. Quedó algún rezagado que presentaba dificultades para andar. Cuatro en concreto. Seguramente los más viejos o heridos.

El viento cambió de pronto y debió llevar nuestro aroma hasta su pituitaria ultradesarrollada porque de súbito se detuvieron.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar sor Teresa que permanecía medio tumbada junto a mí.

Lentamente los infectados cambiaron de rumbo y se dirigieron hacia nosotros.

—Problemas.

Esperé hasta que el grueso del grupo desapareció por completo, entonces salté la barrera de hormigón y saqué la Bastarda.

—Ahora vuelvo —musité.

Corrí hacia los rezagados con la espada sujeta con ambas manos. A medida que me acercaba y armaba el primer golpe tuve una extraña sensación. Mi visión de los infectados había cambiado, eso era. Una empatía enfermiza se desarrollaba en mi interior y me controlaba. Bajé la espada y esperé en mitad de la carretera nevada. Mi cuerpo se dissociaba de mi mente definitivamente. Los infectados caminaron trabajosamente hacia mí. Tres parecían muy ancianos y al cuarto le faltaba el pie derecho. Eran infectados de segunda, pero igualmente letales. Las silentes sombras llegaron a mi altura y, sin prestarme atención, continuaron su camino directo a los niños. Buscaban carne, carne humana.

Y la mía ya no lo era.

Apreté los dientes hasta que me dolieron las mandíbulas y lloré de rabia. Miré mis piernas y mis brazos como si ya no fuesen míos, como si se tratara de miembros trasplantados de cadáveres putrefactos; con la sensación de ser el monstruo de Frankenstein. Los cuatro infectados llegaron hasta la barrera de hormigón. Titubeaban, pero pronto la salvarían y tendrían su recompensa.

—Malditos —grité entre dientes para que mi cerebro se enterara y obligara a los músculos a obedecer—. Malditos —repetí. Y milagrosamente volví a tomar el control de mi cuerpo.

Ellos no tenían la culpa de ser lo que eran, de haberse convertido en monstruos.

Eran víctimas, como yo. Pero eso, que ahora entendía mejor que nadie, no podía impedir que cumpliera con mi propósito. Levanté la Bastarda y corrí. Corrí hasta ellos como un poseso. Fue fácil acabar con sus miserables vidas. Ninguno se volvió e intentó atacarme. Murieron bajo mis golpes, mansamente. Luego me apoyé en la barrera de hormigón, jadeando, incapaz de controlar los temblores que recorrían mi cuerpo. Miré a los infectados caídos, sus miembros amputados, sus cabezas separadas, su sangre coagulada sobre la nieve, y sentí miedo, un profundo y denso miedo. Sor Teresa asomó la cabeza y me descubrió así, con la mirada fija en la carnicería que había cometido.

—¿Está bien? —preguntó.

—Claro —dije finalmente. Respiré hondo y salté la barrera.

—¿Estamos a salvo?

—De momento.

—¿Sabe adónde iban?

—No estoy seguro, quizá...

De golpe lo entendí. Recordé cuando los infectados atacaron el castillo de Manzanares. Entonces buscaron el punto más débil y concentraron sus fuerzas en él. Sin duda estaban haciendo lo mismo. Una puerta o una zona de vallas más endeble era su objetivo. Se preparaban para entrar en el recinto. Alguien estaba dentro y lo habían olfateado. Y no podía ser ese técnico escondido varias decenas de metros bajo tierra.

—¡Plano Secuencia! —grité sin miramientos.

Una cabeza apareció por encima de la barrera «*New Jersey*» y corrió hacia mí.

—No hay tiempo —dije cuando lo tuve delante—. Necesito que me ayudes a saltar la valla.

Enfundaba la Bastarda cuando lo oí. El sonido era inconfundible, lo había escuchado muchas veces. El ruido de unos potentes motores arrancando y el zumbido de unas aspas monstruosas cortando el aire se transmitió por el éter rompiendo el silencio. Un helicóptero Chinook se estaba poniendo en marcha, y no quedaban muchos en este nuevo mundo.

—¡Corre! ¡Corre! —chillé desesperado y me dirigí a la valla sin esperarle.

El estrépito provenía del interior del recinto y creció según me acercaba. Al llegar a la verja observé una luz lejana, un resplandor que se filtraba a través de los árboles. Trepé por los barrotes apoyando los pies en los travesaños horizontales. Plano Secuencia llegó cuando estaba a mitad de camino. El último tramo era el más complicado, no tenía donde fijar los pies para impulsarme y tuve que esperar a que el muchacho me prestara sus hombros para hacerlo.

—Empuja —grité desesperado intentando alcanzar las puntas de lanza que remataban las verjas.

El ruido aumentó y pareció cambiar de lugar, el helicóptero había despegado. Me quedé paralizado cuando una sombra inmensa con luces de posición nos sobrevoló.

Agarrado a los barrotes de hierro, helado, grité y grité inútilmente.
Habíamos llegado tarde.

27. LA DECISIÓN

En el silencio de la amplia sala de la planta 0 solo se escuchaba el incesante traqueteo que producían unos dedos sobre un teclado. Eva cambiaba sin descanso de cámaras y observaba, en la inmensa pantalla, el exterior del recinto. Todos dormían menos ella. Lo había intentado, pero fue incapaz. Se encontraba demasiado nerviosa y necesitaba mantenerse ocupada, por eso decidió quedarse de guardia. Durante la última hora lo que había visto no le gustó. Grupos cada vez más numerosos llegaban desde distintas direcciones, se concentraban en la entrada principal y, con creciente intensidad, empujaban las puertas de hierro.

—¡Maldita sea! —gritó entre dientes y golpeó la mesa.

Samuel, el técnico informático, le había enseñado a utilizar un programa informático capaz de calcular el número de personas en una concentración. Se diseñó para manifestaciones y protestas populares y, durante la crisis económica, cuando el gobierno asustado quería tenerlo todo controlado, se perfeccionó y se hizo muy preciso. Seleccionó el área de la puerta con la cámara, trazó una línea que contorneó la masa de infectados y tecleó el comando «*contar*». Una serie de cuadrados rojos fueron recorriendo la superficie delimitada y en pocos segundos un mensaje apareció en pantalla: «*Cantidad estimada de individuos ± 11000*». Eva cerró los ojos. Repitió el comando y el resultado fue el mismo. Mil más que la última vez que los contó, hacía tan solo quince minutos. Puso el control de cámaras en automático, se levantó de la silla y fue a prepararse un café, luego se apoyó en una mesa y lo bebió despacio.

Llegó a una conclusión antes de terminarlo: tenían que marcharse.

No podían esperar más. Los infectados pronto serían suficientes para derribar las puertas. Ni siquiera tendrían que esperar al amanecer. Antes, mucho antes, entrarían, tomarían el recinto y entonces nunca podrían salir del búnker. No quería eso para ella, ni para los demás, ni por supuesto para su hijo. Era una decisión dura, pero debía tomarla. Sabía lo que significaba. Si despegaban ya nunca volverían, y abandonarían a Carlos a su suerte.

—Lo siento cariño —musitó dejando la taza vacía sobre la mesa.

Al primero que despertó fue a Julián, que dormía despatarrado sobre el sofá como si se hubiera caído del techo. Le dio una patada en el pie.

—¿Qué pasa? —dijo sobresaltado.

—Arriba, nos vamos.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Los infectados, no creo que tarden mucho en entrar.

—¿Estás segura?

—Sí. Ve a despertar a los demás, tenemos que irnos cagando leches.

En pocos minutos todos estuvieron reunidos alrededor de la pantalla y pudieron

observar el peligro que se les venía encima.

—Joder, hay más del doble que hace una hora —exclamó Escolano.

—Ya os lo dije, teníamos que habernos ido hace horas —intervino Samuel mientras se afanaba en cargar con sus bolsas.

—Tú te callas, cagón de mierda —le espetó Julián.

—Samuel tiene razón, estamos arriesgando mucho —dijo Eva poniendo una mano en el hombro de Julián.

Luna se acercó a Eva y la cogió de la mano.

—Volveremos, ¿verdad? —preguntó sin levantar la mirada del suelo.

—Claro pequeña —respondió Eva—. Seguro que encuentra la manera de comunicarse con nosotros y entonces vendremos a buscarle.

—¿Qué pasa, que es la hora de las mentiras? Dos por una —saltó Julián.

—Tenemos que irnos, ¿no ves lo que está sucediendo fuera? —intervino Escolano.

—Esas puertas aguantarán.

—Nos vamos —sentenció Eva.

—¡Mierda! —gritó Julián dando un manotazo a la cafetera que salió volando hasta chocar contra la pared.

No volvieron a hablar, recogieron sus bolsas y se dirigieron al ascensor en absoluto silencio.

Justo en el momento en que la puerta del ascensor se cerraba, en la gran pantalla, una cámara exterior mostró un grupo de personas que se aproximaban al recinto caminando por el carril central de la avenida Puerta de Hierro. Pero ya no quedaba nadie en la sala para verlo.

Nevaba copiosamente cuando salieron del edificio y el viento enfrió rápidamente sus caras. Eva iba detrás, abrazada a Luna. Caminaban despacio, disputando una lucha interior con cada paso que daban. Al llegar al helicóptero también fueron las últimas en subir. Escolano encendió las luces de posición, puso en marcha los motores y las inmensas aspas cobraron vida provocando un tremendo remolino de nieve y hojas. La máquina prodigiosa se elevó mientras los árboles se sacudían como si fuesen de juguete, y el leviatán finalmente se fue alejando del Palacio de la Moncloa.

Eva, sentada junto a Escolano, miraba a través de la ventanilla con una insistencia enfermiza. Sus ojos escudriñaban sin parpadear un paisaje que era solo una mancha oscura, un lienzo negro de desesperanza.

—Por fin —suspiró Samuel arrellanándose en el asiento.

Luna lo miró con los ojos arrasados en lágrimas. Julián, sentado delante, se volvió como un resorte.

—Chaval, procura no volver a abrir la puta boca en lo que queda de viaje o te juro

que te tiraré del helicóptero.

Escolano fijó el rumbo y el aparato comenzó a tomar velocidad.

28. OJOS ENTORNADOS

Abatido, sin fuerzas, lentamente me dejé caer hasta quedar sentado en la nieve, con la espalda apoyada en la verja. Unos minutos antes, unos segundos tan solo y lo hubieran conseguido.

Me había preparado para remar en solitario en el bote de Caronte por la laguna Estigia hasta las puertas del Averno, sabía que estaba condenado. Pero ahora esos niños lo estaban también. No tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir, ninguna. Todo el cansancio acumulado se reveló de pronto y me dejó sumido en un sopor reconfortante. El mismo que se manifiesta después de una comida copiosa... o justo antes de la muerte.

Plano Secuencia permanecía a mi lado, de pie, siguiendo con la mirada las luces del helicóptero; viendo cómo se alejaba, con la boca abierta.

—*Sin City* —dije de pronto.

—¿Cómo?

—La película de cine negro, la que me preguntaste en el túnel, es *Sin City*.

—Sí, vale, *Sin City* —respondió incómodo—. ¿Ese era nuestro medio para salir de Madrid?

—*Bruce Willis* se sacrifica para salvar a su amada. La escena es de noche, está nevado y él se pega un tiro.

—Carlos, ¿era ese?

—Me temo que sí.

Desenfundé la pistola, quité el seguro al arma, la amartillé y la dejé apoyada entre las piernas. ¿Qué podía hacer? Si continuaba con ellos corrían el riesgo de que me transformara y acabara con todos. No confiaba en que fuesen capaces de apretar el gatillo llegado el momento, y me convertiría en su verdugo. Sería mejor que trataran de volver a las alcantarillas, allí al menos tendrían la oportunidad de vivir un poco más y... quién sabe, confiar en la puta esperanza de nuevo. Intentaba convencerme, ¿qué más podía hacer? Mejor admitirlo. Lo había intentado, pero había fallado, punto. Ahora tocaba apechugar. Unas veces se gana, otras se pierde, y nos tocaba perder. A mí el primero.

Una bala esperaba en la recámara. Mejor no pensar más.

—Está sobrevolando la zona —oí decir al muchacho.

Levanté la cabeza. Sería inútil usar la linterna, a la altura a la que volaban y con la nevada no nos verían; apenas veíamos nosotros sus potentes luces de posición.

—No nos verán —sentenció y cogí el arma. El metal estaba frío. Acaricé el gatillo y cerré los ojos.

—Quizá esto sí —dijo Plano Secuencia.

Abrí los ojos. El muchacho estaba de cuclillas y me mostraba algo en su mano.

—Es una pistola de señales, ¿verdad?

—¿De dónde la has sacado? —rugí cogiéndola y comprobando que estuviera cargada.

—Del helicóptero —contestó bajando la voz, un poco avergonzado.

—¡Joder! Claro que es una pistola de señales. ¿Hay algo más que cogieras del helicóptero y deba saber?

—Creo que no —respondió entornando un poco los ojos, como haciendo memoria.

Me levanté de un salto, le di un abrazo de seis segundos, apunté al cielo con un ángulo de 90° y apreté el gatillo. El disparo sonó como un trueno en el silencio de la ciudad y el proyectil pirotécnico salió del arma dejando un rastro de humo blanco que pronto se convirtió en una bola de luz roja intensísima. Ascendió hasta una altura de unos doscientos metros y luego comenzó a descender lentamente, iluminándolo todo.

—Si no han visto eso es que están ciegos —dijo el muchacho visiblemente emocionado. Yo no estaba tan seguro.

Esperamos mientras la luz rojiza descendía. Siete, tal vez diez segundos tardó en desvanecerse definitivamente, entonces volvió la oscuridad. Estábamos paralizados mirando en la dirección en la que había desaparecido el helicóptero, sin apenas pestañear.

—¡Yuuujuuu! —gritó el muchacho sin poder contener la emoción—. ¡Vuelven!

Una tenue luz se adivinó en el cielo y el creciente sonido de los rotores no dejaba lugar a dudas. El muchacho tenía razón, el helicóptero regresaba.

—¿Tienes más cartuchos?

—Creo que sí —dijo titubeando mientras buscaba en los bolsillos de la chaqueta. Yo esperaba con la pistola abierta.

—Uno más.

—Será suficiente —resolví.

La cargué y busqué un objetivo. Me pareció bien un todoterreno desvencijado que estaba en medio de la avenida. Apunté con cuidado y disparé. El proyectil rompió la ventanilla trasera y estalló en el interior. En pocos segundos todo el coche ardía violentamente.

El Chinook no tardó en localizarlo. Sobrevoló la zona a baja altura levantando la capa de nieve superficial, y encendió su foco.

—Vamos a por los niños —dije a Plano Secuencia, y corrimos bajo la luz de la salvación.

El aparato buscó un lugar despejado donde poder posar su enorme envergadura, y lo encontró a unos cincuenta metros de nosotros.

—Lo ha conseguido, nos ha salvado —dijo sor Teresa con una sonrisa inmensa.

—Eso parece.

—Y ahora qué hará.

—Quedarme, claro —dije procurando que el muchacho no me oyera.

—No es justo.

—Pregúntele al de arriba —dije señalando al cielo—. Yo no tengo trato con él.

Abrazó fuerte al pequeño Chenchó y se limpió las lágrimas con la manga de la cazadora. Los niños esperaban con los ojos muy abiertos, apretujados y tiritando. El Chinook se posó finalmente sin detener los motores, solo los bajó un poco de revoluciones. No era difícil adivinar quién lo pilotaba; el bravo comandante Escolano, siempre dispuesto a ayudar, estaría a los mandos. Seguramente iría acompañado de unos cuantos soldados escogidos entre los mejores. Pronto lo comprobaría, saltarían del aparato y, como hombres bien entrenados, asegurarían la zona lo primero.

El coche continuaba ardiendo e iluminaba la calle con unos danzantes destellos anaranjados.

—Vamos, ha llegado el momento de irse —dije a sor Teresa.

Del helicóptero bajaron varias personas, pero no parecían soldados. Iban sin casco y su manera de actuar no parecía seguir el protocolo militar. Agucé la vista y distinguí una figura menuda, un hombre y una mujer. Mi cerebro no creía lo que le transmitían los ojos. Los tres se dirigieron hacia nosotros, ligeros aunque sin correr. Reconocí a la niña, y al hombre, y el andar canalla de la mujer. El corazón me dio un vuelco.

No estaba soñando, eran Luna, Julián y Eva quienes se habían bajado del helicóptero. Los últimos metros, Luna echó a correr y se lanzó a mis brazos.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —gritó apretándome muy fuerte.

Eva se sumó al abrazo y entre ambas me hicieron girar y dar pequeños saltitos.

—Sabía que no estabas muerto, lo sabía, lo sabía —repetía Luna sin dejar de abrazarme.

No acertaba a decir nada, una presión en el pecho me impedía hablar. Por fin dejamos de girar.

—¡Qué cabrón el Carlos! —espetó Julián cogiéndome la cara con ambas manos y dándome un buen achuchón—. ¿Quiénes son todos estos pequeños? Los llevabas de excursión, no me digas más, y ella es la maestra. No está nada mal la maestra, veo que no has perdido el tiempo, pájaro.

—Es sor Teresa. Ella salvó a todos estos niños.

—¿Sor Teresa? Vaya. Encantado hermana —dijo Julián besando su mano con un anacronismo intencionado—. Pero eso no impide que esté como un queso —añadió guiñándome un ojo.

—Yo soy Eva, ella es Luna y este capullo Julián.

—Carlos me ha hablado mucho de ustedes.

—Bien espero —intervino Julián.

Con el gesto serio, no respondió inmediatamente.

—No es verdad lo que dice. Sin él no estaríamos aquí. Él nos ha salvado a todos —sentenció finalmente sor Teresa.

Eva se separó un poco y me miró de arriba a abajo.

—Estás hecho un asco, héroe.

—Ni te imaginas —contesté.

Besé la cabeza de Luna y la aparté de mí sutilmente.

—Pero ¿qué hacéis aquí vosotros?

—Hemos venido a buscarte, *mamonazo*, y de paso a sacar al gilipollas del informático —contestó Julián—. Vimos la bengala de milagro, Eva fue quien lo hizo, no dejaba de mirar por la ventanilla. Un milagro, ya te digo.

—Ya, ¿y tú? —dije dirigiéndome a Eva—. Pensé que estarías...

—Fue un malentendido —intervino con rapidez Luna, adivinando el sentido completo de mi frase y dejando a Eva con la palabra en la boca—. Resumiendo, el alférez Galera es gay, Eva te quiere a ti y la culpa de todo el lío es mía.

—Bueno, yo también contribuí un poco metiendo cizaña. ¿Quién iba a pensar que el alférez fuese «*trucha*» y estuviera liado con Sergio? —añadió Julián.

—¿Entonces...? —no pude terminar la pregunta, Julián se adelantó.

—Entonces nada. Eva te quiere mucho y está desando llenarte de besitos. ¿Ok machote? Y ahora larguémonos de aquí antes de que diez mil infectados se añadan a la *rave party* que tenemos montada.

—Sí, vámonos, ya hablaremos en el helicóptero. Hermana, yo le ayudo —dijo Eva cogiendo al pequeño Chencho e indicando al resto de los niños que la siguieran.

Luna se dirigió a Plano Secuencia que permanecía a mi lado sin abrir la boca, como un pasmarote.

—¿Y tú quién eres?

—Se llama... —comencé a decir, pero no pude terminar. El muchacho me pisó las palabras.

—Hola, soy Mario.

—Encantada de conocerte... Mario —dijo jugando con las palabras y poniendo carita de niña picarona.

—Así que Mario —dije mirándolo. No contestó, solo se encogió de hombros y se marchó camino del helicóptero, junto a Luna, siguiendo a los demás.

—Bueno, ¿y ahora qué hará? —me preguntó sor Teresa aprovechando que nadie nos escuchaba.

—No lo sé.

—Suba al helicóptero y hable con ella. Dígale cuánto la quiere. Disfrute de cada minuto que le quede a su lado y despídase como se merece. La vida le ha brindado esta oportunidad, no la desaproveche.

—¿Y luego qué?

—Luego Dios dirá, como hasta ahora.

—Ya —dije lacónico y me quedé mirando cómo el coche ardía intensamente, paralizado observando las llamas.

Era extraño, pero no había pensado en Eva desde que me mordieran. Había

asumido que jamás volvería a verla y traté de olvidarla, arrinconar su recuerdo para conseguir que realmente desapareciera. Ahora todo eso había cambiado. Eva volvía a estar en mi vida física y sentimentalmente; su presencia se revelaba más nítida que nunca, y mi amor mucho más intenso. Sor Teresa tenía razón. El poco tiempo que me quedara lo pasaría junto a ella, y sería su cara lo último que vieran mis ojos al cerrarse definitivamente.

Vi unos brazos agitarse cerca del helicóptero que me llamaban. Era Eva. Voy cariño, pensé. Y eché a andar entornando los ojos por la punzada de dolor que recorrió mi cerebro.

CUARTA PARTE

29. MAKAROV OCHO BALAS

El *Carpathia* aminoró la velocidad. Después de navegar durante la noche a toda máquina se encontraba cerca del destino. El capitán Andrei permaneció en el puente todo el trayecto, sin moverse ni para comer ni para ir al baño, con los ojos atentos a los instrumentos y sus pensamientos montados en un carrusel de vértigo. No estaba solo, tres hombres de Machete Ogutu lo vigilaban, dormitando por turnos sobre la mesa de mapas. Cuando estaban a veinticinco kilómetros del punto de ataque paró los motores y dejó que la gran mole consumiera su inercia lentamente. El soldado que permanecía más atento lo notó y se acercó al capitán. Con un gesto le hizo saber que lo había percibido. Andrei señaló la pantalla y posó su dedo en lo que parecía una masa de tierra.

—Fin de trayecto, chicos.

—¿Isla? —preguntó el soldado.

—Isla.

El soldado desapareció por la puerta como alma que persigue el diablo, el capitán mientras tanto aprovechó para llamar a Bazyli por el interfono al lugar donde sabía que lo encontraría, la cocina. A los cinco minutos apareció Ogutu seguido del soldado.

—Mi hombre dice que ya estamos llegando.

—Así es.

—¿En cuánto tiempo estará dispuesto para desembarcarnos?

—Sin *prácticos* que nos ayuden en las maniobras de ataque la cosa puede complicarse. Vayan preparándose y déjenme hacer mi trabajo.

Los *prácticos* son marinos experimentados que a bordo de pequeñas embarcaciones o desde tierra conducen a los barcos de mayor calado o envergadura por aguas peligrosas o de intenso tráfico y les ayudan a atracar o desatracar.

—Claro —dijo Ogutu masticando las palabras—. Pero más le vale que lo haga bien y rápido.

Eché un vistazo a la pantalla del radar y miró los instrumentos con detenimiento, pero solo fue una pose. No tenía ni idea de lo que veía y el capitán Andrei lo sabía.

—Avíseme cuando vayamos a atracar —ordenó desde la puerta.

—Por supuesto —musitó Andrei después de que Ogutu saliera del puente de mando.

Bazyli llegó justo en ese momento. Le acompañaba un joven soldado que no tendría más de dieciocho años.

—¿Qué necesita, capitán.

—Veo que no vienes solo —dijo Andrei en ruso.

—Es como mi sombra.

—Te he llamado porque voy a necesitar que me eches una mano cuando atraquemos. Te pondrás a popa, con los focos encendidos y una radio, y me darás indicaciones precisas.

—¿Será peligroso?

—Muchacho, no creo que jamás un carguero de este tamaño haya conseguido hacerlo con la única intervención de su capitán y de un cocinero.

—Parece peligroso entonces —dijo Bazyli.

Los soldados parecían inquietos, les incomodaba no entender qué hablaban esos dos hombres.

—No te preocupes, lo lograremos. Lo peligroso vendrá después.

Bazyli cogió una radio cargada y se marchó del puente sin entender qué había querido decir el capitán con sus últimas palabras.

Ogotu reunió a sus hombres y bajó a la bodega de carga. Los formó y ordenó a un suboficial que hiciera recuento. Pacientemente esperó a que acabara. En el inmenso volumen resonaban las pisadas del suboficial recorriendo la fila de soldados. Las luces de sodio iluminaban el espacio austero y poco acogedor de la bodega con una tonalidad amarillenta que desvirtuaba los colores hasta reducirlos a un triste pardusco.

—Ciento setenta y tres, señor.

—Bien, disponga cuatro camiones y toda la munición que podamos llevar, incluidos lanzagranadas RPG y morteros.

—Señor, los camiones están casi sin combustible.

—¿Podrán hacer sesenta kilómetros?

—Creo que sí, señor.

—Eso será suficiente.

Ogotu había estudiado varias veces el plano de la isla de Menorca y calculado la distancia entre el puerto de Ciutadella y la fortaleza de La Mola, su destino. Atracar en Mahón hubiera sido lo normal, pero un carguero de esas dimensiones navegando por la bocana del puerto hubiera llamado la atención de los españoles y eliminado el efecto sorpresa. Llevaba un GPS con las coordenadas marcadas, aunque no creía que le fuera necesario. Una única vía rápida unía los dos puntos, no podían perderse. En algo más de media hora atravesarían la isla y llegarían a la fortaleza. Estaba excitado con la idea de entrar en combate con esos españoles distraídos y confiados. Sería fácil y divertido. Un baño de sangre en el que se encontraría más a gusto que en la más elegante bañera.

El capitán Andrei fijó el rumbo y se dispuso a salir del puente de mando. En la puerta lo detuvo un soldado.

—¿Adónde va?

—Necesito mis gafas y de paso ir al baño —dijo sin detenerse.

El soldado no dijo nada y lo siguió.

Primero salió a cubierta y observó sin ver nada, la noche era cerrada y fría. No hacía viento, tan solo una leve brisa que traía hasta su rostro un aroma a mar delicioso. Cerró los ojos y aspiró lentamente por la boca, tratando de alimentarse de sensaciones, luego bajó las escaleras exteriores y entró en la zona de camarotes. El soldado fue pegado a su espalda por el estrecho pasillo de paredes blancas con grandes desconchones hasta la puerta de su camarote. Andrei entró y cuando quiso cerrar la puerta la bota del soldado se lo impidió. El capitán hizo como si no se diera cuenta, fue hasta su pequeño escritorio y abrió un cajón procurando que su cuerpo se interpusiese entre sus manos y el soldado. Cogió algo y lo metió con disimulo en su cinturón, oculto bajo su camisa, luego se volvió mostrando unas gafas de concha oscura que hizo bascular delante de los ojos del soldado según salía. Al baño también lo siguió, pero esta vez no impidió que el capitán cerrara la puerta. Primero orinó copiosamente, luego se bajó los pantalones procurando producir el mayor ruido posible y se sentó en la taza con la pistola en la mano.

La Makarov fue lo único que se llevó del ejército, un recuerdo que estuvo tentado de usar en más de una ocasión. Comprobó la recámara. Sacó el cargador y contó los cartuchos. Ocho, estaba lleno. Luego montó el arma, quitó el seguro y la miró unos instantes. La mano le tembló. Dejó la pistola sobre el lavabo, se subió los pantalones y tiró de la cadena. Se lavó la cara con agua fría y se miró al espejo. Una barba blanca y muchas arrugas le informaron nítidamente. Se vio viejo y cansado. Guardó el arma en su cinturón, comprobó que quedara bien oculta bajo la ropa y abrió la puerta. El soldado esperaba apoyado contra la pared, con el AK entre las manos.

—Como nuevo —dijo Andrei dándose golpecitos en la barriga, justo en el lugar donde ocultaba la pistola.

Desanduvo el camino hacia el puente de mando. Justo antes de entrar se detuvo y miró al cielo. Por el noroeste distinguió unas nubes espesas y oscuras que presagiaban lluvia. Aún tardarían en llegar. Por la velocidad del viento calculó media hora, quizá más. Le gustaba la lluvia, verla caer a través de los cristales e incluso dejarse empapar durante las noches de verano. Pensó que si todo salía bien bebería en cubierta para celebrarlo, calado hasta los huesos danzaría y cantaría viejas canciones rusas acompañado por Bazyli. Si su absurdo plan fallaba, pensó, al menos dejaría este mundo escuchando el repiqueteo de las gotas sobre la cubierta.

Por eso se alegró de que pronto lloviera. No imaginaba mejor sonido para morir.

El carguero prosiguió su lenta desaceleración hasta casi detenerse cerca de la costa. Andrei comprobó la pantalla y confirmó que habían llegado. Cuando el mundo pertenecía a los humanos la llegada a un puerto se podía confirmar a simple vista. Miles de luces anunciaban su presencia millas antes de llegar. Pero en las actuales circunstancias se hacía indispensable el radar de aproximación y la pantalla de navegación. Andrei conocía el puerto y se dirigió al muelle donde los cargueros atracaban con mayor facilidad. Esperó hasta que la masa oscura que veía por las cristaleras le confirmara lo mismo que sus instrumentos y entonces comenzó a virar

para entrar con la popa por delante.

—Bazyli, ¿me escuchas?

—Sí —respondió el polaco. Su voz sonaba metálica y algo turbia a través de la radio.

—Enciende los focos de popa. Atento, empezamos maniobra de atraque. Cuando veas el muelle a unos doscientos metros avisa.

Según los instrumentos se encontraban a un cuarto de milla, pero Andrei confiaba más en unos ojos jóvenes que en el mejor de los radares.

—Bien.

El *Carpathia* se deslizaba lentamente por la superficie del agua levantando pequeñas olas. Bazyli aguzó la vista sin perder detalle hasta donde la luz de los potentes focos llegaba. El joven soldado ruandés permanecía a su lado, pasándose el arma de una mano a otra, nervioso. Poco a poco distinguió el perfil de la isla, una masa oscura que se recortaba contra el cielo. De pronto las luces iluminaron el casco de un barco. Bazyli casi dejó caer la radio del susto.

—¡Capitán, capitán! ¡Un barco en nuestra trayectoria! ¡A unos trescientos metros!

Andrei ya lo había detectado por el radar. Parecía un pequeño yate de recreo, nada de lo que tuvieran que preocuparse.

—Tranquilo. Agárrate. Vamos a embestirlo. Evitarlo nos complicaría demasiado la maniobra.

A pesar de navegar a una velocidad tan lenta, la popa del inmenso carguero destrozó el yate como si fuese de juguete. El ruido llenó la noche y llegó hasta los oídos de Ogutu.

—¿Qué pasa? —preguntó nervioso.

—Un pequeño barco al que hemos pasado por encima, nada importante. Deje libre el canal inmediatamente. Océpese de sus cosas y déjeme hacer mi trabajo —contestó rotundo Andrei, aprovechando su ventajosa situación para darse la pequeña satisfacción de callar la boca de ese cabrón.

Ogutu apagó la radio y acarició el mango de hueso de su machete. Nadie le hablaba así. Si Tagana no le obligara a mantenerle con vida, pensó, se daría el gustazo de rebanarle el cuello a ese insolente capitán de mierda después de hacerle un buen «*corte de uñas*».

Los focos alumbraron el muelle. Estaba vacío, ni un solo barco permanecía amarrado. Bazyli suspiró sin creerse la suerte que tenían. Esperó hasta estar seguro de la distancia.

—Doscientos metros, todo despejado —dijo finalmente.

—Estupendo.

El capitán Andrei conectó con los altavoces situados por todo el barco y subió el volumen al máximo.

—Sujétense bien —dijo en inglés—. El golpe va a ser fuerte.

Por muy despacio que consiguiera llegar, sin los remolcadores que lo condujeran

como a un niño de la mano, el inmenso peso que desplazaba el carguero produciría un impacto enorme contra el muelle. Ya había tenido su pequeño desquite con Ogutu, por eso avisó por radio, no quería enfadarle más, y se enfadaría si él o sus hombres terminaban rodando por el suelo y rompiéndose la cabeza.

—Cien metros —indicó Bazyli.

—¿Ves algo en el muelle? —preguntó Andrei en ruso.

—¿Algo?

—Infectados.

A Bazyli le extrañó la pregunta, se suponía que la isla era segura, que los españoles habían eliminado a todos los infectados. Aún así observó unos instantes buscando algún moviendo sospechoso.

—No, todo tranquilo —contestó finalmente.

—Gracias a Dios —musitó tan bajito que el muchacho apenas lo escuchó.

—Cincuenta metros.

Andrei invirtió los motores y los puso a tope. El carguero luchó entre continuar el trayecto que le marcaba la inercia u obedecer a las hélices y seguir la dirección contraria. Toda la estructura se quejó con un bronco crujido y las chapas de acero se estremecieron con un temblor que hizo castañetear los dientes de los que estaban a bordo.

Los últimos metros el *Carpathia* los recorrió tan lentamente que costaba apreciar que se moviera. Aún así, cuando su popa tocó el muelle todo el barco se sacudió tan violentamente que un soldado se seccionó la lengua de un mordisco.

—Bazyli, ¿estás bien?

—Sí, señor, el ataque ha sido perfecto.

—Baja al muelle con ese perro de presa que te sigue a todas partes y asegura las amarras a los *norayes*.

—Enseguida.

Sin perder ni un segundo lanzó los pesados cabos por la borda y bajó la escalera de mano que permitía descender del barco en caso de emergencia. No era su cometido, lo suyo era la cocina, pero lo había visto hacer muchas veces en los años que llevaba embarcado y conocía el procedimiento perfectamente.

Andrei comprobó que el barco estuviera estabilizado, soltó anclas y paró los motores. Suspiró profundamente con la mirada fija en el ventanal de proa, en la negrura absoluta, y cogió la radio.

—Procedo a abrir compuerta de bodega. Prepárense para desembarcar.

La radio de uno de los soldados que lo vigilaban se encendió y la voz de Ogutu sonó, hablaba en ruandés. Andrei observó las reacciones del soldado en el reflejo de la ventana, sin necesidad de volverse. Lo miraba de vez en cuando y tocaba su arma. No es difícil adivinar lo que te está diciendo, pensó, «vigílalos muy de cerca y al menor problema mátalos».

—Bazyli, ¿me recibes?

—Sí.

—Cuando estén todos fuera del barco coge la botella de vodka que tengo en mi camarote, detrás de los libros de códigos, y ven al puente.

—¿Vodka, señor?

—Haz lo que te pido.

—Ok.

Machete Ogutu montó en el todoterreno y ordenó a su conductor que arrancara. Fue el primero en salir del barco y en pisar el muelle. Le siguieron los camiones. Miró el mapa por enésima vez e indicó al chofer dirección sureste. Lo primero era dejar el puerto y buscar la salida de la ciudad, luego solo tendría que mirar los carteles y seguir el que indicara la C-721. Fácil, pensó. No se fiaba de las máquinas, prefería lo tradicional, un mapa y una brújula. Circularon despacio por calles desiertas repletas de coches abandonados y de basura. Papeles y bolsas revoloteaban a su paso movidas por una brisa que empezaba a intensificarse.

Ogutu esperaba ver en cada cartel con el que se cruzaban la carretera que buscaba, pero de momento no aparecía. Llevaban un buen rato dando vueltas por la ciudad y aún así se negaba a reconocer que tal vez estaba perdido y necesitaba echar mano del GPS. Por eso decidió seguir un indicador que señalaba el centro de la ciudad. Pensaba que allí encontraría una señal que le mostrara la dirección correcta. Le incomodaba circular por calles tan estrechas. Como buen militar desconfiaba de los lugares susceptibles de una emboscada, aunque pensaba que eso no era muy probable que sucediera.

—¿Qué es ese ruido?

—Parecen cristales, señor.

Ogutu miró en todas direcciones sin entender; hasta que delante de ellos, a escasos metros, un cuerpo cayó acompañado de un montón de cristales, reventando contra el suelo. Lo evitaron de milagro frenando en seco, los camiones apenas tuvieron tiempo de reaccionar y se golpearon unos a otros sin demasiadas consecuencias.

—¿Qué ha sido eso?

Más cuerpos siguieron cayendo. Algunos lo hicieron muy cerca de los vehículos. Uno golpeó de refilón el parachoques delantero del todoterreno y su cabeza estalló salpicando de cuajarones de sangre el parabrisas.

—¡Arranque y salgamos de aquí! —gritó Ogutu.

Rendido a la evidencia sacó nervioso el GPS y lo encendió.

Indique destino:

Pulsó el que tenía marcado, Mahón.

En la pantalla digital apareció un extraño mensaje:

Indique ruta:

Distancia en línea recta 142, 72 Km.

Distancia marítima 176 Km.

¡Maldito aparato! No podía ser, tenía que estar equivocado, pensó.

Los infectados caían de las ventanas sin parar y el camino hasta el centro de la ciudad se convirtió en una pesadilla. Finalmente llegaron a una plaza peatonal donde los vehículos se detuvieron. Ogutu buscó inútilmente algún cartel indicador, pero no lo encontró. Salió del coche y se dirigió a un edificio historiado de tres plantas con banderas descoloridas y deshilachadas colocadas sobre mástiles en el balcón central, bajo un gran reloj. Leyó la placa de mármol que había adosada en un lado de la fachada principal y buscó inútilmente el nombre en el mapa detallado que llevaba de Ciudadella. Con un pálpito de terrible sospecha en el corazón sacó el GPS y le solicitó la posición actual.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando leyó lo que ponía. Igual que si le hubiesen pasado un cubito de hielo por la espalda dio un respingo y se tensó. La sorpresa inicial dejó pronto paso a la rabia.

Luego a la ira.

Con los puños apretados volvió al coche, entró y cerró la puerta de un portazo.

—¡Volvemos al barco! —ordenó a su chofer.

—A la orden, señor, pero... ¿por dónde...? —respondió el soldado, mirando en varias direcciones, temeroso de reconocer que estaba perdido.

Ogutu golpeó el salpicadero con desesperación.

Un ulular lejano transportado por el suave viento envolvió la plaza. El sonido fue en aumento, rebotando en los edificios, llegando cada vez más nítido; hasta que se definió al fin en lo que realmente era: un vociferar salvaje producido por miles de gargantas.

—¡Arranque, soldado! ¡Arranque y salgamos de aquí! —gritó Ogutu con el walkie en una mano, la pistola en la otra y el corazón desbocado.

30. STOLICHNAYA

El capitán Andrei accionaba botones y palancas aquí y allá, simulando que comprobaba datos, manteniéndose ocupado para calmar los nervios y evitar la mirada de sus guardianes mientras esperaba la llegada del cocinero. Por fin apareció en el puente de mando, seguido del soldado que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Andrei entonces soltó el aire de sus pulmones y se volvió componiendo una sonrisa forzada de alegría.

—Oh, magnífico —dijo arrebatando la botella de las manos de Bazyli. La cogió como si fuese un bebé y la besó tiernamente—. Stolichnaya, mejor vodka de la Madre Rusia. Hecho en Tambov, mi ciudad.

Sin miramientos quitó el tapón y dio un largo trago.

Cuatro eran los soldados ruandeses en el puente. Uno era el joven que acompañaba a Bazyli, apoyado contra el marco de la puerta, sin terminar de entrar; otro, también de pie, junto al panel de instrumentos; y dos más sentados alrededor de la mesa de mapas con los AK sobre las cartas de navegación. El capitán dio otro trago, levantó los brazos, miró hacia arriba como si un placer infinito le embargara y comenzó una lenta danza al ritmo de una música que él solo escuchaba.

—¡Katyusha! —gritó y comenzó a tararear una canción en ruso.

*Manzanos y perales ofrecían sus flores,
y la niebla matinal flotaba sobre el río,
cuando la joven Katyusha subió la alta ribera,
también nebulosa y empinada...*

Subía el volumen de su voz y la velocidad a la que cantaba al tiempo que giraba con los brazos en alto. Los soldados se miraron entre ellos y sonrieron.

—Vodka bueno para amor y para guerra —dijo ofreciendo la botella al soldado que estaba de pie. Este la cogió y bebió.

Después de unos segundos con el líquido retenido en su garganta apretó los ojos, lo tragó y comenzó a toser. Sus compañeros estallaron en carcajadas. El capitán le quitó la botella de la mano y se la llevó a los que estaban sentados, sin dejar de bailar ni cantar.

*Y caminando comenzó una canción,
sobre el águila gris de la estepa,*

*sobre aquel a quien ella amaba,
sobre aquel de quien guardaba las cartas.*

Sin miramientos puso la botella en la mesa, con un gran golpe, entre las dos armas. Los soldados bebieron varios tragos, quitándose la botella el uno al otro. El capitán aceleró aún más el ritmo de su canción, también su volumen, y con sus botas golpeaba el suelo simulando un baile esperpéntico.

*¡Oh, brillante canción de la doncella,
vuela sobre el sol radiante
hacia el soldado en el lejano frente,
y llévale el saludo de Katyusha!*

El joven soldado recostado contra la puerta rechazó la botella cuando el capitán se la ofreció y lo miró muy serio, desafiante. Andrei hizo como si nada y continuó bebiendo, bailando y cantando.

*Haz que recuerde a la humilde muchacha,
y que escuche su claro cantar,
haz que defienda la tierra de su patria,
y el amor de Katyusha cuidará.*

Bazyli no daba crédito a lo que veía. En todos los años que llevaba con el capitán jamás lo vio beber así, y mucho menos cantar y bailar. Ni en las fiestas que a veces se celebraban en el barco después de una larga travesía, o con motivo de la Navidad o el Año Nuevo, observó una actitud como aquella; muy al contrario, tenía fama de serio y poco dado a las juergas. Aquello le parecía totalmente fuera de lugar, y más en la situación en la que se encontraban.

El capitán tomó al cocinero por los brazos y lo animó a bailar. Como este se mostró poco entusiasmado le sacó la lengua, lo apartó sutilmente hasta dejarle junto al timón, a su izquierda, y le pasó la botella. Los soldados reían cada vez con más ganas mientras Andrei encaraba los últimos versos de aquella vieja canción popular rusa a una velocidad endiablada.

*Manzanos y perales ofrecían sus flores,
y la niebla matinal flotaba sobre el río,
cuando la joven Katyusha subió la alta ribera,
también nebulosa y empinada...*

Cuando terminó saludó como si se encontrara en un escenario. Se inclinó con la

mano derecha en su pecho y con la izquierda describió un arco hacia un público imaginario. Los dos soldados sentados comenzaron a aplaudir burlescamente, el que estaba de pie reía y palmeaba el AK que colgaba de su costado. El único que permanecía serio, impasible, era el joven soldado de mirada intensa que no se había movido ni un milímetro de la puerta.

El capitán determinó que él sería el primero.

Con un rápido movimiento sacó la pistola, disparó y la bala dibujó un pequeño agujero entre sus oscuros ojos. El siguiente en morir fue el que permanecía de pie, junto a los instrumentos. Un tiro certero entró por su costado perforándole ambos pulmones y el corazón. Sin tiempo para reaccionar, los dos que estaban sentados recibieron dos tiros cada uno, uno en el pecho y otro en la frente.

En apenas unos segundos el capitán disparó seis tiros matando a los cuatro soldados. Aún resonaba el último disparo contra los mamparos del puente cuando el capitán agarró al cocinero por los hombros.

—¿Cuántos quedan?

Bazyli no reaccionaba.

—¿Cuántos soldados quedan en el barco? ¡Joder! —repitió el capitán. Su cara se había endurecido. Nada quedaba del payaso que había interpretado.

—Hay uno con las mujeres y otro herido en la enfermería.

—Coge un hacha y corta las amarras. Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

—A Mahón.

—¿Mahón? Pero...

—Bazyli, no estamos en Menorca, estamos en el puerto de Palma de Mallorca.

—Mallorca, los has traído a Mallorca —musitó el joven cocinero, como ido.

—Así es, y a estas alturas ya se habrán dado cuenta.

—Los tiene realmente cuadrados, capitán.

—Corta las amarras, yo me encargo de los soldados.

Justo cuando iban a salir del puente, una voz en ruandés sonó en la radio que llevaba uno de los soldados muertos. El capitán no pudo evitar la tentación de contestar.

—Al habla el capitán Andrei.

—¡Cabrón, hijo de puta! —gritó Ogutu.

—¿No gustar isla? —preguntó con sorna, en un inglés amanerado.

—Lo destriparé como a un cerdo.

—Entiendo. No es lo que esperaba.

—Se arrepentirá, se lo juro.

—Habría con usted un buen rato, pero tengo que irme. Suerte.

Y desconectó la radio.

Bazyli esperaba en la puerta, con los ojos muy abiertos, tratando de asimilar al nuevo hombre que había descubierto en su capitán.

debería estar montando guardia fuera, pero no era así. Intuyó dónde podría encontrarlo. Fue pegando la oreja a las puertas, esperando escuchar algo. Había diez camarotes para los veinte tripulantes que formaban la dotación habitual del carguero, aunque en esos momentos albergaban a más de cien mujeres. Tenía que escucharse algo, sin duda. Llegó al final del pasillo sin saber a qué atenerse, todo estaba en silencio. Decidió ir a la enfermería, acabaría primero con el herido. En ese momento se dio cuenta de que llevaba la Makarov, con las prisas olvido coger uno de los AK. Sacó el cargador, una bala y otra en la recámara. Estaba pensando en volver al puente cuando escuchó algo a su espalda. El ruido provenía del cuarto donde se almacenaban las mantas, los chalecos salvavidas y la ropa de faena. La puerta de pronto se abrió y el capitán apenas tuvo tiempo de esconder la pistola tras su espalda. A medio vestir y empujando con malos modos a una joven que llevaba los pechos al aire, apareció un soldado grande como un armario. La sujetaba con el brazo izquierdo, y en el derecho llevaba la camisa y los correajes. Hizo un gesto de extrañeza al encontrar allí al capitán. Andrei no se lo pensó dos veces, sacó la pistola y le disparó. No quiso arriesgar y apuntó a su ancho y sudoroso pecho. Centrado, un poco a su derecha. El soldado dejó caer sus cosas al suelo y se llevó la mano al corazón. Abrió mucho los ojos, intentó hablar y cayó de rodillas.

—Señorita, vuelva al camarote —dijo el capitán en ruso, tomando de la mano a la asustada joven e indicándole el camino, sabedor de que no le habría entendido ni una palabra.

No tenía tiempo que perder, el disparo se habría oído en toda la cubierta y en ella estaba también la enfermería. Comprobó la recámara de su pistola. Una bala, un hombre, pensó. Al doblar el pasillo se encontró al otro soldado, de pie, con la camisa manchada de sangre y una gran gasa saliéndole de la boca. No iba armado y parecía que acababa de levantarse de la cama. Se quedó mirando al capitán. Estaba muy cerca, a apenas dos metros.

—¿*Guue passa?* —masculló el soldado intentando hablar a pesar de la gasa y la lengua seccionada.

El capitán Andrei levantó la pistola.

—No te entiendo —dijo apuntando a la cabeza.

La última bala de su Makarov entró por el ojo derecho del soldado y salió por la nuca esparciendo su cerebro por las paredes.

Nadie apareció. Ninguna puerta más se abrió. Las mujeres sabían mantenerse al margen cuando escuchaban el sonido de disparos.

Volvió corriendo al puente de mando, puso en marcha los motores, fijó el nuevo rumbo en el piloto automático y esperó. Bazyli no tardó en llegar, venía empapado por la lluvia y con el hacha en la mano.

—Amarras cortadas.

—Bien, muchacho —dijo sin volverse.

Y aceleró al máximo.

31. LUCES EN EL CIELO

Ogotu intentó inútilmente contactar de nuevo con sus hombres, la radio estaba muerta. Entonces recordó que no había traído la de largo alcance y el walkie militar solo llegaba a veinte kilómetros. No podría contactar con la fragata, estaba solo. Los dientes le chirriaron de rabia e imaginó a ese capitán ruso atado y a merced de su machete. Le cortaría en pedazos cuando lo cogiera, eso haría. Apretó los puños y gritó. Gritó hasta que casi se le desencajaron las mandíbulas.

Los vehículos continuaban parados en la plaza de Cort, frente al ayuntamiento de Palma de Mallorca, en mitad de la ciudad. El soldado que conducía el todoterreno miraba a su oficial sin saber qué hacer, manoseando nervioso el volante ante la creciente algarabía que llegaba desde las calles colindantes.

No estaban lejos del puerto, a apenas dos kilómetros, pero Ogotu estaba desorientado. Decidió calmarse y pensar. Si se daban prisa aún podrían llegar al barco antes de que zarpara. Solo necesitaba introducir la dirección del puerto en el GPS y asunto solucionado. Lo tomó en su mano, lo encendió y se dispuso a teclear.

—¡Demonios! —exclamó. No tenía ni idea de cómo se llamaba el puerto, ni siquiera sabía en qué isla estaban.

Tenían que moverse. Trató de ordenar en su cabeza el recorrido que habían hecho hasta llegar allí, pero fue incapaz. Al final decidió que cualquier dirección sería mejor que quedarse a esperar a la horda que se les venía encima, y ordenó a su conductor que diera la vuelta y tomara la calle por la que habían entrado en la plaza. Los camiones le siguieron. A los pocos metros tuvieron que rectificar y desviarse, ya que los focos del todoterreno alumbraron un muro de infectados que cortaba la calle. Fue un continuo zigzagueo, un interminable juego del gato y el ratón en el que ellos eran la presa. Los perseguidores, cada vez en mayor número, cercaban a los soldados. El conductor del todoterreno evitaba chocar con aquellos que le salían al paso. Cosa que no hacían los camiones, golpeando los cuerpos contra su frontal y aplastándoles después bajo sus enormes ruedas. Ogotu ya no buscaba una dirección, solo intentaba salir de ese dédalo de calles.

El aroma a humano de los más de ciento setenta ruandeses se propagaba por la ciudad enloqueciendo a los cientos de miles de infectados que ahora eran dueños de la isla.

El cerco se estrechaba cada vez más cuando descubrieron una calle lateral por la que escapar, y que les condujo hasta la plaza de Juan Carlos I. El número de infectados allí era algo menor y Ogotu decidió dar una vuelta alrededor del monolito situado en mitad de la plaza. Por fin localizó lo que buscaba, un pequeño cartel con el dibujo de un barco y una flecha debajo. Había encontrado el puerto. Sin perder tiempo enfilaron el paseo del Borne, atravesaron la plaza de la Reina y, aprovechando

que la zona estaba despejada, continuaron circulando a gran velocidad. Por fin los focos del todoterreno dejaron de iluminar edificios y se perdieron en la distancia.

—¡El mar, señor! —exclamó el conductor sin poder contener la emoción, liberando una tonelada de tensión acumulada.

Observaron los muelles vacíos.

Ni una sola embarcación quedó cuando se desató la pandemia. Cargadas de gentes desesperadas que creían que alejándose podrían sobrevivir, hasta las más pequeñas dejaron la isla. Días después el mar acunó cientos de barcos a la deriva cuya tripulación infecta deambulaba por sus cubiertas olfateando el aire en busca de alimento.

Comenzó a llover y eso no ayudó a que la columna de vehículos se orientara en el puerto. La luz de los faros chocaba contra las gotas y se perdía inútilmente entre los muelles desiertos.

—Apaga los faros —ordenó de pronto Ogutu a su conductor.

—¿Señor?

—Apágalos te digo.

El conductor aminoró la marcha y obedeció. Continuaron circulando casi a oscuras, iluminados tan solo por la luz que provenía del camión que los seguía. Los limpiaparabrisas iban a tope y Ogutu, ya libre del resplandor de los focos, se pegó al cristal delantero intentando ver mejor. A lo lejos creyó distinguir algo, una minúscula luz. A medida que se acercaban la identificó. Provenía del puente de mando del carguero.

—Allí —gritó señalando con el dedo.

El conductor también la vio. Encendió los focos y aceleró. En mitad de la angosta carretera por la que iban, a un costado del puerto, apareció un enorme trailer volcado con el que casi chocaron. Las ruedas del todoterreno patinaron en el asfalto mojado y a punto estuvieron de impactar con el montón de cajas caídas que se acumulaban en una pequeña montaña. Ogutu miró atrás asustado, temiendo el choque de los camiones que los seguían. Por suerte ellos también lo habían visto y frenaron a tiempo. Con un gesto de la mano por fuera de la ventanilla indicó al camión que pasara y abriera camino. El soldado lo entendió. Adelantó al todoterreno, metió una marcha corta y la reductora, y empujó lentamente la carga desparramada y la chatarra hasta despejar el paso.

El todoterreno volvió a ponerse en cabeza de la columna con un rugir de su motor a máxima revolución. Ogutu percibió que la luz del barco, en lugar de estar cada vez más cerca, parecía alejarse.

—¡Rápido, rápido! —ordenó desgañitándose.

Al llegar al muelle el barco ya no estaba, había zarpado. Navegando totalmente a oscuras, su silueta apenas se adivinaba recortada contra el cielo a unos doscientos metros. Ogutu bajó del coche con el AK en la mano y vació el cargador contra la mole que se alejaba, consciente de que las balas serían inútiles, que solo servirían para liberar su frustración. Unos minutos antes, solo unos minutos, y ese cabrón hubiera sido mío, se dijo apretando el mango de hueso de su machete.

Estaban perdidos. Sin el barco no podrían salir de allí; y Tagana, en el hipotético caso de que lograra hacerse con el control de la fortaleza y reducir a los españoles, no llegaría a tiempo para rescatarlos. Estaban jodidos, eso estaba claro, pensó, pero trataría de joder a ese ruso también.

—¡RPG y morteros, ya! —gritó a sus hombres que esperaban sin atreverse a salir de los camiones.

Los soldados ocuparon el muelle. Mientras unos sacaban los morteros M224 de las cajas y otros cargaban los RPG-7, el resto, rifle en mano, miraban en todas direcciones totalmente aterrorizados.

Ogutu sabía que el lanzacohetes antitanque de fabricación rusa tenía un alcance de un kilómetro, pero que era difícil acertar a un blanco a más de doscientos metros; y el barco, a pesar de ser enorme, se encontraba más lejos y apenas se distinguía en la distancia. A pesar de todo apuntó cuidadosamente y fue el primero en disparar. La ojiva explosiva salió del tubo lanzador a una velocidad de 115 m/s produciendo una nube de humo azul grisáceo. Pasados diez metros se activó el *motor cohete* y aumentó su velocidad gradualmente. Iba a más de 250 m/s cuando pasó de largo, a escasos metros de la cubierta de babor del carguero, dejando una estela de humo. Segundos más tarde estalló en el mar, trescientos metros delante del carguero.

El capitán Andrei navegaba a oscuras. Incluso apagó la luz del puente en cuanto distinguió los faros de los vehículos. A pesar de ello lo habían localizado. No podrían hacerle volver, aunque si hundirlo si era alcanzado en la línea de flotación o provocaban un incendio que no fuesen capaces de apagar. Llevaba los motores a tope y los dientes apretados. Su barco se encontraba todavía a tiro y sería un milagro si escapaba intacto. Sus esperanzas disminuyeron cuando múltiples impactos a su alrededor levantaron surtidores de agua. Con fuego graneado de mortero estaba perdido. El capitán no tenía con que responder al ataque e hizo lo único que podía hacer. Cogió la caja estanca donde guardaba las bengalas de salvamento, unos prismáticos y salió del puente seguido de Bazyli.

—¿Qué pretendes? —preguntó el joven polaco cuando el capitán le puso un par de bengalas en la mano.

El capitán calculó que estarían a unos trescientos metros. Si disparaba las bengalas con un ángulo adecuado les caerían justo encima.

—Haz lo que te diga. Apunta bien al muelle, con un ángulo de... —pensó unos

instantes— ... veinte grados. Y mantén firme el brazo.

—¿Bengalas contra morteros? Menudo negocio.

El capitán desenroscó los tapones, sujetó el cartucho y accionó el disparador. La bengala surcó el cielo, voló unos segundos dejando un leve rastro de humo y, a unos ciento cincuenta metros de altura, explotó produciendo un resplandor rojizo. El capitán tomó los prismáticos y observó la intensa luz que producía el material pirotécnico, luego la vio descender lentamente suspendida del paracaídas. La siguió durante los siete segundos que tardó en caer al suelo donde continuó ardiendo, justo detrás de los soldados que los disparaban.

—¡Perfecto! —gritó y se dispuso a lanzar otra más.

Bazyli hizo lo mismo y entre los dos lanzaron las seis bengalas que tenían. Unas ascendían mientras otras caían lentamente, en una sucesión continua, iluminando todo el muelle.

—¿Y ahora qué? —preguntó el muchacho después de disparar la última.

—Ahora reza porque lleguen pronto nuestros aliados.

—¿Qué aliados?

El capitán no respondió, atento a los impactos de mortero que no cesaban de estallar cada vez más cerca del barco, levantando grandes surtidores de agua y atronándoles los oídos. Los conocía bien. Morteros ligeros, probablemente con munición de 60 mm. Los sufrió más de una vez cuando conducía su tanque T-62. Sabía de su eficacia y su poder destructivo. Y también de su alcance, más de cuatro kilómetros. Si no los conseguía acallar terminarían por hundirles. En estos pensamientos estaba cuando uno estalló en popa destruyendo un gran contenedor lleno de tiendas de campaña. Los trozos de metal volaron por los aires y cayeron, aún humeantes, por toda la cubierta. Las tiendas confeccionadas con tela de nylon comenzaron a arder casi al instante, desprendiendo vivas llamas y un denso humo oscuro.

—Rápido, los extintores. Ahora somos un blanco fácil —gritó el capitán.

La lluvia arreciaba aunque era incapaz de sofocar el fuego por sí sola. Los dos hombres corrieron por cubierta extintores en mano. Los impactos caían más cerca y también más concentrados. Los soldados ruandeses que servían los morteros estaban afinando la puntería gracias a la referencia del fuego. Sin pensárselo dos veces, se acercaron lo más posible y vaciaron el contenido de los extintores apuntando a la base de las llamas. Lograron dominarlo, pero no apagarlo del todo. El capitán desenrolló una manguera, la conectó y esperó a que la presión fuera suficiente. Había diez distribuidas por el barco; se utilizaban para la limpieza de la cubierta y en caso de incendio. Miró la boca de la goma con impaciencia, esperando que el agua saliera. Lo hizo justo en el instante en que otra granada de mortero impactó en popa, a pocos metros de donde estaban, reventando la cubierta y lanzando a los dos hombres por los aires.

Hubo algunos disparos más, luego los morteros callaron y el *Carpathia* se alejó

en silencio, adentrándose en el mar como un gran animal herido, desapareciendo en la noche bajo una lluvia que no cesaba.

32. SUEÑOS DE LA SABANA

De los novecientos mil habitantes que tenía Mallorca antes de la pandemia, cien mil huyeron en barcos y otros cien mil fueron devorados los primeros días. Los pocos supervivientes inmunes al contagio del *Fubarbundy*, algo más de mil, aguantaron escondidos lo que pudieron, esperando un rescate que nunca llegó. La mayoría terminó muriendo de hambre o locura, otros simplemente fueron localizados por los infectados y tuvieron un final más terrible. No quedaban humanos en la isla antes de que los soldados ruandeses desembarcaran, solo infectados. Por una extraña razón tendían a agruparse y, después de varios meses recorriendo la isla en busca del olor a humano, casi todos se concentraron en su capital. Aparte de los que permanecían encerrados en las casas o locales, circulando por sus calles había más de trescientos cincuenta mil.

El olor a carne fresca fue detectado por los infectados más cercanos al puerto nada más pisarlo los soldados. Un nuevo órgano, situado donde antes estaban sus cuerdas vocales, emitía una vibración de baja frecuencia que básicamente tenía una función: avisar de comida. La señal producida por sus gargantas mutantes podía ser escuchada a varios kilómetros, gracias a un oído también modificado a tal fin. El resultado era que, en pocos minutos, una cantidad enorme de infectados podía ser convocada en un punto, atraída por la promesa de comida.

Para el oído de un humano el gorgoteo incesante de sus gargantas pasaba por ser la manifestación sonora de su irracional cerebro, el desahogo de una bestia; sin embargo se trataba de mucho más, era su manera evolucionada de comunicar lo único que les importaba como especie: «aquí hay humanos, venid». Pese a ello, no todos los infectados tenían localizado perfectamente al pequeño ejército ruandés y solo unos pocos llegaron al puerto; el resto, siguiendo el rastro que dejaron cuando circulaban perdidos, deambulan muy excitados aunque sin una dirección clara que seguir. El ultrasonido que emitían sus compañeros tampoco les llegaba nítido; el viento y la lluvia interferían fatalmente, y los edificios, al chocar las ondas contra ellos, también alteraban significativamente la posición exacta de su procedencia. Pero cuando una luz rojiza e intensa alumbró el cielo, los infectados miraron absortos cómo subía y luego descendía lentamente, y lo interpretaron como una señal de actividad humana. A continuación vieron otra, y otra más, hasta seis destellos en el cielo oscuro indicando un punto. Y hacia él se encaminaron todos.

Visibles desde varios kilómetros de distancia, las bengalas disparadas fueron un faro en la noche para ellos. Algo que ya había verificado el capitán Andrei muchos meses antes, el día que llegó al puerto de Argel y lo primero que hizo fue lanzarlas con la esperanza de encontrar auxilio. Y auxilio no llegó, pero sí consiguió que se llenara el puerto con miles de infectados.

Ogotu, después de comprobar que los RPG-7 serían inútiles, ordenó a sus soldados que se centraran en los morteros. Minutos después del intenso bombardeo se felicitó de su decisión cuando en la lejanía pudo distinguir cómo uno de los proyectiles impactaba en el barco, produciendo un fuego que se veía claramente y que sería una bendición a la hora de apuntar mejor. Se rió, como todos sus hombres, al ver las bengalas que lanzaban desde el barco. No solo no les preocupó, sino que agradecieron su luz durante el tiempo que duraba porque con ella aprovechaban para ajustar mejor el ángulo de disparo. Nadie cayó en la cuenta de la inteligente estrategia del capitán ruso, ni se les pasó por la cabeza qué pretendía con ello. Lo interpretaron como el acto inútil de un hombre desesperado, solo eso.

A los primeros en llegar los vio el soldado que conducía el camión de la munición.

—Señor, el muelle se empieza a llenar de infectados —comunicó por radio claramente alterado.

La llamada coincidió con la caída lenta de la última bengala y Ogotu relacionó ambos hechos al instante.

—¡Maldito cabrón! —espetó entre dientes.

Los soldados con sus vehículos se encontraban en el extremo de la dársela, el punto más alejado del puerto, y tras ellos se extendía una gran explanada donde se acumulaban los contenedores que en su día se descargaron de los barcos que llegaban a la isla. Ogotu, bajo la luz de la bengala, observó lo que se les venía encima. Hasta donde alcanzó a ver, el puerto estaba cubierto por una masa oscura y vociferante que se aproximaba muy deprisa, semejante a una marea oleaginoso. Determinó que sería imposible atravesarla, que lo único que podrían hacer sería intentar repeler el ataque. Ordenó a sus hombres formar una barricada con los camiones y los contenedores cercanos, y disponerse para el combate. Estaba nervioso, muy nervioso. No le gustaba nada tener el mar a su espalda y no contar con una vía de escape. Además era la primera vez que se enfrentaba a un enemigo como aquel. Los soldados reorientaron los morteros y, sin perder ni un segundo, comenzaron a disparar al nuevo objetivo. Subidos a los capós de los camiones y a los contenedores, otros soldados hacían lo mismo con sus RPG-7. El resto buscó una posición resguardada y esperó, con los AK dispuestos, a tener al enemigo a tiro.

Las granadas de mortero y los cohetes barrían una zona de cuarenta metros cuadrados cada vez que impactaban. Cuerpos destrozados saltaban por los aires. Piernas y brazos arrancados. Vísceras y sangre. Cualquier enemigo hubiera huido ante tal carnicería, ante tal potencia de fuego y superioridad, pero no ese. Los claros que formaban las explosiones se llenaban al instante por más infectados, y la marea infecta volvía a ser compacta. Cuando la cabeza del ataque estuvo a unos cien metros de los soldados, los AK comenzaron a sonar por fin con su traqueteo característico. Miles de balas impactaban en los cuerpos de los infectados. Miles. Pero solo unas pocas, las que destrozaban sus cerebros, eran efectivas, el resto era munición

desperdiciada.

El avance se ralentizó, incluso pareció detenerse por momentos. Ogutu, exultante inicialmente, comprobó unos instantes después y para su desesperación que solo era debido al inmenso número de cuerpos destrozados que se acumulaban y que dificultaba el progreso de la interminable horda que llegaba desde la ciudad. Determinó que, mientras continuaran disparando al ritmo que lo hacían y con esa misma cadencia, podrían controlar la situación, pero cuando la munición de los morteros y los RPG-7 se agotara y terminaran con todas las granadas de mano, solo con los AK no serían capaces de detenerlos, y la cosa se iba a poner muy fea. ¿Cuántos infectados habría?, pensó, ¿miles, cientos de miles? Una cantidad descomunal de seres que no tenían miedo a la muerte, el enemigo más temible.

El aire se llenó del humo de las explosiones; y un olor denso a pólvora, sangre y miedo, embotó las narices de los soldados. La primera línea de infectados quedó fuera del alcance de los morteros cuya distancia mínima de disparo era de noventa metros. Los contuvieron con los RPG-7 y las granadas de mano hasta que se les agotaron, entonces solo dispusieron de los AK para mantenerlos a raya. Los morteros siguieron escupiendo muerte hasta que finalmente también se callaron.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó un sargento visiblemente alterado.

Ogutu ordenó quemar los vehículos y los contenedores y formar con ellos una barrera de fuego. Era una medida desesperada ante el avance implacable del enemigo.

—¿Está seguro, señor?

—Haga lo que le digo, sargento.

El sargento obedeció y transmitió la orden. Los soldados agujerearon los depósitos de combustible y prendieron fuego a los vehículos (su medio de transporte y de huida) con la esperanza de que eso los detuviera. Pero no fue así. Los infectados más adelantados se quedaron quietos frente a la muralla de llamas, pero los miles que venían detrás los empujaron y obligaron a continuar adelante. El gesto desesperado solo dio unos pocos minutos de respiro a los soldados, apenas el tiempo necesario para reagruparse formando una línea defensiva al borde de la dársena, recargar sus armas y esperar con el corazón desbocado. Ogutu observaba en un extremo subido a unas cajas de madera, desde donde tenía una visión más clara de lo que pasaba. Y lo que vio no le gustó nada.

El tremendo empuje de la masa no tardó en desplazar dos camiones, y una brecha se abrió en la barricada. Los soldados concentraron su fuego en el grupo que penetraba por el hueco. Disparaban sin apenas apuntar contra aquellos espectros en llamas que corrían hacia ellos, vaciando sus cargadores a una velocidad asombrosa. El suelo se llenó de casquillos que brillaban como miles de ascuas. Las llamas prendían a los infectados aunque estos seguían en su avance, sin inmutarse. El calor derretía sus cuerpos, haciendo que su carne se desprendiera a jirones y cayera al suelo dejando restos ígneos de grasa, pero no los paraba.

Un contenedor comenzó a desplazarse hasta que finalmente cayó al mar. Por su

hueco, en tropel, penetraron cientos de infectados. Los soldados tenían ahora dos frentes que cubrir. Ogutu miró a lo lejos y asumió que estaban perdidos. Pronto se quedarían sin munición y la cantidad de infectados que llegaba parecía no agotarse nunca. Maldiciendo al carguero que se perdía en el horizonte bajó de las cajas, se situó detrás de sus hombres y, sin que le vieran, se lanzó al agua. El AK le dificultaba para nadar y lo soltó. También se deshizo de los correajes y del tres cuartos. Solo conservó el cinturón con la pistola y el machete. No era un buen nadador, y aprovechó los pilares de la dársena para agarrarse y descansar mientras la bordeaba. Se alejó cuanto pudo y nadó hasta el muelle. Buscó unas escaleras por donde subir y se asomó con sumo cuidado. Vio las llamas a lo lejos y escuchó los disparos, cada vez en menor cantidad. También observó con satisfacción que los infectados estaban tan concentrados en la dársena que habían dejado el resto del puerto casi vacío. Empapado y tembloroso corrió sin mirar atrás, aún con el olor a carne quemada metido en su nariz. Tropezaba, caía y volvía a levantarse, en una huída frenética durante la que no dejó de dar gracias por haber salido de ese infierno.

En un momento dado la brecha central entre los dos camiones se abrió más, y la cantidad de infectados que entró por ella fue imparable. Los soldados recularon hasta el borde mismo de la dársena, con la mirada fija en aquel enemigo brutal e incansable que los asediaba. La horda salvaje acalló sus fusiles definitivamente. Brazos agarrándolos y bocas arrancando pedazos de sus cuerpos fue lo último que vieron algunos. Otros saltaron al agua o cayeron empujados por los infectados. El mar se llenó de soldados luchando cuerpo a cuerpo, intentando deshacerse de las garras de hierro y las dentelladas letales. La lucha en el agua se alargó durante minutos, hasta que al final todos los soldados terminaron rindiéndose. Agotados, se dejaron arrastrar al fondo del mar para morir abrazados por sus infatigables verdugos.

Los gritos de los soldados cesaron y el olor a muerte los calmó. La masa vociferante transformó su aullido en un ulular de voces inquietante. Las llamas danzaban iluminando los cuerpos cerúleos de los miles de infectados que se balanceaban rítmicamente, apiñados, semejando una inmensa alfombra confeccionada con caparazones de insectos.

Nada de eso vio Ogutu, ni siquiera se preocupó cuando dejó de escuchar disparos. Buscaba huir lo más rápido y lo más lejos posible del desastre, solo eso le importaba. Corrió por las calles desiertas, empapado y tiritando de frío. Aunque desesperado, aún confiaba en la suerte que le había acompañado toda su vida, y en su instinto de supervivencia capaz de indicarle una salida donde parecía no haberla. Cuando se creyó suficientemente lejos del puerto, se permitió un breve descanso. Se detuvo y se sentó en una parada de autobús. Tenía que pensar y hacerlo rápido. Lo primero era

encontrar un lugar seguro donde pasar la noche, a resguardo del frío y de la lluvia, y de los infectados, luego ya se le ocurriría algo. Se levantó, tomó aire y se puso a andar. La noche estaba oscura y la calle estrecha en la que se encontraba dificultaba aún más la visibilidad. Casi a tientas buscó un portal. Caminó durante un buen rato sin encontrar ninguno abierto hasta que finalmente descubrió una puerta que cedió a su empuje. Intentó cerrarla después, pero la cerradura no funcionaba. El interior estaba oscuro como boca de lobo. Tanteó a ciegas hasta que encontró la referencia de una pared y la siguió procurando no hacer ruido. Tropezó con algo. Levantó el pie, eran unos peldaños, había llegado a la escalera. Subió agarrado al pasamano, con la respiración contenida. Llegó al rellano del primer piso y se aventuró por un pasillo estrecho que podía abarcar si extendía ambas manos. Lo recorrió hasta el final, sin encontrar una puerta abierta. Decidió no buscar más. Se dejó caer en una esquina, bajo un pequeño ventanuco que daba a un patio interior, y se acurrucó intentando no perder más calor. Quiso mantenerse despierto y alerta, pero el estado de nervios y la tensión a los que estuvo sometido, habían dejado paso a un cansancio infinito que terminó por vencerle y sumirle en un sueño rotundo.

Le despertó una pesadilla en la que los infectados le habían localizado y ruidosamente subían las escaleras de la casa para devorarlo. Cuando estuvo totalmente consciente descubrió con espanto que no había sido un sueño, y que decenas de pies se acercaban por el pasillo. No veía nada, aunque sus oídos y su nariz le transmitían una información aterradora. Sacó su pistola y apuntó. Con el destello del primer disparo, en una fracción de segundo de luz, distinguió los cuerpos de los infectados que se apretujaban y se empujaban en el pasillo, con los brazos extendidos y sus horribles bocas abiertas, compitiendo por quién llegaba antes, quién daba el primer mordisco. Ogutu vació el cargador de su pistola sin abatir un solo infectado. Entonces apoyó la espalda en la pared y sacó su machete, lo sujetó con ambas manos y comenzó a lanzar golpes, a tajar el aire a ciegas. Su lucha era inútil y él lo sabía, aún así continuó golpeando hasta que se le echaron encima trabando sus movimientos.

Una última imagen llenó su cabeza antes de que le desgarraran la garganta y lo despedazaran por completo. Se vio de niño corriendo por la sabana con una sonrisa en los labios, persiguiendo una hoja de acacia que empujaba el viento cálido de la noche africana.

33. MENTIRA CUATROCIENTAS

Nos colocamos como mejor pudimos dentro del Chinook y por fin despegamos. Por las ventanillas vimos a los cientos de infectados que ya se dirigían hacia nuestra posición, y un silencio tenso se mantuvo hasta que cobramos altura dejando atrás el peligro. Julián, después de darme un montón más de apretujones y de decirme mil veces lo contento que estaba de volver a verme, fue a la cabina de mando y se sentó junto a Escolano. Sor Teresa, Eva y Luna colocaron mantas en el suelo para que se sentaran los más pequeños, y acomodaron a los demás en los espartanos asientos laterales. Yo busqué con disimulo un lugar resguardado en la parte trasera, y entre bultos y cajas traté de pasar desapercibido el mayor tiempo posible. Cuando terminaron con los niños, la primera que vino a verme fue Luna.

—¿Qué tal estás?

—Bien, un poco cansado, ¿y tú?

—Imagínate. Aún no me lo creo, ¡por fin estamos todos juntos!

—Ya. Veo que encontrasteis al técnico —dije intentando cambiar de tema.

—Es un capullo de aquí a Júpiter.

—Bueno, y qué opinas de Plano Secuencia.

—¿De quién?

—Conmigo se hacía llamar así.

—¿Te refieres a Mario?

—Sí.

—Parece majo.

—Le gusta mucho el cine y es muy inteligente.

—¿Y valiente?

—Lo será cuando sea necesario, seguro.

—Guapo es. Ya veremos.

Mientras me hablaba no dejaba de mirar hacia el interior del helicóptero. Sin duda buscaba a Eva y en su mirada la señal que le indicara que debía dejarnos solos, el momento que yo más temía.

—Bueno, me largo —dijo finalmente, después de volver a pedirme disculpas por el malentendido con el alférez Galera y de darme un abrazo de seis segundos.

Su vacío pronto lo llenó Eva y sus intensos ojos verdes. Estaba guapa hasta hacer daño y sentía que la quería más que nunca. Al notar su mano sobre la mía supe que iba a vivir los momentos más difíciles de mi vida.

—¿Quieres que te cambie los vendajes?

—No es necesario, sor Teresa ha hecho un buen trabajo.

Acarició mi rostro.

—Siempre supe que continuabas vivo, que en algún lugar luchabas por sobrevivir.

Lo sentía aquí dentro —dijo apoyando la mano izquierda en su pecho.

Tenía un nudo en la garganta y las lágrimas a punto de salir, tan solo fui capaz de apretar su mano con fuerza.

—Sor Teresa me ha contado lo que has hecho por ella y esos niños. No te puedes imaginar la admiración y el respeto con los que habla de ti.

—Paparruchadas de monja —solté para poder componer una sonrisa y con ello relajar la emoción que me ahogaba.

—Todos esos niños... Vivos, inmunes al virus. Es algo increíble.

—Sor Teresa dirá que es un milagro.

—Y quizá tenga razón.

—Seguro que hay una explicación lógica.

—Estaría bien saber que existe una fuerza superior, llámala Dios, energía cósmica o como quieras. Sería estupendo pensar que algo más que la suerte vela por nosotros.

—Sí, no estaría mal, pero me temo que estamos solos con nuestras circunstancias.

—Sus circunstancias se cruzaron con las tuyas y los salvaste. Has hecho algo muy grande, Carlos, algo muy grande por esos niños.

—Que hubiera quedado en nada si vosotros no hubieseis venido a buscarme.

—Vale, vale, dejemos la metafísica y de darnos jabón y vamos a lo nuestro.

—Vamos.

—Sobre el tema de Galera...

—No me lo menciones más, por favor.

—Bien, no lo haré.

—Gracias.

—Pasemos a otro tema entonces —dijo y me agarró ambas manos—. Tengo algo muy importante que decirte.

—Y yo también —intervine de inmediato sin reparar casi en sus palabras.

—Bien, tú primero.

Me ahogaba. Un sudor intenso y frío cubría todo mi cuerpo y el corazón me iba a mil. Lo pensé mejor, quería escuchar lo que tenía que decirme; después de que yo hablara nuestro pequeño mundo, nuestra relación, estallaría en mil pedazos y ya nada importaría.

—No, habla tú —dije rotundo.

—Carlos —musitó y se llevó una mano a su tripa—, estoy embarazada.

Me quedé congelado en su mirada, en su sonrisa incipiente, en su respiración agitada que hacía mover su pecho arriba y abajo.

—¿No te alegras?

Seguía sin poder hablar, paralizado por una vorágine de sensaciones contrapuestas.

—Sé que es una locura, que lo hablamos mil veces, pero ahora que lo noto, que siento cómo crece nuestro hijo en mi interior, se me han disipado todos los temores y las dudas. Solo deseo que llegue el momento de tenerlo entre mis brazos, ver su

carita, coger sus manos diminutas, disfrutarlo juntos. Soy feliz, Carlos.

Unas lágrimas resbalaron por su rostro moreno, salvaron la pronunciada curva de sus pómulos y terminaron en sus labios.

—Dime que tú sientes lo mismo, o no me lo digas, pero dime algo por favor.

Mi madre me decía de pequeño que cada persona puede decir cuatrocientas mentiras en su vida. Que cuatrocientas era el número permitido siempre y cuando con ellas no hiciéramos daño a nadie, y que a partir de la cuatrocientas una sería pecado. Mi madre se inventaba muchas cosas para llenar su aburrida vida con mi padre. Fantaseaba a menudo con mil y una historias que ya he olvidado; todas menos esa, la de las mentiras, que siempre me pareció muy hermosa.

—Eva... yo también soy muy feliz.

—¿Seguro? —preguntó entre sollozos de pura emoción.

—Seguro.

No sabía qué número hacía esa mentira en mi vida, pero sí que contenía más verdad que si lo hubiera sido realmente.

—Te quiero —dijo, y me abrazó mientras sus lágrimas mojaban mi cara. Evité sus labios que tanto deseaba.

—Llevo dos días sin lavarme los dientes y comiendo rata asada.

—No me importa cariño.

—Créeme, mi aliento puede ser letal para el pequeño.

Eva rió y me lanzó un manotazo travieso. Yo también reí, tragándome una bola inmensa de desconsuelo.

—Ohh, estoy loca de ganas de contárselo a los demás. Quería que tú fueses el primero en saberlo. A Luna no pude ocultárselo, ya la conoces, no se le escapa una, pero los otros no saben nada. Verás Julián, prepárate cuando se entere, no te va a dejar en paz en todo el viaje.

Hablaba atropelladamente, pisándose las palabras, despidiendo una luz que me cegaba, haciendo mohines deliciosos de niña ilusionada.

—Ve a contarlo, corre. Trataré de dormir un rato.

—¿No quieres que me quede?

—Necesito descansar.

—Bien. Te quiero.

—Y yo también a ti.

Ya se levantaba cuando de pronto se detuvo.

—Perdona, cariño, lo había olvidado, ¿qué tenías que contarme?

—Nada importante, ya lo hablaremos después.

—Vale —dijo, y se fue removiendo un aire que olía a vida.

Julián no tardó en venir y aguanté sus bromas con desahogo. También volvió Luna y hasta Mario me felicitó. Estaba sorprendido con lo bien que lo estaba haciendo, lo natural que me comportaba y lo fácil que me salían las mentiras. Hasta que llegó sor Teresa. Esperó a que me quedara solo. Traía una botella de agua, me la

ofreció y se sentó a mi lado.

—Tendrá la boca seca.

—Sí —respondí, y di un largo trago.

—Sus amigos son estupendos.

—Son mi familia.

—Y Eva es maravillosa.

—Sí que lo es.

El silencio se instaló unos instantes entre nosotros con la naturalidad que mostraría un forense a la espera de percibir el último aliento para certificar una muerte.

—No he podido decírselo —susurré.

—Lo sé.

—No quiero morir, hermana, ahora no.

—Solo puedo darle consuelo para creyentes.

—Intente decirme algo sin mencionar a Dios.

—Mire todas esas vidas que ha salvado —dijo señalando al interior del helicóptero—. Dios le recompensará por ello.

—Veo que no puede.

—Rezaré por usted.

—Gracias, hermana, me moriré más tranquilo sabiéndolo. Y ahora déjeme, quiero estar solo.

Cuando se marchó agaché la cabeza y simulé que dormía. Pero no lo hice, por supuesto. Evité pensar en el momento dramático en el que Eva se enterara de que estaba infectado, y me centré en conseguir algo parecido a la paz de espíritu. Para un creyente todo era más fácil, podía tirar de oraciones para conseguirla, hacer examen de conciencia, confesar sus pecados y pedir el perdón eterno; su cabeza entonces se llenaría con visiones divinas del paraíso y de un Dios que lo esperaría con los brazos abiertos dispuesto a otorgársela. Para los no creyentes la cosa se complicaba un poco más. Después de dar algunas vueltas, me decidí por echar mano del arte para intentarlo. Imaginé un mural inmenso en el que fui componiendo un collage con retazos de mi existencia. Instantáneas de mi niñez, de mi juventud, de mi madurez... Escenas de mi vida con Eva, con Luna, con Julián y con todos los amigos de la isla, fueron llenándolo. Lo pintaba como haría un gran maestro, con rapidez y seguridad, pero con la reflexión interior que requería la obra. En técnica mixta de óleo y acuarela, con colores muy vivos, manejando el pincel al compás de una música de fondo que también imaginé, la inmensa pared se fue llenando de mí. Finalicé el mural dibujando, en la esquina inferior derecha, un recién nacido sonrosado en actitud juguetona: el hijo que nunca conocería. Luego me imaginé de pie, en mitad de una gran sala a unos cuantos metros de la pared, solo, contemplando mi obra.

No conseguí la paz de espíritu ni de lejos, pero sí que el tiempo se pasara volando; porque de pronto, por los altavoces, escuché la voz de Escolano anunciando

que llegábamos a la fragata.

Me dolía todo el cuerpo. Sudaba y sentía una presión en la cabeza tremenda. No era dolorosa, pero sí incómoda. Decidí moverme. El interior estaba alumbrado por una tenue luz. Todos dormían menos Eva, que sujetaba a Luna contra su hombro. Levantó la cabeza a mi paso y por señas le indiqué que iba a la cabina de mando.

—¡Qué rápido hemos llegado! —dije levantando la voz, allí el ruido de los motores parecía aún mayor.

—He venido a máxima velocidad —contestó Escolano.

—Perdemos gasolina —añadió Julián.

—¿Cómo?

—Un manguito. La fuga es constante. Da igual lo rápido o lento que vayamos, nos quedamos secos —informó Escolano.

—Joder. Por suerte ya hemos llegado.

—Bueno, ahora viene lo peor —intervino Julián.

—No entiendo.

—Comandante, explícaselo tú que sabes más.

—No será fácil aterrizar —contestó Escolano sin dejar de tocar botones en el panel de control.

—¿Por qué? La fragata dispone de helipuerto.

—Sí, pero para un helicóptero más pequeño.

—Entonces, ¿quieres decirme que nunca lo habías hecho antes?

—Exacto, y que yo sepa jamás un Chinook ha aterrizado en una fragata.

No se veía nada a través de las ventanillas. Además de la oscuridad, una lluvia fina aunque persistente salpicaba los cristales.

—¿Por qué no esperamos a que amanezca? Ya queda poco y será más fácil aterrizar —pregunté.

—Lo haría, pero calculo que nos quedan quince minutos de combustible.

—¡Joder! —exclamé sinceramente preocupado; no por mí, por supuesto, pero sí por los demás. Sería una broma del destino salvar tantas dificultades para al final terminar estrellados en la línea de meta.

—¡Bah!, no te preocupes, el comandante lo tiene todo controlado —intervino Julián.

—Técnicamente es posible. Hay que hacerlo con mucho cuidado, pero... es posible —añadió Escolano al tiempo que encendía el foco de largo alcance.

A unos doscientos metros apareció la figura gris oscura de la fragata.

—Además, por fin han contestado. Con sus indicaciones será pan comido, ¿verdad, comandante? —dijo Julián dándole un puñetazo medido en el hombro.

—No entiendo.

—Un problema con la radio, interferencias... Quién sabe. Pero lo han debido solucionar.

—Más o menos —añadió Escolano.

—¿Os queréis explicar de una vez? —pregunté algo alterado por su incesante juego alterno de palabras. Escolano tomó la responsabilidad de hacerlo.

—Llevábamos toda la noche intentando contactar con la fragata sin resultado. Por fin, hace menos de diez minutos, han respondido... en inglés.

—¿En inglés?

—Han dicho: «Ok, los esperamos».

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—Pues sí que es raro.

—Bueno, eso ya lo aclararemos. Lo importante es que habrá un par de tipos ayudándonos a aterrizar —intervino Julián.

—Eso espero —dijo Escolano cogiendo la radio y lanzando un largo suspiro antes de hablar—. «Aquí el helicóptero Chinook comenzando maniobras de aproximación a la fragata. Si me escuchan, solicito apoyo de señales luminosas para el aterrizaje. Repito, señales luminosas para el aterrizaje».

El helicóptero describió un amplio círculo sobre el barco de guerra a la espera de respuesta. El silencio en la cabina era total. Me encontraba de pie, entre Escolano y Julián, agarrado al respaldo de sus asientos. De pronto noté unos brazos rodeando mi cintura, era Eva.

—Fin de trayecto —dijo besándome en el cuello.

El helicóptero dio otra vuelta a menos altura.

—¿A qué espera para aterrizar? —me preguntó al oído. No contesté.

Escolano manipulaba nervioso los interruptores de la radio, esperando una confirmación que no llegaba. Por fin, después de un ruido de estática, llegó...

—«Ok, señales luminosas».

... pero en inglés.

—¿Con quién hablas, comandante? ¿Quién está en la Cristóbal Colón? —preguntó Eva alzando la voz por encima del ruido de los motores.

—Ni idea, Eva, ni idea, pero tenemos que aterrizar —contestó soltando el aire de los pulmones al ver aparecer en la cubierta un par de soldados con linternas en la mano—. Agarraos, esto puede ser movidito.

Escolano comenzó la aproximación sin perder detalle a los soldados que realizaban movimientos con las linternas provistas de capuchones amarillos. Se colocó en la vertical y comenzó a descender sobre la cubierta de aterrizaje. Desde arriba parecía extremadamente pequeña. Los soldados no dejaban de mover los brazos, realizando indicaciones permanentemente. Uno de ellos hizo algo muy distinto. La linterna de su mano derecha empezó a parpadear sin parar. Eva también se dio cuenta porque me empujó un poco para ver mejor.

—¿Qué hace ese soldado? —preguntó finalmente.

—No lo sé, esas señales no están en el manual —respondió Escolano.

El helicóptero se estabilizó y empezó a descender transversal al barco.

—Es la única manera de que entre. No os preocupéis, las ruedas quedarán dentro de la cubierta —gritó Escolano adivinando nuestra estupefacción.

Me fijé con detenimiento en el soldado que, además de los movimientos con los brazos, continuaba insistiendo con la intermitencia de su linterna derecha. Tuve un presentimiento y presté atención. No era aleatorio, seguía un ritmo y una cadencia que se repetía, era...

—¡Es Morse! —grité como loco—. ¡Piratas! ¡Dice piratas!

—Dios mío, tienes razón —se apresuró a decir Eva.

—Eso lo explicaría todo: el silencio de la radio, las respuestas en inglés... —dijo Escolano y accionó la palanca que movía el foco exterior. Con disimulo barrió la cubierta. Acodados contra la barandilla de la cubierta superior, semiocultos, los vimos. Eran cuatro y se afanaron por evitar la luz.

—¡Hay hombres armados! —espetó Julián.

—Creo que el barco ha sido tomado por piratas. Africanos posiblemente —dijo Escolano.

—Ya te digo, son negros como el carbón —sentenció Julián.

—No podemos irnos, nos quedan cinco minutos de combustible —maldijo Escolano. Reflexionó unos segundos y prosiguió—. Os diré lo que haremos. Cuando aterrice abriré primero la puerta orientada a popa. Por ella saldréis vosotros tres y os esconderéis en el escalón que remata la cubierta. Bien pegados no seréis visibles desde arriba. Luego abriré la otra puerta y veré qué pasa. Si todo está bien y solo es un mal entendido, fenómeno. Si pasa algo raro tendréis que ocuparos vosotros.

—Pero... —intenté objetar.

—No hay tiempo. Preparaos —ordenó el comandante.

Eva corrió hacia el interior y Julián se levantó del asiento y fue tras ella como un rayo. Aún titubeante caminé hasta la puerta y esperé confuso y sudoroso, con un dolor de cabeza que iba en aumento por segundos. Aparecieron poniéndose las chaquetas. Eva me trajo la mía de cuero.

—Me la ha dado sor Teresa.

—Bien.

Me la puse y luego me ajusté las cinchas de la espada, mi fiel compañera.

—¿Qué son esas cosas? —les pregunté al ver los aparatosos rifles que llevaban.

—El futuro —contestó Julián levantando la extraña arma.

—Rifles de Gauss. Estaban en el búnker. Lo atraviesan todo y son extremadamente silenciosos —añadió Eva.

—Solo había dos, envidiosillo, y yo no pienso dejarte el mío —dijo Julián abrazando el arma como si fuese un niño.

—Vaya —musité sacando mi pistola de nueve milímetros para comprobar el cargador.

Me encontraba cada vez peor, débil y extraño. De poco les iba a servir si había problemas.

—Quizá sea mejor que me quede.

—De eso nada —saltó Eva mirándome fijamente.

Temí que adivinara lo que estaba pasando por mi interior y dejé de mirar sus ojos.

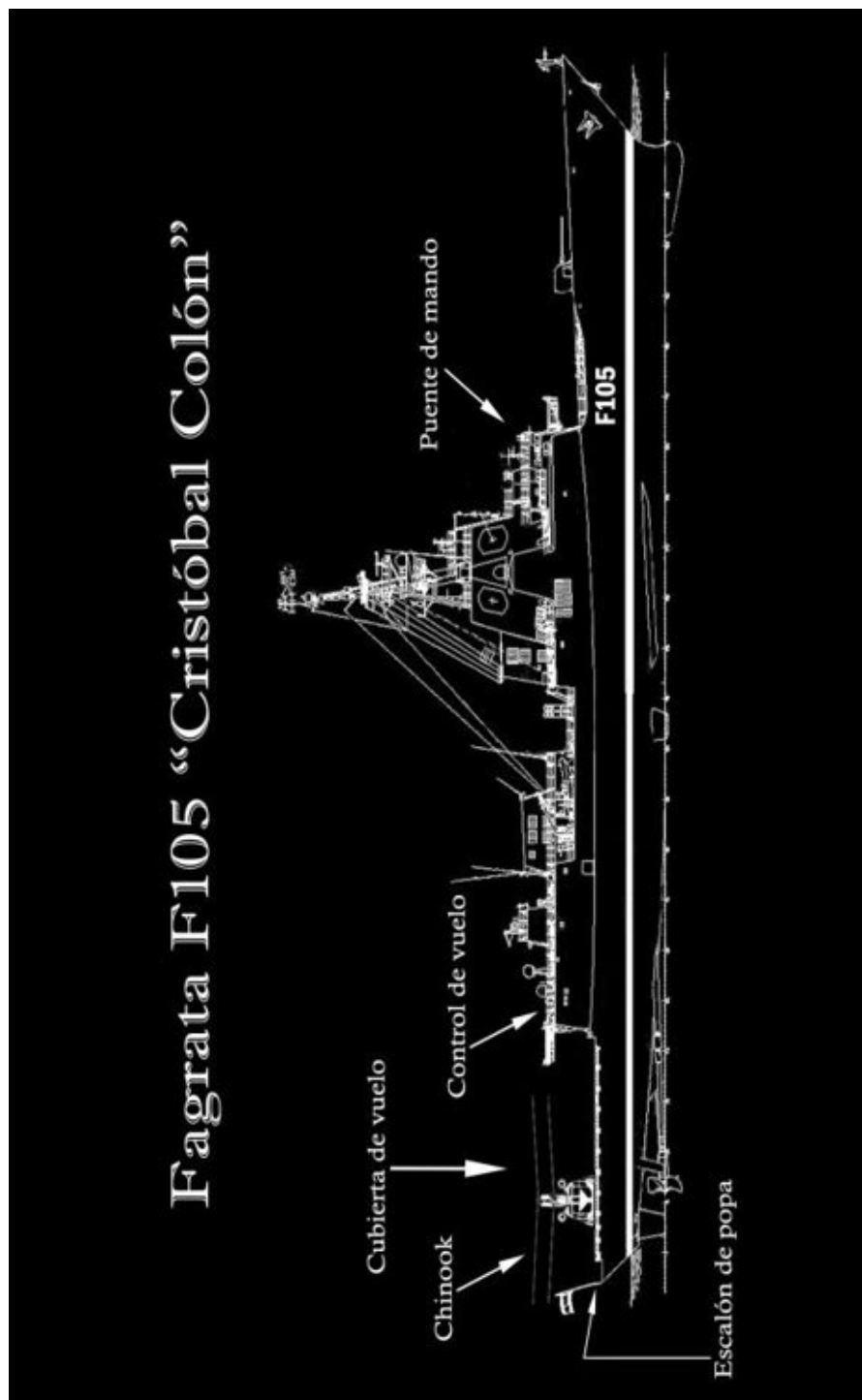
—Vienes con nosotros —continuó—. Será bueno llevar a alguien con una flor en el culo.

—Si tú lo dices —contesté cerrando los ojos por el escalofrío tremendo que recorrió todo mi cuerpo.

—¡Salid ya! —gritó Escolano.

Julián abrió la puerta antes de que las ruedas tocaran el suelo y saltamos del aparato. Ocultos por la oscuridad y la gran masa de acero, nos arrastramos y llegamos hasta el borde de la cubierta de aterrizaje. Nos descolgamos por la pared de metro y medio que bajaba hasta el escalón de popa y nos quedamos muy quietos, agachados, pegados a ella. Llovía intensamente, aunque el aire levantado por las aspas pulverizaba las gotas convirtiendo el chaparrón en un leve chirimiri.

El Chinook terminó de posarse, los motores se apagaron y poco a poco las aspas fueron perdiendo velocidad. Desde abajo era lo único que veíamos, unas descomunales aspas girando sobre nuestras cabezas. El ruido disminuyó y aguzamos los oídos. Escuchamos la puerta abrirse y voces, pero no distinguíamos lo que decían. No pude aguantarme más y asomé un poco la cabeza. Eva intentó retenerme, fue inútil. Las luces de posición del helicóptero iluminaban lo suficiente y pude ver, a ras de suelo, cómo bajaban los niños ayudados por sor Teresa y Mario. Luna estaba parada junto a la puerta y miraba en nuestra dirección con disimulo. Los soldados que ayudaron en el aterrizaje llevaban ahora en sus manos cinchas con las que posiblemente asegurarían el aparato a la cubierta. Todo parecía normal hasta que los vi. Eran cuatro. Vestían de civiles, pero llevaban armas y eran africanos. A cierta distancia controlaban a los pasajeros y no perdían detalle de sus movimientos. Cuando terminaron de bajar todos del helicóptero, incluido Escolano, los agruparon en un extremo de la cubierta y separaron a los adultos de los niños. A Luna la excluyeron de los adultos, que fue a los únicos que cachearon. Uno de los piratas subió al helicóptero y después de un rato bajo llevando un bulto grande, la bolsa donde llevábamos las armas. Los soldados españoles esperaron a que las aspas se detuvieran definitivamente y comenzaron a fijar el aparato a cubierta con las gruesas eslingas; dos piratas controlaban sin perder detalle cada movimiento que hacían, mientras los otros dos se quedaron vigilando a los pasajeros. En un momento dado, uno de los soldados pasó por detrás del aparato y comenzó a fijar las cinchas a unos machones de cubierta, cerca del borde. Me agaché un poco cuando sus botas aparecieron ante mis ojos.



—¿Cuántos son? —musité. Eva me miró con los ojos desorbitados—. ¿Cuántos son? —repetí un poco más alto ignorando su reproche.

El soldado puso rodilla en tierra, dándoles la espalda a los piratas y, simulando atar la eslinga, se acercó cuanto pudo.

—¿Carlos? —preguntó proyectando un hilo de voz en mi dirección.

—Sí. Soy yo.

—Cuatro fuera, dos en el comedor y cuatro en el puente —informó nervioso.

Mi cabeza iba a mil, tenía que pensar algo y rápido, era una oportunidad de oro de obtener información. Eva se desplazó hasta mi lado y puso el dedo índice cruzando los labios. Sus ojos estaban desbocados. No le hice caso.

—¿Quién está en el puente?

—Oficiales y soldados, atados en el suelo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el pirata. El soldado se incorporó sobresaltado, terminó de fijar la cincha y desapareció.

Tardé unos segundos en volver a asomar la cabeza, tuve que luchar con Eva que no dejaba de agarrarme del brazo. Llegué a tiempo para ver cómo los organizaban: los niños por un lado y los adultos por otro. De pronto Luna salió del grupo de los niños y corrió infantil, con su mochila verde a la espalda, hasta sor Teresa. El pirata intentó arrancarla de sus brazos, pero Luna se negó abrazándose aún más fuerte; finalmente desistió y la dejó con ella. Los dos grupos tomaron el mismo camino. Primero los niños, acompañados por un pirata, y después los adultos custodiados por dos. Desaparecieron por una puerta situada a pie de pista, en el centro de una pared de siete metros de alta, al principio de la cubierta de aterrizaje. El cuarto pirata ascendió a la segunda cubierta por una escalera adosada a la pared.

Dejé de mirar y me senté junto a Eva y Julián. Tuve un intenso mareo y a punto estuve de vomitar.

—Me tenías de los nervios —soltó Eva.

—¿Qué pasa? —preguntó Julián gateando hasta mí.

Les conté lo que me había dicho el soldado y, tragándome las flemas, continué con lo que había visto.

—¡Hay que joderse! Ahora esto. ¡Piratas! Cuando estábamos tan cerca de casa —se quejó Julián dando una patada en el suelo.

—Creo que a los niños se los han llevado al comedor y a los adultos al puente.

—Vale, ¿y ahora qué hacemos? Estamos jodidos.

—Julián, déjame pensar —dije.

—¿De dónde han salido?

—Ni idea, pero es posible que haya más en algún sitio, tal vez en otro barco —contesté.

—No podemos dejar que lleguen a la isla —sentenció Eva.

La lluvia caía inmisericorde. Agradecí las gotas gordas como garbanzos que refrescaban la fiebre de mi cuerpo. Sentados, con la espalda apoyada contra el frío metal, los tres divagábamos por caminos distintos.

—Tenemos que hacer algo y hacerlo ya —dijo Eva volviéndose, colocando su cara muy cerca de la mía.

Me fijé en su rifle y recordé algo, «lo atraviesa todo», había dicho sobre él. Eso podía solucionar el punto débil del absurdo plan que había elaborado.

—Chicos, tengo una idea —dije controlando el temblor de mis manos.

—Te escuchamos.

Cuando terminé de explicarla me sentía agotado, como si hubiera estado corriendo una maratón, ¡y solo había hablado durante cinco minutos! El *Fubarbundy* cada vez era más efectivo, apenas llevaba unas horas infectado y ya me encontraba a

punto de entrar en coma.

—A mí me gusta. Vamos —espetó Julián, se incorporó y esperó en cuclillas.

—La toma del puente es una locura —dijo Eva.

—¿Y qué no lo es? —preguntó retórico Julián.

Yo permanecí en silencio, reservando las pocas energías que me quedaban. Eva movía la cabeza negando.

—Es demasiado arriesgado.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No.

Cuando terminaron de discutir decidí intervenir.

—¿Veis al que se ha quedado fuera? Está sobre el control de vuelo, apoyado en la barandilla, a unos treinta metros.

Con mucho cuidado se asomaron por el borde y buscaron a través de la mira de sus rifles.

—Sí —dijeron casi al tiempo.

—¿Le tenéis a tiro?

—Yo sí.

—Yo también.

—Pues acabad con él.

Ambos pulsaron un botón en el arma y una luz roja se encendió. Esperaron unos segundos a que se pusiera verde y volvieron a apuntar. Escuché un par de silbidos, algo parecido al ruido que haría una plancha al expulsar el vapor, solo eso.

—Uno menos —dijo Eva.

—Joder, este arma es cojonuda, ¿has visto cómo ha desaparecido su cabeza? —exclamó Julián.

No lo había visto. Me costaba mantener los ojos abiertos y me dolía hasta respirar.

—Salgamos ahora —dije con una voz que me sonaba lejana.

Salvaron el escalón con rapidez, pero tuvieron que ayudarme tirando de mí como si fuese un fardo. Julián me miró de arriba abajo.

—Mejor será que nos esperes aquí, estás hecho una mierda.

—No.

—Julián tiene razón, nosotros nos ocupamos —susurró Eva tocándome la frente.

—Estoy bien, solo un poco cansado.

—Ardes en fiebre.

—Serás un estorbo, casi no te tienes en pie —añadió Julián.

—¡He dicho que estoy bien! —levanté un poco la voz—. Vosotros quisisteis que viniera, ahora os aguantáis. Vamos, no hay tiempo que perder.

Ellos no podían saberlo, pero lo que más temía en esos momentos era quedarme solo, solo con el virus.

Recorrimos la plataforma de aterrizaje y entramos por la puerta de acceso al

barco. Los espartanos pasillos, pintados de un gris claro e iluminados con sencillos apliques en la pared, parecían a medio terminar. No había lugar para el lujo en un barco de guerra, solo para lo imprescindible. Eva guiaba y seguía mi plan al pie de la letra. Llegados a un punto, se detuvo y nos situó.

—Por ese pasillo se va al comedor de tropa —dijo señalando a su izquierda— y todo recto se llega hasta el puente de mando.

—Bien, entonces nos quedamos tras esta esquina y cuando vuelvan *matarile* —musitó Julián golpeando el rifle.

—Esa es la idea —confirmó Eva.

En cuclillas, con las armas a punto, esperaron atentos al menor ruido. Yo me senté en el suelo, simulando que prestaba atención, aunque la verdad era que me sentía incapaz de distinguir entre los ruidos interiores y los exteriores; si los crujidos provenían de mi cabeza o los producían pisadas de botas. El pasillo por el que vendrían (si es que volvían por él) era largo, de unos veinte metros, y angosto. El tiempo pasó. Puede que diez minutos, puede que horas. Mi percepción estaba enloquecida.

—¿Dónde cojones están? —oí decir a Julián.

—Baja la voz —le reprendió Eva.

De pronto, a los múltiples ruidos que llegaban a mi cabeza se añadió otro, un fuerte zumbido acompañado de vibraciones. No estuve seguro de si era real o no hasta que Eva habló.

—Han puesto en marcha los motores, nos movemos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julián.

—Esperemos cinco minutos más —respondió tajante.

Hice por incorporarme, si seguía sentado no me levantaría más. Permanecí de pie, disimulando los temblores que recorrían mi cuerpo como latigazos.

—Oigo pasos —musitó Eva—. Ya vienen.

Percibí el retumbar y logré identificar el sonido de botas. Se acercaban rápido.

—¡Ahora! —gritó Eva.

Uno agachado y el otro de pie, se asomaron por la esquina sin salir del todo y dispararon. Escuché varios zumbidos. Diez, doce, no sabría precisar. Luego silencio.

—Tres menos, ya solo quedan seis —sentenció ufano Julián.

—Vamos —dijo Eva muy concentrada, dirigiéndose hacia el pasillo que llevaba al comedor.

Julián la siguió, yo no.

—Iré al puente, nos encontraremos allí.

—¿Estás seguro? —preguntó Eva mirándome muy seria, como analizándome.

—El plan es mío, ¿no?

No contestaron. Sus rostros se desdibujaban por momentos.

—Vosotros acabad con los del comedor mientras yo controlo la situación en el puente, ¿de acuerdo?

Intenté conferir a mis palabras una seguridad que no tenía. Eva dudó. Durante unos segundos en su cabeza debieron de barajarse mil y una respuestas, hasta que finalmente se decidió por una.

—Bien, pero ten cuidado.

—Vosotros también.

Eché a andar por el pasillo, tratando de que mis pasos parecieran firmes y coherentes. Pasé por encima de los tres piratas, o lo que quedaba de ellos, y llegué hasta la compuerta del fondo. Salí con cuidado a la cubierta. Seguía lloviendo. En otra ocasión hubiera sacado mi espada, pero necesitaba ambas manos para ir sujetándome aquí y allá. Mi cuerpo empezaba a desobedecerme, quedaba poco para que el *Fubarbundy* se hiciera con él por completo. Llegué a las escaleras metálicas. Un peldaño detrás de otro, y luego otro más, y otro. A ratos necesitaba agarrar mis piernas con ambas manos y tirar de ellas para lograr salvarlos. Se me hizo interminable llegar arriba. El barco se desplazaba, cobraba velocidad y el viento se hizo más fuerte. Descansé unos instantes apoyado en la barandilla, con la cara dirigida hacia la lluvia y los ojos cerrados. Me quité la cazadora de cuero, el cuerpo me ardía de fiebre. La puerta del puente se encontraba a tan solo unos metros. Trastabillando, igual que una marioneta tirada por hilos, llegué hasta ella. Busqué una ventanilla lateral y, con sumo cuidado, me asomé para ver el interior del puente. Fuera estaba oscuro, dentro había luz, sería imposible que me vieran. Había cuatro piratas, como dijo el soldado. Tres estaban de pie; el cuarto sentado junto a la mesa de mapas, y eso sería un problema. En el extremo más alejado, en un rincón sentados en el suelo, estaban los soldados españoles. Distinguí también a Luna, a sor Teresa y a Escolano con la cabeza vencida sobre el pecho, abrazándose las rodillas. Solo el capitán permanecía de pie frente al timón, gobernando el barco, y eso sería otro problema. De pronto sentí un fogonazo que iluminó mi cerebro, después un silencio absoluto. Ya llegaba el fin. Me agarré la pierna herida, quité la venda y rasgué la tela del pantalón. Con mano temblorosa hurgué hasta que arranqué los puntos. Me mordí los labios por el profundo dolor, aunque no fue suficiente. La intensa luz aún ocupaba mi cerebro. Introduje un dedo en la herida y presioné hasta que el tormento me trajo de vuelta. Así me encontraron Eva y Julián, luchando contra mí mismo.

—¡Dios mío! —exclamó Eva al ver la sangre que resbalaba por mi pierna.

—No es nada, me golpeé al subir la escalera —dije ahogando el dolor—. ¿Cómo os ha ido?

—De cojones —contestó Julián—. Cuando entramos uno estaba cagando y el otro en el bar poniéndose hasta las patas de ron. Ya son historia.

Hablábamos tan bajito como podíamos.

—Hemos armado al cocinero, al ATS y al chico que trajiste tú. Ahora están en el hangar de popa con los niños —dijo Eva.

Seguía de pie, acodado contra la pared. Saqué la espada y la usé con disimulo de bastón.

—¿Qué has visto? —preguntó Eva.

—Míralo tú misma.

Cuando volvió su mirada era confusa.

—¡Joder! ¡No podremos hacerlo!

Julián se asomó también.

—Tienes razón. Hay que pensar en otro plan —sentenció Julián.

—Tiene que haber una manera... —empecé a decir.

—Daríamos al capitán. Y el pirata sentado está fuera de tiro. Podría enloquecer y matar a todos. No es posible.

No sería capaz de moverme, ya no me quedaban más fuerzas, hasta allí había llegado. Cualquier otra cosa que intentaran sería sin mí. Me negaba a aceptar dejarles con ese *marrón*. Además, no podía soportar morir sin asegurarme antes de que todos quedaran a salvo, sin tener la certeza de que Eva y mi hijo vivirían felices en la isla.

Repasé el plan para tratar de encontrar una solución.

«Eva y Julián se colocarán a ambos lados de la puerta de acceso al puente y, con sus armas futuristas, dispararán a través de las paredes de grueso acero reforzado con Kevlar. Lo harán a un metro y medio de altura procurando ser precisos. Varias ráfagas continuas y devastadoras atravesarán las paredes blindadas y acabarán con los piratas, sin rozar a los rehenes ni destrozar los controles del barco».

Ese era el plan que ahora no servía. La idea era sencilla, pero partía de una premisa que no se cumplía: todos los piratas deberían estar de pie y todos los cautivos en el suelo.

El cielo clareaba por el *Este* tomando colores anaranjados. Amanecía. De pie, apoyado en la espada, temblaba. Mi mente era un torbellino de luces y ruidos estridentes entre los que intentaba encontrar una solución. Luchaban mis neuronas por establecer sinapsis y crear razonamientos inteligentes, pensamientos humanos. De pronto las luces cesaron y callaron los ruidos. Llegó la calma que precede a la tempestad, el fin definitivo.

Aproveché el paréntesis para ver una salida.

—El plan sigue —dije balbuceando—. Disparad cuando os lo diga.

Los vi negar con la cabeza, perdidos. No les di tiempo a reaccionar. Había llegado el momento de «*atarse los machos*» y apechugar. Agarré el pomo de la puerta y abrí.

La lluvia y el viento entraron en el puente revolviendo papeles y sobresaltándoles a todos. Apenas distinguía sus caras, pero noté cómo se giraban para mirarme. Me costaba mantenerme derecho. Basculaba a un lado y a otro, como ebrio.

—Capitán, cuando se levante el pirata, tírese al suelo.

Mis palabras salían de mi boca, pero yo no las oía.

Blandí la espada y apunté al pirata del walkie, el que estaba sentado.

—Tú, hijo de perra, ven aquí si tienes pelotas —le dije en inglés. Escogiendo muy bien las palabras.

El bulto oscuro no se movió. Distinguí sus dientes blanquísimos en su cara, solo

eso. Volví a apoyarme en la espada, sin ella no tardaría en caerme.

—*Clo-clo-clo... clo-clo-clo* —cloquear como una gallina fue lo último que se me ocurrió. Apenas veía y mi boca era ya de gelatina.

La masa oscura se movió. Por fin estaba de pie.

—¡Disparad! —grité, o al menos eso quise hacer porque no escuché absolutamente nada.

De golpe todo se volvió de un azul intenso, bellissimo. Por un instante me sentí incorpóreo, gaseoso. Me pareció flotar. Luego la luz fue apagándose hasta que solo quedó un punto lejano, entonces desaparecí definitivamente.

34. GAVIOTAS

El amanecer despejó la oscuridad una vez más y su luz descubrió al gran animal herido que navegaba por un mar plano. Las gotas de lluvia cesaron sobre la cubierta del *Carpathia* dejando paso a una mañana clara y sincera que anunciaba un precioso día de invierno.

Dos cuerpos permanecían inmóviles en popa, junto a un gran agujero aún humeante.

Los graznidos de las gaviotas despertaron al capitán Andrei que se incorporó trabajosamente. Se quedó sentado, intentando recordar por qué le dolía todo el cuerpo; sus oídos zumbaban sin cesar y tenía la ropa cubierta de sangre. Miró a lo lejos y vio la costa; una estrecha línea oscura donde aún se distinguían las llamas de un incendio. Entonces recordó: los ruandeses, el engaño, la huida, los disparos de mortero..., la explosión. Se palpó los brazos, las piernas. Parecía estar bien. Tocó su cabeza y descubrió una brecha donde le cabían dos dedos, pero que parecía haber dejado de sangrar. Sin levantarse comenzó a gritar.

—¡Bazyli! ¡Bazyli!

Solo las gaviotas le contestaron intensificando sus graznidos. Gateó hasta que, agarrándose a unas cajas destrozadas, consiguió ponerse en pie. Contempló el agujero en la cubierta, con los bordes retorcidos hacia fuera. Miró abajo. Estaba oscuro, aunque no le pareció ver agua. Lo bordeó y buscó al joven cocinero, su único compañero durante meses, su amigo, el hijo que nunca tuvo.

Bajo un montón de trozos de chatarra y madera ennegrecida descubrió un bulto. Cojeando corrió y, sin importarle cortarse las manos con las aristas punzantes de metal, liberó el cuerpo destrozado.

—¡Nooooo!

No fue un grito, fue un lamento. Tomó el cuerpo del joven Bazyli y lo abrazó. Entre sus brazos se desmadejó como un muñeco roto. La cabeza era lo único que quedaba intacto, el resto era un amasijo de vísceras, sangre y huesos quebrados. El capitán Andrei besó la frente del muchacho y rezó una oración con la cara levantada, mirando a un cielo cada vez más azul, a través de unos ojos nublados por unas lágrimas que resumían un dolor inmenso. Lloró. Lloró amargamente hasta que los primeros rayos del sol inundaron la cubierta produciendo sombras alargadas. Buscó algo con lo que amortajar al joven y lo llevó cerca del puente, bajo un alero, con buena vista a barlovento.

—Amigo, disfruta de tu último viaje —dijo, se limpió las lágrimas y entró en el puente.

El deber distrae al dolor, pensó el capitán mientras comprobaba el rumbo; no lo hace desaparecer, pero sí lo mitiga lo suficiente para que podamos seguir adelante.

Tras asegurarse de que todo estaba correcto y ninguna señal de alarma indicara problemas graves en el barco, contactó con la isla de Menorca e informó de lo acontecido. No se entretuvo demasiado, aún le quedaba hacer lo más importante: bajar a los camarotes y tranquilizar a las mujeres.

Como pudo les explicó lo sucedido y les comunicó, con gran satisfacción, que su vida mejoraría a partir de ese momento. Recibió besos y abrazos, una montaña inmensa de cariño y agradecimiento, un bálsamo para las heridas. Volvió al puente con una idea en la cabeza, un último desquite. Activó la radio y comunicó con la fragata. Nadie contestó, pero observó que el canal estaba abierto y habló igualmente. Cuando terminó de hacerlo levantó el pulgar y miró en la dirección en la que descansaba el cuerpo del muchacho.

—Por ti, querido Bazyli, por ti.

El capitán Andrei desconectó el piloto automático y tomó el timón. Le dolía la cabeza y le costaba mantenerse en pie. Probablemente tendría lesiones internas, pero eso no le importaba. Necesitaba sentir el control del barco en sus manos, navegar una vez más, aunque fuese la última.

35. LA NIÑA DE LA ISLA

Carlos ordenó disparar y se desplomó como un fardo. Después todo ocurrió muy deprisa.

Eva y Julián obedecieron sin tiempo para pensar, con los rifles apoyados en sus hombros y el selector puesto en ráfaga, preguntándose aún qué demonios había hecho Carlos. Decenas de agujeros aparecieron en las paredes, a ambos lados de la puerta. Un extraño sonido en el que se mezclaban zumbidos, metal roto y carne reventada llenó el puente de mando. La munición de wolframio y uranio empobrecido, disparada a una velocidad diez veces superior a la del sonido, perforó el blindaje y las capas de Kevlar como si fueran chocolate, y atravesó el puente de lado a lado acabando con tres de los piratas.

Tagana fue rápido. Cuando oyó gritar al loco de la espada y vio tirarse al suelo al capitán, no lo dudó e hizo lo mismo. Abrazado a su AK permaneció tumbado de espaldas sin entender lo que pasaba, ni qué era aquello. Perplejo ante la manera en que se pulverizaban las cabezas de sus soldados, salpicando todo de sangre, cerebro y astillas de hueso.

Eva y Julián continuaron disparando, describiendo un leve arco mientras lo hacían. Barriendo toda la superficie. No veían lo que pasaba dentro, pero sí escucharon cuerpos caer. La munición impactando a la misma altura terminó por cortar la pared por la mitad, igual que hubiera hecho un cuchillo gigante.

—¡Ya basta! —grito Eva levantando el arma. Julián aún soltó una última ráfaga antes de obedecerla.

Sin decir una palabra más entraron. Eva se detuvo un instante junto a Carlos, caído de bruces, inmóvil. Se moría por saber cómo estaba, pero no era el momento. Buscaron los cuerpos de los piratas muertos. Contaron tres sin cabeza, ¿y el cuarto?, se preguntaron.

Tagana se incorporó como un rayo y les apuntó con su rifle de asalto.

—Tiren las armas —rugió con una insolente sonrisa dibujada en el rostro.

Dudaron con sus rifles a media altura.

—Vamos, o los mato primero a ustedes y luego a todos los demás.

El comandante ruandés entornó un poco los ojos y Eva supo que no iba de farol. Él ganaba, ellos perdían. Dejó caer su rifle de Gauss y sus pistolas, e indicó con un gesto a Julián que hiciera lo mismo.

—Bien, ahora vayan con ellos —dijo señalando a los soldados españoles atados y tumbados en el rincón más alejado—. Y usted, continúe pilotando —conminó al capitán Abreu, dándole un empujón con el cañón de su AK para que se levantara.

Con mucho cuidado, sin dejar de apuntar a los rehenes, recogió las armas y tomó el walkie que estaba sobre la mesa de mapas.

—Aquí el comandante Tagana, respondan. Aquí el comandante, respondan — repitió inútilmente. La radio solo le devolvió estática.

—No insistir —saltó Julián, usando un inglés intencionadamente hispanizado—. Todos amigos suyos ahora sin cabeza.

Tagana soltó el walkie de malos modos junto al girocompás y se dirigió hacia Julián con el dedo curvado sobre el gatillo, apretando los dientes.

—Bocazas, la has cagado —musitó Eva.

Amanecía definitivamente y los primeros rayos de sol entraron por las ventanas del puente de mando bañando lateralmente el rostro de Tagana, intensificando el brillo de su mirada y produciendo una profunda sombra en su entrecejo fruncido.

La muerte iba con él, sin lugar a dudas.

Eva buscó la mano de Luna, pero no la encontró. Se abrazó a si misma en un irracional intento por proteger a su bebé. La última mirada la dirigió al cuerpo caído de Carlos, su último pensamiento quiso que fuera también para él.

Tagana levantó el AK.

La radio del barco crepitó de pronto y después de unas breves interferencias sonó una voz.

—Habla el capitán Andrei desde el *Carpathia*, ¿me reciben? Repito, capitán Andrei, ¿me reciben?

Tagana se detuvo en seco con el arma a punto de disparar, a un micro segundo de acabar con todos los rehenes. Reculó y prestó atención sin contestar, manteniendo el arma firme sin dejar de apuntar.

—Seguro que sí —prosiguió hablando el capitán Andrei, esforzándose en su inglés, hablando despacio y claro, en un tono medio—. Estar seguro que comandante Tagana oírme ahora. Día bonito, ¿verdad? ¿Ve sol por ventanas? Es hermoso. Lástima que sus hombres no puedan verlo. Dejé a soldados suyos en isla, pero... lamentablemente... en isla equivocada. No creo que ninguno vivo ya. Yo ir a fortaleza de españoles ahora. Si tú venir, maldito cabrón, te estaremos esperando.

Un chasquido indicó que el capitán había cortado.

Tagana crispó el gesto y por un momento se giró en dirección a la radio con el deseo de cogerla, lo pensó mejor y no lo hizo. Ya se volvía hacia los prisioneros con intención de liberar su ira contra ellos, cuando un disparo sonó como un cañón. Las manos del comandante perdieron fuerza y su AK cayó al suelo, las piernas dejaron de sostenerle y terminó de rodillas. El pecho le dolía. Se tocó con una mano temblorosa y descubrió una mancha de sangre que se hacía cada vez más grande. Le costaba respirar y se le nublaba la vista.

El capitán Abreu se acercó a él y se agachó para quedar a la altura de sus ojos.

—¿Sabe quién le ha disparado?

A Tagana le costaba enfocar.

—En el rincón —añadió el capitán señalando con el dedo, mostrando una sonrisa inmensa—. La niña de la isla, ¿recuerda? Le hablé de ella.

Luna mantenía el revólver plateado entre sus manos, aún humeante. Tagana la miró. Intentó hablar, no pudo. Cayó de frente, muerto, con el corazón destrozado por una bala del calibre .38 especial.

El capitán Abreu desató a los rehenes y el puente se llenó de vítores y celebraciones. Julián cogió en brazos a Luna y giró con ella como una peonza. Eva no se unió a ellos, tampoco sor Teresa, ambas corrieron hasta Carlos que continuaba tendido boca abajo, sin moverse.

—¡Carlos! ¡Carlos! —insistió Eva girando su cuerpo, dándole palmaditas en la cara—. ¡Despierta cariño!

—Despertará —dijo sor Teresa, y comenzó a retirar el vendaje de su hombro—, pero cuando lo haga ya no será él.

Eva se quedó paralizada mirando la herida, comprendiendo lo que significaban esas marcas de dientes desgarrando la carne.

—Pero... ¿cómo? —acertó a decir balbuceando.

—Fue en las alcantarillas.

—En las alcantarillas —repitió Eva mecánicamente, intentando asimilar una situación que no terminaba de creer que estuviera pasando.

—Quiso decírselo, pero no pudo.

—¡Dios mío! ¿Por qué ahora? ¿Por qué él? —gimió Eva rompiendo a llorar abrazada a Carlos.

Todos en el puente oyeron el llanto de las dos mujeres y las celebraciones acabaron de golpe.

La mañana abrió y un cielo azul saludó a la Cristóbal Colón que navegaba rumbo a Mahón, a veinticinco nudos de velocidad, con mar tranquila y viento suave de poniente.

El capitán Abreu tiró de profesionalidad y fue el único capaz de tomar decisiones. Ordenó a sus hombres que limpiaran el puente, instalaran a los niños en los camarotes, arrojaran los cadáveres por la borda y trasladaran a Carlos a la enfermería. Todo se hizo con diligencia y en un respetuoso silencio.

Cuatro eran las personas en torno a la cama de Carlos: Julián, que caminaba nervioso, fumando un cigarro tras otro; Eva y Luna, sentadas en un rincón, abrazadas, con la mirada fija en el suelo; y sor Teresa, más entera, de pie junto a la cabecera, apretando un rosario entre las manos.

Nadie decía nada.

Hacía casi una hora que Carlos había entrado en coma y todos sabían que el momento más dramático estaba por llegar.

Sor Teresa parecía rezar. Cualquiera que la viera lo pensaría, pero no era así. En su cabeza repasaba todos los momentos que pasó con Carlos, todas y cada una de las conversaciones. Casi textualmente recordó las palabras que cruzó con él, visualizó sus gestos, la manera que tenía de hablar, la franqueza de su mirada y la incontestable pureza de sus acciones. Todo ello lo hizo la mujer y no la religiosa. En un momento

dado se inclinó, dando la espalda a Eva y a Luna, y le besó en la frente. Su intención era esa, solo un beso fraternal, pero algo en su interior la retuvo cerca de su rostro. Bajó hasta su boca, aspiró el olor febril que desprendía, cerró los ojos y juntó sus labios a los suyos. No fue un beso rápido, ni comedido, contenía pasión. Sor Teresa empujó los labios resacos de Carlos con la lengua y buscó intencionadamente el sabor de su saliva.

—Mi primer beso... mi último beso —musitó inaudible. Luego hizo la señal de la cruz en su frente y se dispuso a marchar.

—Hermana, dígame, ¿qué puedo hacer? —preguntó Eva.

Sor Teresa se detuvo y se giró.

—Quiéralo mucho —respondió y salió por la puerta con la cara arrasada en lágrimas.

El silencio volvió a instalarse en aquel pequeño cuarto de paredes azul claro. Eva se levantó, encendió la luz del cabecero y apagó los fluorescentes del techo.

—Odia la luz tan blanca —dijo, y volvió a sentarse.

La habitación quedó iluminada por una luz más cálida que bañó el cuerpo inerte de Carlos.

—Bueno, ¿quién va a hacerlo? —dijo Julián de pronto, mientras encendía otro cigarro.

—Nadie va a hacer nada todavía —se apresuró a contestar Eva.

—¿Prefieres que el último recuerdo que tengas de él sea su rostro transformado por el virus? ¿Quieres que la imagen de sus ojos blancos te acompañe toda la vida? Salid, yo lo haré —dijo quitando el seguro a la pistola.

—¡He dicho que no! —gritó Eva.

—Está bien, si me necesitáis estaré en la cafetería —dijo tirando la colilla al suelo, pisándola con rabia y desapareciendo de la habitación sin mirar atrás.

—Ve con él —dijo Eva a Luna.

—Quiero estar contigo.

—Por favor.

—Vale.

Luna besó a Eva, le secó una lágrima que bajaba por su mejilla y se marchó.

El virus actuaba muy rápido, en apenas cuatro horas había provocado el coma a Carlos. Eva intuía que, teniendo en cuenta eso, el cambio estaría a punto de producirse. Acercó su silla, se sentó a los pies de la cama y se dispuso a esperar. No tenía sus pistolas; recordó que aquel pirata la había desarmado y luego olvidó recuperarlas. Iba a levantarse cuando a su lado, en el suelo, vio la mochila verde.

Dentro, como suponía, encontró el revólver Smith and Wesson plateado, un arma infalible.

—Luna... —susurró— ...piensas en todo maldito diablillo.

Se arrellanó en la silla y puso la mente en blanco, no quería pensar, no deseaba revivir momentos felices con Carlos, regodearse en el pasado, torturarse inútilmente.

Solo importa el presente, pensó, y el futuro. Quería mostrarse dura, prepararse para lo que tendría que hacer. Entonces las últimas palabras de sor Teresa se dibujaron en su mente como si de un letrero luminoso se tratara: «quíéralo mucho», había dicho; y visualizando esa frase la mujer dura desapareció y volvió la mujer sensible y enamorada.

—Te quiero, Carlos —dijo en voz alta, con los ojos aún cerrados.

La línea de la costa se dibujó en el horizonte. El capitán Abreu conectó con la fortaleza e indicó su posición al alférez Galera. La conversación fue corta y profesional, no quedaba lugar para las celebraciones. El capitán sufría en silencio la pérdida de Carlos. Él mismo se sorprendió al comprobar el afecto y la tremenda admiración que profesaba a aquel hombre valiente, y cuánto sentiría su ausencia. Por eso estuvo tan serio, incluso cortante, con el alférez.

—¿Ya se han ocupado del carguero?

—Sí, señor. Hará cosa de media hora terminamos de sacar a todos los pasajeros. El médico está con el capitán ruso que lo pilotaba, venía mal herido, pero vivirá.

—¿Y las mujeres?

—Están en observación, parecen sanas.

—Bien, manténgame informado de cualquier cosa.

—Señor, lo de Carlos... Será una gran pérdida.

—Lo sé, Galera, lo sé.

Eva despertó sobresaltada y el revólver casi se le cayó de entre las piernas. Sin saber cómo, se había dormido.

—Tranquila, estamos aquí —oyó decir a Julián.

Lo primero que hizo fue comprobar la cama. Carlos seguía igual, nadie le había volado la cabeza. Luego miró su reloj, ¡había dormido casi tres horas!

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Yo volví una hora después, Julián ya estaba aquí —contestó Luna.

—Habéis comprobado si...

—Sigue en coma —Julián no le dejó acabar—. Tiene repentinos espasmos de vez en cuando, pero nada más.

—Yo lo haré, ¿de acuerdo? —dijo Eva.

Nadie contestó.

Los minutos pasaron con los tres sentados a los pies de la cama, en perfecto silencio. Quedaba poco que decir.

De pronto el cuerpo de Carlos se convulsionó; temblaron sus piernas y sus brazos, y lanzó un leve quejido.

—Llega el momento —susurró Eva apretando el revólver con fuerza.

Luna se llevó las manos a la cara, preparada para ocultar sus ojos cuando fuera necesario. Julián se levantó con cuidado y, disimuladamente, quitó el seguro de su pistola.

El cuerpo de Carlos se arqueó por la cintura unos instantes. Respiraba fuerte y el sonido salía rasgando la garganta. Se detuvo de pronto y quedó quieto. Luego, lentamente, se incorporó hasta quedar sentado frente a ellos, con los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba como si le faltara el aire.

Su boca se abrió.

Eva levantó el revólver y apuntó. Su mano temblaba.

Los párpados comenzaron a abrirse desprendiendo las legañas producidas por la fiebre.

Eva curvó el índice sobre el gatillo dispuesta a no enfrentarse a la mirada glauca de la bestia en la que se habría convertido Carlos.

—¡Espera! —gritó Luna bajando la mano de Eva—. ¡Mira sus ojos!

Eva observó con detenimiento y reconoció unas pupilas negras y un iris marrón, unos ojos humanos... ¡Los ojos de Carlos!

—*Noooo dis... pa... res.*

Dijo antes de volver a derrumbarse en la cama.

La voz salió de su boca con un sonido cavernoso y desagradable, aunque a todos les sonó a música celestial.

36. LOS LABIOS DE DIOS

Cuando me desperté tardé en adaptar la vista y conseguir enfocar. Lo primero que distinguí fue una ventana por donde entraba una luz cálida y lechosa. Miré en derredor y reconocí la cama, los muebles, la habitación: era la casa de Cala Rata. Si estaba muerto la «*nada*» me pareció un lugar muy familiar. Traté de incorporarme. Me dolía todo el cuerpo. Me sentía débil y la cabeza permanecía sumergida en un caldo espeso con la calidad del puré de patatas, pero era yo. Eran mis manos las que veía y mis piernas las que percibía bajo las sábanas. Tenía conciencia de mí, de mi humanidad.

—Bienvenido a la tierra de los vivos.

La voz llegó tamizada. Mis oídos no parecían muy eficaces o simplemente podría ser producto de mi imaginación. Del rincón más oscuro de la habitación una figura menuda se levantó de una silla y vino hacia mí, parecía real.

—¿Eres Luna de verdad?

—Claro.

—¿Y yo soy Carlos?

—El mismo.

—¿No estoy soñando, entonces?

—Creo que no —dijo soltando una risita.

—Pero... ¿sigo siendo humano?

—Eso parece, los *comilones* no hablan.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Una semana.

—¿Una semana? No es posible. ¿Y el virus?

—Voy a avisar a Eva, ella te lo explicará todo.

Eva me comió a besos y me abrazó durante tanto tiempo que pensé que llegaríamos a formar un solo cuerpo. Luego, cuando se calmó, me relató lo que había pasado después de que cayera en coma en el puente de mando. Me explicó lo del fallo de mi plan, de cómo Luna acabó con el último pirata; me habló también del carguero que llevaba al pequeño ejército a la isla, y del capitán ruso y su heroica acción. Su relato fue intenso y pormenorizado, y terminaba justo en el momento en el que despertaba en la enfermería de la fragata.

—Vamos —dijo de pronto—. Seguiremos hablando fuera.

Hacía un viento frío que agradecí emocionado. El sol comenzaba a ocultarse y el cielo se tiñó con los colores más hermosos que recordara.

—¿Crees que esto es necesario?

—Yo soy la doctora y digo que sí.

—Me siento ridículo en la silla de ruedas.

—Aún estás débil para andar, no quiero que te caigas y te rompas la cabeza.

Me llevó hasta la orilla de nuestra playa particular, me puso una manta por encima y se sentó sobre los guijarros, junto a mí, con las piernas cruzadas, mirando la puesta de sol.

—Qué hermosura, ¿verdad?

—Sí, maravillosa. ¿Vas a contarme de una vez qué demonios ha pasado? ¿Por qué no he despertado convertido en una bestia con ganas de olfatear carne humana?

—No lo vas a creer.

—Prueba.

—Cuando despertaste siendo aún tú, decidimos analizar tu sangre. ¿Y sabes lo que encontramos?

—Ni idea, ¿el colesterol alto, los triglicéridos?

—Eso también, *gilipollas*. Pero lo más inquietante fue descubrir que el *Fubarbundy* aún seguía en tu organismo.

—¿Todavía tengo esa cosa dentro?

—Ya no. Ha perdido la batalla. Estás completamente limpio desde hace cuatro días, aunque has tardado un poco en recuperarte lo suficiente y despertar.

—Perdido la batalla. ¿Contra quién?

—Contra tu sistema inmune.

—¿Mi sistema inmune? Pensaba que era ineficaz ante el contagio directo.

—Y lo es.

—Mira, Eva, estoy hecho una mierda, no hay parte de mi cuerpo que no me duela y la cabeza me gira como un tiiovivo; o me lo explicas ya, clarito, que lo entienda, o empiezo a gritar hasta que se me salte hasta el último de los puntos.

—Vale, vale. ¿Sabes lo que es un antígeno?

—Pues...

—Ya veo que no. Digamos que es una sustancia, a menudo una proteína, que genera una respuesta inmune contra una infección. Es lo que avisa al organismo de que hay intrusos peligrosos y pone nuestro sistema de defensa en guardia. Los linfocitos crean entonces anticuerpos específicos que se acoplan a la célula portadora de esa sustancia como una llave a una cerradura. Una vez identificada y marcada solo hay que esperar a que llegue la artillería pesada. Leucocitos de todo tipo reconocerán fácilmente el virus y las células infectadas y acabarán con ellos.

—Ya.

—No te has enterado de nada —dijo poniendo la cara que pondría un docente ante el peor alumno de la clase.

—Me perdí en «*es una sustancia...*».

—Te voy a poner un ejemplo sencillo —resolvió soltando un soplido.

—Sí, por favor. Imagina que se lo estás explicando a tu abuela.

La luz ambarina nos iba envolviendo. La miré y me perdí en el incendio de su piel. Chascó la lengua y reflexionó. Después de unos segundos continuó.

—Piensa en los aeropuertos como si fuesen cuerpos humanos. Por ellos circulan a diario miles de pasajeros inofensivos que son nuestras células. Pero hay que estar alerta porque pueden entrar también pasajeros malos. Para que eso no suceda existen controles y policías especializados en identificarlos lo antes posible.

—Nuestro sistema inmune.

—Exacto. Ellos comprueban y cotejan documentación y fotografías con sus bases de datos; escanean maletas, revisan equipajes y prestan especial atención a individuos sospechosos, buscando rasgos que los identifiquen como malos; algo mínimo, un detalle, una actitud.

—El antígeno.

—Eso mismo. Aunque claro, ningún sistema de vigilancia es perfecto y a veces el malo es muy listo y escurridizo, capaz de hacerse pasar a la perfección por un pacífico ciudadano. Lleva la documentación en regla y no muestra comportamiento sospechoso alguno, procurando pasar desapercibido. Si ese malvado tuviera también la capacidad de duplicarse utilizando para ello a los pasajeros inocentes, nada podrían hacer los policías para detenerlo porque cada copia sería igualmente indetectable a sus ojos. En poco tiempo el aeropuerto estaría plagado de invisibles criminales.

—Te voy pillando.

—Imagina entonces que ese malote, que ha burlado muchos aeropuertos antes, llega a uno en el que la seguridad es altamente eficiente, nada que ver con la de los anteriores. Su base de datos está al día y sus policías son capaces de reconocer al tipo en cuanto pasa el primer control. Entonces la cosa cambia.

Hizo una pausa para contemplar mi expresión. Yo no había dejado de mirar su perfil.

—Continúa.

—Sin perder tiempo dan la señal de alarma y aparecen unos policías de paisano que se colocan junto al malote, y como este es muy rápido en actuar, también junto a sus réplicas.

—El anticuerpo que se acopla a la célula infectada.

—¡Correcto! Veo que me sigues. Bien, ya lo tenemos marcado y fácilmente identificable, a él y a sus copias, pero como es bastante peligroso requiere un equipo especial para neutralizarlo. Es el momento de que los *cuerpos especiales* actúen. El «*Equipo de Combate*» del sistema inmunitario entra en acción.

—Ellos no se andan con *chiquitas*, se cargan a los malos.

—Exacto.

—Y a los buenos infectados.

—Sí, a esos también, no hay otra solución.

—Vale, me he enterado *señorita* —dije poniendo voz de niño sabiondo—. Entonces, ¿quieres decir que mi sistema inmunológico tiene la capacidad de identificar al *Fubar* y acabar con él?

—Sí, pero digamos que la información, el antígeno sin carga vírica, vino de fuera.

—¿Cómo dices?

—El virus *Fubar* es extremadamente escurridizo. Hasta el momento los científicos americanos no habían sido capaces de identificar el antígeno que desencadenara la respuesta inmune, el rasgo que hiciera identificable al pasajero malote. Solo en su estado inicial, antes de que mutara, lograron sintetizar una vacuna efectiva, pero para el contagio directo con el actual virus, era inservible.

—¿Ahora tenemos una nueva vacuna?

—Las vacunas previenen contra la infección. Son efectivas contra el virus antes de que este transmita su material genético a las células, pero una vez ocurre son inútiles. Acaban con el malote, aunque no con sus duplicados. Esto es mucho mejor, una «*supervacuna*», algo increíble. Ya te lo he dicho, además de prevenir es capaz de identificar las células infectadas y destruirlas. Eliminar la enfermedad en tiempo record.

—¡Joder, es genial!

—Ya te digo.

—Bueno, y si mi sistema inmunológico no era capaz de identificar ese puñetero antígeno y tampoco le habéis facilitado vosotros esa información, ¿se puede saber cómo demonios ha llegado a mi organismo?

Eva levantó un dedo y lo hizo girar en redondo. Se tomó su tiempo y luego continuó.

—Tuve una intuición. Recordé a los treinta y dos niños que encontraste en el túnel e hice un paralelismo. Analicé su sangre y, ¿sabes lo que encontré?

—Policías bien informados.

—Exacto.

—O sea, que uno de esos niños tenía la información.

—No, al igual que a ti les fue transmitida.

—Entonces, solo queda...

—Sor Teresa —completó Eva.

—Pero ¿cómo es posible?

—No sabemos cómo, pero guardaba memoria del virus mutado. Simplificando mucho para no tener que hacerte más similares, digamos que sus genes estaban al corriente. Por ese motivo su sistema inmunológico identificó su antígeno al instante y creó una respuesta extremadamente efectiva. El *Fubar* ante tal panorama nada pudo hacer, fue acorralado y aniquilado por un ejército disciplinado y muy numeroso de letales soldados. Y lo más increíble de todo es que sor Teresa fue capaz de transmitir esa valiosa información a los niños y a ti.

—Madre mía.

—Los científicos americanos la llaman «*El Remedio*». Dicen que es algo único, que jamás vieron nada parecido. Y tienen razón, ella es portadora del arma más eficaz que puedas imaginarte. Después de transferirte la *cura*, a tu sistema inmunológico correctamente configurado le bastaron apenas tres días para eliminar todas las células

infectadas de tu organismo.

—¿Todas?

—Eso pensamos.

—¿Y no traerá consecuencias? Si ha acabado con muchas...

—No te preocupes por eso. Nuestro cuerpo, en condiciones normales, renueva miles de millones de células que mueren cada día. Unos cuantos millones más no te afectarán.

—Entonces, ¿tenemos la cura!

—Desgraciadamente no. Cuando el porcentaje de células infectadas es demasiado alto, nuestro sistema inmune al destruirlas acaba también con el organismo. Solo es eficaz en la primera etapa de la infección.

Eva me contaba cosas increíbles. Trataba de asimilar todo lo que escuchaba cuando caí en algo.

—Estoy pensando... ¿Cómo dices qué se trasmite esa maravilla de la naturaleza?

—La información que desencadena la respuesta inmune específica viene originada por el propio virus y la forma que tiene de transferirse es igual a la de este. Está presente en la saliva y en la sangre de sor Teresa, y puede ser inoculada a otros individuos a través de la piel en cuestión de segundos. Y ahora viene lo mejor de todo. Sor Teresa, cada día, daba un beso de buenas noches a los niños, sin excepción. Sus labios les salvaron la vida.

—Ya, pero que yo sepa a mí nunca me besó.

Eva torció el gesto y puso cara de *pilla*.

—¿O sí?

Asintió con la cabeza mientras abría una sonrisa luminosa.

—Yo no tuve nada con ella, palabra. Me acordaría.

—Te besó cuando estabas en coma.

—Ya.

—Según me dijo no fue ella la que te salvó, fueron los *labios de Dios*.

—Vaya con sor Teresa, aprovecharse de un moribundo y luego desviar la atención.

—No seas frívolo. Bien pensado quizá tenga razón y fuera Dios quien lo hiciera. La ciencia lo explica, pero no me digas que no parece un milagro.

—¿El que una monja me bese?

—Carlos...

—Vale, lo siento, pero no me quieras liar; fue el «bendito azar» acompañado de una asombrosa y caprichosa sucesión de casualidades, solo eso.

—Dijo que dirías algo así, y que cuando lo hicieras te dijera que la casualidad es la manera que tiene Dios de pasar desapercibido.

—Y tú, ¿qué piensas?

—Teniendo en cuenta las probabilidades, es casi más lógico creer que Dios esté detrás de todo esto.

—Me parece que has hablado demasiado con sor Teresa.

—Es una persona extraordinaria.

—Por supuesto.

—Y un mujer muy guapa. No me digas que no te has fijado.

Callé, expectante.

—Además, creo que está un poquito... enamorada de ti —añadió.

Me mantuvo la mirada unos segundos, seria, con los ojos entornados. Estaba intimidado y confundido. Finalmente resolví.

—Vamos, venga —dije sonriendo, entendiendo que jugaba conmigo.

Eva relajó un poco el gesto y retiró la mirada antes de concluir.

—Un poquito sí.

Se levantó, se puso detrás de mí, y me hizo un par de carantoñas en la cabeza. Luego se inclinó, puso su cara junto a la mía y me besó tiernamente junto a la oreja.

«*Los labios de Dios*», tenía gracia.

—Hay algo más que deberías saber. Durante esta semana hemos estado muy ocupados elaborando un censo. El capitán Abreu desea que se celebren elecciones y...

—Ya, quiere que me presente a presidente.

—No pongas esa cara, no es tan mala idea.

—Pero Eva, yo no tengo ni idea de política, nada me es más ajeno. No estoy preparado para esa responsabilidad.

—Sabes qué me dijo el capitán, que los mejores jefes y líderes son aquellos que no buscaron serlo.

—Parece irónico viniendo de un militar.

—No habías cogido un arma en tu vida ni hecho daño a una mosca y mírate ahora, todos en la isla hablan de tus hazañas.

—No quise ser yo el protagonista, no lo busqué, solo estaba allí en el momento menos adecuado. Le pasaría a cualquiera el mérito sin dudarlo.

—Ves, a eso se refería el capitán.

—No quiero, no me apetece.

—Vale, tranquilo, pero prométeme que lo pensarás al menos.

—No.

—Solo pensarlo, vamos —hizo un mohín, puso voz de niña y me dio un delicioso beso de mosca en los labios.

Las últimas ascuas ardían en el horizonte despidiendo al sol.

—Lo pensaré, un poquito, pero ya te digo que... va a ser difícil que acepte.

—Bien —dijo dando palmaditas—. Y ahora vamos adentro, comienza a hacer frío y la cena ya debe de estar preparada.

—Estupendo, tengo un hambre que te comería entera.

Eva se detuvo en seco y me miró intensamente.

—No me vayas a pegar un tiro, lo decía en sentido figurado.

El sol se ocultó del todo y la noche cayó sobre Cala Rata. Eva empujaba la silla de ruedas y canturreaba en mi oído *Un Mundo Raro*.

—Por cierto, ¿quién es Lola? —preguntó de pronto.

—¿Lola?

—Algunas noches hablabas en sueños, decías mi nombre, llamabas a Julián, a Luna, pero también mencionaste el nombre de Lola varias veces.

—No sé —contesté después de reflexionar un poco—, nunca he salido con ninguna Lola.

37. ARCADIA

Un mes fue suficiente para olvidar, para que todos en la isla respiraran el siempre incierto aire de la esperanza, miraran al futuro con determinación, y siguieran adelante con sus vidas.

Al final Eva me convenció, cómo no, y me presenté a presidente. Salí elegido por unanimidad, algo que debería enorgullecerme pero que solo tomo como un acto más de desesperación, la señal de lo perdidos que estamos. El caso es que asumí el cargo, dispuesto a ejercerlo con el mayor de los rigores y un camión lleno de buenas intenciones. Y de momento la cosa no va mal, parece que nadie se queja.

Qué locura pensar que un ilustrador de libros, sin el menor interés por la política, bohemio, y que huía de las responsabilidades como alma que lleva el diablo, pudiera terminar dirigiendo un *pueblo/estado*, una nación diminuta, pero un país en definitiva. Mucho ha cambiado el mundo para que tal cosa haya pasado, mucho.

No hay dinero que gestionar y eso facilita las cosas. Cada día voy a mi despacho en la fortaleza y resuelvo con mis ministros los asuntos del día. Las votaciones son frecuentes, somos tan pocos ciudadanos que se tarda menos en votar que en discutir. Ya tenemos electricidad en la isla. Antonio, que ahora es ministro de Industria y Energía, puso por fin en marcha los molinos de viento y la luz ha vuelto a las casas. El agua nunca fue un problema; y la comida, gracias a los cultivos, al creciente nacimiento de vacas, ovejas y cabras, y a la pesca, tampoco. Además, tenemos el carguero que trajo el capitán Andrei lleno hasta los topes de alimentos deshidratados, medicamentos... y papel higiénico; una bendición. Quiero decir con esto que las primeras necesidades las tenemos más que cubiertas, las importantes, el resto son solo un invento que las sociedades ricas crean y de las que de momento nos libramos. Nombré a Eva ministra de Sanidad, a sor Teresa de Educación y Cultura, y al capitán Abreu de Defensa y Asuntos Exteriores. Agricultura y Pesca lo reservé para Julián. Él no quería, y Eva decía que sería una locura dejar en manos de semejante irresponsable un ministerio tan importante, pero debo decir en mi descargo que fue un gran acierto; no ha dejado de ser él en ningún momento, no ha perdido su frescura ni ese toque infantil, y encima está haciendo un buen trabajo. No hay ministerio de Economía y Finanzas; con el tiempo lo habrá, pero espero no estar ya en este mundo cuando eso suceda. Escolano no quiso ningún cargo, dice que es más feliz entrenando a futuros pilotos.

El ministerio de Justicia de momento lo ostento yo, ayudado por un suboficial que estudió derecho. Estoy tratando de encontrar un grupo de personas honestas que sean capaces de impartir justicia y aplicar unas leyes que aún no existen. Hasta ahora no hemos tenido conflictos graves que resolver, solo altercados con borrachos y alguna que otra pelea. Espero que si surgen asuntos más serios sea capaz de solucionarlos de

la manera más justa posible. Ya veremos.

Disolver el Equipo de Combate fue de las primeras decisiones que tomé. No quería arriesgar más veces la vida, ni que nadie lo hiciera por mí. Pronto tendremos un arma eficaz para luchar y limpiar la isla definitivamente, y sería absurdo continuar enfrentándonos cada día, cara a cara, con la muerte.

Otra cosa que deseo hacer es poner un nombre a nuestra tierra, uno que todos sintamos como nuestro; que no marque la diferencia en el futuro ni discrimine; que una y no separe.

Mario, Plano Secuencia hasta que el amor por Luna nubló sus sentidos, me habló de Arcadia. Un lugar que salía, como no, en una película.

—¿En qué película? —le pregunté en ese momento, sabiendo que con ello daba pie a su juego favorito: las adivinanzas.

—Escucha la frase, a ver si aciertas —dijo poniendo la mano como si fuese un megáfono—: «Aquí Arcadia emitiendo a través de la frecuencia de emergencia. Aquí no hay infección. Ofrecemos seguridad y protección, comida y cobijo».

No la adiviné y me obligó a ver la película, *Resident Evil: Ultratumba*. Lo mejor *Mila Jovovich*, sin duda. Adoraba esas películas: el *apocalipsis zombi*, la lucha por la supervivencia, los héroes, los villanos... Eso era antes, ahora las evito como la peste. Por qué será. Pero esa no era la cuestión, el asunto fue que había dado en el clavo. Arcadia, un lugar imaginario donde reina la felicidad, la sencillez y la comunión entre sus habitantes y la naturaleza. Podía ser un buen nombre.

El capitán Abreu ha partido hace unos días para encontrarse con el portaviones y cambiar impresiones con los americanos. Parece que todo va bien. Sus científicos, gracias a la sangre de sor Teresa, creen que podrán elaborar una sustancia capaz de acabar con los infectados en cuestión de minutos. Ya era hora de que empezaran a enmendar el desastre que causaron con sus investigaciones *ultrasecretas* de los cojones sobre armas biológicas.

Las fuerzas se equilibran y, según dice el capitán, pronto estaremos en disposición de contraatacar. Eso no me preocupa demasiado. Me siento satisfecho de ver cómo la comunidad prospera y sale adelante, cómo esas pobres mujeres ruandesas se integran y se relacionan con los soldados, cómo van perdiendo el miedo al hombre, con eso me basta por ahora.

Tenemos futuro aunque aún queda mucho por hacer.

Han nacido dos niños más, que sumados a los treinta y dos de sor Teresa, a los seis marroquíes y a los que aún quedan por nacer, aseguran el relevo generacional, la subsistencia de la especie.

Pronto la isla se llenará de niños y esa es la parte que más me preocupa. No su manutención ni su seguridad, sino su educación; la obligación de crear un mundo mejor para ellos, más justo, más sensato. Tenemos la oportunidad de hacerlo mejor que como se hizo antes. Conocemos los fallos, sabemos dónde estuvieron los errores, solo es cuestión de no repetirlos. El ser humano es capaz de lo mejor y de lo peor,

algo que he podido comprobar muy claramente en este mundo devastado. Además nuestra memoria es muy endeble, olvidamos rápidamente y corremos el peligro de volver a equivocarnos. No será fácil, pero intentaré que eso no pase y lucharé contra los indeseables.

Sigo con la costumbre de acostarme tarde a pesar de que ahora madrugo bastante. Luna hace rato que se fue a dormir y Eva cayó como un tronco en el sillón hace más de una hora, intentando inútilmente alargar la noche junto a mí. El brillo de un anillo de compromiso en su dedo me recuerda lo feliz que soy. Su embarazo va muy bien, nuestro hijo se desarrolla sano y fuerte. Deseo verle crecer, poder estar junto a él el mayor tiempo posible y ayudarle en todo momento, y para ello debo continuar vivo. No quiero engañarme, probablemente no llegue a ver a mi hijo convertirse en un adulto, pero nada me impedirá aprovechar hasta el último minuto de mi vida a su lado.

He colgado la Bastarda en la pared, estoy cansado, no quiero luchar más. Eva guardó sus armas también. Después de meterlas en un arcón a los pies de la cama me dijo: «Que ahora luchen otros, nosotros ya lo hemos hecho bastante». Y tiene razón, el problema es que a veces las circunstancias te eligen y no te queda más remedio que volver al combate. Espero que eso nunca más ocurra.

Me adormezco, es delicioso resbalar hacia el sueño cuando se tiene la conciencia tranquila.

Mañana será otro día.

38. CARA O CRUZ

Aplastando la nieve recién caída, ajenos a la radiación, atravesaban un páramo nuclear oscuro y frío.

La inmensa horda de millones de infectados penetraba en un bosque frondoso, arrasando las plantas teñidas de rojo por la ausencia de clorofila y arrancando la corteza de los árboles mortecinos para alimentarse.

Avanzaban sin descanso en dirección a la última resistencia significativa en el interior de los continentes: *Stena*, el muro. Se encontraba a unos cientos de kilómetros de la horda, y se trataba de una fortaleza militar construida por los rusos en la época de la guerra fría. Excavada en roca viva en la ladera de los Montes Urales, y prácticamente inexpugnable, llevaba muchos años abandonada antes de que se convirtiera en el refugio desesperado de ciento veinticinco supervivientes; que resistían gracias a la infinidad de túneles que comunicaban con el exterior y a su firme determinación. Pero los alimentos y las medicinas cada vez eran más difíciles de conseguir y estaban al límite de sus fuerzas.

Un hombre los comandaba, y a él se debía que siguieran con vida. Se llamaba Sergei; un maestro de escuela de treinta y cinco años, duro como la roca, carismático y tremendamente inteligente.

Hacia su despacho, en el interior de la montaña, corría un joven paliducho y flaco con el corazón saliendo por su boca. Empujó la puerta sin miramientos y se plantó ante su mesa.

—¡Sergei, buenas noticias!

El maestro dejó de dar vueltas a una moneda sobre la mesa de su espartano despacho y levantó la vista hacia el muchacho que lo miraba con ojos soñadores.

—¿Qué pasa, Sasha? —preguntó con desgana. Con el tiempo se había vuelto extremadamente escéptico y poco dado al entusiasmo.

—La radio... con los nuevos repuestos... ya funciona —dijo intermitente, recuperando el aliento.

—Era lo menos. Conseguirlos costó la vida de dos hombres.

—No solo es eso, hemos contactado con supervivientes.

Sergei se inclinó adelante y fijó su mirada en el joven.

—¿Dónde?

—Están en una isla llamada Arcadia.

—Arcadia —repitió en voz baja.

Le sonaba que había una pequeña ciudad en California con ese nombre, pero no una isla.

—¿Estás seguro?

—Sí, está cerca de España.

Sergei entornó los ojos evaluando el entusiasmo del muchacho.

—¿Podrán ayudarnos?

—Han dicho que nos mantengamos a la escucha, que deben hablar con su presidente.

Sergei se recostó en la silla, cogió la moneda y la hizo girar de nuevo.

No les quedaba mucho tiempo, y él lo sabía. En la entrada del antiguo complejo militar hacía meses que se apiñaban cientos de miles de infectados, y cada día llegaban más. La montaña se cubría de ellos haciendo necesario bloquear, cada vez más a menudo, sus salidas ocultas; cuando tapiaran la última, la fortaleza subterránea se convertiría en su tumba.

El antiguo maestro, un agnóstico convencido, cerró los ojos y susurró.

—Rogemos a Dios para que ese presidente sea un buen hombre.

La moneda continuó girando hasta que se detuvo... de canto.